
3 1761 08695872 5

LA HOSTERIA de CANTILLANA

NOVELA DEL TIEMPO DE FELIPE IV

POR

El Bachiller Alonso de San Martín.

DIBUJOS DE R. MARÍN



B. Rodríguez Serra, editor.

MADRID

La Hostería de Cantillana

La Hostería

DE

CANTILLANA

Novela del tiempo de Felipe IV

POR

El Bachiller Alonso de San Martín (pseud.)

[Bonilla y San Martín, Adolfo y Puyol y Alonso, Julio

«Do coydares que miente, dise mayor verdat.»
(Arcipreste de Hita: *Libro de buen amor*; copla 69.)



MADRID
B. RODRÍGUEZ SERRA, EDITOR.
MCMII

Imprenta de A. Pérez y C.ª, Pizarro, 16. Madrid.

AL QUE LEYERE

Paréceme ya estar contemplando, desocupado lector, la cara que pondrás cuando, por tu dicha, veas este libro. Tengo para mí que tan luego como leas el rótulo, si vas con algún amigo de los de aflanado chambergo y largas pero sucias melenas, torcerás el gesto, y haciendo un ¡hum! de desagrado, proseguirás tu camino con ligereza, como si de algún mal oliente lugar te apartaras. Si, por el contrario, vas solo, mirarás primero á uno y á otro lado, y, cierto de que ningún moderno te ve, entrarás en la librería, comprarás el volumen, y te irás á casa, deseando tener un rato libre para leerlo.

Pero yo, que, como Bachiller que soy, y de los graduados en Sigüenza, tengo cierta autoridad, y aborrezco de corazón todo lo que á doblez é hipocresía huele, me encaro contigo y te digo con la más santa de las indignaciones:—Si obras bien, ¿por qué te escondes?, y si has obrado mal, ¿por qué te envaneces? Paso por que olvidando el Yepes y el Madrigal pidas un *soda-water* ó un *biscuit glacé* y eches á perder el estómago con

exóticos y asquerosos mejunges; cada uno puede hacer de su capa un sayo, si la tiene, y el buey suelto se lame que es un gusto; pero lo que no puedo consentir y lo que me saca de mis casillas, es que digas lo que no piensas y hagas traición á tu conciencia por dar gusto á los mentecatos.

El siglo que acaba de morir, y en el cual, por mal de nuestros pecados, nacimos, debiera llamarse el siglo de los nombres. ¡Qué de vocablos nuevos no se han inventado! ¡Qué de apelativos extraños no se han aplicado durante él! *Psicología, sociología, realismo, idealismo, experimentalismo, parlamentarismo, etc.*, pueden servir de ejemplo. Pero si te fijas un tantico, verás que Salomón, aunque vetusto, tenía razón que le sobraba, y que la invención no ha pasado de los nombres, por lo menos en lo que toca á lo especulativo.

Otra característica de nuestro siglo ha sido la manía de filosofar. Hombre conozco yo que al servirle una sopa salada, gime y lagrimotea como si le hubiese ocurrido el mayor de los infortunios, y á quien el mero hecho de ver apalear á un recalcitrante jumento, da pie para disertar tierna y elocuentemente acerca de las miserias humanas.

Y es tan verdad esto que digo, que, á veces, ver representaciones en un teatro ó volatines en un circo, viene á ser lo mismo que asistir á una cátedra de Metafísica; porque los autores filosofan, los actores, los acomodadores, la orquesta y el apuntador también, y hasta los saltimbanquis trabajan *more philosophico*. De donde resulta que habiendo ido uno con el sano y prudente propósito de divertirse, vuelve á casa con la cabeza como una olla de grillos y no piensa sino en huellas de espíritus, almas de viaje y funerales lejanías.

Días pasados entré en la tienda de un librero, pedí de lo nuevo, diéronmelo, y te juro por el siglo de mis abuelos que pasé un malísimo rato. Dramas, novelas, críticas, todo me pareció hueco y sin meollo, aunque no faltase aquello de entusiasmarse por el batir de los élitros de una mariposa ó sentir elevado recogimiento por el negro mal humor de un grande hombre en potencia.

Fíjate, si no, curioso lector, en algunos de los rótulos de esos nuevos libros que ves en el escaparate: *Suspiros de crisálida; Pasión continental; Deshonra del superhombre; Impresiones horizontales; Vértice febril; Sonata de abrigo; Conquista de la violeta, etc., etc.* Prescinde de los agravios al idioma; no pares mientes en los desatinos lingüísticos; repara en la sustancia y díme: ¿para qué sirve todo eso?

Dirás que los románticos del año 30 gustaban de títulos tanto ó más horripilantes; pero yo te contestaré que, aun dando eso por cierto, todavía es preciso reconocer que aquellas obras «tenían argumento», decían «algo», sensato ó disparatado, regocijado ó tenebroso, mientras que las de ahora son palabras y voces, quieren decir lo infinito y nada expresan, tiénenlo todo en potencia y nada ponen en acto. Por eso te hastían, por eso las alabas y no las lees, por eso encumbras á sus ínclitos autores y los desprecias ó los desconoces en tu interior.

Yo, que comprendo todo esto, voy á darte, para tu divertimiento y solaz, un manjar algo más digestivo y grato que los que te suelen servir de ordinario. Voy á poner en tus manos una novela de aventuras y sólo de aventuras, donde no hay consideraciones de ultra-tumba, ni sociológicas inducciones, ni psicologías impertinentes, ni análisis de ninguna especie pero sí auténti-

cas descripciones, sabrosos lances, y hasta algún que otro cuadro de época.

Y si tan pervertido tuvieres el ingenio que diputares por malo el cuento que te ofrezco y menospreciares mis afanes, juraré que no dices verdad, y que sostienes otra cosa de lo que piensas, y te compararé á las gentes que se dejaron embaucar por los burladores que hicieron el paño maravilloso, según refiere don Juan Manuel en su *Conde Lucanor*.

*
* *

Y entiende, lector, que no he querido decirte en modo alguno que hoy no tengamos escritores de los buenos, cuyas obras serán de eterna fama, pero observa que éstos van por el camino real de las letras y no por los andurriales que otros buscan, desdeñando, en su ridícula soberbia, seguir los pasos de los que fueron maestros; y del mismo modo que el caminante que echa por peligrosos atajos corre el riesgo de morir despeñado en un barranco y dejar su cuerpo para alimento de buitres y alimañas, así aquellos literatos expónense á cada instante á que sus libros perezcan sin ser de nadie conocidos, y á que caigan sobre sus hojas las fieras manos de un tendero, que las estime de perlas para envolver garbanzos.

Causa muy principal de la situación lastimosa en que se encuentran nuestras letras es, sin duda, el desprecio que hemos dado en tener por todo lo que sea español, solamente por no ser extranjero, y la alta idea que nos merece todo lo extranjero, solamente porque no es español. Cuando yo considero que en España no hay empresa ni industria de importancia que no sea

extranjera; que comemos y vestimos en francés ó en inglés; que llamamos nuestras cosas con nombres exóticos, teniéndolos mejores en Castilla; que, los que pueden, educan á sus hijos fuera de España, ó por lo menos los destetan poniéndolos al cuidado de una *miss* ó de una *demoiselle,* que se encargan de no dejarles hablar palabra en castellano; que la mayoría de los que hoy escriben procuran estudiar las ajenas literaturas antes que la propia, pues es raro el que de ellos la conoce, como la mayoría de los que disponen de algunas pesetas, prefieren gastárselas en el consabido viaje á París, á procurarse con ellas el regocijo de conocer alguna de las múltiples bellezas que se encierran en la patria; cuando yo considero todo esto, dígote, lector, que no sólo encuentro natural que la literatura esté hecha Ecce-Homo, sino que, además, me echo á reir de los que auguran nuestra conquista, porque veo que los pobretes no advierten que ya estamos del todo conquistados. Y si lo que te digo lo achacas á exageración, escucha un cuento que quiero contarte, que, aunque no saques de él provecho alguno, podrá servirte de gusto y pasatiempo.

Cosa hará de mes y medio que don Francisco de Quevedo y don Luis Vélez de Guevara estaban departiendo muy á su sabor en las inmortales regiones en donde habitan; yo no sé quién pudo llevar allí la palabra «modernismo», y como supiesen los dos amigos que esta voz también tenía jurisdicción en la literatura, les dió gana de averiguar lo que era, para lo cual pensaron en hacer una escurribanda á la coronada villa.

—No es la primera vez—dijo Quevedo—desde que estoy aquí, que me he escapado de soniche á la corte; pero por vuestra fe os ruego, señor don Luis, que escoja-

mos con mucho cuidado la persona que nos ha de acompañar en la visita, pues recuerdo que la otra vez, por dejarme conducir del primero que topé, que fué aquel Torres Villarroel, traje los oídos bataneados de su prosa.

—Eso podemos excusar ahora—respondió don Luis,—porque no hemos de acudir á los que viven en el mundo, sino á quien nos guiará mejor que ninguno de ellos.

—¿Por quién decís?—preguntó Quevedo.

—¿Por quién ha de ser, cuerpo de tal,—exclamó Guevara,—sino por aquel Cojuelo que fué brújula de mi don Cleofás en sus andancias?

—Digo—repuso don Francisco—que lo habéis pensado muy bien, y que así, si os place, ahora mismo emprenderemos el camino.

—Preciso es—replicó el otro—que tengamos un poco de paciencia, pues ya sabéis que el Cojuelo es diablo atareado, y no vendrá como no se le llame á las once en punto de la noche.

Aguardaron, pues, hasta esa hora, y cuando Vélez calculó, mirando á las estrellas, que ya era tiempo, hizo la evocación con muchas instancias y tornó á hacerla dos veces más, porque vió que el Cojuelo no daba señal de presentarse.

—Por vida mía, que es cosa rara que no haya venido ya—dijo don Luis,—pues en otras ocasiones era puntual en extremo.

—Acaso, amigo,—contestó Quevedo—no ande ya ese diablo por la tierra.

—Sí anda,—volvió á decir el otro—aunque, como viejo que es, se habrá vuelto sordo, y quiero evocarle de nuevo y más fuertemente que antes.

Hízolo así, sin lograr por ello mejor resultado, y por

aquella noche tuvieron que renunciar á poner en ejecución su propósito; pero á la siguiente, cuando ya pensaban los poetas en buscar otro guía, apareció ante ellos de improviso la figurilla del Cojuelo.

—Tardío has estado—díjole don Luis.

—Culpa fué de vuestra merced y no mía,—respondió el diablo—que yo bien oí la llamada, á la que por ser después de las once no pude responder.

—No fué después, porque las once en punto acusaba la posición de las estrellas—replicó Guevara.

—Es cierto—repuso el Cojuelo;—pero no sé si sabéis que los españoles ya no se rigen por su meridiano sino por el de Greenwich, que es un pueblo de Inglaterra, en el cual sale el sol casi un cuarto de hora antes que en Madrid, y así cuando me evocó vuestra merced ya era tarde.

Maravilláronse los dos amigos de lo que el Cojuelo les refería, pues no recordaban que desde Josué hubiera habido ningún otro capaz de disponer del sol á su antojo y arbitrio, pero no hablaron más en ello, aguijoneados del deseo que tenían de ver literatura modernista y comenzar su peregrinación. Dijeron al Cojuelo el objeto de su llamamiento, y éste les respondió que para aquel negocio irían á una tienda de libros situada en la Carrera de San Jerónimo, en donde, haciéndoles invisibles para los mortales, podrían entrar y ver á satisfacción las obras que gustasen.

Tendieron, pues, el vuelo hacia Madrid, pero el diablillo tomó sin duda mal los puntos, porque en lugar de llevarles á la susodicha tienda, les condujo al Prado, y ya se disponía á plantarlos de otro salto en el término de su viaje, cuando Quevedo le dijo que bien estaba lo hecho, y que puesto que eran invisibles á los ojos

de los demás, gustaría de dar un paseo por la Corte.

—Poca es la distancia—repuso el Cojuelo—que hay desde aquí á la librería, pues por esa calle que véis enfrente, que es la Carrera de San Jerónimo, estaremos allá en un periquete.

Grande era el asombro que Quevedo y Guevara mostraban en sus semblantes al ver los arcos voltáicos, que diputaron por soles caídos, los tranvías eléctricos, los trajes de las gentes, y las palabras que al paso recogían; pero con serlo mucho, lo fué mayor el que experimentaron al entrar en la Carrera y advertir que el antiguo palacio de los Duques de Medinaceli había desaparecido, quedando de él únicamente el solar en donde estuvo edificado.

—Este solar—les dijo el Cojuelo—es ahora de la *Société Internationale de Wagons-Lits,* la cual se propone hacer aquí un *Grand Hotel* para los *turistas.*

Quedáronse ambos en ayunas de lo que el diablo les decía; creyéronlo borracho; pero así y todo Guevara le preguntó qué casa era aquella de los leones y de las columnas.

—Este es—contestó el Cojuelo—el Congreso de los Diputados, centro de la farsa, cátedra de retórica y almoneda de vergüenza, en el cual los españoles se divierten más lindamente que los de vuestro tiempo en los corrales de comedias viendo bailar la zarabanda. Y aquí les explicó muy por extenso los maravillosos secretos del régimen parlamentario, agregando que, como traído de Francia, es cosa singular y digna de encomio, por haber acabado con toda aquella patulea de los procuradores en Cortes, creando en su lugar unos diputados de la nación, que si bien es verdad que el que más y el que menos no sabe escribir su nombre de corrido,

en cambio son muy raros entre ellos los que conservan más voluntad que un asno aparejado.

Ya en esto Quevedo hallábase mirando un cartel de teatro colocado frente á la estatua de Cervantes, que anunciaba con tamañas letras *Il Padrone delle Ferriere,* y otro de colorines en donde se leían las palabras *soirée fashionable, rendez-vous, great atraction, clown,* y muchas más no menos bárbaras. Preguntó al Cojuelo qué era aquello, y éste le respondió que los elegantes de ahora gustaban de quedarse ayunos en las comedias, á trueque de aparentar que entendían el idioma en que se escribieran y de que estaban acostumbrados á viajar por el extranjero; y que así las compañías españolas veíanse obligadas á emigrar ó dispersarse, mientras que era suficiente que anunciase su venida cualquiera farsantilla italiana ó titiritero francés, para que los lechuguinos madrileños se dieran de bofetadas por conseguir un abono, á tres veces el precio que aquí se usa.

Nada replicó Quevedo, aunque él hacía muy buenas reflexiones, y los tres continuaron su camino en dirección á la tienda de libros. Cuando ya estuvieron junto á ella, dijo don Francisco:

—Por quien soy, señor don Luis, que este tuno de Cojuelo nos ha burlado á vuestra merced y á mí, trayéndonos á otro pueblo que no es Madrid.

—¿Cómo que no lo es?—replicó el Cojuelo;—¿no véis allí la Puerta del Sol, centro y eje de la corte?

—Esa puerta—repuso Quevedo—conózcala la madre que la parió; pero no lo digo por ella, aunque pudiera, sino porque he venido leyendo las muestras de los mercaderes, y así es esto Madrid como yo turco. Y si no, decidme, por vida mía, ¿cómo es posible que si esto fuera

tierra de España se viesen en tan poco espacio, cual el que hemos andado, los nombres de Riley, Laudauer, Prevot, Pouzet, Cuzzani, Guesnu, Couvré, Pèant, Cook, Christophle, Lhardy, Gethen y Kribben, que todos éstos he leído y recuerdo? Porque aunque en mi tiempo había mercaderes judíos y ginoveses de estos ó parecidos nombres, no vi nunca una calle llena de ellos como ahora.

—Cierto es eso, don Francisco—dijo Guevara,—y pienso con vuestra merced que no estamos en Madrid, porque yo también mientras andaba leí las palabras *Bureau, Antiquités, Buffet, Restaurant, La Parisienne, New England, High-Life, Continental-Express* y *Tourist-Office,* y todas sin salir de esta calle.

—¿Quién duda de eso?—replicó Quevedo—pues aun cuando también leí algunas que están en castellano, no es para anunciar mercadería española, sino cosas de otros pueblos y de la Inglaterra sobre todo, como podéis convenceros viendo aquellas dos muestras que están casi juntas y que dice la una *Perfumería Inglesa,* y la otra *Platería Inglesa,* sin contar con una *Cervecería Inglesa* que quedó ahí atrás.

Reíase el Cojuelo de la extrañeza que manifestaban los dos amigos, diciéndoles que los tiempos habían cambiado en gran manera; pero dejando para otra ocasión, por hacerse tarde, explicar y comentar la mudanza, entráronse de rondón y por arte diabólica en la Librería de Fe, que era la tienda de libros de que les hablase.

—Véis aquí—les dijo—este montón de volúmenes; todos ellos son de ese modernismo que desean vuestras mercedes conocer.

Tomó Quevedo el primero que halló delante, y leyendo en voz alta vió que la portada decía de esta manera:

ALMA DE IMBÉCIL

(Novela experimental.)

—¡Buen título, á fe mía!—exclamó Guevara, aunque no entiendo bien qué es eso de experimental.

—Pues esperad, que la novela comienza así:

«Enrique presentaba el aspecto de un loco larvado histero-epiléptico, cuyo sistema nervioso sensitivo ó periférico funcionaba rápida y turbulentamente al asimilar la energía del gran venero en donde se guarda y distribuye la fuerza cósmico universal: era su locura traumática, tóxica, si se quiere...»

Mirábanse unos á otros
y á todos tiembla la barba,

y después de convenir en que aquel era libro de conjuros, escrito por algún caldeo, dejáronle á un lado cuidadosamente y con gran temor de que estallase en mil pedazos, como redoma de alquimista.

—Coged ese otro que ahí se parece, amigo Guevara, mientras yo limpio estos espejuelos, que no sé si son ellos ó mis ojos los que me hacen chirivitas.

Hizo don Luis lo que se le pedía, y tomando en la mano el otro volumen, leyó:

RASTROS

(Ensayo de novela.)

—Veamos qué rastros son ésos,—contestó Quevedo—y Dios nos coja confesados, como decir solíamos en vida.

—De uno que empieza son, señor don Francisco, y así hay que tenerle misericordia—dijo el Cojuelo.

Guevara le abrió por la primera página, leyendo lo siguiente:

Capítulo primero.—*El Five o' Clock-Tea.*

«Gloria abandonó el salón rojo y se dirigió al sa-»lón azul; pero, al llegar al azul, echó de menos al-»go que se había dejado en el rojo; volvió al salón »rojo, abriendo para ello la puerta que con el azul »comunicaba, recogió un lindo abanico japonés que es-»taba sobre el piano, y empujando otra vez la puerta »del salón rojo, entró de nuevo en el salón azul.

—Decidme, señor Cojuelo—preguntó Guevara interrumpiendo la lectura,—¿sabéis si hoy van baratos los moldes de imprenta?

—No sé decirle á vuestra merced,—respondió el diablillo,—pero, por lo que ha leído, parece que están al precio de las uvas.

Cerró el libro Guevara, y cogiendo otro que estaba al lado, guarnecido de una múy extraña cubierta que parecía pintarrajeada por un niño de la doctrina, leyó:

Lux Mundi (Ayes y Gritos.)

—Este se me antoja que es libro de devoción, escrito por algún santo ó beato.

—No es de devoción—replicó el Cojuelo,—ni escrito por ninguno de esos que decís, sino por el mayor y más piojoso modernista que anda por calles y tabernas: leed, leed un trozo, que es cosa rica, y por mi fe de demonio de bien que me habéis de quedar obligado.

Guevara leyó de esta suerte:

«¡Yo vengo del País donde el Sol brilla! ¡Yo traigo »en el Cráneo su Luz! ¡Dejadme hablar! ¡¡Dejadme ha-»blar, Hombres Partículas!! Pero... ¿qué digo? ¿Seréis aca-

»so dignos de escuchar mi Palabra? ¿Seréis merecedo»res de que irradie sobre vuestras almas la divina Lla»ma que arde en mi Cabeza?»

. . . .

—Apóstol debe de ser ése—dijo Quevedo,—por lo de la llama en la cabeza, pero no le entiendo más que á moro. Escuchad ahora, don Luis, esto que quiero leeros de un libro que lleva por título *Cuentos negros;* el primero comienza así:

—«¡Qué apacible está la tarde!—exclamó deshojando un crisantemo. El, al oir esto, perdió el habla.

De la casa salía un olor á baldosas recién regadas, y del campo emanaban bíblicos efluvios. El paisaje, vago de color, abstracto de luz, febricitante de claro oscuro, se esfumaba en brumosas lejanías...» Y por este tenor sigue el ingenio, Guevara amigo, sin que en las dos ó tres primeras páginas se digne explicar quién era el que perdió el habla, ni por qué hubo de perderla, ni quién era la persona que exclamó que la tarde estaba apacible. Dígoos que es peregrino este nuevo género de literatos, y que me pesa mucho de no haber vivido en esta edad, porque algo se me ocurre que les había de saber á rosas. Pero ved qué tomo es ese que ahí se descubre.

—Llámase *Canturias*, contestó Guevara, y debajo, entre paréntesis, pone «Auto-historias». Le abro al azar y leo.

«....mi embriaguez contrastaba con la suya. Yo, echado en una *chaisse-longue,* sentía arder en mi cabeza los vapores del vino, en ese estado de semi-inconsciencia que recuerda los ensueños del hatchis: ella, desceñida, reclinaba la cabeza sobre mis hombros y recibía con ansia el hálito de la noche que se filtraba por

las persianas de la *serre* para acariciar las formas de su cuerpo, ebúrneas, espléndidas, vibrantes, cual si quisiesen modular los arpegios de un himno de lascivia.»

—Eso no puede acabar en bien—dijo Quevedo,—y el autor de ese libro es hereje excomulgado.

—Antes no—repuso el Cojuelo,—porque habéis de saber que ahora hay muchos que en sus libros quieren echárselas de don Juan y de acostumbrados á grandezas, pero, por lo regular, todos los que cuentan esas cosas como habiéndoles sucedido á ellos mismos, son unos pobres hombres que hablan de palacios y viven en guardillas, y del autor de ese libro que acabais de leer, sé yo muy bien que hace medio año que lleva rotos los zapatos, uno que no come caliente, dos que fuma de gorra, y treinta y cuatro, que son los que cuenta, que no se lava la cara, ni usa calcetines, ni duerme en su casa: por lo que respecta á las conquistas, no digo yo que no las haya hecho, porque de vez en cuando le sobran un par de reales, y no deja de tener buen gusto.

—Ahora digo,—replicó Quevedo,—que me duele haber venido, pues mejor estábamos sin saber de esto, y así, don Luis, estoy pronto, si gustais, á emprender el retorno.

—No ha de ser ese retorno sin que antes lean vuestras mercedes alguno de los versos que se estilan. Aquí les presento un tomico que se intitula *Meteoros psicológicos,* que no hay más que pedir.

Tomóle don Francisco de manos del Cojuelo, y dejándole abrirse por donde quiso, leyó esta poesía:

«Menudas gotas de lluvia,
van cayendo, van cayendo,
van mojando, van mojando,

van mojando el seco suelo;
van cayendo y van mojando,
van mojando y van cayendo,
....
¡¡También las almas se mojan!!
¡¡También se secan los pechos!!»

Así que acabó de leer, soltó Quevedo tan ruidosa carcajada, que no recordaba haber reído en vida de tan buena gana; hiciéronle coro Guevara y el Cojuelo, quien, viendo el buen resultado de la lectura, entregó otro libro á don Francisco, cuyo título era *Caja de colores*, asimismo de poesías; tenía el tal librejo en las dos primeras páginas una carta de un amigo del poeta, á la que bautizó con el nombre de *Pórtico;* después venía una prosa á guisa de prólogo con el nombre de *Liminar* y tras ella una advertencia del autor con la denominación de *Vestíbulo;* en unas veinte hojas de muy pequeño tamaño y diminutos caracteres se contenían los versos, y al final de ellos tornaba á supurar la prosa en letra bastardilla con el encabezamiento de *Epilogal.*

Abrió Quevedo el volumen, y en la página que quedó ante sus ojos, vió una composición titulada Κανών, en griego y todo, de la que leyó los siguientes versos:

«Cuando hables conmigo,
no me hables diciendo
las mismas palabras
que modula el *demos*;
solamente palabras ebúrneas
en tus labios quiero,
como aquellas que Pithia en el trípode al magno conjuro
pronunciaba en Delphos.
Cuando á mí me beses,
no quiero los besos
como les imprime

el vulgar deseo,
solamente los besos azules
en tus labios quiero,
que en el alma despierten memorias de noches nictelias,
mítricos misterios.
Cuando á mí me abraces,
no ciñas mi cuello
cual ceñirle suele
el amor plebeyo;
dame, hermosa, un abrazo cromático,
caríbdico, intenso,
que estremezca las cuerdas del raquis, trocándolo en lira
de atáxico Orfeo.»

—De aquí no paso, amigo Guevara—dijo Quevedo tirando el libro gran trecho de sí,—y pienso que debíamos quemar esta tienda como si fuese de judío sacrílego; aunque os aseguro que no me sorprende nada de lo que hemos visto, pues otra cosa no puede esperarse de un pueblo que tanto se precia de lo extranjero, en teatro, comercio, gustos, costumbres, gobierno y hasta en arreglar el reloj, y así pienso que no queda de la España de otros tiempos sino un idioma contrahecho con el golpe de vocablos y modismos bárbaros que en él han introducido estos bergantes de autorcillos.

—¡Vive Dios, don Francisco—replicó Vélez,—que está muy bueno eso que habéis dicho!; pero reparad en estos libros que aquí se descubren, que, ó yo no entiendo de ello, ó deben de ser labor seria y trabajo meditado.

—¿De qué tratan esos libros que decís?

—Todos son de literatura y de cosas españolas, según puedo advertir en las portadas, y en ellos veo los nombres de Cervantes, de don Juan Manuel, de Calderón, de Ercilla, de Berceo, de Macías, de Hurtado de Mendoza, de Tirso, del Arcipreste de Hita, de *Lázaro de Tormes*,

el vuestro y aun el mío, con otros mil que sería largo cuento enumerar.

—¿Y quiénes son los autores?

—No es ninguno de los belitres y pedantes que han dicho que la labor de Lope, de Cervantes y de Tirso fué inmoral y la gracia de vuestra merced *anquilósica*, sino que uno es J. Fitzmaurice-Kelly, otro G. Baist, y los demás A. Morel-Fatio, J. Ducamin, J. D. Fitz-Gerald, H. A. Rennert, R. Foulché-Delbosc, A. Farinelli, E. Mérimée, L. Rouanet, F. De Haan, etc., etc.

—Nombres extranjeros son ésos también.

—Y extranjeros los que los llevan, señores míos—dijo el Cojuelo—que todos ellos viven fuera de España, aunque en su literatura se ocupan y sé que la tienen puesta sobre las niñas de sus ojos.

—¿Y no hay ningún español que de eso trate?

—Uno hay, que por mil vale, y tres ó cuatro que le siguen; pero aun éstos encuentran en la patria, por premio de sus afanes, la desatención y el menosprecio.

Y aquí, lector, cuenta la historia que Quevedo y Guevara se miraron sin pronunciar palabra, si bien era mucho lo que con los ojos se decían, y pidiendo al Cojuelo que les sacara de allí, plantáronse de un vuelo en las cimas del Parnaso.

* * *

Ahora, lector avisado, tú que sabes poner los puntos sobre las *íes* y dar á cada cosa su verdadero nombre, vuelve la hoja, y engólfate sin recelo en la lección de la mal perjeñada, pero verídica historia, rotulada La Hostería de Cantillana.

De FULGENCIO SALINILLAS, *catador de lo fino á Melchor de Cantillana.*

Si cuando empuñas el ja—
Y al compás de unas cancio -
Vacías el espumo -
De Lázaro te acorda—
Seguro estoy de que ama -
La vida quieta y tranqui -
Sin meterte en torbelli—
De condes y majesta—
Callado encubridor fuis—
De aventuras amoro—
Por fin con tus huesos dis -
En la cárcel doloro—
Y de propina perdis—
Parroquia, fama y doblo—
Pena fué de tu deli—
Aquel hurto lastimo—
Del pícaro *Lazari*—
Que un holandés evapo -
Vete á Flandes ensegui -
Compóntelas con el la—
Obligándole al bella -
A que te devuelva el li—
Y si el traidor se rie -
Y el volumen te nega—
Chapúzalo en la tina—
O cásale con la due—

De Don Pelayo Mimón de Laredo, *Catedrático de Matute (provincia de Logroño) y Académico de Valde-ganga (provincia de Albacete), al Bachiller Alonso de San Martín.*

SONETO

Las «*ee*» de tus renglones he contado,
Y de las «*uu*» no se me escapó una;
¿Por qué has de renegar de la Fortuna,
Si como al de la Mancha te han tratado?
Un dictamen pedías; me da enfado
Tu demanda solícita, importuna,
Porque siempre que subo á la tribuna,
Vergüenzas mil y apuros he pasado.
¿*Juicio* me pides? En la vida pude
Sentencia alguna proferir yo solo,
Pues me favoreció siempre un vecino.
Si lo deseas, Bachiller, acude
A quien posea ingenio más ladino,
Que yo menguado soy como Bartolo.

De Doña Oliva, *mujer gorda por arrobas, á Isabel Ana.*

SONETO

Esta que ves de rostro amondongado,
alta de pechos y ademán brioso,
no comprende, Isabel, cómo tu esposo
contigo se casó tan confiado.

Dos veces, por mi cuenta, te ha robado
un monarca galán y poderoso,
pero en las dos, sacaste victorioso
tu excelso nombre, y limpio de pecado.
No admiro tu tesón ni tu belleza,
ni que fueses de un Rey la golosina,
ni en Rojas el amor, ni tu arrogancia,
Ni en el baile tu garbo y gentileza,
ni tus ojos y tez alabastrina,
lo que admiro, Isabel, es tu ignorancia.

De EL DE LA NUEVA, *crítico lechuzo y poeta pagano, al autor de* LA HOSTERÍA DE CANTILLANA.

SONETO

Hasta hoy, ¡oh Bachiller!, fuiste mi amigo,
pero ahora que te veo literato,
los nudos ya de la amistad desato,
y voy á ser tu azote y tu castigo,
Si en tu libro no encuentro algún postigo
(que sí lo encontraré, porque soy gato)
por donde entrar al texto, no me abato,
pues sabes bien que, cuando quiero, hostigo.
Me daré á averiguar cuál es tu vida,
si eres tragón, borracho ó calavera,
si gozas en tu casa de sosiegó.
A todo el mundo lo diré enseguida,
que, á falta de una crítica sincera,
el chisme y la calumnia hacen su juego.

De LAURÉCULO PERROSECO ENGAÑABOBOS, *Catedrático de Primo en la Universidad de Antuvión, al Bachiller Alonso de San Martín.*

SONETO

Pasar me has hecho ratos tan felices,
que, en premio, la receta quiero darte
de obtener una cátedra, y calzarte
hasta una Rectoral, con ó sin vices.
Húrgate cuanto puedas las narices,
vete sucio, no cuides de afeitarte,
usa la paradoja al expresarte,
de modo que no entiendan lo que dices.
Buscas luego un Ministro de Fomento
que antes de dimitir te dé el aviso;
otro, si puede ser, de gran valía,
Que diga á todos que eres un portento,
un neo á quien obligue el compromiso,
y te haces catedrático en un día.

De CINCUENTA AUTORES DEL GÉNERO CHICO, *en alabanza d l Bachiller Alonso de San Martín.*

Seis meses trabajamos
cincuenta ingenios,
para hacer una copla
de tu obra en premio,
y, al fin, vencimos,
pues esta seguidilla
nos ha salido.

Del APROVECHADO, *editor «per accidens» y vividor «per se», al Bachiller Alonso de San Martín.*

Tu epístola he recibido
en que me das un envite
para que imprima y edite
la novela que has parido;
mas no lo puedo aceptar,
y no es que el mérito niego,
sino porque no es el juego
con que yo acostumbro á entrar.
En mis negocios de imprenta,
suelo no tener en nada
el impresor, la tirada,
el papel y hasta la venta;
lo que miro es que el autor,
aunque sea un ignorante,
tenga influencia bastante
para ser mi protector;
como lo fué de este modo
un hombre que, si valía,
padeció de la manía
de creerse grande en todo;
era algo escritor el tal,
yo su flaco averigüé,
y, adulándole, logré
que me diera original;
hice muy bien mi papel,
probándole, en dos instantes,
que ni Miguel de Cervantes
pudo competir con él.
Publiqué en mi colección
sus obras, que Dios confunda,
y hubo primera, segunda,

tercera y cuarta edición;
pues, aunque no se vendía,
yo las cubiertas cambiaba,
por nueva edición pasaba,
y el hombre se lo creía.
El dinero, como ves,
de mi bolsillo salió,
pero un destino me dió
y una medalla después;
y desde entonces acá,
mande el liberal ó el neo,
chupando de un buen empleo,
no sabes qué bien me va.
Y por eso no he querido
editarte tu HOSTERÍA,
pues en ello no veía
un negocio parecido.
Tú hiciste la indicación,
creyendo de buena fe
que por las letras mostré
decidida vocación;
así á todos he engañado,
pero sabe que á este cura
la bella Literatura
le tiene muy sin cuidado.

De EL QUE SE DICE (*poeta ético y modernista*), *á doña Teresa Silva, Priora de las monjas de San Plácido.*

¿Qué misterio es el que guardas en tu anómala existencia?
¿Qué problema de la *psiquis?* ¿Qué estertor de la conciencia?
¿Eres una ó eres dos?

¿Se desdobla tu persona? ¿Es que tienes más de un Ego,
y el sosiego
de la celda armonizaste con mundana incontinencia,
y la plática de amores con el rezo, que es de Dios?
Si hay un crimen en tu vida, es un crimen disculpable;
lo disculpa el super-homo, no lo entiende el miserable,
que es NACER;
Has nacido como eres, como eres has nacido,
y si HAS SIDO,
te razonas por ti misma con razón irrefragable,
que no hay duda ni argumento en la hipótesis del SER.

De EL POLICHINELA, *al Conde de Segura.*

Eres, Conde de Segura,
carácter que me ha gustado,
y á fe que me ha interesado
tu simpática figura.
¡Ah!, si mi numen te enfoca
del drama en los nimbos tersos,
¡cuántas tiradas de versos
hubiera puesto en tu boca!
¡Qué de cuartetas profundas,
de esas que yo hago á destajo,
empezando desde abajo,
que es como salen rotundas!
Al vengarte, obraste en ley,
que el honor que se nos da,
más alto que el Rey está,
con estar tan alto el Rey.
En vano en contra se esgrimen
razones que el vulgo lanza,

que es más justa la venganza
cuanto es más terrible el crimen.
Lo bueno no es lo mejor,
ni el derecho es el deber,
pues lo amargo del placer
es lo dulce del dolor.

....

Adiós, Conde, y si este canto
le juzgas incomprensible,
no te extrañe, que es posible
que me pase á mí otro tanto.

De DON TARQUINO GAVILANES, *filósofo, teólogo, crítico, dramaturgo, comadrón, espadachín y pinta-monas, á Don Alonso de Contreras.*

De todo entiendo un poquito,
aunque en nada voy á fondo,
pero sospecho es muy hondo
el asunto que has descrito.
Una cosa te pregunto,
que no es dado comprender,
si bien puede suceder
que sea lo que barrunto:
¿Por qué con la espada aquella,
de cobardes espantajo,
diste la estocada bella
uñas abajo?

De El Fantoche, *posadero tabarra y escritor duro de cascos, á Melchor de Cantillana.*

Yo, maestro Tabarra por la enbidja nommado,
Iendo a la villa e corte de ty fuy conbidado.
De tus perdises asadas, del tu sabroso guisado
Probarlos llegue un poquiello; quedeme mucho espantado.
Buscaba adrede la gloria por esos andurriales;
Por deprender la çiençia sofri trabaios cabdales,
E dolores de cabesa que me diéron inffernales
Por estudios e cuydados que comedy theologales.
Todo mi afynco era saber de sociología;
Deprendime de coro lo que bien no entendya;
Furtando a estos e a esotros un dia et esotro dia,
Por un omne de sabiençia el rribaldo me tenia.
Desque a la corte llegara, catara los tus pasteles
E las otras golosinas a que acompannan picheles,
Echara de ver al punto que comi en los tus manteles,
Que çiençia es vna nada iunto a los tus papeles.
Confiesso yo, coytado, mis furtos vergonçosos;
Confiesso que mis lybros son todos enoiosos;
Confiesso el mi peccado con oios lacrimosos;
Meresco ser lastado de açotes espantosos.
Meior fue el tu seruiçio, mi amigo Cantillana,
Para el bien de los omnes, no para gloria vana,
Llenando tu despensa syenpre bien de mannana
Para plazer al viçio de gente cortesana.
No fueron fumo vano tus ledas comilonas;
Estomagos henchias, occupabas fregonas,
Nunca tus faltriqueras se mostraron lloronas,
Ni para hinchirlas presto requerias tizonas.
Yo estudiaba sandeçes; tu, con tu *Lazariello*,
A las vegadas echabas un rregular sorbiello.

Yo chufas predicaua; tu, con Lagartijiello
Buen solomo comjas de fermoso nouiello.
Por eso de la çiençia dessengañado quedo;
Prosseguir no me aplase lo que entendre non puedo.
De grado a los guisotes omjllome asaz ledo,
Para que los rrapases no me fagan del dedo.

Del MARQUÉS DE LA REAL RECOMPENSA, *á Pernia y Pablillos de Valladolid, Bufones del Rey.*

Según he sabido
por esta novela,
la Corte os llamaba
hombres de placer;
¿Por qué, pues, se extrañan
sesudos varones,
de que en nuestro tiempo
los haya también?

DÓMINI HERMÓGENIS, *Rectoris Studii Generalis Villæ Mantuæ Carpetanorum, in laudem Dómini Gabrielis, Carminis Ad Petroselinum auctoris.*

No he encontrado en la Biblia antecedente
que hable del peregil ó que á él aluda,
aunque tengo por cierto y evidente
que esa planta es más vieja que la ruda.

El *Ramayana* dice, al verso veinte,
que miel con peregil cenaba Buda;
Josefo, acaso, no le conocía,
pero Herodoto en Menfis lo comía.

—

Tito Livio asegura que un romano
llevó á Sicilia el peregil de Grecia,
y Tácito nos dice que el germano
de comer peregil se alaba y precia.
Tiestos de peregil, verde y lozano,
cultivaban las damas en Venecia,
y *Pere-Gil*, (algunos dicen Pero),
era el mote del rey Pedro primero.

—

¡Cuánta pena me da, cuánta tristeza,
ver el número escaso y reducido
de los que nos rompemos la cabeza
por sacar estas cosas del olvido!
Su utilidad á comprenderse empieza,
porque algunos, al fin, la han comprendido.
¡Sigue, oh Gabriel, aunque te den matraca,
y escribe otro poema «A la Espinaca»!

—•—

Del GRILLO, *poeta cortesano, parasitario y lamedor, á Don Felipe IV el Grande.*

Siempre fué mi divisa
vivir de gorra,
convirtiendo en pesetas
mis pobres coplas.
Hago pasar por lira
mi contrabajo

y entro á vender los versos
en los palacios.
A los tontos que tienen
mucho dinero
les saco cada duro
que canta el credo;
pues uno me pensiona,
otro me edita,
y otro, al morir, se acuerda
de mis quintillas.
No hallo perra que ofrezca
dificultades,
como la encuentre á tiro
de consonante.
Por la santa limosna
hago mis libros;
de todos y de todo
saco partido.
Ya ves tú, mensualmente
cobro cien pesos
de los gastos de escobas
de un Ministerio.
Las nueve de Elicona
me llaman golfo,
pero me importa un bledo
si hago negocio.

. . . .

¡De buena te libraste,
Monarca eximio,
con vivir en tus tiempos
y no en los míos!
pues de un sablazo
te divido, Felipe,
de arriba abajo.

De SÁNCHEZ MIGUEL, *académico de Coimbra, farol de retreta y blanco de guantazos, al Conde Duque de Olivares.*

SONETO

Tu humilde servidor hubiera sido
¡oh Conde Duque, excelso y valeroso!
si en tu tiempo magnífico y glorioso,
por mi fortuna, acierto á haber vivido:
con lacayuna vocación nacido,
hipócrita, cobarde, codicioso,
adulo indignamente al poderoso,
aunque manche con lodo mi apellido.
Si él me lo manda, doblo la rodilla
pensando en mi provecho y humillado
obedezco, sin ver quién me moteja
por convertirme en tiple de capilla,
ó hacer la apologia de un menguado,
ó votar catedrático á una oveja.

De UNA MONA, *Priora salmanticense, á Don Francisco de Quevedo.*

SONETO

Son mis deseos firmes, aunque insanos,
lograr lo original por espejismo;
hoy hago que me aplauda el anarquismo,
mañana que me silben mis paisanos;
unas veces, estoy con los cristianos,
otras, encuentro lógico el budismo,

otras digo que yo no soy yo mismo,
y otras, que el intelecto está en las manos.
Siguiendo, pues, tan peregrina ruta,
dije que era *anquilósica* tu gracia,
cual te pude llamar hijo de Soria,
ó sostener la tesis absoluta
de que no hay salchichón sin democracia,
ni queso compatible con la Historia.



CAPÍTULO PRIMERO

VERSOS, CUCHILLADAS Y CITAS

> «Tenía mi buen tío su alojamiento junto al matadero, en casa de un aguador; entramos en ella; díjome:
>
> —No es alcázar la posada, pero yo os prometo, sobrino, que es apropósito para dar expediente á mis negocios.»
>
> (Quevedo.—*Historia de la Vida del Buscón,* Cap. XI.)

El viernes 19 de Octubre de 1629, fué día de gran júbilo en toda España, y especialmente en la cortesana villa de Madrid. Dos días antes habíase anunciado el feliz alumbramiento de la Reina doña Isabel de Borbón, con cuyo fausto motivo, su esposo el Rey don Fe-

lipe IV había dispuesto singulares festejos. La grandeza de señores y caballeros dió el parabién á S. M. el jueves 18, y al siguiente día teníase dispuesta, entre otros regocijos, una gran mascarada nocturna en que los Alguaciles de Corte, por sendas hachas iluminados, habían de lucir su apostura y gallardía.

Como nuestros antepasados tenían la loable y sana costumbre de retirarse temprano á sus viviendas, fiestas y regocijos pudieron darse por terminados á eso de las once de la noche. Claro está, sin embargo, que no habían de faltar quienes, por obligación ó por recreo, se recogiesen más tarde, y aun pasaran las noches de claro en claro, siendo antípodas del sol y murciélagos de la Corte.

Buen golpe de estos trasnochadores solía congregarse en la renombrada *taberna*—que así debe llamársela, por más que su dueño persistiera una y mil veces en rotularla *hostería*—de Melchor de Cantillana, establecimiento frecuentado por gente de todas clases, pero particularmente favorecido de los ingenios, que allí encontraban siempre vino infiel, riquísimos pasteles de á cuatro, suculentas morcillas, y unos cofines de pasas que diz eran capaces de acordar los irregulares más exóticos al gramático más desmemoriado.

La tal taberna ú hostería tenía su principal entrada por la plazuela del Cordón, á las espaldas de las casas de don Alonso de Ercilla (que Dios haya). El exterior no era por cierto nada lisongero, y antes prevenía que predisponía en su favor. Pero así que se penetraba en el interior, todos los sentidos á una, y en especial el tercero, auguraban generosa y bien aderezada pitanza al estómago del visitante, no dejando de impresionar tampoco de modo halagüeño la rubicunda, monumental y

bondadosa faz del obeso Melchor de Cantillana, dueño y señor de la bien provista morada.

Y esta era la taberna del tío Melchor de Cantillana, porque no es preciso hablar del sotabanco donde tenía la cocina y sus habitaciones particulares, y es forzoso diputar por habladuría y chismes, mientras con mayor seguridad no lo sepamos, lo que ciertos crédulos parroquianos afirmaban acerca de salas recónditas y misteriosos aposentos, donde Su Majestad solía concurrir en unión de sus íntimos cuando resolvía deponer el brillo de la grandeza y respirar de tejas abajo.

Decíamos que la referida noche había sido en Madrid de notable regocijo. Bien se echaba de ver en el gran concurso de gente que á la taberna del tío Melchor acudiera. De las quince mesas, catorce estaban ocupadas, y sólo una, por milagro, aparecía desierta.

No tardó, empero, mucho tiempo en ocuparse. Serían las doce menos cuarto, cuando abrióse la puerta y entró un hidalgo de portante, el cuello abierto, sombrero de lado, capa puesta, espada ceñida y calzas atacadas. Era de regular estatura y aire distinguido, pero afeábale cierta cojera, bastante perceptible, y un enorme par de anteojos que llevaba sujetos á las orejas con cuerdas de guitarra, y que denotaban su cortedad de vista.

Tomó asiento el referido hidalgo junto á la mesa que vió desocupada, pidió del de Madrigal, y sacando del pecho unos papeles, púsose á ojearlos rápidamente, remojando de vez en cuando el gaznate y echando á ratos una mirada á través de sus gruesos vidrios por la concurrencia tabernil.

La fisonomía del hidalgo era tan expresiva, que no podía menos de llamar la atención; descubríase allí

tanta viveza, tan buen humor, tan regocijado espíritu, que, á no dudarlo, aquel hombre debía ser sujeto de extremado ingenio y amenísima conversación.

Transcurrió como una media hora, y sorbo tras sorbo, había apurado ya el hidalgo el jarro que con gran solicitud le sirviera el propio tío Melchor, cuando entraron en el local dos caballeros, por las trazas cortesanos y de buena sangre, que se dirigieron directamente al guardarropa, después de hacer una ligera seña al tabernero. Miróles con atención el hidalgo de los anteojos, y recogiendo los papeles que sobre la mesa pusiera, disponíase á salir después de haber pagado su escote, cuando se presentaron en el aposento dos malencarados sujetos, con aires más bien de pícaros de la honda que de gentileshombres de Su Majestad. Eran dos bravos mozos, el uno con una ropilla de paño y su capa de lo mismo, el otro con ferreruelo largo, como de estudiante, ambos con largos bigotes, sombreros de gran falda, medias de color, espadas de más de dos palmos sobre la marca, dagas, y sus broqueles pendientes de la pretina.

Hablaron un rato los recién venidos con el tío Melchor, y en seguida entraron á su vez en el guardarropa. Entonces el hidalgo, como volviendo de su primera determinación, hizo del ojo al tío Melchor, y enderezó sus pasos al aposento secreto.

Allí estaban los dos caballeros mencionados y los dos bravos del baldeo y rodancho, amén de un viejo de bayeta, con anteojos, que se entretenía en un rincón haciendo solitarios con unos naipes.

El hidalgo se colocó entre los caballeros y los buenos mozos, de suerte que sin gran dificultad podía observar y aun oir lo que unos y otros hacían y decían.

De los dos caballeros, el uno había pedido recado de escribir, y ocupábase al parecer en componer alguna poesía ó comedia de singular dificultad y enredo, porque de vez en cuando enarcaba las cejas, miraba al techo con fijeza, y mordía nerviosamente la pluma, dando muestras de impaciencia y enojo. Su compañero había pedido un jarro de vino y una taza, y entreteníase en soplar la espuma y beber, mirando á ratos con cierta expresión de bondadosa lástima á su atareado amigo. Por fin éste prorrumpió en una exclamación:

—¡Vive Dios, que á no tratarse de vuesa merced y del Doctor, así pusiera mano en esta comedia, como me iría á coger espárragos á la China!

—¿Cómo es eso, D. Luis Vélez de Guevara no halla consonantes?—replicó el otro.

—No los hallo, ni pienso hallarlos aunque más años viva que un censo perpetuo ó la manta de Cazalla. Además, D. Francisco, que imagino nos ha de costar esta comedia el salir encorozados vos, el Doctor y yo.

—¿Por qué?

—¿Pues paréceos poco el título: *El pleito que tuvo el diablo con el cura de Madrilejos?* ¡Válame Dios! Creo lo más derecho que lo dejemos por esta noche; mañana será otro día y procuraré terminar la primera jornada. Ya veremos luego cómo se porta en la segunda mi señor el florido y galante poeta don Francisco de Rojas y Zorrilla, y en la tercera, mi grave y sesudo amigo el doctor don Antonio Mira de Amescua.

—Hablemos, pues, de otra cosa—dijo el compañero, que no era otro sino el mismo Rojas y Zorrilla.—¿Persiste el Rey en lo de doña Isabel Ana?

—¡Chist! ¡Que las paredes, y aun los hombres tienen oidos! Sólo puedo deciros que anda tan flaco de memo-

ria, que ha de ocurrirle lo de aquel novio que la noche de la boda se le olvidó que había de dormir con la desposada y se fué. Por lo demás...

El resto de la conversación, que sin duda debía de ser interesante, no pudo oirlo el hidalgo de los anteojos, por más que procuró aguzar el sentido. Sólo algunas palabras sueltas, como: *Conde, rufianes, Avendaño, Belisa,* que sólo sirvieron para atizar su curiosidad, llegaron á él.

Entretanto, los dos bravos, merced á los copiosos tragos del suave licor, habían ido perdiendo su taciturnidad y alzando un poco el tono. Alguna parte de su conversación llegó á oidos del hidalgo, y era la siguiente:

—¿Sabes, Chicharra—decíale el más alto de los dos á su colega,—que ya me va pareciendo largo el coloquio de los dos compadres?

—Razón tienes, Murciégalo—añadió el otro;—pero no hay sino tener paciencia. Aquí dentro no podemos barajar, so pena de incurrir en el enojo del tío Melchor, á quien no nos conviene dar disgustos.

—De *toas* maneras, menester será cumplir el *mandao* del padre.

—Y el del señor Conde, que nos amenazó con las *gurapas* si no damos cuenta de los hidalguillos de la escritura.

—A propósito, ¿y sabes tú por qué les tiene esa enemiga el Conde?

—Con *toa seguridá*, no; pero sospecho es porque le sirven al Rey en sus amores con la parienta.

—Ya, ya. Calla, que se van.

Efectivamente, Rojas y Vélez de Guevara se levantaron y salieron juntos á la calle. Ya en la plazuela, se

separaron, yendo Rojas hacia la calle Mayor, y Vélez de Guevara en dirección al callejón del Rollo. Los pícaros, después de breve coloquio, decidieron ir en seguimiento de Guevara.

A todo esto, el de los anteojos, comprendiendo á medias lo que allí ocurría, salió también, convertido en lacayo de los pícaros. Llegado Guevara al callejón del Rollo, tomáronle ambas salidas los bravos, y sacando las blancas, fueron los dos contra el poeta. Guevara procuró defenderse con su espada á la luz de un triste farol que en mitad del callejón ardía, pero mal lo hubiera pasado, á no caer allí, como llovido del cielo, el de las antiparras, quien valerosamente se puso á su lado, descargando formidables tajos y terribles estocadas á los bravos. Pronto echaron de ver éstos que se las habían con un adversario consumado en la destreza, y empezaron á retroceder.

—¡Pardiez!—dijo el recién venido—conozco el método. Es el mismo de ese imbécil Pacheco de Narváez. ¡Pára este revés, truhán!

Y tirándole uno monumental á Murciégalo, dejóle sin oreja, derribándole desmayado en tierra. Chicharra huyó al contemplar el estrago auricular, y el hidalgo, volviéndose á su favorecido, que se preparaba á darle las gracias, díjole sonriente:

—Grande es mi satisfacción al haber servido de San Pedro á vuestra merced, señor don Luis. Ahora, si quiere volver á la taberna de Cantillana, me atrevo á ayudarle á terminar esa primera jornada del *Pleito que tuvo el diablo.*

—Pero, esperad—repuso Guevara;—yo creo conoceros.

—No lo extraño; pero el destierro me ha desfigurado

bastante. Sin embargo, debíais reconocerme por los pies y por los ojos. Soy don Francisco de Quevedo y Villegas, para servirle.

—Venga un abrazo, don Francisco—dijo con júbilo Guevara,—y ahora, vamos, si queréis, á la hostería; ardo en deseos de saber de vuestra merced.



CAPÍTULO II

EN QUE SE PROSIGUE EL ANTERIOR

> «...y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras.»
>
> (*Don Quijote*, parte 1.ª, cap. II.)

—Por mí no ha de quedar, don Luis—dijo Quevedo, —y á fe que también yo ardo en deseos de saber de vuestra merced, pues ha tiempo que no os hablaba, y necesito distraer el ánimo, que unas cosas traen el olvido de otras, lo pasado se olvida con lo presente, y lo porvenir da priesa á lo que existe para que deje de ser.

—Codicia siento de oiros, señor don Francisco, y lo que me habéis dicho y las nuevas que con la presencia de vuestra persona me trajísteis, son, vive Dios, chispa con viento en la era, que hace que la mies á discreción

se entregue, como yo me rindo y doy á vuestra amistad y servicio. Vamos, pues, á casa de Cantillana, y allí os enteraré de cierto negocio poético en que me hallo comprometido.

—Digo que me place, don Luis, y tened por cierto que de cuantas fiestas ha dispuesto la majestad de Felipe, ninguna otra me sabrá mejor que la honra que me hacéis de vuestra compañía, sazonada con esos versos que decís y tal cual trago del Madrigal de Melchor, que es de perlas, dicho sea sin ofensa para el de Esquivias.

—Pues vamos, señor, y pienso que debemos poner muy gentil compás en los pies, porque si la ronda encuentra el gato que habéis cazado, no terminaremos con bien la noche.

Dicho esto, aceleraron el paso, y después de cruzar, dando un rodeo, algunas callejuelas, revueltas y enmarañadas como lo eran y son aún todas las de aquella parte de Madrid, halláronse de retorno en la plaza del Cordón, frente por frente á la taberna de Cantillana.

—Aguardad un poco, don Luis, que, si mal no he oído, viene gente por esa calle.

Recatáronse ambos con el embozo, se ocultaron lo mejor que pudieron en el pretil de la izquierda, y al cabo de unos instantes aparecieron dos hombres por la calle de Puñonrostro, cuyos semblantes no les fué dado distinguir, porque los traían cubiertos con las capas; pero en el continente y apostura presto echaron de ver que de personas principales se trataba.

—No chistéis, por vida vuestra, don Luis, que, ó mucho me engaño, ó es notable aventura ésta.

Llegaron los embozados á una puerta accesoria de la casa de Melchor, puerta que abrieron desde dentro

como si estuvieran aguardando á los recién venidos, tan pronto como éstos llegaron al umbral. Uno de ellos entró, diciendo:

—Hasta luego.

—Hasta luego—contestó el otro,—con lo cual volvióse á cerrar la puerta, sin hacer ruido.

—Hacia aquí viene,—dijo Guevara, viendo que el caballero que se había quedado fuera encaminaba allí sus pasos, para tomar la derrota de la calle de Toledo.

Pasó el embozado junto á ellos, y es fama que les conoció y que fué conocido, aun cuando los otros, á fuer de discretos, no osaron dirigirle la palabra, y después de que hubo traspuesto la plaza, nuestros dos personajes entablaron este diálogo:

—¿Qué juzgais de esto, señor don Francisco?

—Juzgo, amigo Guevara, que al buen don Diego no le ha tocado en esta comedia la parte de galán.

—Luego ¿también se os antojó á vos que el que marchó era don Diego?

—¿Y cómo no había de ser, por mi vida, si le acusan y delatan esas melenas de más de la marca, y esos mostachos que parecen recogidos con bigoteras de ámbar?; y si bien es cierto que el traje que lleva es de los *de desdén* y propio para dar un martelo, bien he reconocido la persona que bajo él se oculta y tapa. A buen seguro, que de todos los enseres de su oficio no le ha sido menester otro que el *tiento* para esta empresa.

Dicho lo cual, entraron en la taberna, en donde ya quedaba poca gente. Cantillana no estaba en el mostrador, y como los dos amigos se dirigiesen á la trampilla que comunicaba con el aposento secreto, y halláranla cerrada con un muy fuerte candado, adelantóse á ellos la seca y magra figura de Lagartija, quien, dando

rienda suelta á un bostezo y desperezando los miembros de su cuerpo, les dijo:

—Está *cerrá.*

—¿Y cómo es eso?—le preguntaron.

—El amo—les contestó el otro por toda respuesta y encogiéndose de hombros.

—Entonces,—dijo Quevedo,—hacedme merced, don Luis, de venir conmigo á mi posada, y allí, con mayor espacio y sosiego, podremos departir hasta que seais servido.

—No ha de ser eso—dijo un parroquiano, que en una mesa de un rincón bebía—sin que antes me hagan vuestras mercedes la de tomar un sorbo á mi salud.

Volviéronse al que brindaba, que era un mozo de regular estatura, trigueño, no mal trajeado, de ojillos pequeños y bailadores, por donde le salía una mirada más viva que lumbre, mostrando en todo el aire de su persona ser pícaro redomado, capaz de reirse de un entierro, y de dar vaya al que más se preciase de sagaz.

—¡Ganados estamos!—exclamó Guevara, tendiendo la mano al mozo;—y fuerza será hacer la razón al buen Cosme Pérez, que no es otro, señor don Francisco, el que tenéis delante.

—Para servir á Dios y á vuestra merced, que es persona de quien yo soy gran devoto—dijo Cosme.

—Y yo de tí, buen Pérez—respondió Quevedo,—que ha tiempo que de fama te conocía.

—Viva vuestra merced muchos años, y con él me entierren, que gusto yo de los que, como vuestra merced, tienen copete en el ingenio, como otros en las guedejas, y no han menester de alzador ni braserillo para relevarle.

—Sea pronto ese envite, Cosme—dijo Guevara,—que don Francisco y yo todavía tenemos algo que hacer.

—¡Lagartija!—exclamó Cosme—Trae un jarro, y cata que sea de lo bueno, y no digo más, que basta y aun sobra, sabiendo que hay aquí personas tan principales, que la taberna se ha trocado esta noche en alcázar.

No bien había pronunciado Cosme estas palabras, salió de la trastienda el tío Melchor, quien, dirigiéndose al célebre gracioso, le habló de esta manera, un tantico azorado:

—Mira, Cosme; como dicen que dijo el otro, hay tiempo de hablar y tiempo de callar; y perdonen vuestras mercedes que pique y me entremeta en la plática, pero un hombre vive de su tráfico y negocio, y hoy con una persona y mañana con otra y siempre con todas, y ya me entienden. Si mi casa es alcázar ó es taberna, cosa es que solamente á Dios y á mí importa, y no hará mal el que se eche un nudo á la lengua, que tal podían venir dadas, que ahorrase de esta guisa que se le echasen en la nuez.

Al vuelo, como decirse suele, cogieron Quevedo y Guevara el fregado que allí se estaba haciendo, y, como prudentes y avisados que eran, callaban y bebían, cuando á deshora vieron entrar un fraile de San Agustín, que con gran priesa y casi sin resuello, decía:

—Sean servidos vuestras mercedes de venir conmigo aquí cerca, que ahora, al volver á San Felipe, de acompañar á un enfermo que es notable cristiano, me he topado en el callejón del Rollo con un hombre tendido, que se va en sangre y pide confesión por momentos: ¡tal lo haga Dios que le alcance!: vuestras mercedes me podrán ayudar á levantarle, que es gran caridad.

Pusiéronse en pie Guevara, Quevedo y Cosme, y lo

mismo hicieron otros dos ó tres parroquianos que quedaban; salieron detrás del fraile, y no bien el último había traspuesto el umbral, el tío Melchor cerró tras él la puerta de la taberna, no importándole del herido más que de las nubes de antaño, ó quizá porque así estuviese dispuesto.

—Vive Dios, señor don Luis,—dijo Quevedo al oído de su amigo,— que, ó me miente mi cortedad de vista, ó este fraile tiene la misma cara que aquel viejo de las bayetas que se entretenía con los naipes cuando vuestra merced y Rojas estaban tratando hace poco en el asunto de la comedia.

—¡Y cómo si es el mismo!—contestó Guevara reparando en el religioso...

—¡Silencio, señores!—dijo Cosme, interrumpiendo la plática,—que me parece que por la calle del Codo viene tropel de gente, y os prometo que no es la ronda, porque sé que los corchetes tienen encargo de no aportar hoy por estos andurriales.

Retrocediendo algunos pasos, ocultáronse los tres en la oscura rinconada que forma la iglesia de San Justo, desde donde podían observar sin grave riesgo de sus personas, y á poco vieron venir calle abajo cinco ó seis hombres con espadas, los cuales se pararon en la puerta accesoria de la casa de Melchor. Uno de ellos, que parecía dirigir á los demás, por no sé qué aire apersonado y de calidad, llamó, dando grandes porrazos con el pomo de una daga, y como nadie contestase, exclamó:

—¡Aquí del Rey! ¡Justicia!

El fraile, tan pronto como oyó aquella voz, remangóse los hábitos y emprendió la más desaforada carrera de que hacen mención los anales de la Corte, saliendo

en su seguimiento y alcance dos de los que habían llegado con el que llamaba.

—¡Justicia! ¡Justicia!—repetía éste.—¡Al Rey he de quejarme de este agravio! ¡Follones están ahí dentro, que no personas bien nacidas, y, si me oyese el Rey, entendería la razón de mi demanda.

De dentro no respondían más que si llamasen en una tumba.

—¡Prenderé fuego á la puerta, porque yo he de entrar, pese al infierno!—continuaba el otro, dando muestras de gran desesperación.—¡A ver, encended una antorcha y que arda la madera!



Uno de los de la tropa sacó una linterna sorda, y en ella encendió una antorcha de alquitrán y resina, aplicándola inmediatamente al borde inferior de la puerta misteriosa, que hubiera comenzado á arder como yesca, á causa de lo vieja que era la madera, si al mismo tiempo y rechinando los cerrojos, no hubiera quedado abierta de par en par, apareciendo en ella diez hombres espada en mano.

El caballero se echó sobre ellos, y tras él los que le acompañaban, clamando á grandes voces:

—¡Justicia! ¡Justicia!

Trabóse una lucha formidable; las cuchilladas menudeaban como granizo, y los de dentro obligaron á los de fuera á retroceder hasta el medio de la calle, guardando con sus espaldas la retirada de un hombre, que

salió de la casa, embozado hasta los ojos y custodiado por otros dos que llevaban sendos pistoletes.

—¿Qué hacemos?—preguntó Guevara á su amigo.

—Estar quedos es ahora dictado de prudencia, y pésame.

—¡Traidor!—gritó el caballero dirigiéndose al que marchaba.—¡Ven conmigo, cuerpo á cuerpo y cara á cara, seas quien fueres, que aquí te aguardo!

Los que habían salido de la casa cejaron en el ataque la puerta se cerró otra vez, y ellos, tan pronto como sonó el golpe del portazo, se dispersaron por las calles inmediatas, á tiempo que los dos que habían salido á la caza del fraile, traían á éste fuertemente atado. El caballero, en cuanto le vió, arrojóse á él amagándole con la daga. El fraile cayó de hinojos á sus pies, suplicando con voz enronquecida por el terror:

—¡Señor Conde! ¡Por el amor de Dios!

—El alcázar volvió á ser taberna, señores míos,—dijo Cosme Pérez á sus compañeros de escondite.





CAPÍTULO III

DONDE ES MÁS LA PROSA QUE LOS VERSOS

> «Quisiera haberos hecho tantas buenas obras, que os obligara á no negarme cualquiera cosa que pudiera ó quisiera pediros.»
> (Cervantes, *Las dos doncellas.*)

Dejemos al fraile de hinojos ante el iracundo magnate, y veamos lo que les aconteció al embozado y á sus dos satélites, que de la hostería del buen Cantillana salieron.

Caminaban los tres, guardando absoluto silencio, por las calles más apartadas y tortuosas, en dirección á la plaza de Palacio. El embozado iba delante, siempre cubierto hasta los ojos, la mano en el puño de la espada y el broquel colgado de la pretina, demostrando en su andar y porte ser algún personaje de elevada alcurnia

y hábitos señoriles. Su traje era todo de color oscuro, y aun pareciera modesto, á no desmentir la supuesta pobreza el cintillo de diamantes que deslumbraba en su sombrero. Enredado en el cintillo, y cual si su mejor engarce fuera, llevaba el tal personaje un mechón de áureas y finísimas guedejas, preciado obsequio de alguna complaciente dama.

En cuanto á los satélites, su inquietud debía de ser notable y desusada, á juzgar por las continuas y escrutadoras miradas que á un lado y otro de la calle dirigían, y por aquel suspenderse y echar mano á los pistoletes cuando algún cuerpo, siquiera fuese el de un macilento y trasnochador gato, proyectaba su sombra en el espacio.

Cerca estaban ya de la plaza de Palacio, cuando deteniendo respetuosamente uno de los satélites al embozado, díjole con apresuramiento:

—Señor, un hombre... allá... al extremo... junto á la calle Mayor.

Miró el embozado y dijo:

—Es uno sólo, según parece. Despachadle si molesta. Pero, esperad, es preciso cerciorarnos de sus intenciones.

El desconocido, entre tanto, acercábase con cierta premura, pero sin ademán alguno de hostilidad.

—¡Téngase! ¿Quién va?—dijo uno de los satélites del embozado empuñando un pistolete, después de haber requerido el cebo.

El recién venido, que era un hombre alto, fornido, de fisonomía noble y simpática, vestido á la soldadesca, contestó al momento:

—Servidor de Vuestra Majestad.

—Muchos dicen serlo que no lo demuestran en sus hechos—dijo entonces el embozado.

—Nadie puede con justicia poner en duda mi lealtad. Soy capitán de los ejércitos de Su Majestad.

—¿Seréis acaso Magazo el de Olías?—preguntó con sorna el embozado.

—Soy el capitán Alonso de Contreras, que años ha buscaba una oportunidad como la que ahora se le ofrece. Si sois quien sospecho, hacedme merced de perdonar mi osadía y escuchar un momento mis razones.

Más de veinticinco años hace que á Vuestra Majestad he servido en muchas partes—prosiguió el desconocido.—Serví en Flandes, en Italia, en el Mediterráneo, y fuí últimamente quien socorrió la Mamora. Fiado en estas obligaciones, pretendí de Vuestra Majestad me hiciera la merced de un decreto para que me dieran la plaza de almirante de una flota. Concediómela Vuestra Majestad; pero atravesáronse reparos y dificultades de antecámara, y aún aguardo se haga justicia á mis cortos, pero positivos merecimientos. Sin embargo, no vengo á entreteneros con esta plática; vengo á deciros que ya es hora de que sepa el Rey lo que pasa entre sus validos, no escarmentados aún por la justa caída y muerte del Marqués de Siete Iglesias. Vuestra Majestad es justo y generoso como el mismo Alejandro; pero los cortesanos, raza de gente á que no pertenezco, no dejan que se entere de las fechorías de los soldados ni de los pecados de los generales. Los unos, viéndose desatendidos, contemplando cómo se olvidan sus merecimientos, se truecan en salteadores de bolsas, cuando no en capeadores de los arrabales cortesanos. Por eso habréis notado que no pasa día en que no amanezcan media docena de casas robadas, siendo infinito el número de los asesinatos é imposible de contar el de los atropellos que tanto en la corte como fuera de ella se verifican.

A tal extremo ha llegado la osadía de estos soldados, que algunos han proyectado una maldad, que sólo de pensarla se me erizan los cabellos. Tratan nada menos que de apoderarse de vuestra persona. Sé muy bien que á vos no os puede convenir, aunque vaya en ello vuestra vida, llamar esta noche á la ronda ni á la guardia, y, como el trance es apurado, ofrézcoos guardaros con mi leal esfuerzo y mi buena espada del perrillo. Acaso me concedais después el honor de escucharme, cuando de nuevo me muestre en el Alcázar.

Oídas estas razones, el embozado dijo con severa y cortés dignidad:

—Apartad, hidalgo, que á mi persona, sea quien fuere, nadie ha de atreverse. Con Dios quedad, y guardaos del de Ocaña, que dañar suele el discurso cuando con él se traba excesiva amistad.

Inclinó el hidalgo la cabeza, quitóse con arrogante desembarazo el chambergo, y contestó:

—A vos, señor, corresponde mandar; á mí, á fuer de buen soldado, obedecer ciegamente. Mas impedir no podéis siga de lejos vuestros pasos.

Hízolo así, en efecto, el capitán Alonso de Contreras, y andado habían como un tiro de ballesta, cuando en una encrucijada saliéronles al encuentro cuatro enmascarados provistos de arcabuces y mechas, tomando las salidas de las cuatro calles que en aquel punto se cruzaban.

Trabóse muy luego la pendencia. El capitán dió tremenda cuchillada uñas arriba á uno de los enmascarados; el embozado jugó bizarramente de la tizona, alcanzando en el antebrazo á uno de los contrarios y haciéndole soltar el arcabuz; los de los pistoletes, colgando las armas de fuego en la pretina, emprendiéronla á

linternazos con los otros dos enmascarados, uno de los cuales cayó á tierra herido, después de disparar sin éxito un tiro de arcabuz. Viéndose solo el cuarto enemigo, tomó las de Villadiego. Entonces el embozado y el capitán sujetaron al que no disparó, amarrándole con la mecha del arcabuz, desarmaron á los caídos, y echaron á andar llevando delante de sí al amarrado, á quien obligaron á marchar poniéndole la punta de la espada en los riñones. Pero, en un momento de despecho, volviéndose hacia el embozado el prisionero, díjole airado:

—Rey Felipe, no mostréis tan á la luz el cabello de vuestras damas, porque ya sabéis que con un pelo ahorcan, y no digo más.

Poco después llegaba la ronda.



CAPÍTULO IV

DE COMO DOS HABLABAN, QUEVEDO ESCUCHABA Y MUCHOS DORMÍAN

«PERAFÁN. —No importa que el rey agravie,
Para que la sangre nuestra
Vertamos por él.»
(Vélez de Guevara.—*El diablo está en Cantillana.* Jornada 3.ª, escena última.)

—Bien está, hijo Pablos—dijo aquella noche Quevedo, mientras el picarillo ayudábale á desatacarse las calzas antes de acostarse en la tarima que le preparara en su aposento de la posada de San Javier;—bien está, que otras cosas se hacen peor en el día. Dame ahora el candil, acércame esos papeles y vete donde quieras.

Dicho lo cual, metióse Quevedo en el lecho y comenzó á hojear los mismos papeles que en el bodegón de Cantillana había repasado. Rato hacía que en esta tarea se hallaba ocupado, y el sueño comenzaba á apoderarse de él y á entorpecer sus sentidos, cuando cierto

murmullo, como de voces de intento apagadas, llegó hasta él.

Como hombre aficionado á escudriñar misterios y huronear escondrijos, Quevedo se dispuso á penetrar la causa de semejante inusitado coloquio (eran ya las dos de la mañana).

Pareciéndole que las voces llegaban de fuera, es decir, de la calle, levantóse con tiento, y recatadamente se aproximó al ventanillo de su aposento, abrió un poco el postigo y miró hacia la calle. No vió nada en un principio, pero habiendo insistido en su investigación, distinguió á un caballero que desde la angosta calle hablaba con una dama asomada al balcón de una casa inmediata á la posada. A juzgar por el porte, el caballero debía de ser soldado; en cuanto á la dama, tan arrebujada en su manto estaba, que no era posible ver claramente sus facciones. Sólo podía conjeturarse que era de alta estatura y más bien gruesa que delgada.

Tentado estuvo don Francisco á volverse al lecho, matar el candil y procurar coger de nuevo el interrumpido sueño, pero el diablillo de la curiosidad pudo más en él, y como decía para sus adentros: «¿Quién sabe si yo, por mal de mis pecados y en tiempos tan alborotados como los de ahora, no descubriré algún importante y valioso secreto?» E hizo lo posible por pescar al vuelo algunas frases.

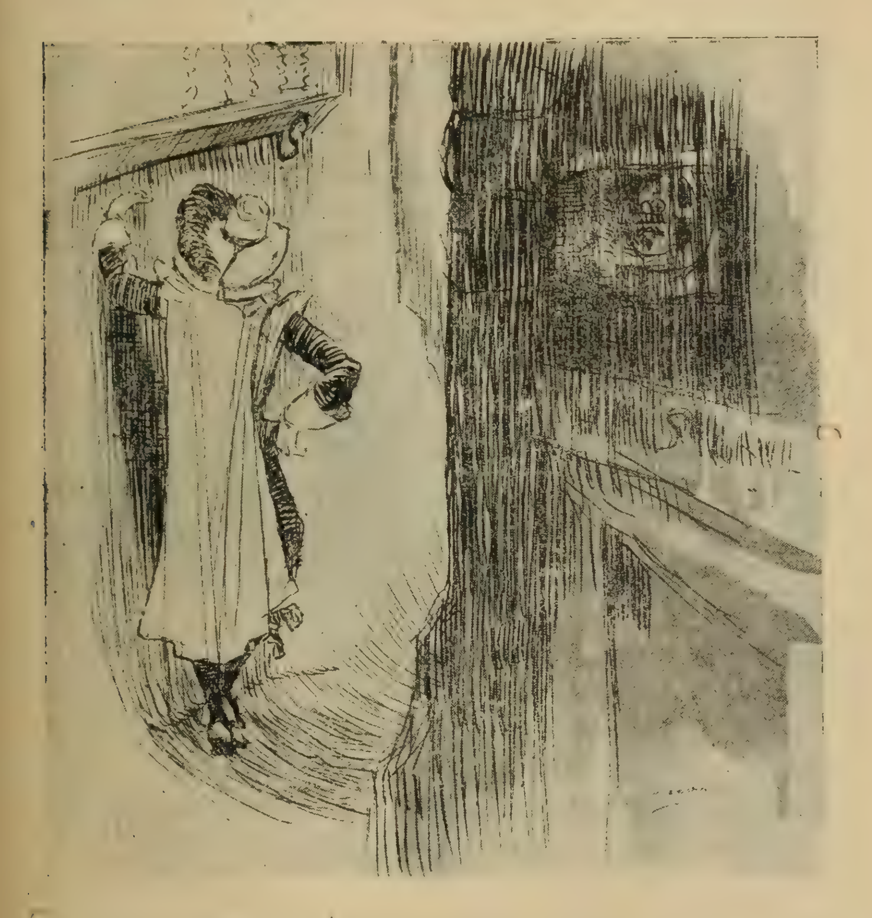
Lo que oir pudo, fué lo siguiente:

—Señora, mi amor, aunque alto y cuasi celestial por su objeto, no es indigno de mí. Pobre soy y de humilde cuna vengo, pero el ciego dios no se cura de linajes, y sus flechas hieren tanto al poderoso como al humilde. De una hermosura, para mí por leyes divinas y

humanas negada, me prendé ciegamente, y á esto sólo miro.

—Ved á lo que os exponéis—dijo la dama.

—En ello no reparo. Mil muertes arrostraré por una mirada de sus divinos ojos.



—¿Lo habéis meditado? ¿No temeréis á nada ni á nadie?

—¿Cómo he de temer, vive Cristo, cuando tan reparadoras nuevas he sabido? ¡Yo, que pensaba que mi amor era ignorado del objeto de mis ansias! ¡Yo, que

mil veces marché desesperado de la corte, decidido á recibir la muerte de manos del turco ó del inglés, había de saber ahora que mis suspiros fueron notados, que mi anhelo fué descubierto y que no llegó á enojar del todo á mi amada, y había de temer y hallar dificultades en mi camino! Mirad; cuando de parte de ella me citásteis en esta calle; cuando hablarme os habéis dignado; cuando me habéis dicho que consentirá en saber mi pasión y no se ofenderá por ello, he cobrado valor y energías bastantes para vencer al universo todo. Ahora mismo, no hace media hora, á su mismo indigno esposo he salvado y ayudado sin reparo, que, aunque grave delito sea dar muerte á cualquier hombre, pero darla á él—como un excelente amigo mío ha dicho—es maldad execrable y traición nefanda.

—¡Jesús! ¡Qué decís! ¿Eso se intentaba?

—Como lo oís, señora mía. Súpelo al anochecer en el bodegón de Cantillana, y acábolo de comprobar ahora.

—Mas, ¿quién habrá sido el malvado...?

—No lo sé; pero supongo que hay un Conde de por medio, y unas guedejas de cierta dama no enemiga del Rey, como señal.

—¿El Conde de...? (Aquí las palabras de la dama dejaron de oirse.)

—Tal vez. Pero dejemos eso, señora, y hablemos de mi amor. ¿Cómo supo Su Majestad...?

Otra vez perdió Quevedo el hilo de la conversación, que fué interrumpida, y al parecer terminada, en vista de la aproximación de la ronda. Recogióse, pues, al lecho; mas fuéle imposible conciliar el sueño, ¡tanto era lo que la conversación oída le preocupaba!

—¡Válame Dios!—llegó á exclamar, levantando el

brazo en actitud de dar un tajo descomunal.—Todo son esta noche cuchilladas, reveses, citas, encuentros, amoríos; pero, ¿y la gobernación recta? ¿y el proceder justo? ¿y la moralidad del Reino? No hay duda; esto tiene de acabar malamente.



CAPÍTULO V

HABEAS CORPUS

> ... «porque sabida la verdad, á las veces es más seguro al que está injuriado disimular la injuria que no vengarla.»
>
> (Antonio de Guevara, *Letra á don Juan de Moncada.)*

A la entrada de la calle de Segovia, levantábase en aquel tiempo un caserón al que, á pesar de su poco artística catadura y extravagantes proporciones, empeñábanse las gentes en dar el pomposo nombre de palacio, sin duda porque era la señoril morada de don Fernando Ruiz de Aguilar, Conde de Segura, hombre que había gozado en la Corte fama de galán y gran cortejador, pero que en la época á que este cuento verídico se refiere, frisaba ya en los sesenta de su edad y vivía retirado del mundo, compartiendo las horas del día entre sus devociones y las amenas lecturas de muchos libros de entretenimiento y pasatiempo que guardaba en su bien provista biblioteca. Familia no tenía, porque nunca

fué casado, y los servidores de su casa reducíanse á un mayordomo, un cocinero y un ayuda de cámara, llamado Gil, antiguo esportillero de la Puerta de Guadalajara, después mozo de mulas y luego soldado en Flandes, donde le conoció don Fernando, admitiéndole á su servicio cuando el memorable sitio de Ostende, y peleando ambos bajo las banderas del Archiduque.

Decíase que este don Fernando había tenido en otro tiempo amores con una muy principal señora de Toledo, de los cuales fué fruto una niña que el mismo día de su nacimiento entregaron para su crianza á unos labradores de la comarca, á cuya casa y con gran sigilo iban los padres algunas veces en el año. Cuando Ruiz de Aguilar decidió partir á Flandes, visitó por última vez á su hija, dejando á los labradores muchas ropas, gran cantidad de dinero, y encargo de que con ellos atendieren á la muchacha, y á su vuelta de la guerra encontróse con que la madre había muerto y que en el pueblo donde la hija se crió, ni ésta ni sus padres adoptivos residían ya, siendo estériles cuantas pesquisas hizo para averiguar su suerte y paradero.

Una tarde que acompañado de Gil volvía el Conde á su morada, acertaron á pasar por junto á un corral de comedias, en donde á la sazón representaba la compañía de Pedro Avendaño.

—Por las señas—dijo el mozo,—ha terminado la pieza y va á dar comienzo el baile. Bien haría vuestra merced en entrar, que en Dios y en mi ánima que no le pesará.

—¿Pues qué hay, Gil, en este corral?—preguntó don Fernando.

—Hay—continuó aquél,—que no hay en toda España quien baile como Isabel Ana, de quien se

dice que es tan gentil comedianta como recatada, pues siendo muchos los señores de la Corte que la han requerido, ninguno hasta ahora puede blasonar de haber logrado sus favores.

—¿Eso se dice?

—Y aun se añade que una persona, que no la hay de mayor calidad en estos reinos, perece de amores por ella, y ha compuesto un soneto cantando las gracias de *Belisa,* nombre que, si bien repara vuestra merced, es el mismo de Isabel con las sílabas trocadas.

Picado el Conde de la curiosidad que las palabras del criado despertaron en su ánimo, entró en el patio, en donde hacía poco que acababan de representar el *Peregrino en su patria,* de Lope; los concurrentes, que eran muchos, impacientábanse por lo que el baile tardaba en llegar, hasta que al cabo apareció en el tablado el autor de la compañía y dijo al ilustre senado que Isabel Ana iba á bailar el baile de *El villano.*

—¡*Villano* no!—gritaron algunos—¡Que baile la *Chacona!*

—Que baile *el Canario!*—dijeron otros.

—¡*Zarabanda, zarabanda!*—exclamaron muchos—¡Que baile la zarabanda!—y sobre si había de ser villano ó canario, chacona ó zarabanda, levantáronse voces, y tras las voces palos, que fué una bendición y en verdad cosa de ver, pues solamente Dios sabe en lo que hubiera terminado la pelaza, si en aquel punto no se presentara, como se presentó, Isabel Ana, á tiempo de que los músicos templaban ya las guitarras.

Aunque grandes habían sido las ponderaciones del criado, parecióle al Conde que no aventajaban la realidad que delante de sus ojos tenía. Llevaba Isabel peinado el cabello en dos largas trenzas que hasta más de

la cintura le caían, y vestía justillo de chamelote azul, enaguas cortas de tafetán con pasamanos de hojuela, medias de pelo ceñidas con ligas de cotonia, zapatos de tres corchos, de guadamacil, con virillas de plata, y en las manos castañetas de boj. Saludó al concurso con gracia singular y no afectada; los músicos comenzaron á tañer la zarabanda, y la bailadora á mover piernas, brazos y caderas, haciendo unos contrapases, mudanzas, quiebros, alcilla y trenzados, capaces de sacar de su sosiego, no digo ya á aquellos espectadores, que por lo general era gente alegre y regocijada, sino á los mismos Padres de la Iglesia. En el promedio del baile empezó Isabel á cantar al compás de la zarabanda, no se sabe si con la boca ó con los ojos ó con ambas cosas á un tiempo, con lo que llegó á su cima y apogeo el entusiasmo de los que la contemplaban, y nadie podría decir los vítores que por donde quiera resonaron cuando entonó aquello de:

«Bullí, bullí, zarabullí,
que si me gané, que si me perdí,
que si es, si no es, si no soy, si no fuí,
por acá, por allá, por aquí, por allí».

Suspenso estaba don Fernando viendo la bailadora, porque en sus facciones y continente parecíale recordar otro rostro que él muy bien había conocido, y certificándose cada vez más en una idea que no podía apartar de su cabeza, antes bien le punzaba en el cerebro como si en él quisiera echar raíces; una vez que el baile y con él la representación de aquella tarde hubieron terminado, fuése en busca del autor de la compañía, y encerrándose ambos en un aposento, debieron tratar en cosas de grande interés, puesto que eran más de las diez de la



noche y aun estaba Gil aguardando á su amo á la puerta del patio de comedias. Qué se dijesen el uno al otro, no ha podido averiguarse, pues nunca pudo saberse más sino que Isabel Ana no volvió por entonces á representar en los corrales de la Corte, y que, según decían algunos pocos que de enterados se preciaban, fuése á vivir á una casa próxima á los Caños del Peral, en compañía de una dueña sesentona y de un escudero que pasaba de los cincuenta. Díjose también que el Conde de Segura, ó alguien que á él mucho se le parecía, iba de noche á visitarla, y que una de estas noches, al llegar á la casa referida, encontróse con las puertas abiertas y en ella sólo el escudero durmiendo sobre un escaño la más gentil borrachera de que hacen memoria las crónicas escuderiles. Pero lo que sí está fuera de toda duda es que don Fernando era el mismo á quien hemos visto á deshora junto á la hostería de Cantillana, tratando de forzar la puerta, luchando con los que por ella salieron, y en fin, con la daga levantada sobre el pecho de aquel fraile á quien dieron caza los sabuesos del Conde, llevándole maniatado á su presencia.

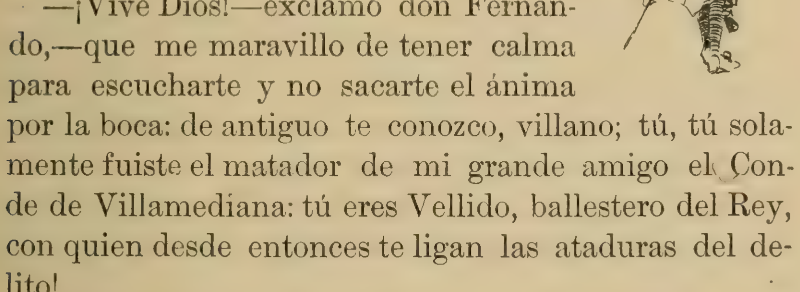
Pensando don Fernando que nada lograría con matarle, hízole conducir á su casa, donde airado y con feroz talante le dijo así:

—Morirás aquí, traidor, si en el mismo instante no me descubres y muestras el paradero de Isabel, y mira que te determines presto en ello, que no sé si tendré paciencia y mesura para aguardar lo que respondas.

—Señor,—dijo el otro—mandad que me quiten estas ligaduras, que aprietan más que un dolor y me cortan los pulsos, y asimismo que me despojen de estos hábitos que no me corresponden, y hablaremos, pues para todo hay tiempo, como no sea para la muerte.

—Aunque mueras, así has de estar hasta que Isabel vuelva á mi poder, y te emplazo para que de aquí á dos días, con las nuevas que de ella me des, pueda encontrarla; si no, eres muerto sin remedio.

—Don Fernando,—contestó el mentido fraile,—no puedo negaros, pues lo sabéis ya, que he sido yo, pecador de mí, uno de los que anduvieron en todo este fregado, y también sabéis que, si lo hice, fué obedeciendo órdenes que no podía menos de cumplir.



—¡Vive Dios!—exclamó don Fernando,—que me maravillo de tener calma para escucharte y no sacarte el ánima por la boca: de antiguo te conozco, villano; tú, tú solamente fuiste el matador de mi grande amigo el Conde de Villamediana: tú eres Vellido, ballestero del Rey, con quien desde entonces te ligan las ataduras del delito!

—Señor,—respondió Vellido—haced de mí lo que os plazca, pues á discreción me rindo á vos; el Rey manda y yo obedezco; Isabel fué sacada en efecto de su casa y conducida á la hostería de Cantillana; desde allí y antes de que vos llegaseis, lleváronla de nuevo; esto es todo lo que sé; si me demandais otra cosa, no podré satisfaceros, porque no sé más; haced de mí lo que mejor os cumpla.

—Si es ó no es eso todo lo que sabes, á fe que lo hemos de ver muy pronto, porque pienso que ahora mismo será bueno que mis criados te pongan al tormento: ¿quiénes, además de ti, ayudaron al infame en esta empresa?

—Otros dos hombres.

—¿Quiénes eran?

—No les conocía, señor.

—¿Fué el Rey quien salió esta noche de la casa de Cantillana?

—Yo, señor, para hablaros en verdad, os diré que no le he visto.

—Ni yo—dijo don Fernando—me he visto jamás tan pacienzudo como hoy, pero por Dios que se me acabó ya la calma—¡Hola!

Apareció Gil en la puerta.

—Gil, trae una cuerda.

A poco volvió el criado con la cuerda que su amo le pedía, y por orden suya pasósela á Vellido por la frente, atándola por detrás de la cabeza; entre ésta y la cuerda puso Gil una daga, con la cual, y dando vueltas, podía realizarse el tormento llamado *de garrote*.

Demandaba Vellido compasión, pero el iracundo don Fernando, ahora tornado en juez inquisidor, preguntóle impasible:

—¿Ha sido el Rey, ó el de Olivares el que ha estado esta noche en casa de Cantillana?

—¡Señor, ya os he dicho que no lo sé!

—¡Una vuelta, Gil!

El criado obedeció lo que su amo le mandaba, y, dando vuelta á la daga, estrechó las ligaduras que oprimían el cráneo de Vellido, quien gimiendo de dolor dijo de esta suerte:

—¡Compasión, señor Conde!

—¡No la hay para el traidor asesino! ¡Responde á mi pregunta!

—¡Os juro, señor, que es verdad lo que digo!

—¡Aguante tiene el bellaco, por vida mía—repuso el Conde;—pero en esta jornada no seré yo quien antes

se deje vencer por las asperezas y quiebras del camino! ¡Otra vuelta, Gil!

Vellido exhaló un grito.

—¡Calla, infame, y no grites, porque me siento capaz de trocarte el ansia en la de la muerte, pasándote la cuerda de la cabeza al gaznate!

—¡Don Fernando, por Dios!, mandad que me quiten la cuerda,—dijo Vellido retorciéndose como lombriz—que yo os prometo y juro sobre los Santos Evangelios de deciros cuanto sé en este negocio; mas quitádmela presto, porque pienso que si no me tomará un desmayo.

Estas palabras pronunció Vellido con tal acento de verdad, que, tanto por esto como por creer que estaba cerca de privarse, ordenó don Fernando á Gil que le desciñese la cuerda, pero advirtiendo al reo que si no cantaba, no sería mucha labor tornar á ceñírsela de nuevo.

—Sí haré,—respondió con voz quejumbrosa el torturado, el cual, así que se vió libre del suplicio, estuvo mediano espacio sin decir nada, y al cabo comenzó á hablar de esta manera:

—Bien sabéis, señor Conde, que yo soy el criado que tiene el de Olivares para todo aquello que tocante á su persona y á la del Rey es de tal guisa, que no puede ordenarse con la real estampilla ni aun siquiera con la firma de mi amo, sino que tiene que ser dicho y encomendado á personas discretas que por mal de sus pecados ó por su mala estrella, vénse como yo en estas redes metidas. Si de ello me pesa, Dios y yo lo sabemos, pero por no ser esto de momento para vos, callo y digo que esta noche serían acaso las siete, cuando vino á mí un despensero de Su Majestad, y recelándose mucho de que pudiera ser oído, díjome que el Conde Duque, mi señor, mandábale que.....

A esto llegaba Vellido en su confesión y plática cuando sintiéronse grandes golpes que daban á las puertas del palacio; alarmóse el criado, y el Conde, para decir verdad, no las tuvo todas consigo.

—Veamos quién llama á estas horas en mi casa; que debe de ser, por las trazas, alguien que trae asunto de los que no admiten dilación. Quédate aquí, Vellido, que amarrados tienes los pies y las manos y estoy cierto de que no podrás escapar, y piensa en lo que á decirme vas, que te importa la vida.

Salieron de la estancia amo y mozo, y tomando una linterna bajó éste la escalera y quedóse el Conde en el descanso.

—¿Quién es y qué quiere?—preguntó Gil desde dentro.

—¡Abrid á la justicia!—respondieron los de afuera.

—¿Qué mandais hacer, señor?—dijo Gil un tanto medrosico y dirigiéndose á su amo.

—Abrir la puerta, eso te mando. Venga y entre la justicia en buen hora.

El criado obedeció, y, abriendo la puerta, vió que por ella se entraban un Alcalde de Corte y seis corchetes.

—¿Qué quiere la justicia en mi casa?—dijo el Conde bajando la escalera y embocándose con el Alcalde.

—¿Sois vos,—replicó éste—don Fernando Ruiz de Aguilar, Conde de Segura?

—Yo soy.

—Pues en nombre del Rey, nuestro Señor,—continuó aquél—os mando que vivo ó muerto me entreguéis el cuerpo de Gaspar Vellido, de quien vuestras gentes se han apoderado esta noche en la plaza del Cordón, y de la misma orden, vos, don Fernando, daos preso.



CAPÍTULO VI

DONDE HAY QUIEN BEBE MÁS DE LO DEBIDO

«Le deben estar maullando
gatos llenos de doblones,
¿y excúsaste, mentecato?»
(Tirso de Molina.—*El Castigo del Penséque.* Jornada 1.ª, escena cuarta.)

Yendo por la famosa calle de Toledo desde la Plaza Mayor, poco antes de llegar á la calle del Burro, el sediento viandante no dejaría de reparar en el mocho que servía de enseña y banderín al tenebroso figón del padre Gambardo, punto de reunión y asamblea de cuantos rufianes, capeadores, sicateros y demás géneros de buena gente había matriculados en cinco leguas á la redonda.

El tal figón tenía una entrada asaz angosta y dificultosa, pasada la cual, veíanse á derecha é izquierda dos aposentos no muy espaciosos, donde los parroquianos se reunían en torno á largas y mugrientas mesas, Adanes sin pecado (pues no habían tenido ocasión de cubrirse ni aun con hojas de parra), y pesadilla de sabios, porque ni el más encopetado de éstos hubiese

podido descifrar, sin prolija labor, los mil y mil caprichosos jeroglíficos, con punta de daga trazados, que las servían de ornamento y repujado.

El alumbrado corría parejas con la restante compostura. Era, no de lujosas teas, ni de ligeras velas, sino de negruzcos y llorosos candiles, que no pasaban de dos en cada aposento, amén del farol que servía al bodegonero para ir á buscar á la cueva, cuando la ocasión lo demandaba, cierta sospechosa bebida á que pomposamente llamaba vino.

Pero, si el figón era de mala catadura, todavía parecía mejor que la fisonomía de su dueño, el mencionado padre Gambardo, á quien amigos poco aficionados á los apodos solían llamar también Juan de Molina, lo cual no dejaba de disgustar al interpelado, á causa de ciertas desazones que hubo de soportar en las espaldas cuando aquel nombre llevaba con mayor ostentación.

Era, pues, el tal Gambardo un hombre alto, huesudo, nariz larga, bigote lacio y ojos contradictorios (quiero decir que era bizco). Nunca se le veía sin su daga de tres filos, y cuando se le despertaba la cólera (que solía ser con harta frecuencia), no dejaba de inspirar fundado temor.

Sobre la razón de ser del apodo Gambardo, hubo grandes diferencias de criterio entre los parroquianos. Pero resolvió las dudas en alguna ocasión cierto bravo mozo, condenado un tiempo al hermano de Rómulo, y que, por mal de sus pecados, era bachiller graduado en Sigüenza. Dijo, pues, este ilustrado comensal, que allá en Sevilla (de donde procedía el padre), dábase el nombre de *gambardinas* á los picheles de medio cuartillo, así como se denominaban *gomboiros* á los de á cuartillo para arriba y *murelos* á ciertos cuñetes, bas-

tante indigestos (que hoy llamamos latas), de sardinas, que allí aportaban los bajeles de las Indias. Y aun se susurraba que el inventor de tales nombres fué un tal Alonso, leonés, que anduvo en tratos con la cuerda á consecuencia de cierta pesada broma que hubo de dar á Rafaelillo el Cortobí. Ahora bien (proseguía el remero bachiller), sin duda el buen Molina fué allá en sus mocedades un tantico aficionado á las *gambardinas,* de donde quizá le vino el apodo.

El cual no diputaban por deshonroso los parroquianos, antes bien lo tenían por señal inequívoca de la humildad cristiana y de las modestas disposiciones de su anfitrión, que pudiendo haber desengoznado los *gomboiros,* se contentó con cultivar la amistad de las breves, pero sabrosas *gambardinas.*

Resultaba de la catadura del Gambardo, del mal aspecto de su bodegón y de la mala fama de sus concurrentes, que cuando á los tímidos corchetes tocábales girar una visita de inspección al local, procuraban hacerlo á las horas en que se hallaba menos frecuentado, y aun entonces deseaban abreviar su estancia todo lo posible.

Ahora bien, la misma noche en que ocurrieron los memorables sucesos que dejamos apuntados, á eso de las once, comenzaron á entrar en el bodegón sus habituales parroquianos.

El primero que apareció fué un mozo de fosco semblante y pintoresco atavío. Llevaba abierto el cuello, jubón acuchillado, unas cuentas de ámbar en los pulsos y un cuchillo de cabos amarillos en la calza.

—¡Hola, valiente Lampordo!—díjole el padre Gambardo cuando vió aparecer su figura por la angosta entrada—¿Qué hay de nuevo?

—Nada bueno, padre—replicó Lampordo—no parece sino que anda retraído todo el mundo, y que nadie piensa en negociar. Figúrese voacé que vengo del pasadizo de San Andrés, oficina y cuartel de capeadores; allí, estaban Teranillo el de Bermeo, Cazín el de la Nueva, Donato el de las pedorreras, Pompillo el sacristán, y mucha buena gente. Una hora larga hacía que esperábamos, cuando vimos venir un hidalgo de no mal talle. Encarguéme de la descubierta, fuíme á él, tuvimos palabras salieron los cuchillos, y gracias á una regular herida que le hice en una mano, pude conseguir que soltarala capa y aun el sombrero. Pues bien, después de tanta faena, resulta ser la capa un colador averiado, y el sombrero un trapillo de fregar. ¿Parécele á voacé regular, ¡vive Cristo! que se den estos chascos á la buena gente?

—No en verdad, Lampordo; pero has de reparar que, no todos los días amanece claro. Mira, ahí están los amigos.

En efecto, á la sazón entraban en el local varios sujetos de análoga catadura á la de Lampordo. Eran dos rufianes de pelo en pecho; llamábase el uno Balugante; el otro, por mal nombre, Arco-iris, á consecuencia de ciertas cicatrices faciales, de diverso modo curadas, que daban á su fisonomía el abigarrado aspecto de aquel fenómeno atmosférico.

Tomaron asiento los tres valientes junto á una de las mesas, pidieron sendos gomboiros de estaño, y sacando unos naipes, pusiéronse á jugar.

Al poco rato entró en el figón cierto sujeto de barba cana, cubierto con una larga capa de bayeta y un sombrero como los de la hampa, esto es, campanudo de copa y tendido de falda. Dirigióse al aposento donde se entretenían los tres rufianes, pidió una gambardina, y sa-

cando á su vez unos naipes, pareció abismarse en la cristiana ocupación de picarlos sabiamente con un alfiler.

La oislo del Gambardo, ó, según malas lenguas decían, su hembra, llamada la Meolla por la afición que mostraba á apurar hasta las últimas gotas de los picheles servidos á los parroquianos, entró después y trabó conversación con los rufianes.

—¿Sabes—decíale Balugante á Lampordo—á quién he visto esta noche?

—¿A quién?

—Al capitan aquel de Osuna, el la pócima.

—¿Que es eso de pócima?—preguntó con curiosidad Arco-iris.

—Pues verás. Estando éste y yo en Osuna, hace ya unos años, hablónos un tal de Contreras, que con el título de Alférez quería levantar una compañía, para que despachásemos á un su primo, en cuyo nombre él trabajaba, llamado Alonso de Contreras. Este había llegado antes de que el segundo Alférez embarcase la compañía para las Filipinas, y por tanto, había trastornado sus planes. Engañé á un pajecillo de gineta que el tal Alonso tenía, y le reduje á que le diese solimán para matarle. La primera vez se lo echó en dos huevos pasados por agua sin cáscara y los polvoreó de solimán y azúcar. Contreras los migó con pan como acostumbraba, y los comió. Pasada una hora comenzó á basquear, llamaron á los médicos, le confesaron, y creyeron todos que se moría. A media noche le dieron un cordial y yo hice que el muchacho que fué por él echase diez maravedís de solimán, con que al beberlo se le hicieron llagas en el gargancho y no pudo apurarlo. Los médicos se volvían locos. A la hora de comer fué el muchacho

por la vianda y echó dentro otro papel de solimán. Comió Contreras, y luego le dieron las bascas ordinarias. Pero ni por ésas moría; sin duda el prójimo debe tener el vientre como cota de malla. El paje tuvo miedo y pensó en huir con el baul de su amo; pidió la llave á un alcalde que la tenía, y sacó dinero y algunas joyas; pero antes de salir de Osuna descubrióse el hurto, prendieron al muchacho, y al sacarle la llave de la faltriquera hallaron en ella un papel con solimán. Cayeron en la cuenta de lo de las bascas y dispusieron se llevase á la cárcel al muchacho. Pero en el camino pudo éste tomar iglesia en Santo Domingo, desde donde aquella misma noche le enviaron los frailes (que Dios mantenga) á Sevilla. Sanó Contreras, buscó al muchacho, trájolo á Osuna, y le dieron cien azotes en la cárcel y cortáronle los dos dedos de cada mano con que polvoreaba el solimán.

—¿Y cómo es que no murió el tal Contreras?—preguntó la Meolla.

—Dícese—repuso Lampordo,—que el no morir fué por estar el estómago habituado de un veneno que hacía poco le dieron en Roma.

En esto andaban, cuando entró precipitadamente en la taberna Chicharra, aquel valiente compadre del Murciégalo en la pendencia con Guevara y Quevedo. Venía sin chambergo, la espada en la mano, el aire azorado y un carrillo lleno de sangre.

—¿Qué es eso? ¿Qué te pasa?—preguntaron sorprendidos los del bodegón.

—Que habiendo ido Murciégalo y yo tras un hidalgo que saliera de la hostería de Cantillana, aparecióse un defensor de uñas que ha dejado mal herido al compadre y de mí hubiese dado cuenta á no haber tomado las de Villadiego.

Compadeciéronse los demás, curóle como supo la Meolla, y pusiéronle delante un jarro de lo tinto, con lo cual no tardó en tranquilizarse.

Entre tanto, Arco-iris, sabedor de que Lampordo y Balugante habían cobrado buenos doblones en cierta faena de importancia llevada á cabo los días pasados, habló un rato en secreto con Chicharra y dijo luego, dando una puñada en la mesa:

—¿Paréceos, señores, que cuando un amigo y cofrade hincha de veras la bolsa sin gran trabajo, está en el orden que no haga partícipes de la alegría á los no afortunados que se ven sin óstugo de moneda y que se dejarían tostar por él?

—No, en verdad,—dijo gravemente el padre Gambardo.

—Pues aquí tenemos á Lampordo y á Balugante, que habiendo ganado no ha mucho sendos doblones, no nos han dicho una palabra siquiera de su aventura.

—Mal hecho está eso, compadres—dijo Gambardo.

—Si nada hemos dicho—habló entonces el Balugante—fué por dos motivos: primero, porque la persona que nos encargó el negocio impúsonos la forzosa de no decir una palabra á nadie; segundo, porque, aunque de corta duración el trabajo, fué harto arriesgado y peligroso, y no es justo haya partición en el beneficio.

—Digo y repito que no habéis sido hombres de bien—sostuvo Arco-iris.—Y en lo del secreto no penséis darnos gato por liebre, que bien sabemos de qué se trataba y quién os lo encargó. De robar una mujer era el negocio, y pagados por un cortesano íbais.

Gambardo, al oir lo de cortesano, cambió su primer propósito de ayudar á Arco-iris á cobrar el barato, porque juzgó que no sin protección se hallarían Lampordo

y su compadre. Dirigióse, pues, á Arco-iris, púsole una mano en el hombro y díjole con benignidad:

—Déjate de pendencias, hijo, que harto habrás menester tu energía y tu cuchillo en mejores trances; si Lampordo y Balugante, contra su costumbre, no reparten la ganancia, perdonárselo podemos por esta vez, en consideración á la gravedad del caso y á lo peligroso de la empresa en que anduvieron. A traeros voy ahora un pichel del de Esquivias, capaz de resucitar á un difunto. Con él reanudaremos las amistades.

Fué el padre por el vino, y volvió al poco rato. Puso el jarro sobre la mesa, sentóse junto á la Meolla, y, sin hacer caso del viejo de bayeta que en el otro extremo del aposento dormitaba (ó hacía que dormitaba), dijo del modo siguiente:

—Bien sabéis, hijos míos, que mi vida ha sido de las más accidentadas y aventureras. Para solaz vuestro y enseñanza de todos, hoy, que nos hallamos aquí á tan buen hora reunidos, quiero contaros algo de mi historia. Empezaré por referiros cómo conocí á mi buena hembra la Meolla.

Celebrado era yo en Sevilla por mi singular gentileza y gallardía en apurar gambardinas de aguardiente (por eso dieron en llamarme Gambardo). Tal habilidad llamó la atención de cierta briosa fregona que en casa de mi vecino el pastelero Picamanos había, y ved ahí cómo por aquello de: «buena gracia tiene vuesa merced», y «más lindo talle no ví en los días de mi vida», vinimos á conocernos íntimamente la Meolla y yo. Fuése conmigo al fin, no sin consentimiento de Picamanos, á quien yo quedé muy agradecido. ¡Qué hombre aquél! Pasteles de á cuatro como los suyos no los he vuelto á ver jamás. ¡Qué sabrosos y suculentos eran!

¡Qué tufillo tan confortante despedían! Bien es verdad que la murmuración, que nada respeta, achacábale que sus pasteles estaban siempre más frescos el día siguiente al en que ajusticiaban algún pobre (que Dios haya), y aun decían que cierto parroquiano hubo de dañarse una muela por tropezar con la uña de un pie al comer uno de los pasteles susodichos, pero yo diputo todo esto por vana parlería, y aun dándolo por cierto, siempre sería preciso ser indulgente con los hombres.

Por lo que hace á mi Meolla, háme sido siempre tan fiel, que los diez años que en galeras estuve, los diez me acompañó disfrazada de grumete, haciéndome día y noche compañía.

A todo esto Arco-iris, que andaba un tanto amoscado por la defección de Gambardo en el asunto del barato, interrumpióle diciendo:

—Y vuestra buena hembra, ¿cuándo tomó lo del *meollo*, antes ó después de conoceros? Tengo para mí que lo tendría ya en casa de Picamanos.

—Túvolo la p... que os parió—exclamó colérico el Gambardo, y sin poderse contener, alzó el pichel y dió con él un tremendo porrazo en el cráneo de Arco-iris.

Salieron á relucir entonces dagas, cuchillos y tizonas, y aquello fué el campo de Agramante. El viejo de la picadura gritaba: —«¡Paz, paz, señores míos, por amor de Dios!», pero sin resultado. Al fin, tal alboroto se armó, que la ronda, que por allí pasaba, hubo de entrar en el bodegón. Lampordo pudo escurrir el bulto, pero los demás fueron presos, y aquella noche durmieron en la cárcel en compañía de otros trescientos caballeros y damas de su clase, quedando libre tan sólo el viejo mencionado, que por su aspecto pareció á la ronda hombre de bien.

La prisión de los otros duró, sin embargo, muy poco tiempo. A la mañana siguiente, una orden del Corregidor (á la cual quizá no fueron extraños Lampordo ni el cortesano de marras), puso en libertad á Gambardo, la Meolla, Arco-iris, Chicharra y Balugante.

Se nos olvidaba; en el momento de la refriega, cayósele un papel á Lampordo, papel que fué recogido disimuladamente por el viejo. Cuáles eran su contenido é importancia, lo echará de ver el lector que nos acompañe en esta verídica historia.





CAPÍTULO VII

LA RATONERA

> «Torno otra vez á avisar, que va mucho en no subir el espíritu, si el Señor no lo subiese; qué cosa es, se entiende luego; en especial para mujeres es malo, que podrá el demonio causar alguna ilusión...»
>
> (Santa Teresa de Jesús.—*Su vida.* Cap. XIII-5.)

Serían las nueve de la mañana que siguió á la noche en que acaecieron los memorables sucesos que narrados quedan en los capítulos pasados, cuando doña Teresa de Silva, priora del convento de la Encarnación Benita, situado al extremo de la calle de San Roque, se paraba junto á la puerta de una celda, atisbando sigilosamente por el ojo de la cerradura, des-

pués de lo cual, y dando dos golpecitos con los nudillos, como de dentro nada contestasen, usó de la llave maestra, que por ser priora de la comunidad tenía, y entró sin más requilorios que un «Dios os guarde», pronunciado con gangosa voz.

Sentada en una silla de vaqueta, al lado de la cama y con la cabeza oculta entre las manos, estaba una dama, tocada con negros vestidos, y por los suspiros que de tiempo en tiempo salían de lo hondo de su pecho, bien pudiera sospecharse que algún dolor del ánima la aquejaba, así como también el desaliño de su traje y cabellos muy á las claras denotaban que había pasado en vela la noche, afligida de graves cuidados y negros pensamientos.

—Niña—dijo la priora,—secad el llanto que corre de vuestros ojos y daos paz al corazón, que entre gente amiga os hallais: por mi fe, que no ha de sucederos mal alguno mientras estéis bajo mi guarda.

Solamente con un ¡ay! bastante á conmover las piedras duras, contestó la cuitada dama; la monja estuvo un breve espacio mirándola de hito en hito, y al cabo de él la habló así:

—Nuevamente os ruego, doña Isabel, que ceséis en esas lágrimas, y estad segura de que quien aquí os ha traído os quiere bien y sólo anhela vuestra dicha.

—Quien aquí me ha traído, señora—dijo Isabel acompañando sus palabras con muchos y muy quejumbrosos suspiros,—bien lo sé, bien le conozco, y pluguiera al cielo que nunca le hubiera conocido, pero lo que no alcanzo á entender es cómo una casa de recogimiento y devoción, como lo es esta en que nos hallamos, pudo y quiso diputarla para guarda de una dama

en la que no ha puesto sino ojos livianos y no nada limpios deseos.

—Sosegaos, hija, y no penséis en eso—replicó doña Teresa,—y por ahora ved solamente que estais libre de la vigilancia de ese don Fernando que os tenía encerrada como esclava, amargando los felices días de vuestra lozana juventud.

—¡Ay, Dios!—dijo la dama—¡y cuán sin razón me hablais así!, que don Fernando, en el tiempo que estoy á su cuidado, nunca me dió pesadumbre ni ejerció en mí sino buenas y caritativas obras, siendo la principal sacarme de la vida de la farándula y de todos los peligros que forman la corte de la farsa.

—Sea como fuere, doña Isabel, aun no está en claro el misterio de vuestro origen, y pudiera ser que en esto que juzgais, como niña que sois, celada del que os quiere, hubiera algún designio de más momento é importancia. Reposad, pues lo habéis menester, mientras llega la hora de la refacción, y si algo deseais de mí ó de mis hermanas, todas estamos solícitas para serviros.

Dicho esto, la priora salió de la celda, cerrando la puerta con llave, y se encaminó al aposento de labor, en donde se hallaba reunida toda la comunidad, después de haber oído misa y rezado tercia.

Era el tal aposento una pieza desahogada: de sus encaladas paredes pendían algunos cuadros de devoción de muy mala mano; solamente una ventana se abría en ellas, pero ésta grande y cubierta con celosías, que daba sobre la huerta; no había en el aposento más muebles que las sillas bajas en donde se sentaban las hermanas y una gran mesa de nogal, encima de la que sorprendía notablemente ver, entre dos cirios, la Custodia con el Santo Sacramento del Altar. Pero con ser esto cosa para

no dar crédito á los ojos, aun quedara más suspenso el ánimo de quien hubiera visto el extraño espectáculo que ofrecía aquella sala cuando entró en ella la priora. Treinta monjas habría, de las cuales se ocupaban diez ó doce en labores propias de convento, conviene á saber: randa, escapularios bordados, flores contrahechas de trapo ó de oro de hojuela y tal cual cuello de lechuguilla y arandela de ocho anchos, que eran los mayores que las pragmáticas consentían; pero las monjas restantes estaban unas echadas en el suelo haciendo aspavientos, otras subidas en sillas vociferando como condenadas, otras con la boca pegada á la pared, en guisa de moras penitentes, y una de ellas, desnuda como su madre la parió, lloraba de lo amargo, en un rincón de la estancia: más que pieza de monasterio, patio de casa de orates parecía.

Al ver entrar á la priora, una de las monjas dijo á grandes gritos:

—¡Señora, señora; soy tan cuitada, que á mí también me ha tomado el *Peregrino;* vedme, que no puedo reposar desde ayer, y siento lumbre en el cuerpo, y en la boca sabor de azufre!

—¡Sea todo por Dios, hermana!—respondió la priora;—ya yo sé también que ese es demonio malo, que cinco meses le tuve dentro, y á pesar de los exorcismos de fray Francisco, aun viene de vez en cuando á visitarme.

—¡Señora—dijo la que lloraba en el rincón,—no creais á esa hi de perra, que no es ella quien tiene al *Peregrino*, sino yo, y á fe que me hace mucho mal, pues sólo de esta guisa puedo aliviarme de él algún tanto;—y tornó á gemir. La primera monja que había hablado no hizo más caso de las palabras de su hermana que del preste Juan de las Indias, antes bien, se puso á cantar y bailar, y al

cabo de unos momentos se abalanzó á doña Teresa, dándola mil besos, visto lo cual por una que estaba con un misal en la mano gritando sobre una silla, bajándose de ella con presteza, y cogiendo á la monja por el cuello, en poco estuvo que no la ahoga, diciendo así:

—¿Qué pretendes, infame? ¿Acaso has imaginado, loca, que podías robarme el amor de mi priora?

Trabajo le costó á ésta, y eso que la ayudaron dos ó tres de las monjas que labraban, desasir las manos á la iracunda hermana del cuello de la otra, pero al fin, tanto hubieron de hacer, que lo consiguieron.

—¡Haya paz!—dijo la priora—y guarden silencio, que siento los pasos de fray Francisco.

Era éste un fraile de San Benito, antiguo confesor de doña Teresa de Silva, fundadora del convento; representaba tener hasta cuarenta y cinco años, su talla alta, su cara complaciente y rubicunda, vivos los ojos, la habla de almíbar y mieles, y en todo su continente mostraba gran pausa y compostura.

Hizo al entrar reverencia á la Custodia, estando de hinojos unos instantes, y luego saludó á la comunidad de esta manera:

—¿Qué buenas nuevas me daréis hoy, mis reinecitas?

—La nueva es, padre Francisco—respondióle la priora,—que ya nos ha cogido una más el *Peregrino*: Poco ha aprovechado, pesia á mí, el traer la Santa Custodia á esta sala.

—Y, ¿quién es?

—Sor Paula de la Transverberación; miradla allí.

Acercóse el fraile á la monja que la priora le indicaba, púsole una mano sobre un hombro, y con la otra tomó por la barbilla, estando, de esta suerte, mirán-

dola fijamente un buen espacio, al cabo del cual dijo, con un acento dulce y significativo:

—No te aflijas, flor de luz, alma del alma; bien conozco al *Peregrino* y sus mañas; no estará, no, mucho en tu cuerpo. Esto es Dios, que quiere probarnos.

—Y, ¿qué me diréis á mí, ¡ay triste!—dijo la desnuda,—que no hallo cosa que á solaz se parezca, y me obliga el malo á estar de esta manera, para vergüenza mía?

—No ha de reputarse vergüenza—replicó el padre,—el acto que no pende de la libre voluntad, como no penden los tuyos, que obra son de otro, y así te digo que no tengas rubor.

—Yo sí que muero y ardo—repuso otra monja,—y nadie alivia mi mal, ni yo misma puedo dar con los vocablos que le muestren.

—Pues, ¿cómo así?—preguntóla fray Francisco.

—Padre—contestó la hermana,—porque los pensamientos que tengo y las palabras que los declaran, me dan olor de pecado.

—No tengais de eso cuidado—añadió el fraile; y viendo que se disponía á hacer una plática (que era de perlas para ello), formaron todas corro en torno de él. Cuando advirtió que ya guardaban silencio, comenzó á hablar así:

—¿Cómo podré ponderaros, reinas mías, mis dueñas, el contento que alegra mi ánimo de ver que Dios oye las oraciones de este su siervo y atiende sus ruegos? Gentes de poco seso dirían que, pues en este convento más de la mitad están poseídas del demonio, muestra y señal es concluyente de que no place á Dios. ¡Ah, y cuán errado irá quien tal diga! ¿Pues no sabes, mentecato, que Dios quiere probar á los que elige? ¿Cuándo

viste oro que no fuese contrastado, ni diamante que no se aquilatase, ni sillar que antes con muchos golpes no haya puesto á la luz su resistencia y poder? Así, vosotras, mis cedros del Líbano, sois oro, diamante y sillar del Señor, pues que os contrasta, aquilata y golpea, y así vosotras podréis conocer el amor de Dios, que ya os tengo dicho que á las veces se siente una manera de herida, que produce un dolor que hace quejar, pero tan sabroso, que se exacerba con sólo pensar que faltar puede; no quiere decir esto que sea ímpetu de deseo corporal, mas por este mismo deseo venimos en ocasiones á conocer el amor de espíritu, y de ahí que lo que parece obsceno y grosero, no lo sea en amor de Dios, ni lleve á perder la gracia, antes bien, pueda ser reputado como unión, dulzura, suavidad y semejanza del trato que entre sí tienen los ángeles en el cielo. Yo sé, pues Dios me lo revela, que vosotras alcanzaréis don de lenguas y predeciréis que muerto nuestro Pontífice Urbano VIII, le ha de suceder un Cardenal que vivirá poco, y á éste yo, pues quiere la Divina Sabiduría que congregue Concilio para resolver sobre los misterios del Apocalipsis. Cuanto más poseída del demonio veo á una de vosotras, digo yo: más estimada será ante Dios; y no os maraville que haya habido santas de gran calidad que lo fueron aun con amor de varón y trato continuo con él, pues esto lo hicieron, no por ansia carnal y hedionda como de animal bruto que en el estiércol se revuelca, sino como el que revuelve en el muladar para encontrar la margarita con impulso irresistible. Aquella, pues, será más favorecida y querida que, siendo más tentada del demonio, persista más en el amor de Dios, aun amándole por sus criaturas, y de ahora para siempre y de siempre para ahora, yo os absuelvo

y remito los pecados que hayais cometido ó que en adelante cometiéseis (siempre que la intención del pecar sea limpia y espiritual), los cuales no serán sino regalo grande del Señor para vivir por El.

Lloraban las monjas de júbilo, y hubo algunas que, edificadas por la plática, abrazaron al padre Francisco, quien, á su vez, las recibió con amor infinito y ejemplar, sin mezcla de mundano, y ya quería el buen fraile seguir adelante en su oración, cuando se presentó la tornera diciendo:

—Madre priora, ¿queréis salir un instante?

—Miráronse la priora y fray Francisco, como quienes muy bien sabían el motivo que obligaba á aquélla á ausentarse de la pieza de labor, y algo debieron decirse con sólo cruzar las miradas, por cuanto el padre armó de nuevo conversación para que ninguna se marchase.

Salió la priora de la estancia y se encaminó al sótano del convento, tomando un farolillo que alguien había encendido y colocado en la escalera; abrió una puerta con la que el mismo *Peregrino,* que tan alborotada traía aquella casa, no hubiera acertado, á no mostrársela algún otro demonio de más portante y calidad (porque no comunicaba con la calle, sino con otro sótano de una casa medianera), y entróse un caballero embozado en luenga capa negra, sombrero caído hasta las cejas, tizona al cinto y aire gentil en toda su persona. Hízole la priora una grande reverencia, sin hablar palabra le condujo al claustro, y deteniéndose junto á una celda, le dijo:

—Aquí está, señor.

—Abrid, pues—mandó el caballero.

Obedeció la monja, y franqueando la entrada de la celda, presentóse ante Isabel, que á la sazón en arreglar sus cabellos se ocupaba:

—El Rey, nuestro señor, quiere hablaros.

—¡Jesús me valga!—exclamó Isabel.

—¡Isabel! ¡vida mía! ¿Por qué temes?—dijo Felipe IV.

Y no pudo oirse más, porque la priora cerró la puerta, dejando dentro al galán y á la dama, pues sin duda le corría mucha prisa volver á reunirse con sus hermanas en Cristo.



CAPÍTULO VIII

DONDE EMPIEZAN Á PONERSE EN CLARO ALGUNAS COSAS

«Volvamos á nuestro astrólogo.»
(Vélez de Guevara.—*El Diablo Cojuelo.* Tranco IV.)

Estaba de Dios que aquella noche no durmiese sosegadamente el buen don Francisco de Quevedo. Apenas había cerrado los ojos, después de haber oído el coloquio de Alonso de Contreras con la incógnita dama, cuando le despertaron dos golpes discretamente dados en la puerta de su aposento.

—¡Eh! ¿Quién va?—dijo Quevedo.

—Yo, Juan, servidor de vuesa merced. ¿Puedo pasar?

—Adelante.

Abrióse la puerta y entró un viejo de bayeta como aquel á quien vimos en el bodegón de Gambardo. Traía puestos el mismo sombrero y la misma capa que el de marras, pero la cara era muy otra. En vez del rostro arrugado y barba canosa, mostraba una fisonomía fresca y juvenil, y unos ojos vivarachos y penetrantes.

—¿Averiguaste algo?—preguntó Quevedo, luego que el llamado Juan, después de haber entrado, cerró la puerta de la habitación.

—Paréceme que sí, señor. Siguiendo las indicaciones de vuesa merced, disfracéme, fuí al pasadizo de San Andrés, pregunté por Lampordo, y supe que esta misma noche había de reunirse con otros de su estofa en el bodegón del padre Gambardo, el de la calle de Toledo. Allí me presenté, y tuve la fortuna de hallar en aquel sitio á Lampordo y á otros dos rufianes, llamados Arco-iris y Balugante. Poco después entró un tal Chicharra, compadre de otro á quien llamaban Murciégalo. Estos dos parece habían ido en seguimiento de cierto hidalgo que salió de la hostería de Cantillana, pero le sobrevino al perseguido un defensor, que dejó mal herido al compañero é hizo huir al referido Chicharra.

—Lo sé, lo sé—interrumpió Quevedo.—Deja eso y sigue adelante.

—Pues bien, al tal Lampordo, cuya vigilancia me habíais encomendado especialmente, oíle contar que había contribuído al frustrado asesinato de cierto Alonso de Contreras, capitán, y supe además, por una pendencia que se suscitó entre ellos, que Lampordo y su amigo Balugante habían llevado á cabo el rapto de una dama, por encargo de un señor cortesano.

—¡Hola, hola!—dijo Quevedo con mal disimulado interés,—prosigue, hijo, que no has empleado mal la noche.

—Pues poco más tengo de contar á vuesa merced, salvo que, después, se trabaron de palabras y luego de obras, viniendo á las manos con gran estrépito y dando lugar á la entrada de la ronda, que á todos, menos



á mí (gracias al papel del señor Corregidor que vuesa merced se sirvió darme), llevó á dormir á la cárcel. Pero en la refriega cayósele del jubón á Lampordo el documento que ahora voy á entregar á vuestra merced, y que no me parece despreciable.

Y dió á Quevedo el papel mencionado. Desdoblóle don Francisco y leyó en él lo siguiente:

«Entregaréis vuestro encargo á doña Teresa de Silva, priora del convento de la Encarnación Benita, dándole además, como señal, el dije que sabéis.»

Nada más decía el papel, que no estaba firmado, ni expresaba el nombre de la persona á quien se dirigía, pero sin duda Quevedo conocía la letra ó tenía algún motivo para penetrar mejor aquel misterio, porque, sin perder momento, pidió de vestir al susodicho Juan, su criado, y salió de la posada cuando aún no habían dado las cuatro de la mañana.

Encaminóse hacia la calle de las Carretas, donde se detuvo ante una casa de señorial apariencia, cuyos portones, de colosales é historiados hierros claveteados, daban indicios de su antigüedad. Empuñó el llamador y dió dos golpes. Al cabo de un rato, abrióse un ventanillo y una voz varonil preguntó:

—¿Quién llama?

—Ave María—repuso Quevedo;—¿está en casa mi señor don Francisco de Rojas?

—No ha vuelto aún esta noche.

—¿Queréis hacerme merced de darme recado de escribir para dejarle una letra?

—Esperad.

Pasaron unos instantes, dejaron franca la puerta y un criado introdujo á Quevedo en la casa. Hízole atravesar un patio y subir después unas escaleras, al cabo de las

cuales había una galería, y en ella cierto aposento lujosamente amueblado, donde el criado llevó al visitante. Sentóse Quevedo ante una mesa donde había recado de escribir, y puso lo siguiente:

«Amigo y dueño: noticias graves, y para vuestra merced del mayor interés, tengo de darle. Sospechaba, vuestra merced con fundamento; el ratón cayó en la ratonera, pero creo que, si los cofrades le ayudan, podrá salir. A las diez de la noche le aguardo en la hostería.

Quedo de vuestra merced, como siempre, su verdadero amigo. *F. de Q. y V.*

Madrid. A 20 de los corrientes.»

Escrito y doblado el papel, se lo dió Quevedo al criado, saliendo después á la calle Pero no volvió á la posada de San Javier, sino que se encaminó derechamente á la iglesia de San Martín. Llegado á ésta, dirigióse á una puertecilla por donde se pedían por la noche los Santos Sacramentos, y tiró de un cordel que en ella había. Abrióse á poco un ventanillo, y dejáronse ver una cabeza enteramente calva y unos ojos soñolientos, preguntando una voz al mismo tiempo:

—¿Para dónde es, hermano?

—¿Está Martín, el sacristán segundo?—interrogó Quevedo.

—¿Martín? No, hermano. Ha ido á pedir para las ánimas, pero no tardará en volver. Espérele, si quiere.

Después de lo cual, se cerró el ventanillo y se oyó un ¡haaaa! prolongado, como de una persona á quien el sueño hace mucha falta.

Quevedo meditó un momento y resolvió esperar, paseándose por delante del atrio de la iglesia. No había transcurrido un cuarto de hora, cuando vió venir á un hombre de regular estatura y notable robustez, envuelto

en un saco pardo, con una cruz grande al cuello, barba larga y una campanilla en la mano. De vez en cuando agitaba la campanilla, y decía con plañidera y penitente voz:—*¡Acordáos de la muerte y haced bien por las ánimas del Purgatorio! ¡Acordáos, hermanos!*

Cuando el del saco estuvo cerca de Quevedo, éste dijo:

—¿Cómo vamos, Martín?

—¿Es vuesa merced, don Francisco? ¡Qué buen encuentro! Pero, ¿cuándo ha venido vuesa merced?

—Hace una semana que ando, ó mejor dicho, que cojeo por la corte. Esta noche necesitaba hablarte de un asunto de importancia, y habiendo sabido que no estabas en la iglesia, he determinado esperarte, á trueque de que se me estropee la otra pata.

—¡Siempre de tan buen humor! Pero entremos, don Francisco, que mejor hablaremos sentados.

Abrió Martín el postigo con una llave que traía, é hizo entrar á Quevedo. Atravesaron un largo corredor, cuyas paredes estaban adornadas con mugrientos cuadros, y llegaron á una especie de celda donde el segundo sacristán tenía su habitación. Ofreció Martín un escaño á Quevedo, sentóse él en otro después de haber sacado de un arcón dos tazas y una bota, y dijo, mientras escanciaba á su amigo:

—Beba vuestra merced, don Francisco, que aunque sacristán, y segundón por añadidura, no dejo de preciarme de tener un regular vinillo.

—Bueno es, Martín—dijo Quevedo después de haber tocado el borde de la taza con los labios,—pero no puedo hacerte la razón como es debido, porque desgracias y pesadumbres hánme quebrantado la salud y echado á perder el estómago. Y como no es cosa de perder también el tiempo, y está ya para amanecer,

voy á decirte en dos palabras el objeto de mi visita. Sin duda recuerdas, buen Martín, los días que en la Torre de Juan Abad pasaste, y el cariño que mis padres te profesaban.

—No me los recordéis, señor—interrumpió Martín, enjugándose una lágrima con la manga del hábito,—que harto los tengo día y noche en la memoria y mil veces á ellos me encomiendo.

—Bien está. Pues, fiado en este cariño que á mí y á los míos tienes, quiero pedirte un favor de mucho interés para mí y no exento para tí de peligro. Sé que el párroco de esta iglesia, tu protector en la carrera eclesiástica que tan á disgusto abrazaste, es íntimo del padre Francisco, el benedictino que tanto frecuenta el convento próximo de la Encarnación, del cual es priora doña Teresa de Silva. Sé también que los dos suelen visitar ese convento, y deseo que tú me proporciones los medios de entrar en él, porque ardo en deseos de comprobar si son ciertas las noticias que acerca del mismo me han dado.

—¡Señor, don Francisco!—exclamó atribulado Martín, levantando las manos al cielo.—¿Qué me ha venido á pedir vuestra merced?

—Lo que espero me concederás—añadió Quevedo.

—Por ser quien vuestra merced es, y por la deuda que con vuestra merced tengo, voy á hacer lo posible por que consiga lo que desea, pero bien sabe Dios cuán á mi pesar lo hago, porque vuestra merced tiene sus puntas de satírico y burlón, y á veces no me parece tan respetuoso para con la Iglesia como todo fiel cristiano debe serlo.

—¿Por qué dices eso, Martín?

—¡Ah, señor! Es que habéis ido á tocar una de mis

pesadillas. Ese convento es para mí una gusanera de inmundicias, un barato de vicios y una feria de impiedades. Aunque de cerca no he podido contemplar lo que pasa, de las conversaciones con el párroco y con el padre Francisco he sacado en limpio que no todos lo son tanto como yo me figuraba. ¡Perdóneme Nuestro Señor si he vacilado, si he sentido quebrantarse mi fe cuando crímenes tan monstruosos he sabido, cuando ha llegado á mi noticia que el asilo de las esposas de Cristo, la mansión del amor más casto y puro, se ha trocado en lupanar inmundo, donde no hay pecado que no se cometa ni virtud que no se profane! En fin, señor, si vuestra merced tiene tanto empeño en enterarse de esto, yo tomaré en cera la medida de la cerradura de un postigo secreto de ese convento, mandaré hacer una llave falsa y entraré con vos, que iréis disfrazado de clérigo, para que os tengan por el párroco de San Martín.

—¿Y cuándo podrá estar hecha esa llave?

—Creo que esta misma tarde, á eso de las seis.

—Perfectamente. Pues á las once de la noche te espero en mi posada, que es la de San Javier. No dejes de llevar la llave.

Dicho lo cual, se despidió Quevedo de su antiguo servidor Martín y encaminóse á su vivienda.



Cumpliendo lo prometido, á las diez de la noche se presentó Quevedo en la hostería de Cantillana.

Cuando llegó, no había nadie en el establecimiento, salvo el gordo Cantillana, que á la luz de un velón leía un volumen de reducido tamaño, encuadernado en per-

gamino, en cuya portada hubiera visto el curioso el siguiente rótulo, capaz de hacer salir de sus casillas al más flemático bibliófilo de nuestros tiempos: *La vida de Lázaro de Tormes, y sus fortunas y adversidades;* Valencia, año 1536.

—Apostaré—dijo Quevedo al entrar,—buen Cantillana, que estás leyendo las aventuras del picarón Lázaro.

—Así es, don Francisco. ¡Qué libro, señor, qué libro! Con perdón de los de vuestra merced y de las Sagra-Escrituras, tengo para mi corto entendimiento que no se ha compuesto otro mejor.

—No perdones á nadie, Cantillana, que harto me ha hecho sudar el tal librillo, y más de una vez me ha impulsado su lectura á colgar para siempre la péñola de su espetera y dar al diablo toda ocupación que no sea la de acompañar al de Tormes en sus malandanzas. Pero, ¿nadie ha venido?

—Nadie, señor.

Acabadas de pronunciar estas palabras, entró don Francisco de Rojas, quien, después de saludar á Cantillana, se dirigió con Quevedo al aposento secreto.

Sentados junto á una mesa, díjole Rojas á su amigo:

—En un potro me tendréis, don Francisco, todo el tiempo que tardéis en declararme la razón de vuestro papel.

—¿Os acordais de Belisa, Rojas amigo?

—¡Que si me acuerdo! Día y noche es suyo mi pensamiento, como lo fué mi corazon desde que se fijaron en ella mis ojos. Pero ya sabéis que desapareció cuando apenas había logrado declararle mi amor, y que desde entonces, por más pasos que he dado, nada he conseguido saber de ella.

—Pues yo sí, y ved ahí la causa de la cita.

—¡Decidlo pronto, don Francisco! ¿Dónde está? ¿Dónde respira?.... Decídmelo pronto, pronto, para que vuele á ella.

—Sosegáos, por mi amor, que tiempo hay para todo, y sin mí no habéis de hacer negocio de provecho. Belisa debió de ser robada por algún alto cortesano, que la ha recluído, según mis sospechas, en el nuevo convento de la Encarnación Benita.

—¡Hum! ¡mala fama tiene el tal convento!

—Verdad es, pero quizá no hayan llegado las cosas al extremo. En fin, yo he de procurar esta noche introducirme en el convento, y malo ha de andar ello ó he de ver á doña Isabel, y aun tal vez enterarme del nombre y calidad de su raptor, que ya barrunto.

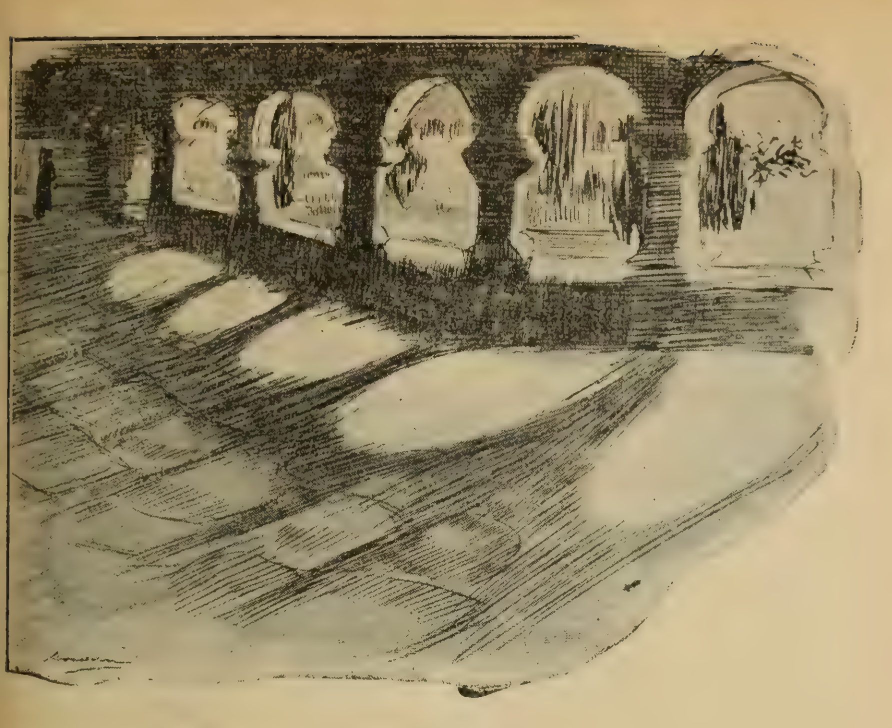
—Quiero ir con vos, don Francisco.

—Por hoy dejadlo, que me importa ir solo. Yo os tendré al corriente de todo, y vos, preparáos á luchar, que si el cortesano es quien me figuro, grave ha de ser vuestra pesadumbre. Y adiós, que es hora ya de retirarme.

—Con Dios id, y no olvidéis, ¡vive Cristo!, vuestra promesa.

—Dios os guarde.





CAPITULO IX

A TODO HAY QUIEN GANE

«¡Qué tiempos, qué movimientos,
qué caminos tan extraños,
qué engaños, qué desengaños!...»
(Jorge de Montemayor.—*La Diana enamorada*. Libro V.)

Grandes son los fueros de que gozan aquellos que de las letras hacen su profesión y oficio, y muy especialmente los que toman sobre sus hombros pecadores empresa tan enojosa y de tanta fatiga como es narrar los sucesos acaecidos, pues no parece sino que Dios, á trueque de haberles condenado á este remo, quiso darles el don de ver lo oculto como á zahorí, y de oir lo que oir no pudieron nunca los otros mortales; aunque tal habrá entre éstos, que diga que no es virtud, sino arte de mentir y tejer urdimbre de trapaza, y que así, de-

bieran ser todos diputados por falsarios y desterrados del Reino, ó que, por lo menos, habían de cortarles las manos con que escribieron los embustes. Ríete de quien tal piense, lector, que á poco avisado y curioso que tú seas, bien sé yo que no se te dará una higa de aquellos juicios temerarios, y si además fueses, como serás, pío y benévolo, no ira, sino lástima, cuando no agradecimiento, sentirás por aquellos que sudamos gotas tamañas sobre el papel á la hora que tú estarás echado en tu cama, ó tomando el fresco donde corra ó el sol donde lo haya, según que sea estío ó invierno. Y si no, díme, por tu fe, ¿cuándo y cómo, sin mi diligencia y poder, hubieras tú sabido que así que el rey Felipe quedó á solas con Belisa, comenzó á requerirla de amores, diciendo las más tiernas palabras que encontró, que fueron muchas, como hombre avezado que era á estas palestras y lides? Y cuando, sin que yo te lo contase supusieras que así fué, puesto que lo mismo hubieses hecho tú, de encontrarte en su real pellejo, ¿hubieras, por ventura, averiguado que Isabel, en nueva Lucrecia convertida, rechazó altiva sus caricias y halagos, diciéndole que sería en vano cuanto intentase en menoscabo de la limpieza de su persona, y que antes moriría que otorgar lo que las leyes de la honra no consienten que se pierda? ¿Sabrías tampoco, sin mi ayuda, que el Rey pretendió valerse de su fuerza y que ésta no hubo de aprovecharle, porque Isabel, que acaso leyera un día la vida y hechos del Ingenioso Hidalgo, recordaba muy bien que no se requiere para defender el cuerpo más que la mitad menos del aliento que mostró aquella mala mujer para defender la bolsa que por orden de Sancho pretendía arrebatarle el ganadero rico? Nada de esto sabrías, oh lector, y aun te queda-

ras ayuno del fin y remate que tuvo aquella escena, que no fué otro que el salir de la celda don Felipe, amostazado y de mal talante, si bien diciendo para su sayo que torres más altas se habían rendido, y que no renunciaba á la toma de aquélla porque hubiera sido rechazado en el primer asalto; y ahora ven conmigo adonde yo quiera llevarte, que te prometo que no te ha de pesar, y, si me engaño, sea sobre mí la pena de tu legítima indignación.

Tomando el cabo que de la historia quedó suelto en el capítulo precedente, he de decirte que el buen don Francisco de Quevedo, cuando salió de la hostería de Cantillana, dirigióse á la posada de San Javier, donde ya le estaba aguardando el sacristán, quien llevaba bajo del brazo un mediano bulto al que una capa servía de cubierta. Subieron, sin hablar una palabra, la pina escalera que al aposento de don Francisco conducía, y allí, después de asegurarse de que nadie escuchaba lo que dijesen, habló el sacristán de este modo:

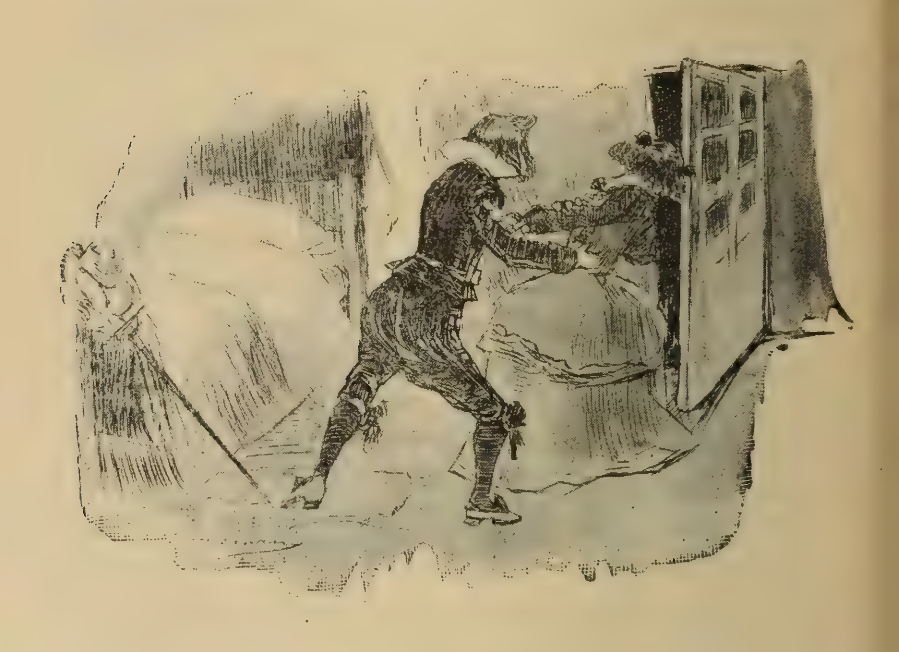
—Señor, el hábito de clérigo, véalo aquí vuestra merced, y la llave que encomendó á mi diligencia, ésta es.

—Por Dios, amigo Martín, que tú te has portado como bueno y como hombre de palabra y de buena gracia que eres.

—La del Señor no me falte para servir á vuestra merced, que en mi ánima que es mucha deuda la que le tengo.

—Daca el hábito, amigo—dijo Quevedo, despojándose de la capa y quedándose en jubón, y con esto y con ponerse una sotana y un manteo, bajarse los torcidos mostachos hasta dejarlos lacios y caídos, despojarse de los espejuelos y encajar sobre los cascos un sombrero clerical, quedó tan otro de lo que ser solía, que no le hu-

biera conocido la madre que le parió, pues no digo de noche, sino con sol meridiano podía haberse mostrado sin temor de que le reconociesen. Salieron ambos de la posada con el mayor sigilo que supieron, y después de recorrer la no corta distancia que media desde allí hasta la calle de San Roque, encontráronse frente al convento



de la Encarnación Benita y del postigo por donde había de entrar en el santo recinto de las hijas del Señor.

—Oid, don Francisco, este es el postigo—dijo el sacristán—que conduce al claustro bajo; no tenéis sino seguirle todo derecho, y concluído, hallará vuestra merced una escalera de piedra; subid por ella, y al llegar á su remate, catáos en el claustro en donde se hallan las celdas de las hermanas. La de la priora es una que está pegada á la puerta del coro, y tomad la llave y á Dios

quedad, porque os juro y prometo que estoy temblando como azogado, que se me antoja á cada instante que viene la ronda y me prende, y mucho será que esta aventura no sea prefacio de la horca.

—No hayas cuidado de eso, hermano Martín; dame la llave, y vete cuando quieras.

Hízolo así el sacristán, y Quevedo abrió el postigo, entró por él y volvió á cerrarle por dentro. Siguió las indicaciones que Martín le había dado, y á poco encontróse en el claustro alto, en donde la oscuridad apenas era disimulada por una lámpara que, pendiente de la bóveda, alumbraba una devota imagen de San Benito, colocada junto á la puerta del coro. Ya iba Quevedo á avanzar, valiente y decidido, cuando le hizo cambiar de propósito el oir la campana de un reloj que dió las doce, y pensando que aquella era hora de que las monjas saliesen de sus celdas para cantar maitines, recatóse lo mejor que pudo, y ocultándose, como gato en acecho, tras de un pilar de la escalera, esperó un mediano cuarto de hora, que no se le hubo de hacer muy largo, á causa de que lo pasó con más júbilo que en un corral de comedias; pues si es verdad que las monjas no salían á coro, en cambio salió de una celda un bulto que, por las trazas y continente, no era monja, ni fraile siquiera, el cual tomó por una escalerilla estrecha, por la que en el capítulo VII vimos bajar á la priora cuando iba al sótano. Abrióse á poco la puerta de otra celda, y salió otro caballero, que se dirigió al mismo sitio que el anterior, con lo cual Quevedo perecía de risa, y en poco estuvo que, vencido de ella, no quebrantase el silencio y secreto con que estaba.

—¡Vive Dios!—decía entre sí,—que es éste el más gentil convento del mundo, aunque por la apariencia, más

que á lugar de recogimiento, á otra cosa se asemeje. Y ahora comprendo cómo una de estas monjas pueda llamarse virgen *del* Señor, sin faltar á la verdad, pues recelo que el Señor nunca ha estado ni puede estar jamás en esta casa.

En tales razonamientos andaba el gran Quevedo, cuando, abriéndose la puerta que el sacristán le había indicado ser de la celda de la priora, vió á ésta que salía acompañando á un fraile, y que iban en dirección á la escalera en donde él estaba escondido, pasito á paso y hablando quedo; y cuando llegaron cabe de él, pudo oir que se decían cosas místicas y conceptos que creía haber leído en el *Cantar de los cantares;* pero, como era discreto, á nadie dijo más de aquella escena, sino que el fraile bajó los escalones casi á tientas y como hombre que no tiene en las piernas asaz seguridad y confianza. Volvía ya la monja á su aposento, y, de improviso, oyó que alguien la llamaba por su nombre; alarmóse un tanto la buena señora; pero, al fin, como mujer valerosa, hecha á tales llamadas, se paró, y, volviendo la cabeza, dijo al otro:

—¿Qué demandais de mí, hermano?—y luego, reparando en él, añadió,—que no os conozco y juzgo que jamás os ví.

—¿Sois, por ventura—preguntó Quevedo,—doña Teresa de Silva, priora de este convento?

—Yo soy, hermano, ¿qué queréis de mí?

—Hablaros querría, si tuviéseis espacio para ello, y mirad que importa que despachemos presto, porque el negocio que traigo encomendado es de los que no admiten espera.

—Pero decidme, señor, quién sois vos, que aunque me precio de conocer á todos los clérigos que viven en

Madrid, no caigo en quién seais, ni sé tampoco quién os pudo traer acá, ni por dónde habéis entrado.

—Dejad, señora, eso para luego, que de todo seréis satisfecha, y decidme si queréis oirme una palabra aquí ó en vuestra celda.

—Sea aquí—replicó la priora,—y disimulad el lugar de la audiencia, puesto que no os declarais, y no sé qué pensar.

—Lo mismo me es, señora—dijo Quevedo;—pero gustaría de que me aseguráseis que nadie ha de salir á este claustro que pueda estorbar mi plática, que será breve.

—¿Y quién ha de salir á estas horas, hermano?

—Dígolo, porque me pareció ver ha poco que andaban por este corredor algunas sombras que, si no eran almas en pena, no me aventuro tampoco en resolver que fuesen monjas de las que se estilan en este monasterio.

Comprendiendo la priora que se las había con un mozo de los de cuenta, y deseando acabar aquella conversación, díjole á Quevedo:

—En conclusión, señor, ¿qué es lo que demandais?

—Solamente que leais este papel—contestó, sacando uno del pecho.—¿Conocéis la letra, doña Teresa?

—Harto la conozco—respondió, un poco sorprendida.

—Pues leed, que es para vos.

La priora cogió el papel, y aproximándose más á la lámpara que ardía frente al cuadro de San Benito, leyó lo siguiente:

«Entregaréis vuestro encargo, doña Teresa de Silva, priora del convento de la Encarnación Benita, dándole además, como señal, el dije que sabéis.»

Como advertirá el discreto lector, Quevedo había borrado, raspándola cuidadosamente y con grande esmero, una *á* que había entre las palabras *encargo* y *doña* en el papel que Juan le había dado, cambiando con esta industria el sentido de lo que en aquél se decía.

—Concreta es la orden—dijo doña Teresa,—y solamente espero, para cumplirla, que declaréis el encargo que se os encomienda.

—El encargo, señora, es que esta misma noche me entreguéis á doña Isabel, que vino ayer al convento, pues le tengo también de conducirla á donde me mandan, y con esto no digo más, sino que cumplais sin demora lo que se pide.

—Seréis servido, señor—repuso la priora;—aguardad un instante; y entrando en la celda, volvió á salir á poco tiempo con un joyel de plata que parecía ser relicario.

—Este es el dije, señor; tomadlo.

Guardóselo Quevedo, pensando sacar de él grande provecho, y la priora, marchando delante con un cabo de vela encendido que había sacado de la celda, indicóle que la siguiera. Llegaron á una puerta que doña Teresa abrió, entrando la primera.

—Doña Isabel, ¿dormís, por ventura?

—¿Quién es?—respondió Belisa, y luego, como hubiera reconocido á la de Silva, añadió:

—¡No duermo, no, ni en dar descanso á mi cuerpo he pensado!; pero decidme: ¿qué nueva desgracia me aguarda? ¿Qué nuevo insulto intentais? ¿Acaso no os basta, perjura, con el mal que habéis querido hacerme?

—Doña Isabel, callad y obedeced, pues no podéis por menos—interrumpió la priora, un si es no es amostazada.

—Este señor clérigo quiere veros. Pasad—dijo á Quevedo.

—Es preciso, doña Teresa—contestó éste,—que salgais vos, pues lo que tengo que decir, de nadie más que de ella ha de ser oído.

Salió doña Teresa de la celda y entró en ella don Francisco, á la vista del cual se alarmó Isabel, y lo menos que pensaba, viendo un clérigo ante sí, es que era confesor que por caridad le enviaban, porque quizá estuviese dispuesto que había de morir al día siguiente.

—¡Isabel!—exclamó Quevedo, en muy baja voz.—¿Me conocéis? Miradme bien.

Estuvo Isabel un buen espacio observando aquella cara, y al cabo de él, dijo con mucha sorpresa, y como quien no da crédito á lo que está mirando:

—¡Me valga Dios! O sois el demonio, ó sois don Francisco de Quevedo.

—O acaso ambas cosas á un tiempo—respondió el otro;—y vengo procurando vuestra salvación, por serviros á vos y á un grande amigo, que pienso que también lo es vuestro, y cuando diga «Rojas», no habré menester de otra palabra para convertiros á que os dejéis llevar por mí, jurándoos por la fe de caballero, que vendréis conmigo tan segura como si yo fuera vuestro padre mismo.

—Sea lo que fuere—dijo Isabel con acento dolorido,—á vos me encomiendo; decid á dónde vamos.

—Seguidme.

Isabel se puso el manto, saliendo ambos de la celda, y como la priora quisiese acompañarles hasta la puerta, detúvola Quevedo con estas palabras:

—Señora, estad aquí, y no tengais molestia por nosotros; camino tan trillado como es éste y que tántos saben, ¿había de ignorarlo yo?

CAPÍTULO X

DE COMO NADIE SABÍA POR DONDE ANDABA

«Escapé del trueno y dí en el relámpago.»
(Lope de Rueda.—*La vida de Lazarillo de Tormes y sus fortunas y adversidades.)*

—Y ahora—se preguntaba Quevedo cuando salía del convento de la Encarnación Benita dando el brazo á la tapada doña Isabel—¿dónde llevo yo á esta prenda? ¡Medrados estamos! Aun si Rojas hubiese sido el salvador de la Belisita, ó mucho me engaño, ó no hubiese tardado en resolver donde la depositara. Pero yo, ¡triste de mí!, que ando medio huído, que para mayor sigilo he ido á ocultarme en la posada de San Javier, ¿adónde diablos voy á llevar á esta Melisendra?

Mientras don Francisco se despachaba con este soliloquio, la dama daba muestras de notable azoramiento y congoja. Cada vez se apoyaba más fuertemente en el brazo de su protector, quien, andando ya de por sí con

cierta dificultad, á causa de la cojera, sentía acrecentar demasiado la molestia con aquel nuevo peso.

—Señora—dijo por fin Quevedo,—paréceme que sufrís, ú os hallais singularmente fatigada.

—Así es, don Francisco—repuso con doliente voz doña Isabel;—vamos pronto, si os place, al lugar que tenéis dispuesto para recogerme.

—Allá vamos, señora—añadió Quevedo, diciendo para sus adentros:—¡Así me muera como sé donde hemos de parar esta noche!

Recorrieron varias calles, guardando el mayor silencio, y estaban para llegar á la plazuela de Santo Domingo, cuando oyeron ruido de espadas, y después vieron acercarse un tropel de gente.

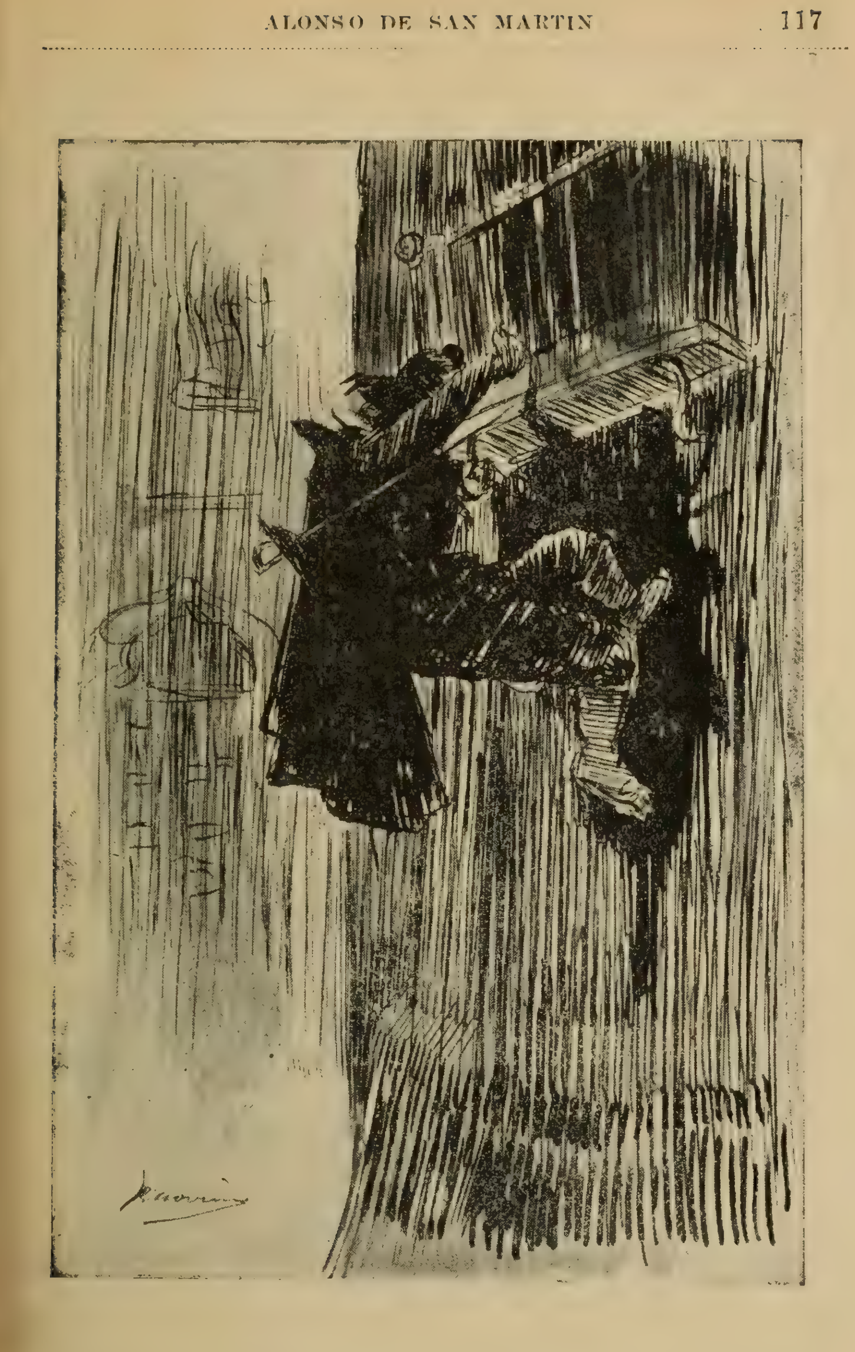
—Señora,—dijo Quevedo,—menester es que hagais de tripas corazón y mostréis ahora alguna fortaleza. Gente hay que no me quiere bien y pudiéramos topar con ella. Esforzáos.

Y diciendo y haciendo se asió á una reja, ayudó á subir tras él á la dama, y sirviéndole de peldaños los mismos vetustos barrotes, logró subir á un balcón que á poca altura sobre la reja había, en compañía de la dama, que dió muestras de no pequeña agilidad.

Apenas habían entrado en el balcón, cuando el tropel de gente pasó por la calle sin fijarse en ellos. Esperaron un rato Isabel y Quevedo, y cuando ya se imaginaban encontrar todo tranquilo, oyeron de nuevo destempladas voces y vieron acercarse á cuatro hombres que gesticulaban y gritaban violentamente.

—Dígoos, don Alonso, que ha sido más el ruido que las nueces—decía uno de los de la disputa—y que Lope de Vega no merece tantas alabanzas.

—Engañáisos, caballero; ya os he dicho que Lope no



es tan sólo, para mí, un divino ingenio, sino un corazón abierto y generoso. ¡Dios le pague lo que ha hecho conmigo!

—Otro tal seréis entonces—dijo uno de los contendientes.—¿No os avergonzais de tal amistad?

—Avergüénzome de haber departido con vos, ¡don villano! ¡Voto á Dios que os he de hacer arrepentir de vuestras demasías!

Y el que tal dijo, que no era ni más ni menos que aquel Alonso de Contreras de quien anteriormente hemos hablado, sacó su espada y la emprendió á cintarazos con sus interlocutores, en quienes podía reconocerse á Lampordo, á Balugante y á Chicharra. Venían los cuatro de un figón, adonde, á no dudarlo, habían arrastrado á Contreras—quizá por orden superior—á fin de embriagarle y jugarle después una mala pasada.

Quevedo, que vió el pleito mal parado para el bueno de Contreras, dijo por lo bajo á la dama:

—Doña Isabel, no os movais. Voy á echar una mano á un amigo y volveré muy pronto.

Sacó la de Toledo, púsosela entre los dientes, y echándose fuera del balcón, bajó en un santiamén á la calle y se puso al lado del capitán.

Pero llegaba ya tarde. Lampordo habíale atravesado un hombro á Contreras, quien cayó sin sentido. Quevedo se encontró, pues, solo contra tres. Chicharra, que le conoció en seguida, dijo á los compañeros:

—¡Este es el que mojó á Murciégalo!

Y apretaron todos contra Quevedo, descargando estocadas como granizo. Quevedo se acercó á la pared, para tener cubiertas las espaldas, y empleó toda su destreza en defenderse y ofender. Al poco rato pudo herir mortalmente á Balugante, observando lo cual Chi-

charra, hizo como que también desfallecía, cayendo junto al muro. Entonces Quevedo, viendo sólo en pie un adversario, cerró con él, separándose un tanto de la pared. Como un rayo se levantó á la sazón Chicharra y dióle á don Francisco una formidable puñalada en un muslo con la daga, huyendo luego Lampordo con precipitación, en dirección á la calle de San Roque.

Quevedo cayó al suelo. Isabel, al contemplar la escena, se había desmayado. Contreras se levantó al poco rato, recogió su espada, y, como mejor pudo, fuése sin reparar en los heridos. Pero tanta pendencia no pudo menos de despertar á los vecinos de la casa en cuyo balcón yacía Isabel desmayada. Ello es que á poco de caer Quevedo, abrióse aquél y apareció un caballero anciano, ricamente vestido, con una luz en una mano y un pistolete en la otra. Sorprendióle, como era de esperar, el encuentro de la dama; pero, sin perder un instante, volvió á entrar, dejó la luz y el pistolete, y cogiendo en brazos á Isabel, entróla en el aposento. Después volvió á sacar la luz, á cuyo resplandor vió en la calle los dos cuerpos. Llamó á dos criados y bajaron. A primera vista echó de ver el anciano que Quevedo (á quien no conocía) tenia trazas de caballero, mientras que Balugante, de cuya muerte no cabía duda, era indisputablemente un rufián de la peor especie. Hizo, pues, que los criados recogiesen á Quevedo y entraron todos en la casa, cerrando la puerta y dejando á Balugante al sereno.



Entretanto, una dueña desnudó á Isabel, llevóla á un lecho é hízola volver en sí. Tan pronto como recobró el conocimiento, Isabel preguntó dónde estaba.

—Os hallais—repuso la dueña—en casa del noble señor don Pedro de Zúñiga y Almodóvar. Mas, perdonad mi curiosidad, ¿cómo os encontramos en el balcón? ¿por dónde subísteis ú os subieron?

Entraba entonces don Pedro, é Isabel, después de haberle saludado con humildad y reverencia, satisfizo la curiosidad de sus oyentes, refiriéndoles que, cuando se retiraba á su posada en compañía de un caballero tío suyo, habían sentido ruido de armas y refugiádose, para mayor seguridad, en el balcón. Contó luego el lance que había presenciado, pero sin sacar á luz, como discreta que era, el nombre de Quevedo.

Este yacía también en un lecho, mientras un criado había ido precipitadamente en demanda de un médico.

Llegó el doctor, examinó la herida, que, aunque profunda, no era de peligro, é hizo la primera cura. Volvió en sí Quevedo, hiciéronle beber un cordial, y después preguntó á su vez dónde se hallaba. Dijéronselo, é interrogáronle también acerca de su persona. Manifestó llamarse don Franco de Villegas, y haber sido asaltado aquella noche por tres desconocidos que le hirieron malamente. Preguntó luego por cierta dama que debía estar en un balcón de la casa.

—También hemos recogido á vuestra sobrina, don Francisco—dijo don Pedro.—Así que se reponga, vendrá á veros. Vos, en tanto, reposad tranquilo.

¡Bueno!—dijo Quevedo para sus adentros—ya tengo sobrina; no ha sido mala la ocurrencia de Belisita; y el cansancio y la sangre derramada hiciéronle caer pronto en profundo letargo, alternado con enojosa pesadilla, porque la presencia del médico (género de personas que él aborrecía de corazón) y la de la dueña (que no le eran mucho más simpáticas), determinaron

soñase con diabólicas pendencias, en que le apuraban doctores armados de agudas lancetas, y acometedoras dueñas, provistas de largos y afilados colmillos.

*
* *

Volvamos á Contreras, quien, después de recoger su tizona, fué á bizmarse en casa de un barbero amigo suyo, no enteramente desprovisto de conocimientos en el arte de Galeno. Hecha la cura, que hubo de dolerle asaz al buen don Alonso, encaminóse éste hacia la calle de la Victoria, donde vivía un muy amigo suyo, familiar del Santo Oficio.

A pesar de lo intempestivo de la hora (eran las tres de la madrugada), el capitán Alonso de Contreras logró ver á su amigo.

Ocupaba éste un aposento bastante bajo de techo, en el que se veían dos butacas de cordelillo, cuatro escaños, un armario lleno de librotes viejos (casi todos en latín), una mesa cubierta de bayeta verde, y colgados en la pared un crucifijo y una estampa representando á San Antonio de Padua. Sobre la mesa había un tintero de cuerno, una salvilla, varias péñolas y papel, donde escribía en aquel momento el amigo de Contreras.

—¡Don Gabriel!—dijo el último—¿á estas horas escribiendo?

—Ahí verá vuesa merced, señor don Alonso, lo que puede la inspiración. Ya lo dijo el poeta:

Est Deus in nobis; agitante calescimus illo.

Anoche cené regular; comí de postre melón, y la frescura de la fruta hízome recordar los exámetros de las *Geórgicas*, que me puse á leer, con intención de

acostarme pronto, porque ando aquejado estos días de un romadizo más que mediano. Pero un verso llama á otro verso y un buen poema pide otro, razón por la cual, sintiéndome inspirado, determiné poner manos á la obra y componer esta misma noche un poema rural en cuatro libros. He elegido por tema... ¿á que no da vuesa merced con el tema, señor don Alonso?

—Hombre, yo...—repuso éste, impaciente ya por tanta charla.

—Os lo diré, os lo diré. ¡El peregil!

—¡¡El peregil!!—exclamó Contreras, dando una gran carcajada.

—El peregil, sí señor. ¿Parécele á vuesa merced que es poca cosa? ¿Puede haber una yerba más útil? ¡Y qué modesta, qué modesta! Dígoos, don Alonso de mi alma, que me está dando motivo para componer uno de los poemas más edificantes que se han escrito.

—No lo dudo, pero dejemos eso, si os place, porque no le es desconocido á vuesa merced que no sé una palabra de latín. Yo venía tan sólo á pediros un favor de la mayor importancia y con el mayor sigilo. Quiero—si me es lícito emplear esta palabra—que me ayude vuestra merced á entrar cuanto antes en el convento de la Encarnación Benita, del cual es priora doña Teresa de Silva.

—¡Pero, Señor! ¿Qué pasará en este convento, que todo el mundo quiere entrar en él?

—Lo que pasa, lo ignoro; para saberlo quiero entrar.

—Grave cosa me pedís y en fuerte aprieto me ponéis.

—Mirad que en ello me va la vida, y que no quiero recordar servicios prestados.

—Basta, no digais más—añadió dolorido el buen don Gabriel.—Hoy mismo me procuraré una orden del Santo Oficio, y con ella espero podréis entrar en el convento. Ved luego lo que hacéis.

—Con el alma le agradezco el favor á vuesa merced. Por la tarde vendré á recoger el documento.

—Adiós, don Alonso.

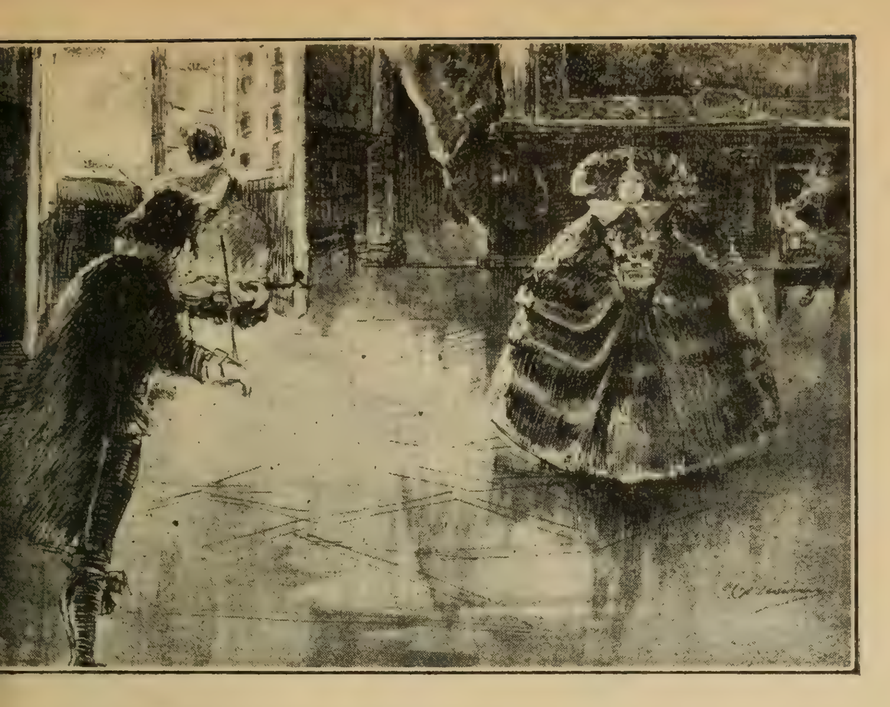
Y se separaron.

Ahora necesitamos poner al lector en antecedentes. La incógnita dama del balcón, por la cual supo Contreras que su amor era conocido en Palacio, habíale dicho también que la Reina tenía especial interés en que pusiese en salvo á cierta dama que en el convento de la Encarnación estaba recluída y que se llamaba doña Isabel.

Este deseo de la Reina no era efecto de pueriles celos de su esposo, cuya conducta habíala completamente desengañado, sino de la satisfacción que le causaba cuanto á su esposo podía causar alguna molestia. Quizá compadeciera también á la doncella, ó supiese que había algún galán, noble y digno, que la pretendía.

Alonso de Contreras no necesitó saber más, y he aquí el objeto de su visita á su amigo el erudito don Gabriel, y la razón de la singular conducta que, como veremos, observó luego.





CAPÍTULO XI

MÚSICA Y CONVERSACIÓN

«... ves al poderoso (á lo menos al que nos pretende hacer creer que lo es) en grandes palacios, ¡cosa es digna de risa!»

(Quevedo.—*La cuna y la sepultura*, cap. II.)

Siguiendo el pasillo de la *bóveda de la Priora* y no lejos de la llamada *escalera del Cierzo*, en el antiguo Alcázar de Madrid, hallábanse los aposentos que eran residencia de la infanta doña María, hermana del rey don Felipe IV, *el Grande,* al decir de los escritores palaciegos de su tiempo.

Estaba una tarde la Infanta en una de las estancias,

acompañada de una dama que tenía á su servicio, y ambas parecían poner mucha atención en copiar una labor de punto de encaje, cuando abriéndose la puerta del aposento, se presentó un pajecillo diciendo:

—Señora, maese Tomé os besa las manos y os pide licencia para entrar.

—Decidle que entre en buen hora, y avisad de su llegada á mi hermano el Infante.

Salió el pajecillo y no tardó en aparecer en el umbral maese Tomé, el cual era un hombre como de cuarenta años, luciente y redondo de cara y un si es no es entrado en carnes; vestía á lo cortesano, llevaba una viola debajo del brazo y hablaba muy deprisa, como si siempre tuviese aprendido de coro lo que decía. Hizo al entrar una grande y bien medida cortesía, quedándose en pie y á distancia del grupo que las dos señoras formaban, como aquel que aguarda alguna orden, y de allí á poco llegó el infante don Carlos, quien después de saludar á su hermana con exquisita ceremonia, cual si no la hubiese visto en todos los días de su vida, dijo:



—Deseo, buen maese, que abreviéis vuestra lección, pues antes de que se acabe la tarde ha de venir el Conde-Duque para tratar conmigo de asuntos que me importan.

—La lección—dijo maese Tomé—no será más larga de lo que sean servidos Vuestras Altezas.

—Pues comencemos—repuso la Infanta poniéndose en pie,—y sea con esa danza de que hablásteis ayer.

—La *Nueva Gallarda* queréis decir; estoy presto para ello—contestó maese, empezando á templar el instrumento. Colocáronse los hermanos en un testero de la sala, haciendo pareja muy gentil. Era la infanta doña María de delicada complexión y de muy regulares facciones; sus ojos pardos no carecían de gracia, y, si bien la afeaba un tanto el prognatismo que fué marca de su estirpe, tenía en su persona cierto encanto que la dió no pequeño atractivo para los galanes cortesanos. Llevaba un vestido alto, noguerado, de los de solapa y brafonera y gola de gasa engomada. Su hermano don Carlos frisaba entonces en los veintidós de su edad, y, aunque esbelto de cuerpo, presentaba cierto aspecto enfermizo, porque era delgado de cara, de barba y bigote escasos y la color amarillenta, como es la de aquellos que padecen de la atrabilis; vestía un traje muy primoroso, compuesto de una ropilla galoneada de seda de ondas, mangas asimismo de seda labrada, golilla, lazo en las ligas, medias negras, zapatos encerados, con nudo redondo, y una gran venera de oro sobre el pecho.



Maese Tomé, así que hubo templado la viola, fuése á la pareja y, colocándose ante los Infantes, comenzó su lección de esta manera:

—La *Nueva Gallarda*, señores ilustrísimos y príncipes muy claros, es una danza que se ha puesto en boga hará un mes, y aunque haya quien afir-

me que es de invención francesa, yo digo y sostengo que es más española que la Chacona; pero quédese esto aquí, porque temo incurrir en el enojo de Vuestras Altezas. Tiene el mismo son de la *Gallarda* antigua y se introducen en ella algunos pasos y mudanzas, que no son otros que los de la vuelta de la *Pavanilla de tres*, que tanto ruido hizo y tan merecida fama alcanzó en la Corte de vuestro padre y mi señor don Felipe el Tercero, que de buena gloria goce. Haced, Altezas, lo que haga yo, que la danza es en esta forma: Primeramente—prosiguió maese, ejecutando lo que decía,—se hace la reverencia con rostro grave y aire en el cuerpo...—Perdonad, señor—dijo dirigiéndose al Infante,—Vuestra Alteza lo ha ejecutado á maravilla, y será con toda perfección si hacéis que en este paso no se os conozca movimiento del medio arriba de la choquezuela... Así... eso es; son singulares las buenas disposiciones de Vuestra Alteza. Adviértoles, señores, que en esta danza se requiere tener los brazos descuidados, y como caigan naturalmente; el oído atento al compás, que en esto está el golpe, y señalar las cadencias sin esfuerzo. Ahora bien, vamos á hacerlo con la música; y comenzó á tañer en el instrumento. Así que quedó satisfecho de que los reales discípulos habían aprendido aquella parte importante de la danza, que les hizo repetir una y muchas veces, prosiguió la lección diciendo:

—Acabada la reverencia, se avanza el pie izquierdo como ven Vuestras Altezas que lo hago yo, y se pasea la sala midiendo el cerco en su proporción de cinco en cinco pasos. Prueben á hacerlo, señores, que en Dios y en mi ánima, que no hayan menester de más indicación.

Volvió á tocar la viola y los Infantes hicieron la mu-

danza tan acabadamente, que maese Tomé sintió deseos muy fuertes de darles paz en los rostros, y aun lo hubiera realizado así, á no ser por el respeto que los ilustres danzantes le merecían.

—Por fin y remate, señores míos—agregó,—después del paseo que Vuestras Altezas han ejecutado como los mismos ángeles, no queda sino cobrar el lugar haciendo cláusula con un sostenido, como si estuvieran esperando el acento. Una, dos... eso es; una, dos... ¿se fijan?

Con estas y otras instrucciones, todas muy puestas en orden, bien como procedentes de hombre que lo entiende, siguió maese Tomé su lección, y los infantes aprovechándola razonablemente, hasta que al cabo cansado don Carlos de menear el cuerpo, pretextando que aun no había rezado las horas de aquel día, y que quería rezarlas antes de que viniese el Conde-Duque, dió la danza por acabada y salió del aposento. Despidióse el bailarín de la Infanta, y cuando ésta se quedó sola con la dama que antes vimos ayudarla en su labor, dijo:

—Necesario será ahora, doña Mencía, que vaya á visitar á la Reina, pues aunque en esto tenga, como sabes, más enojo que alegría, al cabo, al cabo, no se puede hacer como se quiere, sino como los otros lo disponen.

—Tu Alteza, señora—contestó la dama,—habla con discreción, y siendo así, os digo que vayais, que algo comienza á murmurarse en el Alcázar, en donde nunca faltan maldicientes.

—Entiendo lo que dices, doña Mencía—replicó la Infanta,—pero te aseguro que en esta ocasión la maledicencia no inventó, como acostumbra, hechos que no fueron, sino que en la verdad se apoya, y así como di-

cen que el amor cosa es que no puede esconderse, porque él se muestra por donde quiera, aunque se le oculte y disimule, así también pienso yo que la enemiga que dos se tienen, y más siendo mujeres, no puede tampoco taparse ni encubrirse, porque aunque la voluntad lo procure, la declara aquella intención de los conceptos, acritud de las palabras y poca blandura del mirar. Ahora, sea como fuere, vamos á ver á la Reina.

Salieron ambas de la estancia y se dirigieron, cruzando pasillos y galerías, al lugar en donde doña Isabel de Borbón tenía su cámara y entraron en ella después de obtener la venia de la Reina; estaba ésta sentada en un sillón, con traje de levantar, más pálida que solía, porque aun no iban dos días que abandonase el lecho después del nacimiento del príncipe Baltasar, aumentando aquella palidez el negro de sus rizados cabellos y el brillo de sus ojos. Dábanle compañía dos damas de Palacio, que se pusieron en pie al entrar la Infanta.



—Seais bien venida, hermana,—dijo la Reina con un acento extranjero que nunca pudo disimular.

—Y vos bien hallada, señora,—contestó doña María haciendo una reverencia.

—Huélgome en verdad de veros, porque ardía ya en deseos de preguntaros sobre algunas cosas que vos muy bien debéis saber, como quiera que es á vos á quien atañen,—replicó la Reina, pretendiendo dar mucha dulzura y hasta un poco de zalamería á sus palabras.

—Mandad, pues, señora, que aquí estoy para serviros.

En esto estaban de su plática, cuando de improviso se abrió un falsete que un tapiz tejido por los Gobelinos ocultaba, y apareció...

Pero ¡Dios de Israel, de Judá, de Leví y de todas las demás tribus! ¿qué era aquello? ¿Quién daría crédito á los ojos? Figúrate, si puedes, ¡oh lector!, que de pronto vieses surgir ante tu vista un hombrecillo de no muy medrada estatura, con cara de truhán y boca de oreja á oreja; figúrate, además, que este tal llevase un traje á la turquesca, con aljuba roja, capellar blanco, un gorro encarnado como pimiento de la Rioja y con ruedo de lienzo, en el gorro muchas plumas de pavo, y botas también encarnadas, con lazos de todos los colores, y después que te hayas representado semejante estantigua, díme qué juzgarías si le hubieses visto en un aposento de Palacio, y qué seguirías juzgando al advertir que á ninguna de las personas que en él estaban causóles extrañeza la entrada de aquel birrio, el cual, dirigiéndose á la Reina con grave continente, le entregó un papel doblado, diciendo:

—Esta es, Isabel, la relación que ayer dijiste que te hiciera, de las personas necesitadas y que han de ser por ti socorridas.

—Dame el papel—contestó la Reina,—que luego miraré en eso, y ahora puedes marcharte, Pernia—que este nombre tenía el mensajero. Con lo cual, lector amigo, ya podrás conocer, si es que no lo habías conocido, que era uno de los bufones ú *hombres de placer* del Rey, que (con perdón) así se llamaban en la Corte.

—También á vosotras—continuó la Reina hablando con las damas de Palacio que presentes estaban—os

doy licencia,—oído lo cual desalojaron la estancia, dejando solas á la Reina y á la Infanta.

—Hermana—dijo aquélla—sentáos junto á mí y oidme: he sabido (no por vos ciertamente, ni por el Rey, que nunca me confía el más mínimo secreto), que se está tratando en vuestro matrimonio, y que el Conde-Duque lleva muy adelantados los capítulos. Dícenme, además, que el prometido es el Rey de Hungría, y que á la hora de ahora ya debe estar caminando la vuelta de Madrid el Conde de Guastala, encargado por su señor de acabar este negocio.

—Señora—contestó la Infanta,—con verdad os informaron, pero adviértoos que no mucho más de lo que habéis dicho podría añadir yo. Con tanto sigilo lleva el Conde-Duque estos tratos, que pienso que el mismo Rey, mi hermano, no está del todo al cabo de ellos; y con deciros que á mí no se me ha preguntado sino por la voluntad, creo deciros bastante.

—No me sorprende, hermana, que el Rey ignore mucho de esto, que pues á las veces no sabe de su casa y persona, mal puede saber lo que no es para él del mismo interés.

—Culpa es todo del Conde-Duque—replicó la Infanta,—que le tiene sorbido el seso y como encantado.

—No lo penséis así, doña María; el de Olivares es hombre muy afecto á la persona del Rey, y en toda la Monarquía no podrá encontrarse una fidelidad que á la suya se asemeje.

—Ya sé, señora, que al menos así lo pensais vos, y cierto que tenéis motivos para ello, pero los míos son para pensar de contraria manera. Y si no, decidme, ¿quién, sino el Conde-Duque, inventando aquel pretexto

de la devolución de los Estados de Alemania, puso tropiezo y obstáculo invencibles á mi casamiento con el que es hoy Carlos I de Inglaterra? ¿Quién, sino él, tuvo la culpa de que, á consecuencia del desaire, socorriesen los ingleses á los flamencos en la guerra contra España, y Richelieu solicitase y obtuviese los bajeles de aquéllos para atacar á los genoveses, nuestros amigos? Y, viniendo á mis hermanos, ¿pensais que el Conde-Duque no es el causante de que el infante don Fernando se halle ausente de la Corte de Madrid, y de que don Carlos vaya poco á poco consumiéndose en pasión de ánimo, por el desvío en que le tiene y por haberse opuesto siempre á su casamiento? ¿Y doña Mariana...

—Hablais—interrumpió la Reina—como niña que sois; no merece el de Olivares que le tengais esa enemiga y mala voluntad. Dijérais que el Rey anda grandemente separado de su casa y negocios...

—¡Señora!—exclamó la Infanta, sin dejar á la Reina concluir la frase;—no es el Rey, bien lo sabéis, el único culpable que hay en Palacio.

—Pero quizá sea yo la sola desgraciada—replicó la Reina.

—Tampoco sois la única, como habéis visto, que hay muchos que vamos en vuestra compañía.

—Siquiera vos—continuó la Reina—vivís en vuestro pueblo y con los vuestros estais; mas yo, como desterrada me considero.

—Señora, medid las palabras, que no alcanzo yo qué se os haya hecho en esta tierra que no sea merced.

—¿Pues considerais, hermana, que no se me hizo en la mía, y aun que no se me hubiera hecho más que aquí? ¿Podía yo esperar, al salir de ella, que iba á ser esposa de quien hace gala de tenerme en poco?

—No le tenéis vos en mucho, cuando de ese modo hablais, que al fin, señora, soy su hermana.

—No os enojéis, Infanta—repuso la Reina,—que no parece sino que os descubro las Indias; ¿acaso no sabíais vos, sabiéndose en Madrid y en todo el Reino, que vuestro hermano me muestra poco amor, y que tiene más afición que á los negocios de Estado, á las comedias y trato con farsantes y cortesanas?

—Maledicencia es ésa, señora—dijo con cierta sorna la Infanta.—¿Qué honra, decidme, se verá libre de las saetas de la murmuración de gente baldía? Es que, por ventura, no hacéis memoria de que en vuestra misma persona ha puesto la calumnia su ponzoñosa lengua? ¿Olvidais la divisa «*Son mis amores*», que encima de los reales de plata lució por la calle Mayor el Conde de Villamediana, que Dios perdone?

—Desenvuelta sois y con poco recato hablais, doña María; por mi fe que no es el vuestro el lenguaje que conviene á una doncella: gustaría de que me dejáseis sola, que comienza á dolerme la cabeza.

—Haré lo que mandais—contestó la Infanta levantándose;—pero antes de ausentarme quiero preguntaros una cosa; decidme, ¿conocéis á un capitán que se llama don Alonso de Contreras?

Doña Isabel, al oir este nombre, se inmutó grandemente.

—¿Por qué me lo preguntais?—dijo mirando muy fijamente á la Infanta.

—Porque desearía saber si es uno que hace algún tiempo pasó toda una noche encerrado en un aposento de la Torre de la Parada, de este alcázar, por causa de haber tomado mal los puntos en no sé qué astrologías en que andaba metido, y además porque me han referido

de él aventuras que parecen increíbles y díchome también que es gran enamorado.

La Reina, al escuchar estas palabras, y sobre todo, el acento con que fueron pronunciadas, quiso hablar, pero se le puso en la garganta uno á guisa de nudo, que no le consintió decir vocablo, y haciendo muchos visajes y esparajismos, quedó privada en el sillón, dejando caer el papel que Pernia le había dado y que conservó en la mano mientras duró su conversación con la Infanta; recogiólo ésta, y desdoblándolo con mucha prisa, leyó lo siguiente:

«La moza que me encomendásteis no está en San Plácido; pero siendo cosa de vos, daré por encontrarla y serviros hasta la vida. De palabra os podría decir más y espero con ansia de sediento la ocasión de veros. Por Pernia, y con la industria que me dijísteis, os mando este papel.—*El Capitán*».

Doña María guardó la carta, se dirigió á la puerta y avisó á las damas para que auxiliasen á la Reina, quien con un poco de agua y vinagre que le echaron en el rostro, y dos ó tres valientes tirones en el dedo del corazón, recobró el sentido, con lo cual la Infanta salió de allí en busca de su aposento.



CAPÍTULO XII

EL VERGONZOSO EN PALACIO

«Yo quisiera haber escrito en los tiempos de gloria.»
(Manuel de Melo.—*Guerra de Cataluña.*)

Algún tiempo después de ocurridos los sucesos referidos en el anterior capítulo, presentábase un chicuelo en la posada del capitán Alonso de Contreras y entregábale un papel que decía lo siguiente:

«Señor Capitán:

Si vuesa merced continúa dando crédito á la dama del balcón, vaya esta noche á las once al postigo que da paso á las caballerizas de Palacio, donde le esperará quien podrá guiarle donde desea.»

Llegada la hora, obedeciendo Contreras la indicación, se personó en el lugar designado. Allí topó con Pernia, quien recomendándole el mayor silencio y la más exquisita circunspección, condújole sigilosamente, por ocultos pasadizos, á un aposento espléndidamente

amueblado y que por las trazas parecía mansión de elegante y encumbrada dama.

—Espere, don Alonso—dijo Pernia,—que no tardará en venir la persona á quien deseaba hablar vuestra merced.

Con la mano puesta en el puño de su tizona estuvo largo rato Contreras aguardando la ansiada aparición. Como tardara en presentarse, entreteníase en repasar con los ojos los ricos tapices que ornaban las paredes del aposento, cuando oyó decir á sus espaldas:

—Bien venido sea nuestro Capitán.

Volvióse rápidamente Contreras y contempló á la reina Isabel de Borbón, que había entrado por una puerta secreta y permanecía de pie, con ciertas señales en el rostro de traviesa turbación. Pálida todavía y no enteramente repuesta, la figura de Isabel de Borbón parecía enteramente ideal. Como francesa, tenía cierto aire de elegante desenvoltura, nada semejante á la hipócrita gravedad de las damas de Palacio. No deslumbraba por su belleza, pero su atractivo era tan poderoso, y tan seductora la mirada de sus encantadores ojos, que no se hacían dificultosos de comprender la ciega pasión del infortunado Villamediana, el profundo enamoramiento del buen Contreras, y los vengativos celos de Felipe IV.

—¡Señora!—exclamó Alonso de Contreras acercándose á la Reina, ante la cual hincó en tierra una rodilla, besando con aire de verdadera devoción la mano que aquélla le tendió.

—Sé que habéis procurado cumplir mi encargo, y que deseábais darme cuenta de él—dijo la Reina, como procurando achacar la cita á negocios de muy distinto género de los que al Capitán preocupaban.

—Provisto de una cédula del Santo Oficio, presentéme en el convento de la Encarnación Benita y pregunté á la Priora, sor Teresa, por su reclusa doña Isabel. Díjome que la noche anterior, un caballero, cuyo nombre ignoraba, pero que llevaba muy buenas señales de creencia de S. M. el Rey, había sacado del convento á la joven, cuyo paradero desconocía.

—¿De veras?—dijo la Reina dando visibles muestras de despecho.

—Créolo así, señora, porque nada resiste al Santo Oficio, y, con su orden, pude visitar muy al por menor todo el convento. Después he hecho cuanto he podido por indagar el paradero de esa dama, sin haberlo conseguido. Y esto—añadió Contreras con cierta turbación—era lo que me urgía poner en conocimiento de Vuestra Majestad, sintiendo lo desdichado del éxito, pero alegrándome con toda el alma de que Vuestra Majestad se haya dignado servirse de mí.

Contreras, aunque no era hombre corto de genio, y estaba curtido en todo género de lides, bajó los ojos ante la mirada de fuego que la Reina le dirigió inmediatamente. Sintió que le flaqueaban las piernas, que le volvía á doler desesperadamente la herida del hombro, y que las figuras de los tapices danzaban en báquico desorden á su alrededor.

—Sentáos, Capitán—dijo la Reina, que había echado de ver su timidez;—sentáos, que yo me complazco siempre en emplear en mi servicio las personas que, como vos, me son particularmente afectas.

Ocupaba la Reina un sitial de elevado respaldo y preciosa labor. El Capitán tomó asiento en un escaño, á respetuosa distancia de la Reina.

—Señora—dijo al sentarse,—grande honor es para mí...

—Dejáos de cumplimientos, Capitán—repuso la Reina,—y contadme algo de vuestra historia. Me interesa conocerla.

Contreras le refirió lo mejor que pudo los principales sucesos de su aventurera vida. La Reina le escuchaba con atención extraordinaria, y sentía viva admiración por los prodigios de valor y de serenidad que aquel hombre relataba fría, tranquilamente, cual si la cosa más natural del mundo fuesen.

De pronto, la Reina interrumpió la narración de Contreras.

—Esperad, Capitán, debéis haberos fatigado con tanto hablar.

Y levantando uno de los tapices, abrió una pequeña alhacena y sacó de ella dos copas de finísimo cristal y una botella de rico vino de Borgoña, por el que ella sentía especial predilección. Por sí misma escanció al Capitán y se sirvió también.

—Bebed, don Alonso, que aunque no es de Ciudad Real, no deja de tener su mérito.

—Señora—exclamó Contreras sin poder contener ya el ímpetu de su pasión y declarándola con los ojos y el ademán,—sólo el habérmelo servido Vuestra Majestad, trueca para mí este vino en el más suave y delicioso néctar que los dioses bebieron.

—Galante sois, como buen español. Pero decidme, que ha tiempo que el saberlo me inspira cierto interés, ¿cuándo y dónde me vísteis por vez primera?

—Señora, preguntad al niño cuándo contempló por primera vez el resplandor del astro solar, y os dirá que siempre, porque la vida y la visión de la luz están para él estrechamente unidas. Eso es lo que á mí me ocurre. Os ví cuando empecé á vivir, y viví cuando os lle-

gué á ver, porque la vida y vuestra presencia son una sola cosa para mí. Lejos de vos me ahogo, me siento morir; á vuestro lado, las glorias del Paraíso me parecen despreciables. ¡Perdonadme, señora! ¡Haced merced á mi osadía, porque mi amor es incontrastable, irresistible, no puedo contenerlo por más tiempo! Leyes, religión, justicia, lealtad, todo soy capaz de atropellarlo por vos, porque tenéis sobre mí un poder absoluto, inmenso! ¿Cuándo os ví por primera vez, preguntábais? Hace seis años. Pretendía yo la plaza de almirante de una flota. Por mediación de D. Baltasar de Zúñiga logré una audiencia de vuestro esposo; al salir, cuando atravesaba uno de los corredores del Alcázar, os ví pasar, seguida de vuestras damas. Hicísteis en mí una impresión tan profunda, que desde entonces vuestra imagen quedó grabada en mi corazón con caracteres indelebles. Volví á Palacio varias veces, deseando veros nuevamente. No fué tanta mi dicha. Dos ó tres veces pude lograrlo en las calles, pero aquella pasajera contemplación no servía sino para enardecer mi loco amor. No pudiendo sufrir más, y prefiriendo la muerte á tan anheloso vivir, me resolví á enviaros aquel papel por medio de Pernia. Por una de vuestras damas me hicísteis saber que no os enojaba enteramente mi pasión. Me habéis llamado, os he visto, he tenido la osadía de haceros esta declaración, y ahora os pido que castiguéis el atrevimiento.

É hincando una rodilla en tierra, sacó la daga y se la presentó á la Reina.

Quedóse ésta un momento pensativa, apoyó en la mano su bellísima cabeza y díjole á Contreras con expresión de dulzura y majestad:

—Guardad esa daga, Capitán, que harto cruel sería

yo dando muerte á quien tan bien me quiere. No apruebo ni desapruebo vuestro amor. El porvenir dirá si sois ó no digno de él. Cuidad, empero, de no darlo á conocer á las gentes; cuidad de no comunicarlo ni aun al más íntimo de vuestros amigos, porque entonces (y al decir esto la fisonomía de la Reina tomó una fúnebre y dolorosa expresión), entonces yo os predigo que moriréis, y, ¡quién sabe si pereceré yo también! Pero habéis sido franco, noble, atrevido; creo tener en vos un amigo; voy á narraros, á mi vez, algunos sucesos de mi vida. ¡Que nada de lo que os voy á decir salga nunca de vuestros labios!

Ya conocéis la conducta de mi esposo, la frivolidad de su carácter, sus continuos y escandalosos devaneos. Cuando me uní á él, su natural ingenio y amable porte me habían cautivado. Era mi ilusión. ¡Feliz yo si así hubiera continuado! La odiosa maledicencia encargóse pronto de hacerme ver lo vano de mis esperanzas; tuve noticias, vagas primero, claras y terminantes después, de su libertinaje y desenfreno, de sus nocturnas orgías, de sus relaciones con faranduleras y comediantas, de sus reuniones con gente de mala especie, y cayó por completo y para siempre aquel velo que me ocultaba la realidad. Entonces todo me fué odioso, y mi vida se convirtió en un verdadero tormento; entonces comprendí por qué ese astuto y falaz Conde-Duque, don Gaspar de Guzmán, procuraba idealizar á mis ojos la persona del Rey. ¡Sin duda quería hacerle á éste todo agradable! Por eso fomentaba y protegía la inclinación de mi esposo á la liviandad y al libertinaje; á fin de que le entregase por completo (como lo hizo) las riendas del Estado, que en sus manos ha de ir, si no me equivoco, derecho á la ruina.

Entonces hubo un hombre á cuya pasión (ya antigua) tuve la debilidad de atender, y digo debilidad, porque no era verdadero amor el suyo, sino pasajera ostentación de afecto, vano prurito de superar á los demás en la altura y encumbramiento de los amores. Este hombre, ya sabéis quién fué: el Conde de Villamediana. También conoceréis su trágico fin, preparado, á no dudarlo, por mi esposo, cuyos celos son terribles, por lo mismo que no puede menos de reconocer su fundamento.—A vos, nada os digo; el tiempo decidirá si puedo ó no confiar en vuestros sentimientos.

—Juro á Vuestra Majestad— repuso Contreras—que, desde este instante, mi alma y mi vida estarán consagradas á vuestro servicio.

—Acepto el juramento, y os lo recordaré cuando la ocasión se presente.

Besóle la mano Contreras y se fué por donde había venido, guiándole en aquel laberinto de pasadizos el buen Pernia. Dirigióse luego á su posada, con el alma henchida de gozo, pero al entrar observó que un hombre, desde la esquina de un callejón inmediato, le hacía señas de que fuese á él. Acercóse Contreras, y el desconocido—en quien el avisado lector hubiera descubierto á Juan, el criado de don Francisco de Quevedo—dióle rápidamente un papel, diciéndole en voz baja:

—Leed ahora mismo este papel, que os importa. Y seguidme luego.

A la luz del farol que colgado de la pretina llevaba, leyó Contreras lo siguiente:

«Señor Capitán:

Quien no debiera saberlo, está enterado ya, por una imprudencia, de vuestros amores palaciegos. Si lo

tenéis al pellejo, no pongais los pies en la posada, y seguid al dador, que os llevará á seguro albergue.—*Un amigo.*»

Vaciló Contreras un instante, pero después, comprendiendo la posibilidad, y aun la probabilidad de que aquella noticia tuviera fundamento, marchó en seguimiento del desconocido, que se dirigió á la hostería de Cantillana.

Recomendóle Juan á Contreras que se cubriese con el embozo, y entraron en la hostería. Sin duda Juan debía de haber hablado ya al buen Cantillana, porque éste, apenas los vió aparecer, cuando se levantó de un escaño, dejó en el mostrador la consabida edición del *Lazarillo* de 1536, y fué delante de ellos hasta el guardarropa que daba entrada al aposento secreto. Allí se detuvo, apartó una de las capas que colgando había, apretó un botón hábilmente disimulado en la pared, y abrióse un postigo por el que difícilmente cabía una persona.

—Pasen vuestras mercedes—dijo Cantillana.

Pasó Juan, y le siguió Contreras. Después, Cantillana cerró el postigo, colocó la capa en su sitio, y regresó á su mostrador y á su *Lazarillo.*

El postigo por donde Juan y Contreras entraron, daba acceso á una angosta escalerilla, al extremo de la cual veíase un punto rojo, que pareciera el ojo de alguna fiera si no fuese por su absoluta inmovilidad.

—¿Quién va?—dijo una ronca voz.

—Torre—contestó Juan.

Y el punto rojo desapareció.

Llegados al descansillo de la escalera, hubieron de bajar por la parte opuesta. Dieron así en un corredor bastante largo, cuya humedad daba indicios de hallarse por bajo del nivel del suelo exterior. Al fin tropeza-

ron con otro postigo semejante á aquel por el cual entraran, abierto el cual se hallaron en una casa situada á cierta distancia de la hostería de Cantillana.

Salió á recibirles un viejo de antiparras, de apariencia venerable. Saludó afablemente á Juan, preguntóle por su señor, y dijo luego, dirigiéndose á Contreras:

—Se halla vuesa merced en la librería de Pedro Núñez, su servidor. No haya miedo de que aquí le encuentre nadie. A ver, Estebanillo—dijo á un mozalbete que en otra habitación se entretenía en poner abrazaderas de correa á unos libros encuadernados en pergamino, —muéstrale al señor su aposento.



CAPÍTULO XIII

LIBROS, TERTULIA Y BANQUETE

«Que yo soy un hombre zurdo,
cejijunto y medio bizco,
más negro que mi sotana,
más áspero que un erizo.»

(Quevedo.—*Romance*.)

Dejemos descansar al capitán Alonso de Contreras en el aposento que la solicitud del librero Pedro Núñez le había deparado, y hablemos un rato de este personaje y de su acreditado establecimiento.

La librería de Pedro Núñez era uno de los lugares más concurridos por los buenos ingenios de la época. Al anochecer, terminadas las representaciones en los corrales, solían concurrir allí muchos amigos del buen librero, atraídos, tanto por el aliciente de la conversa-

ción, como por los buenos chocolates y excelentes naranjadas con que el último solía obsequiarles de vez en cuando.

Preciábase Pedro Núñez de ser hombre de profunda y escogida erudición, *sacra et prophana;* pero, á decir verdad, y ahora que no puede enojarse, bueno es declarar que su ilustración era sumamente desordenada y superficial, aunque vasta. Cuidaba mucho de su establecimiento, que era, como él decía, su único hijo; respetaba y oía con devoción singular los pareceres de los caballeros que su tienda frecuentaban, y no tenía más desazones que las que de vez en cuando solían proporcionarle las picardías de su fámulo Estebanillo.

Había sido Núñez grande amigo de Miguel de Cervantes Saavedra, cuyo excelente ingenio no se cansaba de celebrar. Presenció los últimos momentos del autor del *Ingenioso Hidalgo,* y no dejaba pasar año sin mandar decir, el 23 de Abril, unas cuantas misas por el alma de tan cristiano y regocijado entendimiento.

La tarde siguiente á la noche en que Contreras fué albergado en casa de Núñez, hallábase éste en su librería, poniendo en orden algunos volúmenes en los plúteos de sus estantes, cuando entró un mozalbete, como de unos catorce abriles, pidiendo un pliego de á ocho maravedís para leer.

—Mira, hijo—díjole Núñez á Estebanillo,—dale á este rapaz *La vida del pícaro,* que no dejará de entretenerse con ella, y á tí y á él os estará bien el negocio.

Descolgó Estebanillo de un cordel, donde por medio de cañas estaban sujetos algunos pliegos sueltos, un ejemplar de la tal *Vida,* impreso en 1605 (por cuyo hallazgo no dejaría de dar algún curioso de nuestros tiempos unos cuantos pesos duros), y entregóselo al muchacho.

Ido éste, entró en la tienda aquel don Gabriel de quien en anteriores capítulos hemos hablado.

—Ave María—dijo al poner los pies en el aposento.

—Sin pecado—contestó Núñez, y, alzándose las antiparras, añadió, mirando á don Gabriel:—¿cómo lleva vuesa merced ese poema, señor don Gabriel?

—¡Ah, mi buen Núñez, terminado! ¡Terminado! Llegué *usque ad calcem.* Aquí traigo el cuarto y último libro del *Petroselinum.* Héme resuelto á darle este nombre, siguiendo á Plinio, aunque quizá los Aristarcos me censuren por emplearlo genéricamente; pero yo sabré qué contestarles, gracias á Dioscórides. Y vuesa merced ¿qué hace?

—He andado revolviendo la librería, porque no daba con cierto ejemplar de una *Comedia de Calisto y Melibea* (esa que hoy llamamos *La Celestina*), impresa en Barcelona en 1499. Al fin, lo encontré. Aquí lo tiene vuesa merced.—Y mostró á don Gabriel un regular volumen de letra gótica.

—No dejan de ser ya raros estos libros, Núñez—dijo don Gabriel;—pero prefiero ese *Ingenioso Hidalgo* que ahí tenéis.

Y señaló un plúteo donde había, puestos en fila, ocho ó diez ejemplares (asómbrese el lector) de una edición del *Quijote* impresa en 1604.

—Sí señor, sí señor.—dijo Núñez.—Por cierto, que ayer nuestro buen pastor el P. Cristóbal me trajo todos esos cuerpos.

En esto andaban, cuando entraron en el establecimiento seis ó siete caballeros que, después de haber saludado á Núñez, empezaron á hablar entre sí:

—¿Estuvo anoche vuesa merced, señor de Mendoza—preguntó uno de ellos á otro,—en Palacio?

—Sí señor. Fuí primero á la calle de las Urosas á recoger á Vélez de Guevara, y juntos nos fuimos á la Academia.

—¿Hubo mucha gente?

—Bastante. Sin hablar de Su Majestad (que Dios conserve), allí estaban don Jerónimo deVillayzán, don Francisco de Rojas, don Antonio Coello, el gran Lope de Vega, el Marqués de Javalquinto, el Padre Manuel Sales y otros buenos ingenios.

—Dígame vuesa merced, señor de Mendoza—preguntó Núñez,—¿y don Francisco de Quevedo? ¿Se habla de él algo?

—Mucho, en verdad, y á todos nos sorprende que estando ya libre no se haya presentado en Palacio.

—Sin duda no habrá llegado aún á Madrid. Tengo entendido que anda bastante delicado de salud.

—No ha dejado de quebrantarle tanta y tan obstinada persecución. Pero no es él hombre de los que se doblegan ante la desgracia. Él mismo suele decir que *donde no hay mancha, está de más la tierra que las quita.*

—Pues no deja de haber algunas manchas en sus libros—interrumpió algo enojado don Gabriel, que había estado papeleando en su *Petroselinum*—y tengo oído que el Santo Oficio no mira bien todos los escritos de ese prodigioso pero procaz ingenio.

—En cambio—dijo entonces con cierta sorna uno de los contertulios,—no hallará mucho que reprobar la Inquisición en vuestro poema sobre el *peregil.*

—No por cierto—contestó don Gabriel cándidamente,—cosa más santa no se ha escrito jamás, bendito sea Dios.

—¡Qué bien olerá ese poema!—exclamó uno.

—Pero don Gabriel no debe colocarlo en su librería, cuando lo imprima—dijo otro.

—Pues ¿dónde?

—¡En la cocina!

Echáronse todos á reir, y don Gabriel amoscóse un tanto. Volvió empero á describirles las excelencias de su obra, y, sacando unos papeles, preparábase sin duda á leer algún trozo de aquella virgiliana producción, viendo lo cual pusieron pies en polvorosa la mayor parte de los presentes, despidiéndose precipitadamente de Pedro Núñez.

Dieron las nueve de la noche, y habiéndose quedado desierta la librería, Núñez cerró la puerta é hizo retirarse á Estebanillo. Después se dirigió al aposento donde Contreras estaba.

—¿Se puede pasar?—preguntó.

—Adelante, amigo Núñez,—dijo Contreras—y siéntese vuestra merced un rato, si quiere y puede, que estoy desesperado de tanto recogimiento, y deseando que anochezca más para poder salir á la calle.

—Por mi voluntad, señor don Alonso, no saldría de aquí vuesa merced. Hame dicho Juan de la Torre, el servidor de mi ilustre parroquiano don Francisco de Quevedo, que poderosos personajes desean y buscan vuestra muerte.

—Y aunque así sea, ¡vive Dios!, ¿es razón ésa para estar yo aquí todo el santo día encajonado, como pasajero en bajel? Quisiera yo hablar con don Francisco, á quien hace mucho tiempo no veo, y que, según he oído, tómase gran interés por mis cosas, ¿dónde vive?

—No lo sé; porque una vez que vino, no me dijo dónde paraba. Es más, recomendóme con gran secreto que no revelase á nadie que le había visto.

Apenas había dicho esto, cuando se oyó un gran estrépito, que parecía venir de algún aposento situado encima de aquel que habitaba entonces Alonso de Contreras.

—¿Qué es eso?—preguntó éste.

—Lo ignoro—repuso Núñez, algo turbado.—Sin duda es alguna zambra que han armado los parroquianos de Cantillana.

—Pero ¿llega hasta aquí la hostería?—preguntó con extrañeza Contreras.

—Le diré á vuesa merced (y le ruego no revele á alma viviente el secreto, porque podría costarnos á los dos la vida); el aposento que hay sobre el que estamos, aunque parece pertenecer á mi casa, es una dependencia secreta de la hostería de Cantillana. Llégase á él por un oculto corredor, semejante á aquel por el cual vino acá vuesa merced, y que comienza en el descansillo de la escalera donde su merced vería un punto rojo.

—Y ¿quiénes suelen asistir á ese aposento?

—¡Chist! Dícese (y aquí el buen Núñez bajó tanto la voz que apenas podía oírsele), dícese que Su Majestad viene á solazarse en él de vez en cuando, acompañado de alguno de sus íntimos.

—¡Por Cristo, que he de hacer lo posible por presenciar una de esas reuniones!

—Dios le libre de ello á vuesa merced—dijo Núñez —¡Buena la hacíamos!

—¿Cómo que no? Ahora mismo. Guiadme hacia el descansillo que habéis dicho.

Calóse Contreras el sombrero, ciñóse la espada y la daga, y, sin que bastasen á impedirlo todas las advertencias, amonestaciones y escrúpulos de Núñez, hizo que le mostrase éste el pasadizo por donde había venido.

—Os acompañaré, don Alonso—dijo Núñez,—porque, sin mí, nada podríais ver. ¡Dios quiera que no nos suceda alguna desgracia!

Pusiéronse en camino, y al poco rato llegaron al descansillo donde Contreras viera el punto rojo, que no era otra cosa que la mecha encendida de un mosquete que asomaba por una tronera practicada en la pared.

—¿Quién va?—preguntó la misma ronca voz del anterior capítulo.

—Núñez—respondió el librero—y uno de los pajes al servicio de Su Majestad.

—Pasad, pues—dijo la misma voz.

Pasaron Núñez y Contreras, y después de atravesar un larguísimo corredor, dieron en un aposento blanqueado y enteramente desprovisto de muebles. Oíanse desde allí ruidosas voces, choque de vasos y alegres canciones.

—Ya llegamos—dijo Núñez.

—¡Cómo! ¿Aquí...?—repuso Contreras.

—Esperad.

Y abriendo un postigo muy diestramente disimulado á cierta altura del nivel del aposento, apareció un pasillo, al extremo del cual veíanse varias luces.

—Ya no me atrevo á seguiros—dijo Núñez.—Cuando lleguéis al final, encontraréis á mano derecha un gran salón, donde estarán los comensales, y á mano izquierda la repostería. Si lograis pasar sin que os vean, entrad en el aposento de enfrente, donde está el guardarropa; la pared es de lienzo, y con la daga podréis abrir un agujero, desde donde quizás veais alguna cosa. Volved cuanto antes, que aquí os espero, y no olvidéis el peligro que vos y yo corremos.

—Bien está—dijo Contreras, y entró en el pasadizo.

Al llegar al extremo, detúvose y miró recatadamente

á uno y otro lado. Por el de la izquierda, donde se hallaba la repostería, no se veía á nadie. A la derecha estaba el salón, y en él Felipe IV y otros tres caballeros, acompañados de cinco damas, cuyos vaporosos trajes daban muy elocuente idea de su libertad y desenvoltura. Contreras aprovechó un momento en que los que podían verle andaban distraídos, y atravesó el pasillo, colándose en el guardarropa. Allí se tapó con una de las capas, hizo un agujero en el lienzo con la daga, y miró.

La escena que se ofreció ante sus ojos era por demás interesante. La cena había terminado, y las rondas de copas, iniciadas casi siempre por el Rey, se sucedían con rapidez. Lo descompuesto de los ademanes y lo turbio de las miradas, daba á entender que las cabezas no andaban muy firmes. Felipe IV, pasando el brazo por la cintura de una hermosa dama que junto á él estaba, y acercando á sus labios una copa llena de exquisito vino, la decía:

—Toque mi bella Clori con sus purpurinos labios este néctar, á fin de que me sea más grato.

Pero inclinó torpemente la copa, y el vino se derramó por el rostro y pecho de la dama, que prorrumpió en una carcajada.

—No importa—dijo el Rey,—¿dónde hallar un vaso tan rico y bien tallado como tu boca?

Y unió sus labios á los de la bella.

—Señores—interrumpió uno de los otros comensales,—la hermosa Laura, flor y nata de los corrales de esta Corte y del mundo entero, se ofrece á representaros al vivo, en unión de Teodora, la escena de la presentación de una novicia en el convento de la Encarnación Benita.

—¡Bien, muy Bien! ¡bravo!—exclamaron los demás, incluso el Rey, aplaudiendo con entusiasmo.

Laura hizo de priora y Teodora de novicia. La primera salió del aposento, entró en el guardarropa, cogió una capa (que por fortuna no llegó á ser aquella tras de la cual estaba oculto Contreras), se la puso por encima de la cabeza, y penetró otra vez en el salón. Teodora se había sentado en un escaño, cruzando modestamente las manos y bajando los ojos con pudoroso recato.

—Ave María— dijo Laura con voz dulcísima y atiplada—¿cómo os encontrais, hija mía?

—Bien, madre—repuso Teodora.

—¿Cómo habéis dormido?

—Perfectamente. Pero he tenido cierto temor á media noche, creyendo sentir un ruido extraño en el convento.

—¿De veras, hija mía? ¡Qué inocente! Otra noche, por molesto que me sea, yo procuraré estar con vos, y espero que no tendréis miedo. ¡Bendígaos Dios, hija mía, y qué hermosa sois!

Y diciendo y haciendo la dió un beso en la boca.

—Voy á ver, hija mía, si sois verdaderamente digna de ser esposa del Señor.

La escena que á esto siguió no es para descrita por pluma que no sea la de Francisco Delicado. Coreáronla los del festín con risotadas y aplausos, y aquella orgía fué llegando al punto más elevado del desenfreno.

Contreras no podía dar crédito á sus ojos, y, por motivos que él se sabía, una cólera reconcentrada bullía en el fondo de su corazón. Laura volvió al guardarropa á dejar en su sitio la capa; acercóse, sin percatarse de ello á Contreras, y éste, sacando rápidamente la daga,

sujetó á la dama y díjola en voz baja, pero con ira feroz, mientras le hundía el acero en el pecho:

—¡Infame, toma tu merecido!

—¡Don Alonso!—exclamó Laura con terror, y cayó exánime.

Contreras huyó precipitadamente.

CAPÍTULO XIV

EL ARTE DEL TOREO

«Levantóse la casada
una mañana al jardín,
dicen que á tomar el fresco:
¡Más le valiera dormir!»

(Romance anónimo.)

Entre los muchos regocijos con que el rey Felipe quiso celebrar el natalicio del Príncipe, no podía faltar una fiesta de toros, pues sabido es que aquel monarca recibía de ella especial contentamiento, y aunque en más de una ocasión hubo de arriesgar su real persona ante los astados brutos, haciéndolo tan bien y con tanto primor y bizarría, que mal año para los condes de la Tendilla y Vilamor y para los marqueses de Hardales y de la Algaba, que fueron extremados en el arte de rejonear y de matar los toros, dejando de su nombre fama imperecedera, nunca por otra alguna oscurecida.

No era, en verdad, muy propicia la estación para aquella fiesta, á causa de que el otoño estaba ya más que demediado y habíase querido esperar á que la

Reina estuviese en estado de asistir al espectáculo, pero así y todo no se desistió de realizarlo, porque regocijos populares sin corrida de toros, algo es así á guisa de pan sin levadura ó plática sin donaire; y además, como las reses que se iban á lidiar eran de las criadas en las verdes márgenes del Jarama, cuyos pastos son de los que no tienen rival en treinta leguas á la redonda, se esperaba que la bravura nativa de los toros fuese bastante á suplir lo que en ella pone el sol en las calurosas tardes del mes de Julio.

Mucho se había hablado y se hablaba de la próxima fiesta en los corros de las gradas de San Felipe, que era ésta, entre todas, la función que antes y después de celebrada tenía mayores privilegios para animar y enardecer las conversaciones, pues siempre había que decir algo de la estampa y porte de los toros, cómo los trajeron y esperanzas que se fundaban en cada cual, así como lo que se murmuraba de los caballeros que habían de salir á la plaza, divisas que escogieran, destreza que en otras veces demostraron, y, después de acabada la distracción, todavía quedaban los escamojos de ella, porque se armaban contiendas sobre si esta suerte fué más perfecta que la otra, ó sobre si don Tal tuvo más valor que el duque don Fulano, acudiendo mejor al socorro ó mostrando más gallardía con la espada.

Dos días iban ya que los carpinteros trabajaban en la Plaza Mayor (insigne teatro de toros, cañas ó autos de fe con encorozados y quemazón de carne viva, según vinieran dadas), levantando tablados y despejando los cajones y garabitos en donde los vendedores solían establecer sus puestos, y haciendo apartar las mesas de la verdura y del pescado á las regatonas y maragatos que

á estos géneros de comercio se dedicaban: los regidores del Concejo veíanse acosados de billetes en demanda de cédulas para presenciar la corrida, y los pacíficos vecinos de la plaza, en especial los de los portales de Pañeros, dábanse á todos los demonios del infierno pensando en la gente de calidad que había de tomar por asalto y como país conquistado los balcones de sus casas, sobre los que pesaba tan enojosa carga y servidumbre.

Llegó por fin el deseado instante, y bien se echaba de ver en el bullicio y jolgorio que desde las primeras horas de la mañana reinaban, no ya solamente en la plaza, sino en todas las calles de los alrededores. Ofrecían los balcones muy peregrino aspecto, en particular los de la *Casa de la Panadería*, desde los cuales, según costumbre, iban á presenciar los reyes la regocijada fiesta, y los destinados al Consejo de Castilla, porque los tapices y reposteros que unos y otros ostentaban en la delantera de sus antepechos, eran por todo extremo primorosos, y ricos sobre todo encomio y ponderación.

Veíanse en los demás muchas damas tocadas con las mejores galas que supieron encontrar, y caballeros lujosamente vestidos, y en los tablados ó cadahalsos de la plebe una multitud que se apiñaba, ganando á gritos, empujones y tal cual estacazo, los puestos que diputaban menos incómodos, formando el contrapunto de toda esta confusa y diabólica algarabía las desaforadas voces de los vendedores de comestibles, vino y aloja, que acertaban, acaso por milagro, á introducirse con su persona y mercancía en donde quiera que columbraban hueco, así fuese del tamaño de un grano de trigo.

Poco antes de que sonasen las diez, aparecieron en el

balcón los Reyes é Infantes seguidos de la Corte, y como tengo por seguro que no habrá pluma tan bien cortada que se aventure en la empresa de describir aquel momento, la mía pecadora ha de contentarse con declarar en estilo llano que los vítores que dió el pueblo fueron muchos, pues es fama que hubo algunos que á puros relinchos de entusiasmo perdieron el habla para toda su vida, y añadiré, para que no se me acuse de poco puntual, que los vestidos de Reyes, Infantes y servidumbre parecían labrados y cosidos por los sastres de la corte celestial, que deben de ser, por la cuenta, los ángeles y serafines que hayan aprendido aqueste oficio.

Las voces de ¡aparta! ¡afuera!, que se oyeron en uno de los extremos de la plaza, anunciaron la llegada de los toros que habían de ser encerrados, con lo cual creció el bullicio y alegría de la gente. Doce reses bravas, de feroz aspecto, entraron conducidas por mansos y vaqueros, y después de no poco trabajo, en que estos últimos demostraron su industria y pericia para tales faenas, quedaron los toros encerrados en los toriles que estaban preparados para ello, empezando á poco la lidia de los cuatro que la honrada plebe corrió por la mañana con garrochones, y en la cual nada hubo que lamentar, como no sea una buena cosecha de porrazos, y el total despanzurramiento de un maestro de obra prima, que quedó con el bandullo al sol.

Acabó con esto el espectáculo de la mañana, y muchos se fueron á comer á sus casas, pero los más, por no ir y volver, lo hicieron allí, de la comida que á prevención llevaban dispuesta; entre estos últimos estaban los Reyes y la Corte, para quienes el Concejo preparó el yantar con romana esplendidez, pues no faltaba en aquellas mesas nada de cuanto Dios crió para solaz

y regodeo del paladar ó del estómago; y aun no del todo levantados los manteles, ya estaban entendiendo muchos criados en el agasajo de la tarde, como lo denotaban aquellas jícaras de Mechoacán, en las que había de servirse el chocolate de Guajaca; aquellas salvillas de plata con búcaros y bernegales para el agua, vidrios para la mosela, limón y garapiñas, y el mediano escuadrón de tabaques, que en una mesa aparecía, con jalea, perada y cidra, amén de las jarras para el hipocrás, bebida que gozaba de gran favor entre las damas de aquel tiempo.



A las dos de la tarde ya estaba otra vez en sus puestos todo el mundo; en uno de los balcones de *Pañeros* lucía los encantos de su persona María Calderón, la Clori de casa de Cantillana, de quien el Rey no apartaba la vista desde que advirtiera su presencia, llegando, según se dice, su real desparpajo, hasta el extremo de que delante de la Reina, y sin recatarse de ella, dió orden para que llevasen refresco á la desenvuelta comedianta, cuyos amores con el monarca no eran de nadie ignorados; y se agrega que la Reina tuvo que hacer un gran esfuerzo para no dar al traste con las leyes del disimulo y de la ceremonia cortesana, porque la altivez femenina, que á solas puede domeñarse, no consiente el insulto con testigos, sin peligro de que atropelle toda urbanidad y miramiento.

A la hora que acaba de decirse, entraron en la plaza las guardias española y tudesca, y después de hacer

el despejo, fueron á colocarse debajo del balcón real, poniendo en tierra el cuento de las alabardas, y acto seguido salieron por el arco de la calle Imperial ocho trompeteros que llenaban el aire con el clamor de sus clarines; seguíales una tropa de lacayos, vestidos con los mismos colores de sus dueños y provistos de caballos de repuesto, rejones, espadas, estribos, sombreros y capas, y detrás de ellos, cerrando la comitiva, venían en sendos caballos montados hasta veinte caballeros de lo más florido y linajudo de la Corte, que eran los que iban á habérselas con los de Jarama; llegaron enfrente de los balcones del Rey, saludaron con gran respeto, y luego, cobrando cada cual su puesto y lugar, colocáronse en actitud gallarda.

No es posible formar acabada idea del júbilo de que dió muestra aquella multitud cuando sonaron las chirimías y atabales, ni de la inmensa exclamación que atronó el espacio cuando pisó la arena el primer toro; avanzó hacia él el Marqués de Hardales, que, como queda dicho, era hombre de singular destreza en estas lides, y ganando la vuelta al fiero bruto, puso el caballo al par de él y un rejón en el morrillo, cuyo chasquido al quebrarse, se oyó en toda la plaza; siguióle en la suerte el Conde de Vilamor, quien no fué tan afortunado como el compañero, pues al querer clavar un rejón de los llamados de *lancilla*, hizo un extraño su caballo y cayósele el sombrero, teniendo, por tanto, para satisfacerse, conforme á lo que establecían los cánones del toreo, que ir á buscar al toro, espada en mano; ejecutólo así, pero como sin duda tenía aquella tarde el santo de espaldas, según suele decirse, el toro le alcanzó por el sobaco, teniéndole suspendido un buen espacio: oyóse un grito de espanto en la plaza;

más veloz que un rayo y á todo correr del caballo, salió de entre los toreadores un caballero vestido con lujoso traje y cabalgando á la jineta, el cual fué á colocarse tan cerca del animal, que por fuerza tuvo que fijarse en él, y dejando al Conde en tierra echó en persecución del jinete, que dió muestras de notable habilidad y valentía, porque tomando al toro una vuelta, púsole un rejón *de varilla*, y apeándose incontinenti, sacó la espada, fuése á su enemigo con la mayor sere-



nidad que se vió nunca, y dándole una formidable cuchillada en el testuz, le hizo rodar por el suelo.

En tanto que la muchedumbre le vitoreaba con frenesí, el Conde de Vilamor, que milagrosamente resultó ileso, llegóse á él, y con muestras de grande agradecimiento le abrazó con mucha ternura; entonces el Rey hubo de fijarse en aquel caballero, y después que muy bien le hubo reconocido, volvióse á la Reina y dijo:

—¿Conocéis, por ventura, á ese caballero?

La Reina, que había seguido sin perder detalle el lance del socorro, quedóse un momento perpleja cuando el Rey hizo aquella pregunta, pero reponiéndose presto, le contestó:

—Juzgo, señor, que no le he visto en todos los días de mi vida.

—Pues, fijáos bien en él, porque es de los más valientes vasallos que yo tengo y pienso tener, y tan fiel al servicio de mi casa, que es maravilla.

Dijo el Rey con tal acento estas palabras (pues era truhán consumado, como se sabe), que á la Reina se le demudó un tantico el rostro, mas todavía tuvo disimulo bastante para preguntar:

—¿Y cómo se llama el caballero que decís?

—Se llama—contestó el monarca—don Alonso de Contreras, gran capitán, y aventurero de tan peregrina historia, que el día que se escriba, si se escribe, ha de asombrar al mundo, y hasta hay quien le achaca cierta muerte cometida los días de atrás. Pero yo creía, reina y esposa mía, que conocíais á ese capitán y aun que algunas veces habíamos hablado de él.

—No recuerdo, señor; pero podrá ser que sea como lo decís.

—Para demostraros, señora—continuó Felipe,—la fidelidad de ese vasallo y el amor que tiene á sus reyes, reparad en el listón que lleva al pecho, ¿véislo bien?

—Sí lo veo; ¿mas qué tiene ese listón de extraño?

—Tiene, esposa, que es del mismo color del vestido que traéis puesto, y en esta tierra, por el tiempo que llevais en ella debéis saber que los caballeros, en las fiestas de toros y de cañas, adoptan el color de la persona á quien sirven.

—Al cabo estaba de esa usanza—replicó Isabel;—pero creo que en este caso coincidencia y nada más fueron los colores.

—Como quiera que sea—dijo el Rey,—yo voy á distinguir como se merece al buen Contreras, y ha de ser



ahora, en este mismo instante, mandándole que suba á este mi balcón.

La Reina miró á su marido como si pretendiese averiguar á través de sus ojos cuáles eran los pensamientos y propósitos del Rey, y como en aquel punto volviesen á sonar las chirimías para que saliese el segundo toro, hubo de decirle:

—Señor, varias veces me habéis oído que nunca puedo acostumbrarme á esta fiesta, y es en vano cuanto hago para vencer la repugnancia que me inspira. Si me dais licencia, me iré al Alcázar.

—De buen grado os daría la licencia que me pedís; pero mirad que los reyes no siempre pueden hacer lo que desean, y menos estando en presencia de su pueblo; así es que habéis de perdonar, procurando estar aquí hasta que la corrida se acabe.

—Sea como gustéis, que á vos os toca mandar y á mí obedecer.

—Y ahora vais á conocer al capitán Contreras. Oid, don Antonio—prosiguió el Rey, dirigiéndose á uno de los gentiles hombres que estaban más próximos,—bajad y decid á don Alonso de Contreras, que es ese caballero que ha socorrido al de Vilamor, que le hago merced de subir á saludarme, y que me mueve á ello el arrojo que en su empresa ha mostrado.

—¿Qué intentais hacer, señor?—preguntó la Reina, sin poder disimular el temor que sentía.

—Intento—contestó el Rey—lo que os he dicho, y además (y guardad esto sólo para vos) procuraré retenerle en esta casa hasta que no queden más toros que correr, porque es gran lástima que caballero tan esforzado se ponga á cada momento en trance de perder la vida; y después de ello yo le haré venir conmigo al Al-

cázar, para que nunca se separe de mi persona. Ahora callemos y miremos, que el buen Conde de Tendilla va á hacer una de esas suertes en las que es único.

El gentilhombre á quien el Rey diera el encargo, llegó á la plaza y encontró á don Alonso de Contreras fuera de ella, en el apartado de la calle Imperial, adonde había ido con objeto de que su lacayo le apretase una espuela que notó un poco descalzada.



—¿Sois vos don Alonso de Contreras?—le preguntó.

—Para servir á Dios y al Rey—contestó aquél.

—Pues, en ese caso, sabed que el Rey, nuestro señor, me manda á vos con encargo de deciros que subais á su balcón, porque quiere saludar al caballero que tan gallardamente se ha portado.

—Grande es—respondió Contreras—el favor que Su Majestad me hace, y así, subid, señor, y besadle las manos de mi parte, diciéndole que yo voy detrás.

—Os aguardaré, señor Capitán—replicó el gentilhombre.

—Soy con vos en seguida—repuso Contreras,—así que vea si esta espuela rige bien.

Y diciendo y haciendo, volvió la grupa el taimado don Alonso, y sacó el caballo al galope con dirección á la calle de Toledo, perdiéndose en las encrucijadas de aquellos parajes. Y temo mucho, ¡oh lector pacientísimo!, que se le encuentre así sin más ni más, ó con sólo rezar la oración de San Antonio; antes bien pienso, y lo creo como si fuera un artículo de la Fe, que va á ser necesario para ello mandar que levante figura un astrólogo de fama.



CAPÍTULO XV

EL REY MANDA, PABLILLOS OBEDECE, Y DON FRANCISCO SE RÍE

«SERAFINA.—¡Hola! No os vais vos. ¿Oís?
¡Hola!
PORTILLO. —¿Soy yo el oleado?
SERAFINA. —Escuchad.
PORTILLO. —Voy á un recado.»

(Tirso de Molina.—*Del enemigo el primer consejo.*—Jornada segunda, escena VI.)

La tardanza de Laura, la noche aquella de la francachela regia en la hostería de Cantillana, dió harto que pensar á los comensales. Llamaron repetidas veces á la dama, y, viendo que no respondía, fué uno de ellos en su busca, resuelto á hacerse pagar en dulce moneda la molestia. Pero el espectáculo que al entrar en el guardarropa contempló, heló la sangre en sus venas.

—¡Señor, señor!—dijo con angustia, entrando en el salón.

—¿Que se te ofrece?—preguntó Felipe IV, con borrosa lengua.

—¡Laura... muerta..., asesinada en el guardarropa!

Como por encanto se disipó la embriaguez de los comensales cuando vieron el cadáver de Laura. Registraron con detenimiento todas las habitaciones, y no hallaron nada. Preguntaron al mosquetero de guardia en el descansillo de la escalera, y les dijo que las últimas personas que había visto salir eran el librero Núñez y un paje de Su Majestad.

Comprendiendo el Rey que en todo aquello se ocultaba algún misterio, hizo llamar inmediatamente al librero y se encerró con él en un aposento. Tales debieron ser las advertencias ó las amenazas del Rey, que el buen Núñez determinó revelarle todo lo que sabía. Contóle cómo por recomendación de un amigo suyo, que era servidor de don Francisco de Quevedo, había dado albergue en su casa al capitán Alonso de Contreras; cómo había guíado á éste hasta el sitio donde el Rey se hallaba; cómo estuvo esperándole, y cómo al poco rato le vió salir con aire descompuesto y desatentado. Añadió que, apenas llegaron á su casa, se fué á la calle el Capitán, sin indicarle adónde se dirigía.

Calló el Rey, despidió á Núñez, y regresó á Palacio, dictando inmediatamente una orden de prisión contra el capitán Alonso de Contreras, cuyo encarcelamiento se hubiera llevado á efecto seguramente, si atendido hubiese la cortesana invitación del Rey el día de la fiesta de toros. Pero era Contreras sobrado ladino para caer en semejantes lazos.

El hecho fué que, por más diligencias que corchetes y alguaciles hicieron, no pudieron dar con el escondrijo donde se ocultaba el capitán Contreras, y que éste á no dudarlo, había comprendido perfectamente la, enemiga del Rey.

El cual, cansado de tanta averiguación inútil, y habiendo llegado á su noticia la desaparición de Belisa del convento de la Encarnación Benita, desaparición que hizo derramar copiosas lágrimas de despecho á doña Teresa de Silva, estaba dado á todos los diablos, y ni con el Conde-Duque mostraba talante afable y amoroso.

Hallábase Su Majestad, la mañana del día siguiente al de la corrida, sentado en un sillón de su aposento de Palacio. Estaba preparado para dar audiencia, y llevaba traje negro de corte, media de seda y zapato encerado, teniendo la mano izquierda apoyada en una mesa cubierta con tapete carmesí, y en la derecha un memorial. Pendiente de un listón negro ostentaba el toisón, que le bajaba hasta la cintura. Sobre la mesa se veía el sombrero redondo.

De pronto se presentó, sin hacerse anunciar, como lo tenía por costumbre, el famoso Pablillos de Valladolid, *hombre de placer* de Felipe IV. Era un sujeto como de cuarenta años de edad, facciones vulgares, bigote y perilla unidos, ojos mal contorneados, pelo aplastado sobre la frente, y gesto de pícaro de la honda. Llevaba el tal Pablillos traje de corte, compuesto de ropilla, calzón, media y zapato, todo negro, y golilla.

—¡Dios guarde á Jerges!—dijo al entrar, con solemne tono.

—¿Por qué me llamas Jerges, mentecato?—preguntóle Felipe IV.

—Porque llevas cien mil navíos al combate y te retiras con media docena.

—Calla y déjame, ganso.

—Ganso y todo, tengo de revelarte cuatro noticias y media de importancia: primera, que he visto á Lam-

pordo el jayán; segunda, que don Francisco de Quevedo está en Madrid; tercera, que él fué quien sacó á Belisita del convento; cuarta, que ambos residen en la casa de don Pedro de Zúñiga y Almodóvar; y la media (porque supongo que no diputarás por cosa entera á Barbarroja), es que Pernia se ha pasado al enemigo.

—¿Qué me cuentas? ¿Es verdad todo eso?—dijo precipitadamente Felipe IV.

—Como el Evangelio.

—Pues vete y déjame.

Fuése Pablillos, y el Rey mandó llamar inmediatamente al Marqués de Povar, capitán de su guardia real. Este se presentó al poco rato.

—Iréis—díjole el Rey—á casa de don Pedro de Zúñiga y Almodóvar, y le prenderéis como sospechoso de crimen de alta traición. Os dará la orden don Agustín Mexía, de mi Consejo de Estado. No dejéis que el tal don Pedro hable con ninguno de la casa.

—Está bien, señor.

—Id, pues, y haced venir á don Agustín.

Presentóse éste, y el Rey le encomendó qne hiciese extender la orden referida, procurando además que sin pérdida de tiempo se prendiese á don Francisco de Quevedo como reo del delito de homicidio, y se recluyese, por mandato del Santo Oficio, á una joven llamada Isabel, que vivía en la casa del mencionado don Pedro de Zúñiga, en el convento de la Encarnación.

Hecho esto, Felipe IV llamó á un paje:

—Decid á S. M. la Reina que voy á pasar á sus habitaciones.

Al poco rato se presentó el Rey en el aposento de su esposa. Parecía entonces doña Isabél de Borbón más bella que nunca, realzando su hermosura la palidez

consiguiente al trance por que pasara. Llevaba el cabello negro rizado y levantado, con tocado de plumas blancas y pendientes de lazos y perlas. Su traje era saya noguera recamada de oro, con solapas abiertas, cuello alto y mangas partidas, por las cuales sacaba los brazos, mostrando el jubón interior de seda blanca bordada de estrellas de plata, y una voluminosa gorguera de gasa. El mismo atavío, en suma, con que la retrató don Diego Velázquez.

—¿Os disponíais á salir?—preguntó Felipe IV.

—Iba á dar un pequeño paseo á caballo, para restaurar algo las fuerzas; pero es para mí mucho más gustoso hablar con vos, ya que tan pocas veces me dais esa satisfacción.

—No lo es para mí ciertamente, señora, lo que á deciros voy, pero es cosa que importa á nuestra dignidad y á mi honor.

—¿Qué decís, señor?—repuso la Reina, sin poder dominar su sobresalto.

—Digo que ya es forzoso poner coto á las hablillas de los murmuradores, castigar con severidad pensamientos atrevidos, y volver por los fueros de nuestra honra, que tanto es mía como vuestra.

—Si no os explicais con más claridad, me será imposible entenderos, señor.

—Paréceme que no recordais lo que ayer os dije cuando la fiesta de toros.

—Acuérdome muy bien; pero no sé qué relación tiene aquello con las palabras que habéis pronunciado.

—Oid, pues. Ese mal nacido capitán Alonso de Contreras que ayer llevó vuestros colores á la fiesta, ha osado poner los pecadores ojos en vos; preciso es castigarle, é imponer durísima pena á él y á los que le

alientan. Lo he dispuesto así, y espero que no daréis motivo á que las hablillas adquieran mayores visos de probabilidad.

—Nunca pensé dar ocasión para ello, ni me es posible tampoco poner coto á las inclinaciones ajenas.

—Pero podéis dominar las propias—añadió con severidad Felipe IV, retirándose después solemnemente.

La Reina cayó anonadada en un sillón. En el mismo instante abrióse una puerta secreta de la cámara, y apareció Pernia, y tras él Alonso de Contreras.

La Reina dió un grito ahogado.

—Señora, ¡por piedad!—dijo Contreras—prohibid la entrada á vuestra gente; tengo cosas graves que deciros á solas.

Pernia se retiró. Contreras volvió á ocultarse, y la Reina, llamando á su camarera mayor, la ordenó que no diese entrada á nadie en el aposento, ni aun al mismo Rey, sin orden suya.

Después, el capitán refirió á la Reina las asechanzas de que era objeto, su hospedaje en casa del librero Núñez y la escena de crápula de que había sido testigo, omitiendo, sin embargo, el suceso de la muerte de Laura.

La Reina, desfallecida por tanto pesar, derramó amargas lágrimas. Después, refirióle á Contreras lo que le había manifestado el Rey.

—Señora—dijo rendidamente Contreras, hincando una rodilla en tierra;—no lloréis, que tan indigna conducta no es merecedora de inspirar tamaño dolor. Mirad en mí á un hombre que está dispuesto á perder mil vidas por evitaros una sola lágrima.

—Capitán—dijo la Reina, mirándole con expresión de amorosa ternura;—si el Rey sale esta noche, como

tiene por costumbre, venid á verme á eso de las once. Pernia os conducirá.

—Bésoos los pies—repuso Contreras, añadiendo luego con misterioso acento:—y yo os juro que el Rey faltará esta noche de Palacio.

Fuera ya del Alcázar, Contreras, que iba bastante bien disfrazado de ganapán, tomó el camino de la posada de San Javier, donde le había dicho Juan de la Torre que moraba. Preguntó por él, y tuvo la fortuna de encontrarle.

—Juan—le dijo,—¿no me confesaste que tu amo era don Francisco de Quevedo?

—Sí, señor.

—Pues díme ahora mismo dónde se hospeda, porque me va mucho en hablarle inmediatamente, y á él le importa también sobremanera oirme.

Juan, después de ligera vacilación, declaró al Capitán que su amo vivía en casa de don Pedro de Zúñiga.

—Vamos allá—dijo Contreras.

Encamináronse, en efecto, á la vivienda de don Pedro de Zúñiga. Cuando llegaron, Quevedo, todavía convaleciente, con los anteojos calados, entreteníase en leer un manuscrito que su amigo Vélez de Guevara le había dado, y á fe que debía de ser cosa regocijada, á juzgar por la sonrisa que de vez en cuando asomaba á los labios del gran satírico.

—¡Capitán!—exclamó al ver entrar á Contreras.

—Señor don Francisco—repuso éste,—confiado en el interés que por mí ha mostrado vuestra merced, y en el afecto que entiendo me profesa, vengo á someter á su dictamen cierto proyecto y á referir á vuestra merced importantes sucesos que me han acontecido y en los que quizá vea más claro que yo.

—Cosa difícil es ésa, amigo Contreras—dijo Quevedo señalando á los anteojos;—pero siempre tengo y he tenido placer singular en servir á soldado tan bizarro como vuesa merced. Siéntese y cuénteme sus aventuras.

Punto por punto narró entonces Contreras á don Francisco lo que en casa de Pedro Núñez le aconteciera y lo que la Reina habíale dicho en Palacio. No era de extrañar esta llaneza; Contreras tenía motivos para confiar en Quevedo como en un padre, y los hechos no desmintieron esta confianza.

Pero apenas le contó el capitán lo que le había manifestado Isabel de Borbón, cuando, dando un salto, á pesar de su cojera y de su herida, exclamó Quevedo con energía:

—¡A ver, pronto, mi traje de calle y mi espada! Llamad á Isabel y á don Pedro.

Vinieron ambos, y Quevedo, mientras se vestía con ayuda de Juan, les dijo:

—O mucho me engaño, ó graves cosas van á suceder. A vos, don Pedro, no tardarán en prenderos. No os resistais; figúrome que el suceso no traerá consecuencias. Pero es forzoso que Doña Isabel y yo nos larguemos de aquí inmediatamente.

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando se oyeron dos fuertes aldabonazos en la puerta de la calle.

—¡Cogidos! ¡Vive Dios!—exclamó Quevedo. Pero luego añadió:—Esperad; dejadme.

Quitóse los anteojos, bajó á la calle, y abrió el postigo:

—¿Quién es?—preguntó.

—El señor Corregidor—contestaron—¿Es esta la casa de don Pedro de Zúñiga y Almodóvar?

—¿De don Pedro de Zúñiga? No, señor. Esa de más arriba.

Los corchetes hablaron entre sí, y luego dijo el Corregidor:

—Perdonad; nos hemos equivocado.

Y siguieron calle adelante.

Quevedo subió escapado.

—¿Tiene vuestra casa otra salida?—preguntó á don Pedro.

—Sí—contestó éste.

—Guiadme á ella. Dentro de un momento volverán. Vos, don Alonso, dad el brazo á doña Isabel. Dadme un rosario de vuestra dueña, don Pedro.

Y echándose un rosario la cuello, á guisa de escudero, echó á andar Quevedo, seguido de Juan de la Torre, tras de Isabel y Contreras, que salieron á la calle, mientras don Francisco iba diciendo para sus adentros:

—*Casa con dos puertas, mala es de guardar.*

Andado algún trecho, volvióse Contreras á Quevedo y le dijo:

—Otra cosa tenía que manifestar á vuestra merced: ¿Cómo impedir que pase la noche en Palacio Su Majestad el Rey?

—¡Donosa pregunta!—exclamó Quevedo, y tomando luego su rostro una expresión picaresca, añadió regocijado:—¡Buena, magnífica idea! *¡Dígote, Lázaro* (como hablaría nuestro amigo Cantillana), *que con almodrote va á ser éste singular manjar!*



CAPÍTULO XVI

EN EL CUAL SE CUENTAN MARAVILLAS

> «Sábete que la mitad está hecho, cuando tienen buen principio las cosas ¡Oh serpentino aceite! ¡Oh blanco hilado! ¡Cómo os aparejastes todos á mi favor!»
>
> *(La Celestina.*—Acto quinto.)

—*Con mejor salsa lo come vuestra merced*—replicó el Capitán—si se ha de juzgar por el júbilo y contento que mostrais en el semblante.

—Pero os demando una palabra—continuó Quevedo,—que aunque la amistad verdadera suele ser desinteresada, á las veces pide también su salario.

—En lo que pida vuestra merced será servido, don Francisco, que no habrá para mí cosa de mayor gusto en el mundo, y aun pienso que con ello no comenzaré á pagaros.

—Pues con esa seguridad que me da el señor Capitán—dijo Quevedo—voy á pedirle una merced, y es que, como yo sé muy bien que hay una persona que os dió el encargo de buscar á esta niña, y que vos comenzásteis á cumplirlo de muy buena gana, os excuséis lo mejor que sepais de proseguir en esta empresa.

—Bástame á mí saber—contestó Contreras—que vuestra merced la protege, para que, aunque la tuviese en mi misma posada y me fuese la vida en ello, no lo descubriese; y así, id seguro, don Francisco, que la persona que decís no sabrá por mí de Belisa más que si la hubiese tragado la tierra.

—Doña Isabel—dijo Quevedo, parándose junto á un portalón que parecía ser de casa principal,—esta es la morada que os deparo y de la que os hablé el otro día; los vizcondes de Molina son gente cristiana, y me han ofrecido guardaros como á hija el tiempo que fuera preciso.

—Sea como Dios quiera y como vos dispongais, señor--contestó Isabel con voz muy dulce y acento de resignación;—y os suplico que si tenéis nuevas de don Fernando, luego, luego me las digais.

—No hayais cuidado, señora, por el Conde de Segura, que yo sé bien que, Dios queriendo, no ha de pasar mucho sin que le veais.

Diciendo esto, iban ya entrando por el portal, y de allí á poco, después de dejar encomendada á Isabel, volvió Quevedo á reunirse con Contreras, pero antes de seguir su camino llamó á su criado Juan de la Torre y, hablándole de secreto al oído, le despachó.

—Ahora, don Alonso, decid á dónde encaminamos nuestras personas.

—Nos encaminamos—repuso el Capitán—á una ca-

sa que hay en la plaza de la Cebada, donde vive un hombre que de antiguo conozco y que fué quien me dió asilo cuando escapé de la Plaza Mayor, y lo que me pesa es que todavía ha de dilatarse lo luengo del camino, pues hemos de ir por calles apartadas y solas, á causa de mi bienaventuranza en padecer persecución por la justicia.

Haciéndolo como lo dijeron, llegaron al cabo de una hora á la casa á que el Capitán se refirió, que era de mediano aspecto y no muy buena catadura, y después de haber subido obra de cincuenta fementidos escalones, los unos quebrados y los otros hendidos, hallá-ronse frente á una puerta que en tiempo remoto debió de estar pintada de verde, pero que al presente, con la mugre, casi no se la aparecía el color. Abrióla Contreras, para lo cual no tuvo que hacer sino empujarla, y entraron ambos amigos.

—Sin duda—dijo el Capitán—ha salido el buen Cabeza; pasad, señor don Francisco, y sentáos, si hallais en dónde, que por mi fe que no es muy cómodo este aposento.

No lo era, en verdad, aquella pieza, cuyas paredes estaban desprovistas de todo adorno que no fuese de tela de araña, y en cuanto á los muebles, reducíanse á tres sillas de diferentes castas y tamaños, aunque las tres por igual desvencijadas, y á una mesa del tiempo de los godos, encima de la cual veíase una escudilla con su cuchara de palo, tristes restos que delataban lo frugal de la refacción que había hecho el señor de aquel alcázar.

—Con que, ahora, don Francisco—dijo Contreras,—tratemos en la industria de que nos hemos de valer para esta noche.

—Señor Capitán—contestó Quevedo con donaire, —¿es solamente el hablar de este negocio lo que os movió á traerme á esta casa? Fiad en mí y no os acordéis más de ese lance que de las nubes de antaño. Desearía yo que me refiriéseis por extenso lo de la plaza Mayor, con todo lo que antecede y lo que sigue, sin excusar detalle ni minucia, pues recibiré en ello especial contentamiento.

Contó don Alonso lo que el buen Quevedo le pedía, y cuando hubo terminado la relación, exclamó este último:

—¡Vive Roque!, amigo Contreras, que, ó yo no sé nada de achaques de intriga y aventura, ó esta en que nos hallamos metidos no es más que *introito* de muchas que tras ella han de venir engarzadas como cuentas de rosario. Y quiero ahora que sepais que el Conde-Duque intenta captarse mi voluntad pensando que si me tiene de su parte no ha de rascar otra cantárida como aquella de *El Discurso de todos los diablos ó Infierno enmendado,* y aun creo que de él vienen ciertas proposiciones que se me han hecho en estos últimos días para que se acalle con un papel de mi invención este rumor que por donde quiera se va levantando por el arbitrio de las minas y la baja de la moneda. El último chirlo que ha sufrido de mi pluma fué por un romance que escribí en la convalecencia, intitulado *El Piojo del Rey,* que comenzaban ya á cantar los ciegos, y tanto hubo de picarle, que mandó recoger todas las hojas en que andaba impreso, haciendo correr voces de que se pagaba cada una á real de á ocho; así es que á la hora de ésta no queda ninguna de ellas, porque con todas hicieron auto de fe y ejemplar castigo.

Aquí el autor, suspendiendo el hilo y narración de

los sucesos, no puede por menos de exclamar: ¡Oh Conde-Duque implacable, ministro vengativo y hombre soberbio é irascible sobre toda ponderación! ¿Era tanto el amor que á tu persona tenías, que quisiste, por complacerle, privar á los tiempos venideros de un tan sabroso romance como debió de ser aquel en que el gran Quevedo te espoleaba con el aciçate de su sátira? ¿Pudo nunca el orgullo satisfecho ser bastante á compensar los desvelos de los honrados, aunque atrabiliarios eruditos, que se dieron en vano de las astas por topar con aquellas coplas, y se han visto al fin en el trance extremo de confesar con llanto en los ojos y rabia en el corazón que *El Piojo del Rey Felipe* es edición perdida? Pues sabe, cruel, que yo encontré y tengo una hoja que pudo librarse de la quema, la cual me propongo publicar el día en que se cumpla el aniversario de tu estruendosa caída, y para que veas que es verdad lo que afirmo, te diré que el romance comienza de esta manera:

«Mala landre, por chiripa
se encaramó en el copete
del *grande* que España goza
de un *tercero* por la muerte;
tornando en yantar la caspa
sorbía el sudor por pebre,
haciendo de las guedejas
ora emparrado, ora puente.
Hidalgábase el piojo
hinchándose como fuelle,
de estar más alto que el Rey,
más alzado que rebenque,
más lucido que las galas,
más buscado que alcahuete,
más á la vista que ex-voto,
más entre todos que el jueves.»

Así eran las coplas, Duque perverso y bellaco con corona; pero callemos por ahora y espera desde donde estés, que no lo sé á punto fijo, el póstumo latigazo que pienso darte, para ejemplo y escarmiento de privados.

Y volviendo á mi cuento, digo que estando Quevedo y Contreras en la plática que queda referida, se entró por la puerta del aposento el dueño de él, que era un hombre que podría tener hasta sesenta años, con la barba y el pelo canos, inclinada la cabeza sobre el pecho y de mirada invisible, porque no le dejaban ver los ojos unas enmarañadas cejas que más que tales, reborujones de cerdas parecían. Su traje era de bayeta tan usada, que se hacía transparente, y traía un cesto lleno de verduras con las que él acostumbraba aderezarse su comida cotidiana.

—Dios guarde á Tomás Cabeza, y perdone que tan de rondón nos hayamos metido por su casa—dijo Contreras.

—Ya sabe el señor Capitán que esta casa es suya y que su dueño está para servirle. ¡Buenos días, señores!—contestó Cabeza dejando el cesto en el suelo y sentándose en la única silla que quedaba desocupada.

—Os hago saber, don Francisco, que este que tenemos delante, aunque con traza de ermitaño penitente, es el más donoso pícaro que ha habido y hay en Madrid y aun en toda España. Dice llamarse Tomás Cabeza, pero su nombre Dios y él lo sabrán.

—Ya os he dicho, don Alonso—repuso el viejo,—que mi verdadero nombre es Pedro Maestre, pero que me ha obligado á cambiarle cierto suceso de monta.

—Por cierto, amigo, que habéis de contarnos eso; que en cuanto á mí, no podéis desconfiar, y el que viene conmigo es hombre que si le conociéseis habíais de-

holgaros, pero basta que yo os asegure que es de grande entendimiento y secreto.

—El señor que con vos está—dijo Maestre—es, si mal no recuerdo, don Francisco de Quevedo, que bien le conocí desde que entré, y como él viene á honrar mi casa, quiero, para satisfacerle y señalar el día con piedra blanca, contar lo que pocos saben, aunque ninguno lo ha sabido por mi boca.

—En ello recibiré merced, buen Pero—contestó don Francisco,—y pienso que en adelante hemos de hacer buenas migas, que me parecéis discreto y de gracia.

Tosió dos ó tres veces Pero Maestre y comenzó su relación de esta manera:

—Sabed, señores, que yo fuí grande amigo de aquel portento que se llamó Miguel de Cervantes, á quien conocí en Argel cuando estuvo cautivo, y que hará cosa de cuatro años, hallándome yo en cierta población del Reino, adonde iba á lo que yo sé, encontréme de manos á boca con el hi de perro que firmándose don Tal de Avellaneda compuso la segunda parte del *Ingenioso Hidalgo;* al verle fué tal la cólera que me entró, que no sé qué fué más pronto, si llegar á él ó envasarle la daga en las entrañas. Tuve que andar huído por los campos, porque llamóme la justicia por pregón poniendo á precio mi cabeza, y al fin determiné de venirme á Madrid, que es, en mi juicio, el mejor y más seguro asilo de criminales que tiene el mundo.

—Y decid, buen Maestre, ¿cómo era el nombre del muerto, que es cosa que no ha podido ponerse en claro todavía?

—El nombre, señor Quevedo, no lo diré así me ahorquen, porque no sabiéndolo más que yo, dejo horra á la fama de la obligación de pregonarle con su trompeta,

y os suplico que excuséis esto que pudiera parecer descortesía, aunque no es sino buena voluntad.

—Holgaría de saber—dijo Quevedo—cómo conocísteis á Miguel de Cervantes.

—Señor, es largo de contar, y si queréis conocer esas circunstancias y demás desventuras de mi vida, sabed que yo soy aquel Ginés de Pasamonte que sale en el libro de *Don Quijote*, pero no el mismo que anda ahora en uno que sin conocerme ha compuesto un Deán de no sé qué catedral, y que se titula *Vida y hazañas de Ginés de Pasamonte*, el cual libro está lleno de errores y de faltas de puntualidad de más de la marca, pero tal cual holandés vendrá con el tiempo que intente hacerle bueno, y así, para corregirlo de muchas calumnias que se me levantan, he determinado escribir yo mis aventuras con el título de *Vida de Pero Maestre, luminar de pícaros*, del que ya están impresos los dos primeros pliegos en la casa de Felipe Roberto, impresor de Tarragona y amigo mío. Allí se refiere también el suceso de Rafaelillo el Cortoví, aquel ladronazo cuatrero que dió en lucir por las acostumbradas los lomos desalbardados con gentil compás de penca y discanto de «esta esjusticia», declarándose además la verdad sobre su muerte, que no le fué causada por Alonso de León (quien no anduvo en tratos con la cuerda, como algún bellaco asegura, pues anda muy honrado en su tierra), sino por un agujero que se le abrió en la cabeza, por el que le comenzó á salir un líquido como pez, mezclado con unas cosas á guisa de pipas de melón, de las que la tenía llena en vez de sesos, y de allí á tres días, que eran los que le faltaban para el de la horca, murió diciendo: ¡Alá!, ¡Alá!, por donde se echó de ver que era perro moro.

En estas y otras pláticas estuvieron los tres hasta la

una, hora en que se levantó Quevedo despidiéndose de sus huéspedes y encargando mucho á Contreras que no dejase de estar á las once de la noche en el Alcázar, y que él tomaba sobre sus espaldas todo lo demás; pero cualquiera que hubiera seguido sus pasos, pensaría que no volvió á acordarse de ello, porque tomó la vuelta de la posada de San Javier, comió lo que la mesonera quiso servirle, que fué una olla con más vaca que carnero, y después, desciñéndose el vestido, se echó sobre el camastro que le servía de lecho, durmiendo la más descuidada siesta que había dormido en toda su vida.

*
* *

Las cuatro de la tarde serían cuando entrando Pablillos de Valladolid en la cámara del Rey, le dijo lo siguiente:

—Señor, has de saber que hoy hemos cazado sin alcotanes.

—Si no te declaras más, no te entiendo—contestó el Rey.

—Pues me declaro y digo que esta noche puede tu inmensa majestad coger un par de pájaros. Sabe que he sabido que tu esposa y señora mía había dispuesto hablar un espacio á solas con el Capitán, y temiendo que tú lo descubrieses si la cita era en el Alcázar, han determinado verse en el convento de San Plácido, de once á doce de la noche.

—¿Quién te ha dado esas nuevas que me son de tanto gusto?—preguntó Felipe.

—Hámelas dado un mozo que traía el encargo del sacristán de San Martín, que es de quien se han valido para este enredo; pero el buen sacristán, descubierto

por el párroco y arrepentido del insulto que se va á inferir á su Rey y señor, ha mostrado el pastel, haciendo que te lo sirvan bien caliente. Me ha dicho que con esta llave—añadió sacando una de la faltriquera,—puedes entrar al convento por el postigo que da á la calle del Pez; de este modo no será advertida tu real presencia, y como los tórtolos llegarán por el pasadizo que conduce al primer descanso de la escalera de piedra, desde arriba les puedes tirar con gran sosiego.

Felipe IV recogió la llave que le dió Pablillos y le despidió, encargándole que dijese al Marqués de Povar, de su parte, que con todo sigilo tuviese dispuestos dos hombres de empuje y confianza para las diez y media de la noche. Llegada esta hora, salió el Rey del Alcázar con un traje de disfraz y embozado en su capa hasta los ojos; seguíanle á distancia los hombres preparados por el Marqués, y paso tras paso llegaron al convento de la Encarnación Benita, frente al postigo que Pablillos había dicho. Un sacerdote que junto á la puerta estaba, adelantóse al Rey y le dijo:

—Señor, los que busca Vuestra Majestad no han venido todavía.

—¿Quién sois vos?—preguntó el Rey.

—Soy, señor, el párroco de San Martín, y suplico humilde y fervientemente á Vuestra Majestad que jamás me descubra, pues no querría incurrir en reales enojos. Yo he sido, señor, el que habiendo sabido por providenciales conductos y designios lo que contra el honor de mi Rey se disponía, contando con los malos oficios del sacristán, hice que se os diese el mensaje que esta tarde habéis recibido, y yo soy el que os pido ahora en nombre de Dios y de la fe cristiana que recibísteis, que perdonéis á vuestra esposa, ya que vais á

llegar á tiempo de impedir el mal. Dadme la llave, que quiero guiaros, por si no conocéis esta parte del convento.

Abrió el cura el postigo y entraron el Rey y los dos hombres que llevaba, uno de los cuales sacó una linterna.

—Mirad, señor,—dijo el sacerdote;—siguiendo este corredor, daréis con la escalera de piedra; ocultaos tras de uno de los pilares, y no tardará, si mis noticias son ciertas, en llegar lo que buscais. Cuando sea vuestra voluntad salir, dad dos golpes suaves en el postigo, que yo no me separaré de aquí.

Siguieron el Rey y los hombres las indicaciones que se les hacía, y cuando se perdieron en las sombras, el párroco, que no era otro que don Francisco de Quevedo, cerró la puerta y, guardándose la llave en el bolsillo de la sotana, dijo para sus adentros:

—El Rey ya está á buen recaudo; ahora hace falta que el Capitán sepa, que sí sabrá, aprovechar el tiempo en el Alcázar.



CAPÍTULO XVII

AVENTURAS DE UN CLÉRIGO «IN PARTIBUS» Y DE UN CAPITÁN «INFIDELIUM»

«De el cielo á esta trampa sola
Goma, pez y girapliega;
Que, si este embuste no pega,
No hay en mi ingenio más cola.»
(Moreto.—*Trampa adelante.*—
Jornada tercera; escena primera.)

Pues señor, apenas hubo encerrado don Francisco á su Rey y dueño en la mismísima ratonera que el Monarca tenía destinada para Isabel Ana, remangóse los hábitos clericales, que asaz le estorbaban el caminar con ligereza, y apresuróse á retirarse á su posada, con objeto de cambiar de atavío y volver al estado seglar. Pero era decreto de Dios que aquella noche sufriese contrariedades el redomado bromista, porque apenas acababa de desembocar en la calle del Pez, cuando un

hombre, que sin duda le esperaba, se le acercó apresuradamente:

—Señor,—dijo—¿sois el párroco de San Martín, verdad?

Tentado estuvo Quevedo de contestar negativamente, pero recordó que se hallaba demasiado cerca del lugar donde se había mostrado con tal carácter, para negarlo en redondo.

—¿Qué queréis de mí?—replicó.

—Os buscaba con priesa para que fuéseis cuanto antes á cumplir una obra de caridad, propia de vuestro ministerio. Aquí cerca se muere un hombre; necesita confesión y la demanda encarecidamente. He ido á San Martín, y el sacristán me ha dicho que os había visto salir con dirección á este convento.

Así era la verdad, porque don Francisco se había disfrazado en la celda del sacristán segundo (el Martín de marras), y habiéndole visto salir el primero, tomóle por el párroco.

Quevedo vacilaba, no sabiendo qué determinación adoptar.

—¿Qué dudais?—preguntó extrañado el desconocido.

—Vamos allá, pues—dijo Quevedo, añadiendo para sus adentros:—¡buena la hemos hecho!

Recorrieron algunas calles y el desconocido se detuvo ante una casa de pobre apariencia. Llamó, se oyeron pasos, y una vieja, verdadero tipo de la Celestina, asomó la cabeza por un ventanillo; conoció sin duda al que llamaba, y abrió.

Quevedo tentóse la ropa y puso la mano en el puño de la espada que debajo del manteo llevaba, por lo que pudiera suceder.

Pasó con su acompañante, subieron por una desven-

cijada escalerilla, y dieron en un aposento míseramente amueblado, en el cual veíase una tarima, sobre la que yacía un hombre de feroz y antipático semblante. Parecía encontrarse en el último trance de su vida.

La vieja iba delante, alumbrando con un candil. Llegados junto al lecho, volvióse la Celestina á Quevedo y le dijo:

—No le *quea* ya una *meaja* de respiro. Mírele su reverencia.

Quevedo se acercó y no pudo dominar una impresión, mezcla de repugnancia y de lástima.

—*Benedicat te, etc.*—dijo en un latín que para sí lo quisiera el personaje cuyos hábitos llevaba.—Aquí me tenéis, hermano; podéis referirme vuestros pecados.

Y con solemne ademán hizo seña al desconocido y á la vieja para que se retirasen, como lo hicieron.

—Señor—dijo con borrosa lengua y desmayado acento el moribundo—escuchadme bien, porque graves cosas héos de contar y secretos de importancia pienso revelaros. ¡Ojalá esta confesión que voy á hacer, sirva de contrapeso á mis muchos y grandes pecados, por los que humildemente pido perdón á Dios misericordioso!

—Diga, hermano, diga, que ya le escucho,—repuso Quevedo con impaciencia, deseando verse pronto libre de aquel embarazoso cometido.

—Yo me llamo Gaspar Vellido...

—¡Cuerno!—dijo Quevedo, interrumpiéndole y dando al olvido su carácter sacerdotal.

—¿Qué decís?—preguntó con alguna sorpresa Vellido, al oir el nombre de aquel instrumento de su oficio.

—Nada, nada, prosiga.

—Pues como os decía, soy Vellido, montero de Su Majestad y ejecutor de sus malas voluntades. Sabe

Dios que en la mayor parte de ellas fuí un instrumento de quien me mandó, aunque en algunas, como en las que os voy á contar, hayan intervenido pasión y odio personal de mi parte. Yo fuí, como la voz pública dijo, quien dió muerte en la calle Mayor, junto al pasadizo de San Ginés, al Conde de Villamediana. Yo he sido también últimamente quien ha robado á una bella dama, antes comedianta y ahora protegida (hija, según dicen,) de don Fernando Ruiz de Aguilar, Conde de Segura, á fin de satisfacer el capricho del Rey (aunque á mí me dió la orden el Conde-Duque), que perdidamente se había enamorado de la joven, cuando ésta figuraba en la compañía de Pedro Avendaño. Y en Dios y en mi ánima os juro, padre mío, que este último crimen es el que más me remuerde y acongoja, cuando se me representan la inocencia y el candor purísimos de aquella beldad que entregué al Rey para saciar sus apetitos. ¡Oh! ¡qué dolor éste que me parte las sienes! ¡Dejadme descansar un momento, padre!

Quevedo hízole señal de aquiescencia, y permaneció abismado en profunda meditación.

Al poco rato continuó el moribundo:

—Sin duda don Fernando hizo tantas averiguaciones, que logró enterarse del lugar donde habíamos llevado á Isabel.

—¿Qué lugar era ése?—preguntó Quevedo.

—La hostería de Cantillana.

—Siga.

—Digo, pues, que sin duda don Fernando se informó del lugar que servía de prisión á Isabel, y resolvió salvarla. Pero antes de que él llegara, ya el Rey había dispuesto que se trasladase á la joven á otra parte, que ignoro cuál sea. El caso es que cuando don Fernando

llegó, no pudo conseguir lo que deseaba, sino fué topar conmigo, que allí por mal de mis pecados me encontraba disfrazado de fraile, y llevarme á su morada, donde me hizo atormentar para que revelase cuanto sabía. Estaba á punto de declarárselo cuando entró en casa la justicia, prendieron al Conde, y á mí me dieron suelta. Pero el tormento, que fué de cuerda (y Vellido mostró las sienes, horriblemente magulladas, al supuesto cura), me dejó tan quebrantado, que me hallo á las puertas del sepulcro. No puedo más... absolvedme, os lo ruego, que me muero.

—¿Os arrepentís con sinceridad de vuestros pecados? —interrogó Quevedo.

—¡Sí, sí; y quisiera vivir una eternidad para repararlos.

—Pues (y aquí don Francisco, después de recordar sus conocimientos de Teología, halló que bien podía en tan apurado trance hablar como hablaba), *ego te absolvo in nomine Patris, et Filii, et Spíritus Sancti. Amén.* Y mira que te recomiendo que, si sales de ésta, busques á otro cura que no sea el párroco de San Martín y te vuelvas á confesar otra vez, que no te vendrán mal dos absoluciones.

Bendijo Quevedo al moribundo y retiróse de la estancia. Pero á la salida le aguardaba la vieja, que agarrándole del brazo y llevándole sigilosamente á un rincón del aposento, díjole con voz cascada y acento sibilante.

—Padre, yo también he de pedirle una merced.

—¿Cuál?—dijo Quevedo en el colmo de la impaciencia.

—Que me oiga en confesión, porque ha una semana que lo hizo y ya atormentan mi conciencia graves escrúpulos.

—¡Una semana sin confesión!—prorrumpió Quevedo con desesperación cómica!—¡tendrás la conciencia con más inmundicia que una secreta! ¡Vete al diablo, estantigua del infierno, y que te confiese Lucifer!

Y huyó con presteza, dejando á la vieja escandalizada.

Una vez en la calle, tiró al arroyo el sombrero clerical, que le molestaba para correr. Al poco rato despojóse del manteo, hizo luego lo mismo con la sotana, y en pernetas, cual alma que lleva el diablo, dió á correr desaforadamente (tanto como su cojera le permitía) por la cuesta de Santo Domingo abajo, soliviantando á las rondas, asustando á los trasnochadores, y llevando tras sí con gentil algazara, á guisa de marcial cohorte, todos los perros y gatos de la vecindad.



En tanto, el Capitán Alonso de Contreras, siguiendo las instrucciones de su amigo, esperó tranquilamente la hora de presentarse en el Alcázar. Antes de ir acicalóse cuanto pudo, para no dar mala idea de su persona á la regia beldad, púsose su mejor coleto de ante, ciñóse su buena espada del perrillo, y, al dar los tres cuartos para las once, se encaminó á Palacio.

En el sitio acostumbrado le esperaba Pernia, que le guió por los consabidos ocultos corredores al aposento de Isabel de Borbón.

Hallábase ésta en traje familiar y de confianza, pero dispuesto con la elegancia habitual en la Reina.

Cuando vió al Capitán, dióle á besar la mano y le indicó que tomase asiento.

Sobre una mesa había varias copas, dulces y vinos de diversos géneros.

Después de unos minutos de silencio, la Reina tomó la palabra y díjole al Capitán lo que sigue:

—Vuestra conducta, don Alonso, os ha hecho acreedor á mi estima y gratitud. Tenéis derecho, además, á mi confianza, y os voy á dar la prueba más señalada de ella, encomendándoos una misión en la que habréis de emplear toda vuestra habilidad y experiencia.

—Decid, señora; estoy pronto á cumplir las órdenes de Vuestra Majestad, porque sé que no han de oponerse á lo que á mi patria y á mi honor debo.

—Nada de eso—repuso con altivez la Reina;—son órdenes que cumplen á vuestro honor y que se enderezan á la prosperidad de vuestra patria.

Ya conocéis el ascendiente que don Gaspar de Guzmán ha llegado á alcanzar sobre mi esposo. No me lamentaría yo de ello—porque desgraciadamente el natural de Su Majestad más le inclina á entretenerse en cosas de diversión y pasatiempo que en los arduos y espinosos problemas del Estado—si el Conde-Duque fuese hombre de levantado entendimiento y á propósito para sobrellevar tan grave carga, pero son más en él la vanidad y la ostentación que la realidad de los méritos, y tiene más partes de presumido que de hábil. Por eso temo mucho que en sus manos España ha de dar al traste muy pronto con su poderío, y pretendo remediar el mal en la medida de mis fuerzas. Aquí estoy aislada, carezco de buenos amigos y me celan traidores ojos. He pensado en mi país; he recordado á Francia, y he meditado un proyecto que os voy á revelar, y para cuya ejecución pienso me habéis de ser muy útil.

En Francia ocurre en estos momentos algo análogo á lo que aquí acontece. Hay un favorito, Richelieu, que tiene sorbido el seso á mi buen hermano Luis XIII. Pe-

ro puede esperarse mucho de María de Médicis, la esposa de mi buen padre Enrique IV (que Dios haya en gloria). Richelieu tiene como uno de sus primeros ideales el abatimiento del poderío español; por esto precisamente creo que nos ha de favorecer en nuestros planes.

—No entiendo, señora—dijo admirado Contreras.

—Ahora entenderéis. Si Richelieu contraría los planes de don Gaspar de Guzmán, de tal suerte que cada acción del último sea un desastre, su caída es segura. Entonces, contando con la ayuda (que considero infalible) de la Reina madre, espero que Francia y España podrán unir sus esfuerzos y crecer sin competencia en brillo y prosperidad. Deseo, pues, que partiendo cuanto antes, porque de aquí en adelante vuestra persona correrá en la Corte gravísimo peligro, llevéis á París y entreguéis en propia mano á María de Médicis el adjunto pliego, dándole también, como señal de creencia, esta sortija que ella misma me regaló.

Contreras, que entendía más de achaques de amor que de intrigas políticas, tomó el pliego y el anillo, y sin otra reflexión juró por su honor cumplir el encargo de la Reina.

—Y ahora,—dijo ésta,—permitidme, Capitán, que os ofrezca este bolsillo, porque sé muy bien que no andaréis sobrado de recursos, y la jornada que vais á emprender los demanda.

Y puso en manos del Capitán una bien repleta bolsa, que él se guardó después de oponer alguna resistencia.

—Y ¿cómo haré, señora—preguntó,—para lograr ver á Su Majestad la reina doña María de Médicis?

—Llegado á París, preguntaréis por el Palacio Real; iréis allí, buscaréis á un ayuda de cámara del Rey lla-

mado Raul Biron y le diréis que vais de mi parte á ver á la Reina, mostrándole la misma sortija que os he dado.

—Está bien, señora—repuso Contreras;—perderé la vida, ó todo se hará como manda vuestra Majestad.

Y se levantó para marcharse.

—Esperad, don Alonso. ¿Qué priesa tenéis? ¿Os habéis citado con alguna dama?—dijo sonriendo Isabel de Borbón.

—Señora, hacedme merced de no burlaros de mi pasión. No tenía más cita que ésta, ni me aqueja otra priesa que la de cumplir vuestros mandatos.

—Tiempo hay para todo, y no era mi intención ocuparos tan sólo en asuntos tan serios. Cosas más agradables, por vida mía, pensaba tratar con vos esta noche, pero he juzgado preferible hablar primero de los negocios del Estado. Ahora bebed, y después—añadió sonrisa maliciosa—haced lo posible por que no eche de con menos á mi distraído esposo.

*
* *

Serían las cuatro de la madrugada cuando el Capitán Alonso de Contreras salió de Palacio, encaminándose á las casas de don Gaspar de Cámara, situadas en la acera izquierda de la calle de San Miguel, á fin de disponer su partida y hablar antes con don Francisco de Quevedo, allí ocultamente hospedado.

Don Francisco estaba ya en el lecho. Después de la carrera en pelo que había llevado, llegó sin aliento á la posada, pidió algo caliente, y se acostó en seguida, tapándose de pies á cabeza.

—Señor don Francisco—dijo Contreras entrando en el aposento.

Quevedo dejó ver primero un ojo, luego otro, después las narices, luego se caló los anteojos, y por último preguntó muy sosegadamente:

—¿Que hay, hombre de Dios, qué hay? ¿Há menester confesión algún moribundo? ¿Necesita alguien casarse á toda priesa?

—No le entiendo á vuesa merced, don Francisco.

—Pues yo sí, y os advierto que tengo la mejor manderecha para tales negocios.

—Bueno es saberlo—repuso Contreras;—pero yo venía á decirle á vuesa merced que hoy mismo he de irme á Francia.

—¡Válame Dios! ¿qué me cuenta vuesa merced?—dijo Quevedo dando al olvido la carrera, los perros, el enfriamiento y el sueño, y sentándose en el lecho.

Contreras le refirió lo que aquella noche le había ocurrido, dándole cuenta del encargo de Isabel de Borbón.

—Podrá ser que la Reina acierte—dijo Quevedo,—pero se me figura que en política calza tantos puntos como mi avisado amigo y favorecedor don Gaspar de Guzmán. En fin, hijo mío, vuesa merced hace lo que debe cumpliendo esas órdenes y obedeciendo esos mandatos, y no he de ser yo quien os lo quite de la cabeza. Pero sí pongo en conocimiento de vuesa merced una cosa, y es: que cuando el ratón salga de la ratonera, va á sacar tal provisión de cólera, que no va á haber quien junto á él pare en cien leguas á la redonda. De donde infiero que hará bien vuesa merced en guardar el pellejo y no fiarse ni de su sombra. Procure además, de la mejor manera que le sea posible, tenerme al tanto de cuanto le ocurra. No conviene tampoco que vaya vuesa merced solo; le acompañará mi criado Juan de la Torre, á quien

conoce, hombre que, además de ser un estupendo espadachín, habla el francés, el italiano, el tudesco, y cuantos idiomas conocidos existen. También convendrá que le haga compañía esta espada, que es de las que no hacen jamás traición á su dueño, cuando se las maneja como manda el arte.

Y levantándose Quevedo, abrió un cofre que en un rincón del aposento había, y sacó de él una espada de regular longitud, provista de enormes gavilanes y cuidadosamente enfundada.

—Ahora—dijo,—un abrazo, Capitán, y marchad cuanto antes, que todavía podéis tomar la posta.

Despidiéronse Quevedo y Contreras, y habiendo hecho aquél en secreto ciertas prevenciones á Juan, dejóle que acompañase al capitán y se volvió á meter en el lecho, arrebujándose como en un principio.

Pero sin duda debió de acordársele alguna nueva advertencia, porque, levantándose como un rayo, abrió el postigo que á la calle daba.

Contreras y Juan salían entonces de la casa.

—¡Don Alonso!—gritó Quevedo.

—¿Qué hay?—dijo Contreras levantando la cabeza.

—Os vuelvo á recomendar dos cosas. La primera que no os fiéis de nadie.

—Está bien, ya lo sé. ¿Y la otra?

—Que con esa espada será bueno que déis siempre las estocadas uñas abajo.

Y cerró el postigo.

CAPÍTULO XVIII

LOS DOS EMBOZADOS

«*Don García.*--Pero en tanto que mi cuello
esté en mis hombros robusto,
no he de permitir me agravie
del Rey abajo, ninguno.»
(Francisco de Rojas.—*García del Castañar.*—Jornada 3.ª; escena última).

Al final de la calle de Toledo, poco antes de llegar á la puerta de este nombre, alzábase una casa no muy grande, de un solo piso y de antigua y noble construcción, pues toda su fachada era de piedra, y encima de la holgada puerta se destacaba un escudo, cuyos cuarteles, llenos de cadenas, aspas, cruces, castillos, leones y losanges, acusaban la ilustre alcurnia de los señores que en otro tiempo la habitaron; y dícese en otro tiempo, porque desde hacía más de cuarenta años no se la conoció otro morador que un regatón del mercado que la dedicaba á panera, almacenando en ella grandes cantidades de grano que tenía á buen recaudo, hasta tanto que, llegados los días de escasez, le era posible venderlo al precio que creyese más acomodado á las necesidades y exigencias de su bolsa. Murió el regatón,

los herederos se repartieron la hacienda, y como ninguno de ellos pensó en continuar la industria y tráfico de su ascendiente, malbarataron las existencias que en su casa había y ésta volvió á quedar desalquilada, por más de dos años, hasta que cierto día vieron los vecinos del barrio, que una mujerica de edad indefinible, mal trajeada y que se apoyaba en un palo al caminar, entraba y salía de la casa, advirtiendo también que en un carro de los de la plaza de los Herradores ó de la Encarnación llevaron á ella unos muy viejos muebles, de lo cual dedujeron que se habría alquilado por alguna Celestina que diputó el paraje y morada como buenos para sentar sus reales, dando alojamiento á doncellas andariegas y galanes aventureros y necesitados de sus servicios.

Una noche del mes de Noviembre, serían las diez apenas, paróse un embozado á la puerta de la antigua mansión, y haciendo una señal convenida, de allí á poco apareció la vieja en el umbral, y entraron ambos, volviendo á cerrar al postigo.

—¿Ha venido alguien?—preguntó el recién llegado.

—Nadie, señor,—respondió la vieja subiendo las escaleras y alumbrando al otro con un farolillo.

Entraron en un aposento de no muy holgadas dimensiones, en el cual no había más muebles que dos escaños de roble y una mesa, sobre la que lucía un velón de dos mecheros, que la mujer despabiló con todas las reglas del arte, y aún no había terminado esta operación, cuando en la puerta sonaron dos golpes.

—Ahí está—dijo á la vieja el embozado;—abre al que llega y condúcele á esta pieza.

Al poco tiempo entró un caballero, que también recataba el semblante tras del embozo de su capa, que-

dando en pie junto á la puerta sin pronunciar palabra. Después de que la vieja hubo salido, el primero que llegó dijo al segundo:

—Dios os guarde; hablar podemos aquí con todo secreto y sin temor de que nadie escuche nuestra plática. Sentáos. No necesito preguntar si habéis recibido el mensaje que esta tarde os envié, puesto que os veo aquí, pero es preciso que os dé razón de la causa que motiva el haberos requerido para esta noche.

—Hablad, pues, señor, que presto estoy á serviros —repuso el que acababa de entrar.

Sentáronse los dos en un escaño, muy cerca el uno del otro, y comenzaron á hablar tan quedo que á dos pasos no hubiera sido posible escuchar lo que decían, y tomando la palabra el que entró primero, dijo lo siguiente:

—Ya sabéis, señor Rojas, que encontrándome yo en mi casa la noche del rapto de Isabel, llegaron á prenderme de orden del Rey; lleváronme á las cárceles de la Inquisición, en donde quedé encerrado en un calabozo que no tenía otro ajuar que un petate que en el suelo echaron para que diera en él con mi cuerpo, si gustaba, y excuso deciros que las horas que allí pasé fueron tan alargadas por mis negros pensamientos, que ya me daba á creer que el sol había determinado no salir, para no contristarse con mi desgracia.

Al fin amaneció, y calculo que aún no habrían dado las ocho, cuando entrando en el calabozo el mismo Alcalde que me prendiese, juzgué que era llegada la hora de comparecer ante mis jueces; pero el Alcalde, mostrándome una cédula, me dijo que el Rey mandaba que saliese desterrado por cinco años de Madrid en aquel mismo día, y á tierra de Segovia, y que agrade-

ciese la merced que quiso hacerme dejándome con vida; agregó que para empezar á cumplir la orden no me daban más espacio que el preciso para proveerme de dineros y disponer la manera de caminar, y que de todos modos, á las cuatro de aquella misma tarde había de haber comenzado la jornada.

Ofrecí yo que así lo haría, aun cuando sabe Dios que llevaba muy contrarios pensamientos, y alquilando una silla de postas, que todos vieron á la puerta de mi casa, salí en ella en compañía de mi mayordomo y de dos mozos con dirección á la puente segoviana, en el término que me habían dicho; pero apenas habríamos andado una mediana legua, cuando cumpliendo los criados las instrucciones que de mí recibieran, paróse el coche, y yo bajé de él en hábito distinto del que había entrado, que dentro hube de cambiarle por otro, que es este que traigo puesto, y que me da la apariencia de escudero; mandé que siguiese la posta, para mejor disimular; esperé á que fuese noche, y buscando las veredas y rodeos más apartados que pude hallar, entré en Madrid á más de las doce, yendo á reunirme con Gil, que ya me aguardaba en el lugar que teníamos convenido; á la mañana siguiente acabóse la obra de mi disfraz, que se hizo rapándome un barbero la cabeza, y no dejando en mi cara pelo con vida, y considerándome seguro de esta suerte acudí á ajustar esta casa en que nos hallamos, con la mediación de esta buena vieja que habéis visto; dos días llevaba en la villa cuando pensé que vos, señor Rojas, podríais, si quisiérais, ayudarme á buscar á Isabel, y con esta mira me encaminé á vuestra posada, en donde supe que habíais salido de ella sin dejar razón de vuestro paradero, pero gracias á los buenos oficios de Gil, ha querido el cielo que diese con

vuestra merced, juntándonos aquí esta noche. Pero antes de seguir adelante habéisme de consentir que os pregunte si sabéis algo de Isabel, que por barruntos que tengo de ciertas inclinaciones vuestras, y como valiente y caballero que sois, no podréis por menos de tener alguna nueva.

—Señor Conde—respondió Rojas—mucha honra me hacéis confiándoos en mí, y recibiendo sin enojo lo que yo señalé como desusado atrevimiento; pero lo que de eso puedo deciros es que no sé más del paradero de Isabel que lo que sabéis vos. El día que siguió al de vuestra prisión, vino á verme don Francisco de Quevedo, quien me aseguró que estaba al cabo del lugar en donde tenían á Isabel, y rogándole que se declarase más, nunca quiso, antes echándose á reir y dándome buenas esperanzas, me encargó que me dispusiera á trocar en júbilo mi tristeza, con lo cual se marchó dejándome en la mayor confusión y perplejidad en que jamás me hallé; pero como yo sé bien que don Francisco es capaz de habérselas con el mismo diablo y de ganarle la partida, no quise dudar de que cuando él con tales instancias lo afirmaba, es que estaría cierto de salir bien de empresa: no volví ni he vuelto á verle, por lo cual me doy á sospechar que alguna desgracia grande le ha ocurrido, y como tampoco sabía su posada, quedéme como sin aguja de marear y sin estrella que me guiase en medio de esta borrasca. Pensando también que si el naipe falló, no sería para él solo, creí consejo de prudencia hacer noche con mi persona, por si daban en buscarme como el hilo del ovillo y por eso me ausenté de la casa donde vivía, yéndome á otra en la que no fuese conocido.

—No son esas—replicó el Conde—noticias de satis-

facción; pero creed, señor Rojas, que estoy aparejado á triunfar ó morir en la demanda.

—Pues contad conmigo, don Fernando—dijo el otro,—que, pues ya dísteis á entender antes que sabéis lo que tanto me importa, quiero yo deciros que por Isabel estoy dispuesto á perder la vida; no sé de su origen sino lo que el vulgo murmura, ni sé tampoco si sois su padre, como dicen; sé únicamente, y esto me basta, que en el momento que la ví, quedó en ella prisionera el alma mía; cierto es que altos puse mis ojos, porque sea quien ella fuere, no puede menos de estar entre las más altas colocada, y perdonadme, señor, que de esta suerte os hable, pero la llaneza con que vos lo habéis hecho me obliga á usar con vos de toda verdad y confianza.

—Yo os agradezco, amigo—dijo el Conde,—esa verdad que decís, y para demostrároslo, quiero declararos lo que á nadie he declarado todavía.

Y aquí don Fernando refirió el nacimiento de Isabel, sin apartarse gran cosa de lo que se contó en el capítulo II de esta puntual historia, aunque añadiendo que la señora toledana, madre de la niña, era de tal linaje, que no cedía ápice ni aun á la misma sangre de los Reyes.

Después que hubo narrado todo el suceso hasta el momento de encontrar á Isabel en el corral de comedias, siguió así:

—Encerréme con el autor Pedro Avendaño en su aposento, y tanto le rogué y dije, que al fin se atrevió á declararme que hacía dos años, estando en Guadalajara, acertó á pasar por una plaza en donde había un gran corro de gente; como se acercase á él, vió que estaban mirando á una moza como de diez y seis años,

que bailaba con singular gracia y donosura; terminada la danza, y cuando la gente se marchó, llamó Avendaño á la bailadora, y pareciéndole que mostraba buenos principios y notable disposición para la vida de la farándula, la dijo que se fuese con él y llegaría á ser, sin duda, comedianta consumada; determinóse la niña á seguirle, y supo por ella cómo había vivido en una aldea del campo de Toledo con unos á quienes llamaba padres, los cuales, perseguidos por no sé qué sospechas de ser moriscos, se ausentaron de improviso llevándola consigo; que estuvieron por más de tres años haciendo vida errante, hasta que al cabo de ellos murió el que la niña consideraba como padre; de allí á poco la mujer admitió en su compañía á un hombre que comenzó pronto á darles trato de perros, pues les mandaba que cada día le trajesen hasta cuatro reales, y cuando no, las golpeaba fuertemente, usando de gran crueldad, que fué la causa de que, cansada Isabel de aquella vida, huyese una noche, al tiempo de que estaban dormidos, para tomar el oficio de ir de pueblo en pueblo á pedir limosna con el pretexto de su baile, que tenía para ello extremada habilidad.

Agregó Avendaño que Isabel Ana, en el tiempo que anduvo con él, mostró tanta virtud y compostura, que no parecía comedianta, y que, aunque más de cuatro altos señores la requirieron de amores, nunca dejó de mostrarse esquiva y más dura que roca. Trabajo me costó lograr que el farsante renunciase á una dama que era para su negocio pieza de rey, pero al fin pude conseguirlo, dándole á entender que estaba dispuesto á intentarlo por justicia, y con ello una buena suma de dineros que alivió algún tanto el peso de mis arcas.

Atento escuchó Rojas el discurso de don Fernando, y

así que calló quedóse pensativo un buen espacio, y al fin, rompiendo el silencio, dijo:

—Yo os agradezco, don Fernando amigo, en lo mucho que vale, la amistad que me habéis mostrado esta noche, y quiero certificaros de ella para que nunca de este paso tengais que arrepentiros, jurando aquí que no solamente haré cuanto pueda con el fin de hallar á vuestra hija, sino pidiéndoos además que me mandéis de hoy en adelante como si fuese vuestro esclavo.

—Pues ya que así hablais—repuso el Conde—quiero deciros á mi vez la ocasión principal de haberos llamado. No necesito ponderar ante vos, pues sois caballero, en cuánto estimo mi honra; no es preciso que os diga tampoco, pues lo sabéis, que el Rey ha pretendido ó pretende atentar contra ella, y así, aunque en este punto encontrase á Isabel, no había de satisfacerme en tanto que el Rey no quedase castigado de mi mano; sabed, pues, Rojas, que al quebrantar la orden del destierro fueron dos mis pensamientos: el primero vengar la afrenta que se me hizo, y el otro hallar el paradero de mi hija; y con poner esta empresa en el segundo lugar, creo deciros bastante de lo inquebrantable y decidido del empeño que pongo en la primera. ¡Quiero, amigo mío, dar con el Rey valiéndome de sus mismas artes—prosiguió el Conde echando lumbre por los ojos—y preparando con todo secreto y misterio las redes de mi venganza; éste es el objeto principal que he tenido al tomar esta casa; que puedo contar con vos, me lo dicen vuestra mirada y ademán resueltos; lo que precisa ahora es que busquemos el modo, que ha de ser con gran cautela, de juntar aquí á varios de los muchos que están dolidos del monarca y que, teniendo su honra en el punto que nosotros tenemos la propia, sientan

en el corazón el denuedo que alienta á los nuestros. ¿Qué decís, Rojas?

—Digo—respondió Rojas—que renuevo el juramento que os hice.

—Pues en ese caso, concluya aquí la plática.

Y avisando á la vieja, que dormitaba en un rincón de la cocina, para que alumbrase, salieron á la calle, y bien embozados en sus capas perdiéronse en las sombrías encrucijadas de aquel barrio.

CAPÍTULO XIX

POR QUÉ SE DIJO: NO HAY BIEN NI MAL QUE CIEN AÑOS DURE

«Et vos, conde señor, sienpre vos guardat del que vieredes que vos faze enojo e da a entender quel pesa porque lo face.» (D. Juan Manuel: *El conde Lucanor.* Cap. 12.)

Por aquellos tiempos, el personaje más importante de la monarquía española, después de Su Majestad (y aun, al decir de algunos, antes) era don Gaspar de Guzmán, tercer Conde de Olivares, nacido en Roma en 1587. Gozaba fama de ser hombre particularmente favorecido de la fortuna, y, como don Juan Antonio de Vera y Figueroa decía: «tuvo en su nacimiento astros que con diferentes aspectos solicitaron en él sucesos diferentes, pero los favorables supeditaron á los adversos». Nacido segundón, y destinado más bien á vestir sotana que á ceñir espada, había terminado sus estudios de Derecho en la Universidad de Salamanca, cuando, por muerte de don Jerónimo de Guzmán, su

hermano mayor, entró en el grado de primogénito. Casó luego con su prima hermana doña Inés de Zúñiga y Velasco, dama de la Reina Margarita de Austria.

En 1615, viviendo Felipe III, fué nombrado gentilhombre de la Cámara del Príncipe, y aunque hubo sus altibajos y mudanzas en las relaciones del Conde con su señor, tales eran el ingenio, el disimulo y la osadía de don Gaspar, que logró medrar donde otros hubieran fracasado pronto.

Nada pone tan á las claras la astucia y la habilidad del Conde, como su conducta con Felipe IV á raíz de la muerte de Felipe III, en 1621. Conoció no ser la misma cosa favores de Príncipe no enteramente dueño de sus acciones, que privanza de Rey. Tenía presente la corta edad del nuevo monarca, y pensaba con fundamento que no podían ser tan ponderados los servicios, ni tan firme la afición, que no bastase á resfriarla uno de los muchos accidentes que en semejantes ocasiones ocurren.

A todo lo cual se unía no disfrutar el Conde de tan buena salud que le permitiera seguir todos los pasos del Príncipe y evitar el éxito de la intriga. En su consecuencia, poco antes de morir Felipe III, se presentó al Príncipe y le habló en estos ó parecidos términos: «Señor, dicen que el Rey está de mucho peligro, y el cuerpo de esta Monarquía en estado, que sólo de mudarle de unas manos á otras, aunque (caso negado) diéremos que pasase de malas á buenas, debemos temer que en ellas se nos quedase muerto. Mudarlo todo, sería por ventura perderlo. Yo, cuando V. A. lo quisiere y mereciere tener parte en el consejo de sus resoluciones, habría de preguntar mucho, porque ignoro bastante, y no sé si habrá quien me advierta lo peor. Esto, y la falta

de salud para sufrir tan gran peso, y de ambición para que mi conveniencia atrase un punto su servicio, me obligan á suplicar rendidamente á V. A. que me dé licencia para que esta noche me parta para Sevilla y deje la Corte por algún espacio». El Príncipe contestó: «Dios dará larga vida á mi padre, para bien de la cristiandad; pero si, por desgracia, sucediera lo que sospecháis, creo que me haréis mucha falta». Aún volvió á rogar lo mismo el Conde á su señor cuando recibió la Unción el Rey, pero Felipe IV contestó:—«Si Dios lleva á mi padre, Conde, sólo de vos he de fiar el mucho embarazo del gobierno, porque estoy persuadido de que sabréis desempeñarlo».

No deseaba más el taimado Conde, el cual muy luego comenzó á dar señales de su privanza, haciendo que el Cardenal Duque de Lerma se volviese á su retiro, de donde había sido llamado por los suyos. Una de las primeras víctimas del nuevo gobierno fué don Pedro Girón, Duque de Osuna, el grande amigo y protector de don Francisco de Quevedo, quien dijo de él «que no hubo desgarro que no dijere que había de hacer, ni cosa buena que no hiciere», añadiendo que «sus servicios fueron tantos, que le acobardaron el premio y le solicitaron la envidia». La otra víctima fué el famoso don Rodrigo Calderón, Marqués de Siete Iglesias, cuya causa tuvo por remate privarle de todos sus títulos, dignidades, oficios y hacienda, y cortarle la cabeza en la plaza de Madrid el 21 de Septiembre de 1621.

Era el Conde hombre de buen ingenio y de gran inclinación á las letras. Cultivaba la comunicación con las musas, y algunos de sus versos solían leerse con agrado en las Academias cortesanas.

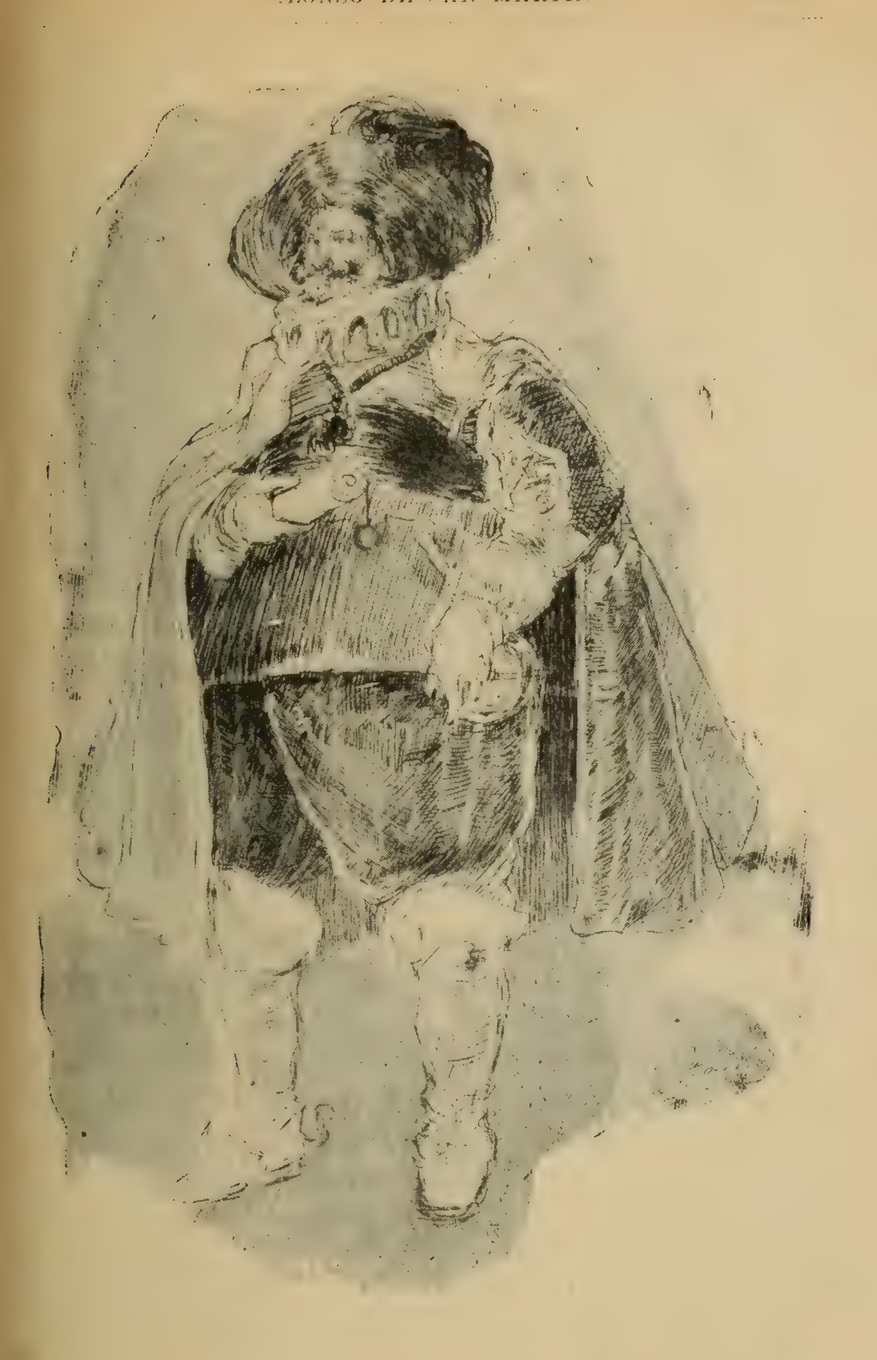
Contábanse de él curiosos lances Se decía que por

dos veces habían intentado asesinarle, sin éxito; una en su propia casa, otra fuera de ella.

Acostumbraba el Conde á venir solo á media noche á su casa. Esperábanle en ella cierta vez quienes pensaban darle muerte, pero el mismo descuido del Conde le salvó la vida. Sucedió que, en poniendo los pies en el umbral de la puerta, sin sospecha antecedente, mandó á un mozo de caballerizas, que sintió despierto, que bajase una luz al zaguán, visto lo cual, los que le esperaban se retiraron á un sitio oculto de la misma casa, y el Conde pasó á su cuarto sin reparar en nada.

En otra ocasión, saliendo una tarde de Palacio, fué paseando en coche sin más dirección que la voluntad del cochero. Preguntóle éste en la calle Mayor que adónde iría, y el Conde respondió que todo derecho. El cochero siguió por el Prado de San Jerónimo, donde todos los criados se quedaron, continuando el coche hasta la puerta de Alcalá, que ya estaba fuera de la villa. Propicia vieron la oportunidad tres hombres que desde Palacio le siguieran para matarle (y que no eran otros sino nuestros conocidos Lampordo, Balugante y Chicharra), pero el Conde, sin percatarse del peligro, sintióse mal de la cabeza, y, dejando las cortinas echadas, se puso al estribo. Los asesinos acercáronse entonces, y reconociendo un hombre en el estribo, creyeron que el Conde iba acompañado, y no pareciéndoles muy grande la ventaja del número, se fueron, suspendiendo la ejecución de su intento para tiempo más seguro.

Y ahora, discreto lector, volvamos á coger el hilo de las aventuras, porque todos estos no han sido otra cosa que preliminares, encaminados á ponerte en autos acerca de la ilustre personalidad del primer Ministro de Felipe IV.



Noticioso don Francisco de Quevedo, como hemos dicho, de la persecución de que era objeto por parte de Su Majestad, andaba siempre recatado y no se permitía poner los pies fuera de la casa de don Gaspar de Cámara sin que la noche hubiera extendido su negro velo sobre la villa y corte de Madrid. Entonces salía, tanto por hacer ejercicio y desentumecer los miembros, como por cuidar de ciertos negocios en que andaba ocupado.

Una de estas noches, cuando Quevedo pasaba por ante la iglesia de la Victoria, sintió tras él una voz que decía, no sin algún misterio.

—¡Ce, ce, caballero!

Volvióse Quevedo y vió á un hidalgo, de no mal atavío, que acercándose á él, le saludó cortesmente y le dijo:

—¿Sería vuesa merced servido de oirme unos instantes?

—Con placer, caballero,—respondió Quevedo.

—Pues venid, si gustais.

Siguióle Quevedo y entraron en una alojería que cerca estaba.

Luego que hubieron tomado asiento, el incógnito le dijo á Quevedo:

—Me llamo Gil Blas de Santillana, y soy, para serviros, secretario del muy ilustre señor don Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares. Tenía para vuesa merced un encargo de mi amo, pero no he podido dar con vos en parte alguna, hasta hoy, que os he visto por casualidad.

—Maravíllame—dijo Quevedo—que Su Excelencia del Conde se haya servido enviarme á mí recado alguno.

—Pues sí, señor; me encomendó que os buscase para deciros que recibirá singular contentamiento en hablar con vos, y que os ruega no dejéis de visitarle cualquier

noche de éstas, pero con preferencia las de los lunes ó viernes, á eso de las diez.

—Decidle—repuso Quevedo después de breve meditación—que estoy siempre muy á sus órdenes, y que no faltaré al recado que se ha servido darme. Esta misma noche, si puedo, iré por su posada.

—Me congratulo de haber desempeñado con tan buen éxito mi comisión, y os hago saber que tenéis en mí uno de vuestros más entusiastas admiradores.

—No merezco tanto, señor de Santillana.

—Mandadme cuanto gustéis, don Francisco.

—Siempre á vuestro servicio.

Y se separaron ceremoniosamente.



—¡Válame Dios!—iba diciendo entre sí Quevedo, después de haberse despedido de Gil Blas—¿para qué me habrá mandado llamar el Conde? ¿pues no era él quien me perseguía? ¿Será esto alguna añagaza? ¿Pretenderá apoderarse de mí de este modo con mayor facilidad? Pero no; porque si tales fueran sus intenciones, no había de diputarme por tan tonto que siguiese su voluntad; habríame hecho prender por otros medios. Ea pues, iré, que lo que sea sonará, y á un pícaro otro mayor.

Llegada la hora de las diez, encaminóse don Francisco á la morada del Conde.

—¿Su gracia, señor caballero?—preguntóle cortesmente un lacayo que dormitaba en la antecámara.

—Hacedme merced de decir á Su Excelencia que está aquí don Francisco de Quevedo y Villegas.

Miróle el lacayo con cierta extrañeza, y entró á dar el recado al Conde.

—Pasad, señor—dijo al volver.

Pasó Quevedo y se halló frente á don Gaspar de Guzmán.

Era este hombre de regular estatura, de más que rollizas carnes, la color enfermiza y ojos que revelaban sagacidad y penetración. Lo que más llamaba la atención en él eran sus narices, de conformación bastante rara, pues no parecía sino que á puras coces se las habían fabricado; mas era Su Excelencia de tan malas pulgas, que todavía no había habido ninguno que en aquéllas se le riera.

Quevedo, que no dejaba de tener también un mediano apéndice nasal, siempre que veía al Conde se decía que él y Su Excelencia nacieron enemigos en Cristo, pero hermanos en las narices.

—Dichosos los ojos, señor don Francisco, que os logran ver.

—Sea bien hallado vuestra Excelencia, y repare que no ha estado en mí la culpa de tan larga ausencia.

—Ha tiempo, sin embargo, que yo deseaba platicar con vuesa merced, tanto para disfrutar de vuestro peregrino ingenio, como para tratar en asuntos de cierta importancia.

—¡Aduladorcillo!—dijo Quevedo para sus adentros.

—Comprendo, señor don Francisco, que estéis disgustado conmigo y aun que no miréis con muy buenos ojos á Su Majestad.

—Señor—interrumpió Quevedo,—yo siempre...

—Teneos, don Francisco, y no me interrumpais, que yo sé muy bien la lealtad de vuestros sentimientos. Digo, pues, que el mal ha estado—y perdonadme que os

hable con esta llaneza—en vuestro carácter, sobradamente inclinado á la sátira y á la mordacidad.

—«¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?»

—Ya sé, ya sé, don Francisco, que sois excelente poeta, pero habéis de reconocer que no todas las humanas flaquezas pueden ni deben fustigarse con la misma saña, y que el más justo peca siete veces al día. Sentí como el primero vuestro destierro, y aunque echo de ver que hubo en él buena parte de razón, no dejo de comprender que no érais merecedor de tan grave sentencia. Por eso, sintiendo en el alma que un sujeto de tan singular ingenio como vos anduviese alejado de la Corte, privándola de sus luces, que son eminentes, trabajé por que os levantaran el destierro, y os he hecho llamar después para preguntaros en confianza, rogándoos contestéis favorablemente: ¿Queréis ser secretario de Su Majestad?

Miró Quevedo fijamente al Conde, como para penetrar en lo íntimo de su pensamiento, y después de pensarlo algún tiempo, contestó:

—No podéis saber, don Gaspar, lo que semejante oferta me halaga, y cuán honrado me considero al escucharla. Pero al mismo tiempo que confieso mi gratitud, declaro también mi repugnancia para desempeñar tan honroso cargo. Yo, señor, como habréis visto, no soy adulador, y además de no serlo, tengo la endiablada costumbre de no poder refrenar la lengua y de decir francamente lo que me parece acerca de las acciones de los hombres, cosas ambas que mal se avienen con los ministerios palacianos. Por otra parte, han ocurrido

sucesos estos últimos días que me hacen desconfiar mucho de mi favor para con el Rey (que Dios conserve). Temo que alguna vez haya de contrariar sus inclinaciones, y entonces, ni él se hallará gustoso, ni yo estaré tranquilo en mi pellejo. Por todas estas poderosas razones me permitiréis que deponga el ofrecimiento y me niegue por ahora á aceptar un cargo que en otras circunstancias me lisonjearía particularmente.

—Pesar me dais con vuestra determinación, señor don Francisco, y no desespero de que aceptéis al cabo. Pero me habéis de conceder siquiera una merced.

—Dadla por concedida, señor Conde, si no se opone á lo que á mi conciencia debo.

—Nada de eso. Deseo simplemente que de aqui en adelante seamos amigos, y vayamos á la par en nuestros pasos.

—Por mí no ha de quedar, don Gaspar. Pero permitidme una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Podréis responder de vos mismo?

—Sí, y en prueba de ello, ahí está mi mano.

El Conde y Quevedo se dieron las manos y se separaron cariñosamente.

Pero antes de salir del aposento, volvióse Quevedo y preguntó:

—Decidme, señor Conde, y ahora, ¿podré yo dejar de ser murciélago?

—No os entiendo.

—Quiero decir que si me será lícito salir de casa por el día y tomar el sol como cualquier menesteroso.

—¡Pues no! Sois enteramente libre. La acusación de homicidio que sobre vos pesaba, fué reconocida sin fundamento y sobreseyóse la causa.

—Gracias mil, señor Conde. A vuestro servicio.

—Adiós, don Francisco, y no olvidéis nuestra amistad.

Y se separaron, volviendo el Conde á su aposento frotándose las manos en señal de satisfacción y diciendo para sus adentros: «¡Buena pieza he cazado!», mientras don Francisco salía meditabundo de la casa, mascullando entre sí esta pregunta: «¿Qué se propondrá don Gaspar?»

CAPÍTULO XX

DEL ORIGEN ANTIGUO QUE TIENE EL JUEGO DEL ESCONDITE

«¿Qué tuvo Dios, qué amó Dios, qué padeció Dios? Trabajos. Pues cuando partiese de ellos contigo, mucho te quiere.»
(Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache,* Parte II. Lib. III. Cap. IX.)

A la siguiente mañana, no bien se había levantado Quevedo, cuando un criado entró á decirle que el sacristán de San Martín preguntaba por él con mucha instancia. Díjole don Francisco, bien como aquel que ya nada tenía que temer, que le dejase entrar, y al poco tiempo se presentó en la pieza el buen sacristán, denotando en su mirada y gesto que de algún grande temor estaba inquietado.

—¿Qué quiere de mí el amigo Martín—preguntóle Quevedo,—y cómo diablos ha sabido que me hallaba en esta casa?

—Señor don Francisco—dijo el sacristán balbuciente

y con voz tan queda, que apenas podía oirle el cuello de su mugrienta sotana,—el cómo he sabido que parábais en esta casa, obra fué de mi mucha diligencia, y lo que quiero de vuestra merced es que me libre de la horca, que por la traza anda tan cerca de mí, que ya siento el nudo en el gañote y al verdugo cabalgando sobre mis hombros.

—Díme, pues, lo que ocurre, porque si no te declaras, amigo, imposible es que te entienda—repuso Quevedo.

—Ocurre, señor—continuó aquél,—que no puede por menos sino que algún demonio malo del infierno se haya soltado contra mí. Figuraos, don Francisco, que há dos días estaba el señor cura revistiéndose en la sacristía para salir á decir misa, cuando de improviso éntrase allá una vieja pidiéndole que le oyese en confesión, y diciendo á mi amo que cuál podía ser la causa de haberle ofendido, para que la noche anterior, al ir á su casa á administrar los Santos Sacramentos al que agonizaba, la echase á ella con cajas muy destempladas, no habiéndole dado ocasión. Quedóse el señor cura como aquel que ve visiones, y preguntó qué Sacramentos, ni qué casa, ni qué agonizante, ni qué rábanos decía, porque lo cierto era que la noche anterior no se movió de la rectoral ni por nadie fué requerido para prestar los auxilios espirituales: entonces la vieja miró fijamente al párroco y, exclamando: «¡Jesús! en verdad que no sois el mismo; cosa debe de ser esto de Satanás», comenzó á hacerse cruces muy deprisa, y entonces contó cómo aquella noche se había encontrado en la calle con un cura que dijo ser el de San Martín, y que le rogó que fuese y fué á su casa para ayudar á bien morir á un hombre que tenía allí su posada; que después de haberle confesado, pidióle ella que la oyese un escrú-

pulo, y que el sacerdote muy airado dijo: «Vieja de todos los demonios», saliéndose en seguida. Pasmado quedó don Gregorio, que éste es, como sabéis, el nombre del



párroco, de lo que aquella mujer decía, y aún no había vuelto de la admiración cuando...—¡Déjeme vuestra merced tomar resuello, señor don Francisco!—dijo el sacristán interrumpiendo su plática,—que me falta aliento y me entran unas cosas á guisa de soponcio

que me quitan la voz. ¡Virgen de Atocha! ¡En qué be rengenal nos habremos metido!

—Sosiégate, amigo,—respondió Quevedo—y sigue tu cuento, que de cierto te digo que es peregrino y ha de salir en el primer romance que componga.

—No hará tal vuestra merced cuando sepa lo que me queda que decir, que al lado de ello no es lo que antecede sino tortas y pan pintado.

—¿Pues qué hay?—dijo Quevedo.—¿Anda la Inquisición en este negocio?

—Si no anda,—contestó el sacristán con acento dolorido,—si no anda, andará, ¡ya lo creo que andará!

—Al menos el miedo que tú tienes—replicó don Francisco riéndose—hace que los dedos se te antojen familiares del Santo Oficio.

—No es esta hora de chanzas, señor, sino de ponerse bien con Dios—gimió el sacristán limpiándose algunas lágrimas con el envés de la manga.—Estése atento vuestra merced, y prosiguiendo el relato de mis desdichas, sepa que cuando mi amo se admiraba de lo que oía á aquella mujer, entraron dos alguaciles de Palacio, y llamando á su lado á don Gregorio, dijéronle que de orden del Conde Duque fuese en el mismo instante con ellos á comparecer ante su presencia. Más muerto que vivo quitóse el pobre señor las vestiduras, y requiriendo la sotana y el sombrero, marchó con los alguaciles; volvió al cabo de una larga hora con muestras de singular turbación, pues no podía ni hablar, y después de que se sosegó algún tanto, me dijo que el Conde Duque le había preguntado si siendo él el cura de San Martín, era también el mismo que la noche anterior había ayudado á un caballero á entrar por el postigo del convento de San Plácido, usando de una llave contrahecha que

el sacristán de la iglesia mandó por la mañana con un mozo. Negó mi amo la pregunta, y el Conde, con cierta sonrisa que el señor cura tomó como de mal agüero, le dijo que si no sabía nada de un hidalgo que, guiado por cierto párroco de la corte, entró aquella noche á las once en el convento de la Encarnación Benita, ofreciéndose el cura á dar guardia al postigo mientras el otro estuviese dentro, y si ignoraba asimismo que cuando quiso salir se encontró con que la centinela había desertado de su puesto, dándole encerrona. Juró don Gregorio por las sagradas órdenes que recibiese, y por todos y cada uno de los Evangelistas de Babilonia, que no era sabedor de aquel negocio, refiriéndole además lo que le había dicho la vieja; pues es lance que, á no dudar, tenía relación con lo que se le preguntaba, á lo cual respondió el Conde: «Si no sois vos, ahora se verá», y entrándole en una pieza contigua, le puso frente á una puerta de cristales que con otra comunicaba, en la cual mi amo creyó ver un bulto como el de un hombre embozado. Allí le tuvo un buen espacio haciéndole andar y hablar, y al cabo de él, oyó que desde dentro decían: «Otro es». Entonces el Conde ordenó al señor cura que se marchase, pero advirtiéndole que si en aquello llegaba á descubrirse alguna culpa le entregaría á la Inquisición, y que, por lo tanto, se enterase de quién era la vieja y de dónde vivía, teniéndole al tanto de sus averiguaciones y pesquisas. No quiero ponderar á vuestra merced, señor don Francisco, las muchas preguntas que el párroco me ha hecho, sospechando que yo estoy en el ajo, y acaso por lo turbado de mis razones le haya dado motivo para ello; lo que le sé decir es que desde aquel momento anda don Gregorio con la barba sobre el hombro y no confía de mí co-

mo solía, aunque desde ayer, y por el susto, le ha entrado un mal que consiste en hinchársele el vientre y no pararle nada de lo que en él le entra, que es un dolor el verle todo el día pujando sin momento de reposo, y en trance de que le tome un resfriado por el continuo subir y bajar de los calzones.

—Digo que es sabrosísimo cuento ése,—replicó Quevedo—y que hoy mismo he de dejarle puesto por escrito.

—Don Francisco,—dijo el sacristán hincándose de rodillas—no lo toméis á risa, y os lo pido por los tres ó cuatro clavos de Nuestro Señor Jesucristo, y sálveme vuestra merced si puede, que sí podrá, no declarando si le llaman contra mí, porque, ó yo sé poco, ó vuestra merced sabe de esta aventura más que los innumerables doctores de la Iglesia.

—¿Y cómo sabes tú que yo sé de ella?—preguntó Quevedo.

—Señor (y perdonadme, pero no temáis que yo diga tampoco nada contra vos), bien sabéis que en esta empresa juega papel grandísimo cierta llave contrahecha y uno que, aunque llevaba hábitos de clérigo, no lo era más que Judas Iscariote; éste no calculo quién sería, pero la llave no puede ser otra que la que yo os entregué los días pasados.

—Avisado eres, Martín, y para juez pesquisidor serías único, pero por esta vez erraste. Guarda silencio de todo y con él esta palabra que te doy de que á tí no ha de sucederte cosa mala; encárgome yo de ello y no digo más.

Largo sería de contar las muestras de agradecimiento que hizo el sacristán con el que diputaba como su salvador; baste decir que cogiéndole las manos se las

besó con sin igual ternura, pues una palabra de don Francisco era para él á modo de salvoconducto y seguridad que en aquella ocasión tenía en tanto ó más que una indulgencia plenaria.

—Deja ya esos extremos, buen sacre—dijo Quevedo alzándole del suelo,—y díme si sabes en dónde vive don Francisco de Rojas, que tengo precisión de verle.

—No sé dónde vive—contestó el sacristán,—pero me ocurre que os lo podría decir su grande amigo don Luis Vélez de Guevara, el cual va todas las mañanas á las once á oir misa á San Martín.

—En ese caso hoy mismo he de verle, que es negocio que me importa.

Y con esto despidióse el sacristán, no sin renovar las palabras de gratitud y decir á Quevedo una y muchas veces que le serviría toda su vida con más voluntad que si fuese el mismo Patriarca de la China.

Como la suerte de Isabel era lo que más le inquietaba á Quevedo, y había hecho propósito de no descansar hasta ponerla en salvo, no dejó de estar á la hora indicada en la iglesia de San Martín, y entrando en ella, vió que en uno de los altares del lado de la Epístola estaba oyendo misa muy devotamente don Luis Vélez de Guevara; acertó á llegar cuando el oficiante, que era viva estampa del licenciado Cabra, hacía la conmemoración *pro defunctis*, y en poco estuvo que don Francisco no faltase á la circunspección y compostura propias del templo, al oirle decir «*Mementio etiam, Domino famelicorum famelicarumque tuorum,* de donde dedujo que el clerigón había aprendido latín con algún arabista valisoletano. Concluída la misa fuése á reuni con don Luis, quien recibió grande alegría de verle, y como le preguntase por el paradero de Rojas, contestó

Vélez que no había vuelto á saber de él desde la noche de la pelaza en que juntos estuvieron en la hostería de Cantillana, pero que quizá en ésta les darían razón. Pareciéndole bien el consejo á don Francisco, propuso á su amigo encaminarse allá; accedió Guevara de muy buen grado y tomaron la ruta de la plaza del Cordón. Llegados á la hostería, halláronse con que Cantillana no estaba en ella, pues, según les dijo Lagartija, se marchó de mañana al vecino pueblo de Jetafe con la mira de comprar algunas provisiones, pero que no tardaría en volver, porque al salir encargó que á las doce le tuviesen dispuesta la comida. Tanto por esperarle cuanto incitados de un apetitoso olor y vaho de vianda que de la cocina venía, determinaron los amigos hacer allí su refacción, que no pudiera menos de ser buena, juzgando por tales nuncios, y más sazonada con la plática que se prometían, y así mandaron al mozo que les aparejase una mesa; hízolo Lagartija con mucha voluntad, diciéndoles si querían un lomo de cerdo adobado que no había más que pedir y media pava en pepitoria que era bocado de arzobispo, ó por lo menos, de romano Pontífice.

—Vengan esos manjares, hijo—contestó Quevedo,—que mejores no los comió Caín, y si tienes vino de Esquivias para conllevarlos, haremos cuenta de que hemos llegado á comer á la casa de un cura de aldea en el día de la función del pueblo.

Largo y tendido departieron en lo que la comida duró, así de los sucesos políticos como de letras, siendo éstas las que se llevaron más de los dos tercios de la conversación.

—Por cierto, señor don Luis,—decía Quevedo,—que ahora me hallo embarcado en una empresa notable,

pues hago saber á vuestra merced que el Conde-Duque busca mi trato y amistad; la razón, si he de hablar con llaneza, no la alcanzo del todo, aunque pienso que bien puede ser alguna más que la necesidad que tienen de reparar los golpes de mis sátiras. Grandes son los ofrecimientos que se me han hecho y muchas las proposiciones que he recibido, y como sé que tanto el Rey como don Gaspar holgarían mucho de que les defendiese de las hablillas, no todas sin fundamento, que corren por donde quiera, y particularmente las que se hacen en eso del arbitrio de las minas y en lo de la moneda, quiero declararos que en los días de atrás comencé á componer un papel que se llamará *El Chitón delas taravillas*, el cual, para mejor disimular, ha de firmarse en Huesca é imprimirse en Zaragoza, en casa de mi amigo y el vuestro Pedro Verges, y este papel, aunque leyéndole de seguido parecerá gentil defensa del Príncipe y del Conde, os observo que leyéndole con ciertas interrupciones sistemáticas rezará cosa muy diferente. Pero en fin, callemos esto, que por ahora me conviene estar bienquisto en Palacio, por más que tema mucho que la bonanza no haya de durar.

En esto se hallaban, cuando entró por la puerta que daba á la plaza el insigne y honrado Cantillana, á quien Quevedo, sin darle acaso tiempo de saludar, preguntó si sabía la posada ó paradero de don Francisco de Rojas.

—Sé—dijo Cantillana—que ese señor Rojas paraba en la calle de las Carretas, pero hace días que no le veo.

—¿Y no sabéis más de él?

—Nada más que lo que acabo de declarar á vuestra merced.

—Viaje perdido de los que no requieren alforjas, señor don Luis—repuso Quevedo.

Entonces, un hombre en el que no habían reparado porque hallábase en una mesa de un rincón obscuro, se acercó á don Francisco, y le habló de esta suerte:

—¿Quisiera vuestra merced, señor hidalgo, oirme una palabra?

Se levantó Quevedo, y yendo aparte con el que le llamaba, le dijo:

—¿Qué me queréis, buen hombre?

—Me ha parecido—repuso el otro—que preguntábais por don Francisco de Rojas.

—Así es.

—Pues en ese caso, aunque yo no sepa deciros dónde mora, podré, si gustais, llevarle á donde me digais.

—¿Y no podrías decirme también qué desgracia le ha ocurrido al señor de Rojas para andar oculto?

—No sé más, señor.

Quevedo meditó un instante acerca de la singular proposición que le hacía aquel hombre, y por si era añagaza preparada, se guardó mucho de decir las señas de la casa en donde vivía.

—¿Pensais que es bueno—preguntó al cabo—el lugar en donde nos hallamos para que yo vea al señor Rojas?

—Este ó el que seais servido—contestó el otro.

—¿Y qué hora os parece más conveniente?

—Si podéis, hoy mismo á las nueve de la noche.

—No hay más que hablar. Dios os guarde.

El hombre salió de la hostería, y cuando se hubo alejado dijo Quevedo, aproximándose á don Luis y á Cantillana, que habían seguido con gran curiosidad la escena:

—Gaspar, ¿conoces á ese hombre que acaba de marcharse?

—No sé de él sino que debe de ser algún escudero;

hará unos ocho días vino á mi casa por primera vez, y desde entonces no falta nunca á esta hora; come aquí, con parquedad de estudiante, paga el gasto y se va sin hablar palabra.

—Misterioso es todo esto—repuso Guevara.

—Vámonos, si queréis, amigo don Luis—contestó Quevedo, poniéndose la capa,—que yo no sé las cosas que pudo ver el Cid que *facían fablar las piedras*, pero yo aseguro á vuestra merced que las que yo estoy viendo las harían cantar de coro todas las horas canónicas, en mejor latín que el que usa el belitre que os dijo la misa.



CAPÍTULO XXI

DONDE SE LEERÁN COSAS DE GUSTO

«*Músico.*—Estén alerta todos.
Chiquiznaque.—Ya lo estamos.»
(Cervantes. *Entremés del rufián viudo.)*

Estaba resuelto Quevedo á poner en conocimiento de don Francisco de Rojas el paradero de Belisa y tratar con el enamorado galán de los medios de libertar definitivamente á la dama de las asechanzas del Rey. Porque era lo que decía para sus adentros: «¿Quién me niega á mí que á pesar de mi alianza con el Conde, siga Su Majestad haciendo de las suyas, y en un dos por tres, si nos descuidamos, cace nuevamente á Isabel y nos deje á don Gaspar, á Rojas y á mí con varios palmos de narices?»

De ahí el interés que mostraba por hablar con Rojas y la contrariedad que le ocasionó el no hallarle en su domicilio de la calle de las Carretas.

El mismo día en que tuvo lugar la escena referida

en la última parte del anterior capítulo, á la hora convenida, que era de las nueve de la noche, hallábase Quevedo en la hostería del gordo Cantillana.

No había en aquellos momentos en el local más que dos personas: Cantillana, que, arrimado al mostrador, y, á la luz de un velón, leía su eterno *Lázaro de Tormes*, y Quevedo, que, sentado en un escaño y con los pies apoyados en otro, observaba con atención, como si el fenómeno le importase notablemente, las transformaciones de la fisonomía del buen hostelero, á medida que se iba enfrascando en la lectura.

Llevaban así un buen rato, cuando el rostro de Cantillana denotó singular regocijo:

—Buena cosa debe de ser lo que leéis, amigo Cantillana, á juzgar por vuestro semblante—dijo Quevedo.

—¡Ah señor!—repuso el hostelero—mejor, cien mil veces mejor, por vida mía, que mis empanadas y mi Madrigal. Si no lo ha por enojo vuesa merced, voy á leerle un capítulo, que sin duda sabrá de coro, pero que no dejará de entretenerle mientras viene la persona á quien espera.

—Venga, voto á Lázaro, que me deleito en escucharle.

—Dice pues así:

«*Cómo Lazaro se asentó con un inquisidor, y de lo que le acaeció con él.*

»Desta manera que ha oído vuestra merced estuve cinco años, teniendo en mi señor Arcipreste todo favor y ayuda y residiendo en mi oficio real. Hasta que Dios se sirvió llevarle consigo, que fué harta desdicha para el pobre Lázaro, porque así como faltó, comenzó á faltarnos á mi mujer y á mí la buena fortuna.

»Sucedió que vino por este tiempo á Toledo un mozo

de notable habilidad y desenvoltura; llamábanle Lope de Rueda. El cual, con favor que tuvo de amigos y señores, alcanzó el cargo de pregonero, y dióse tan buena maña para medrar, que á poco ni aun los que padecían persecución por la justicia permitían que otro sino Lope de Rueda declarase á voces sus delitos.

»Esto, y las malas lenguas, que todavía recordaban las entradas y salidas de mi mujer en casa del señor Arcipreste, hizo que renovando mis trabajos y fatigas pasados me asentase con un señor Licenciado que era Familiar de la Santa Inquisición. Confieso mi pecado, que fuí espantado de las cosas que al ruín vi hacer, y aunque me mantenía, le había enemistad, al revés de mí pecador escudero, de quien antes había mancilla que desamor.

»Recibida denunciación de algún mísero, en cosas muchas veces leves, enviábame secretamente mi amo para venir al encuentro del denunciado y hablarle con semejantes palabras: «Ayer por casualidad estuve con los señores Inquisidores, que, preguntando por tí, dijeron tenían que comunicar contigo un negocio tal día, á tal hora.» Si el lacerado iba, preguntábanle como si no le hubieran llamado, y con sus industrias é invenciones hacíanle caer en su poder.

»Por esto y por otras cosillas que me callo, renegué del trato y púseme á pensar en qué modo de vivir haría mi asiento para tener algún descanso y verme en hábito de hombre de bien, aunque tuviese de llevar la caperuza cuarteada.»

—Que me place, señor de Cantillana—dijo Quevedo;—pero os he de decir una cosa.

—¿Cuál?—preguntó el hostelero.

—Que no mostréis muy en público vuestro *Lázaro*;

primero, porque os le pueden hurtar, y es ya bastante raro; después, porque, según veo, no es de los expurgados por la Inquisición, y os puede costar su posesión algún disgustillo.

—Verdad dice vuesa merced, señor don Francisco, y á fe que tengo de seguir al pie de la letra sus consejos.

En esto andaban, cuando entró en la hostería el esperado don Francisco de Rojas Zorrilla.

Al ver á Quevedo se acercó á él gozoso:

—Dios le guarde, don Francisco—dijo;—desconfiaba ya de encontrarle, y bien sabe Dios cuán vivos deseos tenía de ver á vuesa merced.

—No eran menores los míos, pero cada cosa requiere su tiempo, y no creía yo era llegado aún el de dar parte á vuesa merced del paradero de doña Isabel, porque temía vuestra fogosidad, y el trance era apurado. Hoy las circunstancias han variado, aunque el peligro continúa, y vengo á decir á vuestra merced: Doña Isabel para en casa de los Vizcondes de Molina; el Rey continúa persiguiéndola. Precisa que la saquéis de Madrid y os la llevéis á cualquier parte donde entendais que pueda estar segura.

—Sin pérdida de tiempo, don Francisco—dijo Rojas, haciendo ademán de salir de la hostería,—voy á ver á doña Isabel. Después concertaremos los medios de ponerla en salvo, para lo cual habremos de entendernos con el Conde de Segura, á quien he prometido enterar de todo esto.

—Y ese Conde de Segura, ¿quién es y por qué se toma tal interés por Belisa?

—Ese Conde es aquel sujeto á quien vió vuestra merced la noche que estaba en compañía de Guevara

y de Cosme Pérez, acuchillar á los embozados que salieron de la hostería de Cantillana. En cuanto á su interés por doña Isabel, procede, según tengo entendido (y guárdeme, se lo ruego, el secreto), de ser el padre de la dama.

—¿Qué dice vuestra merced?—exclamó Quevedo.—¿Y la madre? ¿se sabe quién es?

—Sé tan sólo que era una señora toledana de elevada alcurnia.

—Pues mire vuestra merced, amigo Rojas; también eso lo averiguaremos, sin ser Vargas. Ahora sólo falta obrar con prudencia. Creo que sin perder tiempo—á ser posible esta misma noche—debéis poner tierra de por medio entre vos y el Rey.

—Así lo haré. Dirélo á doña Isabel y al Conde, que me ha de acompañar. ¿Dónde le parece á vuestra merced que nos refugiemos?

—Pardiez, no lo sé; pero bien podrían vuesas mercedes hacerlo en Segovia, donde me figuro que no les irán á buscar.

—Se lo propondré al Conde. Y, por si no nos vemos, adiós, don Francisco; ya le tendré informado de cuanto nos ocurra.

—Buena suerte.

Ibase ya Quevedo, cuando le llamó Rojas, y sacando del pecho un rollo de papeles, se los dió, diciéndole:

—¡Se me olvidaba! Ahí tiene vuestra merced, don Francisco.

—¿Qué es esto?

—Una jornada sin terminar de *El pleito que tuvo el diablo con el cura de Madrilejos.* Dígale vuesa merced á don Luis que no me ha sido posible darla fin.

—¡Venga acá, medrosillo, venga acá! ¡Lo que son los

enamorados! Esta noche, antes de acostarme, tengo de poner mano en la jornada, y primero que por la posta hayan hecho una vuesas mercedes, habré yo terminado la tarea que le corresponde.

Dicho lo cual, salió Rojas de la hostería, y poco después el propio Quevedo.

*
* *

Lo primero que hizo Rojas fué ir al escondrijo donde se ocultaba el Conde de Segura para comunicarle cuanto Quevedo le había dicho. Tan pronto como el Conde lo supo, encarecióle á Rojas la conveniencia y aun la necesidad de proceder diligentemente. En su consecuencia, se encaminaron cuanto antes á la morada de los Vizcondes de Molina.

Antes de separarse Quevedo de Rojas, habíale dado como señal que le sirviese de creencia para con los huéspedes de Belisa, aquella misma joya que la Priora de la Encarnación había entregado al primero.

Provistos de esta señal, y asegurados por la alegría de Isabel ante la presencia del Conde y de Rojas, no vacilaron los Vizcondes de Molina en dejar partir á Belisa en compañía de aquellos caballeros. Para mayor seguridad del viaje, ofreciéronles cumplida escolta de criados, pero tanto el Conde como Rojas se negaron á admitir otros que no fueran los suyos. El Conde llevaba á Gil, y Rojas á dos servidores en quienes tenía entera confianza.

Pusiéronse, pues, en camino en dirección á Segovia, conforme habíale indicado Quevedo á Rojas. Sin tropiezo alguno salieron de Madrid, y llevaban andadas como cinco leguas, estando ya para detenerse á tomar

descanso, cuando detrás de ellos observaron una gran polvareda, y al tenerla más de cerca vieron que procedía de un gran tropel de gente de á caballo que hacia ellos se dirigía.

Lo que aquello significaba, lo verá el lector si su cortesía nos acompaña hasta el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XXII

DONDE SE SIGUE LA MATERIA COMENZADA HASTA DEJAR LAS COSAS COMO AL PRINCIPIO

«Esta noche á media noche
entramos en cabalgada,
y los muchos á los pocos
lleváronnos de arrancada.»
(Anónimo.—*Romance de Valdovinos.* V.)

Cuando calculó Cantillana que Rojas y Quevedo se habrían alejado buen trecho de la hostería, volviéndose á Lagartija, que ya dormitaba sobre un escaño, le dijo:

—¡Eh, galgo, despierta!; tiempo tendrás de dormir, y daca mi capa, que voy á un negocio que me importa.

Levantóse Lagartija refregándose los soñolientos ojos, y, con paso más bien tardo que diligente, entró en la trastienda, de donde á poco volvió con la capa de Melchor, quien después de ponérsela se embozó en ella, velando la catadura lo mejor que supo, salió de la hostería y tomó el camino del Alcázar.

—¡Quién va!—preguntó la guardia de uno de los postigos al ver al embozado.

—Un servidor del Rey—respondió Cantillana—que tiene que comunicarle tales nuevas, que si no lo hiciera así, nos olería á cáñamo tu cuello y el mío; haced, pues, que me introduzcan en el Alcázar y que hable yo con Su Majestad, ó por lo menos con hombre de su confianza.

—Avisaré al señor Marqués de Povar—repuso el centinela;—pero antes es necesario que me digáis quién sois.

—Decidle al señor Marqués esta palabra: *Belisa*, y estoy seguro de que me mandará entrar.

—Aguardad, pues, un instante—dijo el centinela, y hablando con otro que estaba en el zaguán, hizo que llevase el encargo al capitán de la guardia.

De allí á un cuarto de hora entraba Cantillana en el aposento del Marqués, y en verdad que no fué larga la conversación, aunque sí debió de ser de importancia, porque no bien salió el hostelero, cuando el otro, subiendo escaleras y cruzando corredores, llegó á la cámara del Rey, pidiendo la venia para entrar. Diéronsela, y Felipe IV al verle, le dijo cerrando un libro que leía:

—Graves asuntos debes de traer, Marqués, cuando á estas horas quieres hablarme.

—Lo que traigo, señor—contestó el de Povar,—no sentaré que sean graves, pero sí aseguro á Vuestra Majestad que requieren gran diligencia, y como no tenemos tiempo que perder, os diré sin más preámbulo que Cantillana el hostelero acaba de hablar conmigo haciéndome saber que ha una hora estuvieron en su hostería Rojas y don Francisco de Quevedo; que á éste le oyó que Isabel Ana hallábase en casa del Vizconde

de Molina, que han convenido en sacarla de allí esta misma noche y que van á tomar el camino de Segovia, en donde piensan ponerla en salvo. Esto es todo lo que sé, y creo que á Vuestra Majestad no han de enojarle las nuevas que le traigo.

—Antes me contentan sobremanera—replicó Felipe—y lo que es preciso ahora es ordenar la traza de que nos hemos de valer para apoderarnos de esa doncella. ¿Cuál crees que será mejor, Marqués?

—Señor—contestó Povar,—yo pienso que si damos el asalto en la casa del Vizconde, corremos riesgo de que el golpe sea en vago; esto sin considerar el escándalo callejero que había de moverse, por lo cual, y salvando la determinación de Vuestra Majestad, sería mejor dejarles tomar camino y hacer la caza en la soledad del campo y obscuridad de la noche.

—Digo que me parece de perlas y que así ha de hacerse—repuso Felipe IV, frotándose las manos de contento;—dispón, Marqués, cuanto sea conducente al mejor éxito de la empresa, como si fueras mi misma persona. Pero ahora se me ocurre que es preciso pensar también en el lugar adonde se ha de llevar la muchacha.

—Yo la dejaré en el que Vuestra Majestad disponga.

—En ese caso, manda recado inmediatamente á Cantillana y díle que se prepare á recibir el tesoro, que ha de alojarse en las habitaciones de arriba, las cuales desde este instante tomo como mías, prohibiendo que en ellas entre otro que no sea yo ó quien yo autorice para ello.

—Así lo haré, señor—dijo el Marqués;—y ahora, si me dais licencia, voy á disponer lo que sea necesario.

—Id, pues, Povar, y quiera el cielo, si es que el cie-

lo se mete en estos negocios, que tengáis próspera fortuna.

Salió el Marqués de la cámara regia y eligió de entre la guardia veinte hombres de los que sabía eran capaces, no ya de dar fin y término á aquella empresa, sino hasta de ejecutar cualquiera de los trabajos de Hércules ó todos ellos á la vez; dióles orden de tener enjaezados los caballos para cuando él mandase, y ordenó que cuatro de ellos se armasen con pistoletes y todos con sendas picas, amén de espadas, dagas y broqueles. Hechas estas prevenciones en menos tiempo del que se emplea en referirlas, destacó un jinete á la puente de Segovia, con encargo de que ocultándose en aquel paraje, llevase al Alcázar el aviso tan pronto como viese pasar la comitiva de Isabel, y dispuso que un mozo de su casa, en hábito de mendigo, vigilase el palacio del Vizconde de Molina, para ver cuándo salían de ella y camino que tomaban.

Las doce acababan de sonar en el reloj del Alcázar cuando volvió el jinete con la noticia de que por el puente de Segovia había pasado una silla de postas con cuatro mulas, á la que daba guarda una tropa de cuatro ó cinco hombres á caballo.

—En tal caso—dijo el Marqués—me basta con la mitad ó menos de los que tenía dispuestos; y mandando que solamente diez de ellos le acompañasen, salieron á poco sin darse gran prisa, para dar espacio á que los fugitivos se alejasen un buen trecho de Madrid.

*
* *

Tres horas llevarían de camino, cuando Rojas dijo al Conde de Segura:

—Don Fernando, de aquí á media legua hay una

venta que yo conozco y sé que es acomodada para dormir en ella lo que queda de noche, porque si seguimos la jornada será forzoso llegar á Torrelodones, cuyo monte es, como sabe vuestra merced, muy peligroso paso por los bandidos que en él se albergan. De este modo, madrugando, podremos atravesarle con sol y quizá encontremos comodidad de reunirnos con otros viajeros, que nunca faltan en este camino. Así, si os place, yo me adelantaré á prevenir lo necesario, pues á estas horas estará ya reposando la gente, y de ese modo no tendrá que esperar Isabel cuando llegue.

—Bien me parece lo que decís—contestó el Conde,—y así adelantáos norabuena y haced que nos deparen alojamiento, que lo frío de la noche no consiente mayor jornada.

Rojas espoleó á su caballo, y llegado que hubo á la venta, no fué poco el trabajo que le costó despertar á los que dormían; pero tales golpes y porrazos descargó sobre la puerta, que al cabo la abrieron, y, aunque no de muy buena gana, viéndole de gentil porte y oyéndole que detrás quedaba un coche en el que venían señores de calidad, pusiéronse á su servicio y comenzaron á trajinar, sacando ropas, encendiendo lumbre y preparando los aposentos.

Al poco tiempo de marcharse Rojas advirtieron los caminantes el ruido y polvareda que se levantaba detrás de ellos; detuvo don Fernando su cabalgadura y vió entonces que los que venían caminaban con tanta prisa, que era imposible que no les alcanzasen en breve; ordenó á los criados avivar lo más que pudiesen, por lo cual Isabel, abriendo la ventanilla del coche, preguntó al Conde qué era lo que motivaba aquel sobresalto.

—Nos importa llegar cuanto antes á la venta, hija,

—respondió el de Segura; pero en el tono con que pronunció estas palabras, bien comprendió Isabel, como lo comprendieron todos, que algún grave peligro les amenazaba, y cierto que no se equivocaron, pues de improviso viéronse rodeados de diez ó doce jinetes que, poniéndose delante de las mulas de la silla, les daban voces intimándoles á que se detuviesen.

No es posible describir la confusión que allí comenzó á reinar; gritaba Isabel pidiendo socorro, resistían los criados, temblaba el postillón como azogado, y el Conde decía á grandes voces que si eran bandidos les dejasen pasar adelante, porque nada llevaban consigo, como podían convencerse si les registraban.

—Señor, quien quiera que vos seais—dijo Povar adelantándose,—no somos bandidos; pero si queréis quedar con vida todos, dadnos en este mismo punto la dama que va en ese coche.

—¡Infames!—exclamó el Conde—ya os conozco y ya sé quién os envía; pero habéis de ver antes que no os tememos aunque seais más, y que no lograréis sin trabajo vuestra indigna hazaña. ¡A ellos, Gil y los míos! ¡A ellos!

Trabóse entonces la más desigual y encarnizada batalla que nunca se había visto; los tajos eran tan formidables que salían chispas, y como la noche era obscura, dábanse á ciegas, pero con tal saña y denuedo, que el mismo Homero no se hubiese desdeñado en cantar aquella heróica pelaza, en medio de la cual fuése don Fernando al Marqués de Povar, llevando intención de matarle con un pistolete que sacó del arzón; pero viéndole un soldado, cuando ya le apuntaba, desvióle el brazo y le descargó un tiro con otra arma semejante, que, echándole del caballo abajo, le hizo rodar por el suelo

sin pronunciar palabra. Los criados, vencidos del número, tuvieron al fin que rendirse, y entonces el Marqués ordenó que los atasen á todos para llevarlos presos; que volviese grupas el coche en donde Isabel yacía desmayada y que emprendiesen el retorno con gran prisa, para llegar á Madrid antes del alba. Hiciéronlo así, y dejando al Conde en tierra, dando por cierto que su muerte sería achacada á los salteadores, perdiéronse á poco en las vueltas y revueltas del camino.



Más de media hora llevaba Rojas en la venta, y suponiendo que al paso que caminaban los del coche ya habrían tenido tiempo de llegar, comenzó á inquietarse temiendo algún mal, y como cuando una idea (sobre todo si es de las negras) se apodera del ánimo, toma cuerpo por instantes y nos representa con color de realidad lo que acaso no es sino fantasma de la mente, Rojas, no pudiendo ya dar más tregua á la impaciencia que sentía, dijo al ventero que volviese á sacarle su caballo, que en la cuadra se encontraba comiendo el postre de un pienso, porque quería salir al encuentro de sus compañeros que ya se tardaban en venir. Trajo el ventero el caballo, y Rojas, montando en él, empezó á desandar el camino andado, parándose á cada momento por ver si oía el ruido de las ruedas ó el patullar de las cabalgaduras; pero cada vez le parecía que era mayor el silencio que reinaba en torno suyo y más obscuras las tinieblas de la noche. Cerca se hallaba ya del sitio en donde al partir dejase la comitiva, y no es necesario ponderar la angustia que en el corazón llevaba, cuando creyó escuchar un débil lamento, y guiándose

más de él que de los ojos, que de poco le servían en aquella obscuridad, notó que de pronto se paró su caballo echando hacia adelante las orejas, como hacen estos animales cuando alcanzan á distinguir algún objeto extraño. Apeóse, y llevando la cabalgadura por el diestro, buscó en el suelo lo que sería, recibiendo un mediano susto cuando topó con el cuerpo de un hombre, que era sin duda el que se quejaba.

—¿Quién sois vos y cómo estáis aquí?—preguntó Rojas al caído, temiendo que en la respuesta que le diese había de ir la confirmación de su desgracia.

—Si sois cristiano—respondió con apagada voz el que estaba en tierra—llevadme á sitio en donde pueda morir con confesión, y si no, oidme vos.

—¡¡Don Fernando!! ¡¡Sois don Fernando!!—exclamó Rojas—que en el hablar había reconocido al Conde—y luego con ademán descompuesto y acento desesperado gritó:

—¡Isabel! ¡Isabel! ¿Dónde está Isabel?

—¡Llevadme... llevadme de aquí!--suplicaba el Conde.

—¡Decidme dónde está Isabel, don Fernando!—clamó Rojas—¡Decídmelo, por Dios!

—¡Robada!...---fué lo único que pudo contestar el Conde, porque le tomó un desmayo.

Rojas creyó que iba á faltarle la razón, pues de tal manera se atropellaban unos á otros los pensamientos en su cabeza, que no le daban punto de reposo ni lugar á la decisión que había de sacarle de aquel estado; veía al Conde espirante, determinaba llevarle de allí á sitio en donde pudiera morir como cristiano, pero en seguida se le representaba Isabel pidiendo auxilio y creía lo mejor correr á la ventura en busca de ella. ¿Adónde iba? ¿A Madrid? ¿Por dónde? ¿Por el camino real? ¿Por

los atajos? ¡Por cualquier sitio! el caso era caminar, caminar... En algún lado estaría, porque él pensaba recorrer todo el mundo hasta encontrarla. ¡Nada... que era cosa resuelta!... ¡Pero el Conde! ¡No!... sin duda el Conde estaba muerto ya y no habían de aprovecharle sus cuidados... Creía, sin embargo, oirle respirar aún... ¡Bah, ilusión!... quizá aquel era el último estertor... Lo era, sí.

Se aproximó para cerciorarse.

—¡Socorro... confesión! ¡Por la gloria de vuestra madre!—dijo el Conde.

Rojas sintió que las indecisiones que antes tuviese se disipaban como nube barrida por el viento, para dar paso á una sola idea tan firme, tan vigorosa, tan inquebrantable, que le parecía haber echado en ella toda su voluntad, y exclamando:

—¡Cuida tú de Isabel, Dios mío, ya que por mis muchos pecados has querido ponerme en trance de no poder, como cristiano y caballero que soy, desamparar á este hombre que agoniza!—tomó á don Fernando en los brazos, y, montando á caballo, emprendió el camino de la venta, á donde llegaron en poco más de un cuarto de hora. Católe allí la herida y vió que ésta la tenía en la cabeza y que era de bala, pero, aunque manaba mucha sangre, no creyó que fuese caso desesperado, porque el tiro le dió de refilón sin entrar en el hueso, aunque llevándole más de medio palmo de la piel. Le curó y vendó con los venteriles auxilios que allí pudo encontrar, que fueron pocos, y después de darle á beber media taza de vino caliente, le dejó acomodado en la mejor cama que en la venta había y lo encomendó al ventero diciendo que iba en demanda de un cirujano; y á todo el correr de su caballo tomó la vuelta de Madrid.

CAPITULO XXIII

LA TIENDA DE CARNE

«Casa en la cual, por ser de tan buen peaje, siempre se había vendido tinta, aunque no de la fina.»
(Avellaneda, *La tía fingida.*)

Bajando por la calle del Rollo hacia la de Segovia, veíase á la sazón una casa de misterioso aspecto, provista de cuatro mezquinas rejas y una gruesa puerta, casi siempre abierta, que daba acceso á una angosta escalerilla, tan larga y pina, que pareciera escala de Jacob si su término no fuese tan desemejante al cielo y si los que la utilizaban no tuviesen más apariencia de demonios que de serafines.

Las malas lenguas, que nunca descansan, habían dado en decir, en vista de la catadura de los personajes que en la tal vivienda entraban y de la clase de porteros que solían celarla, que la casa, por mostrarse tan hospitalaria y frecuentada, más parecía bien público que propiedad particular. Y nosotros, que hemos procurado informarnos bien en documentos y manuscritos de la época, á pesar de lo engarrapatado y trabajoso de su lectura, podemos asegurar al lector, sobre nuestra

conciencia, que, en esta ocasión por lo menos, no andaban las hablillas muy distantes de la verdad.

El caso era, como íbamos diciendo, que durante todo el día y aun buena parte de la noche, estaba abierta, como invitando á pasar al incauto viandante, la puerta ó postigo de la casa susodicha. Y reparando mejor, no era muy difícil observar en el interior, de pie unas veces, sentada otras en humilde escaño, una buena moza de las del no entero, puesta allí á guisa de zalamero señuelo para robar las almas y aliviar las bolsas de los pasajeros.

Digo, pues, que, como unos quince días después de ocurridos los lamentables sucesos referidos en el capítulo precedente, á eso de las once de la noche, hallábase una de las amables postas mencionadas en su acostumbrada garita, entreteniendo el tiempo y distrayendo la soledad con unos cuantos buñuelos que la buena voluntad de un panadero vecino habíale proporcionado, cuando se oyó notable alboroto en el interior de la susodicha vivienda. Promovíalo cierto valentón de los de largos bigotes, sombrero de gran falda, cuello á la valona y espada mayor de marca, en quien no hubiera sido difícil reconocer á nuestro antiguo amigo el Murciégalo, antes con dos orejas naturales, ahora con una de carne y otra de cartón, por obra y gracia de la manderecha de don Francisco de Quevedo.

El tal valentón discutía entonces con una moza no mal parecida, que decíale á grandes voces:

—¡Quitáos allá, mal nacido!, ¡cara de masa mal sobada!, ¡cuerno de proveer! ¿Paréceos bien tratar así á una mujer de mi fardo? Porque la Coscolina tenga dos cobas y media, y se almidone esa cara de membrillo cuartanario, ¿habéis de compararme á ella, siendo como soy

tan honrada y no teniendo más cuyo que vos, cuando mis partes y brío eran para lucir más cortesanos que el Rey.

—¡Cuerpo de mi padre!, ¡no te alborotas poco, Pizpita!—dijo Murciégalo con los dedos abiertos, frotándose el bigote—yo he dicho simplemente, y esto *náide* puede desmentirlo, que no sacas *too* el partido que debieras de tus posibilidades. Y te he puesto por ejemplo á la Coscolina, como pudiera haber dicho la Cariharta, ó la Escalanta, ó la Gananciosa, ó la Pipota, ó la Mostrenca, ó la Repulida.

—¡Cállate, *arrastrao,* flor de gurapas! Cuando yo estaba en Sevilla, donde ahorcaron á mi hombre, y aun cuando estaba en la casa de Córdoba, donde un bizarro y alentado alférez—á quien fué á buscar Isabel de Rojas á Ecija, en el mesón del Sol—hirió á aquel ladrón de alguacil, otro gallo me cantaba, y no había padre que no dijera de mí, que era yo la mujer de mejor ganancia en toda la Andalucía. Pero *dende* que dejé que me pusieras el clavo y la *S*, no ha habido mujer más desdichada en el mundo. Y la culpa ha sido tuya y sólo tuya, ¡pazguato!

—Tiene razón la Pizpita, Murciégalo—dijo á la sazón un personaje (que era nada menos que nuestro conocido el padre Gambardo), saliendo gravemente de una de las celdas de aquel convento sin vírgenes;—tiene razón que le sobra. ¿Por qué has de estar siempre denigrándola y deshonrándola si no te da todo lo que quieres, cuando ni la consuelas en su padecer, ni la defiendes al peligrar?

—¿Y quién le ha dado á *voacé,* seor Gambardo—dijo Murciégalo apretando el puño de la tizona y torciendo

el chapeo hacia la oreja cartonil,—quién le ha dado á *voacé* vela en este entierro?

—¿Quién? La razón que á todo hombre de dignidad asiste para defender á una mujer de bien cuando se la trata malamente.

—Más valiera—repuso con sorna el Murciégalo—que guardara *voacé* esa *dinidaz* para cuidar de la Meolla.

—¿A la Meolla mientas, miserable? Ya la quisieras para que te compusiera la oreja.

—Ambas le voy á cortar, don villano Gambardo, para ponérselas por pendientes á la Pizpita.

Gambardo sacó entonces furioso uno de cachas amarillas, Murciégalo su espada, y sabe Dios cómo hubiera terminado la pendencia, á no entrar oportunamente Arco-iris, diciendo:

—¡Paz, paz, hidalgos! Fuera lites entre la buena gente. Tú, Murciégalo, hazme merced de enfundar esa gloriosa tizona, y tú, padre Gambardo, guarda el de Albacete, que no tendríais perdón si os trabárais de manos después de haberlo hecho suficientemente de palabras. ¿Cuál era la razón de vuestro enojo?

—Cosas de hembras—dijo mohino el Murciégalo.

—¡Válame Dios!, ¡y por eso se alteraban vuesas mercedes desa manera! Ninguna dellas (con perdón sea dicho de mi Coscolina), vale una higa.

—No dejas de estar en lo cierto, compadre Arco-iris—dijo Murciégalo convencido,—y en prueba de que no guardo rencor, ahí van esos cinco, amigo Gambardo, y pelillos á la mar.

—Acepto la paz—dijo Gambardo—pero con la condición de que habéis de hacerla también con la Pizpita.

—¿Pues no?, venga un abrazo, amores—repuso Murciégalo dirigiéndose á la moza, que obedeció gustosa,—y

esta noche, si otro negocio no se opone, hemos de cenar juntos y á mi costa en casa del Padre: él, la Meolla, Arco-iris el bravo, la Coscolina, tú y yo.

A todos pareció de perlas el concierto; las mozas de la casa abrieron de nuevo las puertas—que habíanlas cerrado al ruido de la pendencia—y todo recobró su habitual aspecto, volviendo á su dulce labor cada una de las abejas de aquel bien regido enjambre.

En esto, la centinela subió á buscar al Padre.

—¿Qué hay?—dijo éste.

—Dos hidalgos que preguntan con interés por Murciégalo.

—¿No quieren más?

—Nada más, aunque se lo he ofrecido.

—Pues que pasen; yo avisaré á Murciégalo.

Y al cabo de unos momentos entraron dos embozados, que eran ni más ni menos que el Conde de Segura y su servidor Gil.

Para explicar esta singular visita, necesitamos hacer un poco de historia retrospectiva.



Dejamos al Conde herido de bala en la venta donde Rojas habíale depositado. Por fortuna, la gravedad del mal fué más apariencia que verdad, porque, gracias á los cuidados del ventero y á lo alejada que estaba la casa de todo lugar habitado por doctores, sanó el Conde más presto de lo que todos esperaban. No le ayudó poco su afán para lograr este resultado, porque le devoraba la impaciencia y ardía en deseos de volver á Madrid para enterarse del paradero de Isabel y tomar cruel venganza de los raptores, cuya calidad, como hemos dicho, sospechaba.

El mismo día que cayó herido el Conde, entró en la venta su criado Gil, que, dándose buena maña, había logrado desligarse de las ataduras que le aprisionaban, poniendo pies en polvorosa antes de llegar á Madrid y sin que le alcanzase ninguno de los arcabuzazos que le habían tirado los raptores de Isabel para impedir su fuga. El cariño á su señor llevóle á desandar el camino para ver lo que del Conde y de Rojas había sido. Había visto caer al Conde en el lugar de la pendencia; pero al volver no vió otra cosa que un gran charco de sangre. Supuso entonces lo ocurrido, es á saber, que el Conde habría sido recogido por Rojas y llevado á la venta, y en estas sospechas andaba, cuando vió pasar por el camino un jinete que llevaba el caballo á todo correr. Llamóle, imaginando por el porte que era el mismo don Francisco de Rojas, pero sin duda éste no le oyó, ó iba muy preocupado, porque pasó de largo sin atender.

Ello fué que Gil se encaminó á la venta y encontró á su señor en el lecho donde le había curado el ventero.

Allí estuvieron los días que tardó en cicatrizarse la herida, al cabo de los cuales amo y criado regresaron á Madrid, dirigiéndose al escondite que tenían preparado.

El Conde por un lado y Gil por otro, hicieron luego mil diligencias por averiguar el paradero de Belisa. Vieron á Rojas, y por él supieron que sus pasos habían sido también infructuosos, por más que pidiera consejos á don Francisco de Quevedo, por cuya indicación visitó el convento de la Encarnación Benita, sin poder dar con lo que buscaba.

Aquella tardanza en encontrar á Belisa, que á todos apuraba y que tenía verdaderamente fuera de sí á Ro-

jas, sólo sirvió para torcer la dirección de los trabajos del Conde de Segura, que se encaminaron entonces á obtener venganza del agravio recibido.

—Mira, Gil—díjole el Conde una noche que, fatigados y hambrientos, habían vuelto á su vivienda sin haber sabido nada de Belisa,—esta situación no puede prolongarse más. Yo necesito hacerme justicia, yo necesito vengarme; es menester dar rienda suelta á mi furor, porque si no, mi muerte es segura. Gil, respóndeme con la sinceridad que acostumbras: ¿estás dispuesto á seguir mis indicaciones, á obedecerme en todo y por todo, á ir donde yo vaya, aunque sea á la muerte segura é inevitable?

—Señor—replicó el criado,—bien sabe vuesa merced que mi vida es suya, y que hace tiempo que en su obsequio he hecho sacrificio de ella.

—Pues escucha: para obtener venganza necesitamos obrar con mucha cautela, enterarnos de los pasos que da y de los lugares que frecuenta el Rey que nos ofende, y reclutar unos cuantos hombres de corazón que sepan meter mano cuando nosotros y la ocasión lo demandemos. Pero nada de esto digas á don Francisco de Rojas: conozco su lealtad, sé que su respeto á la Majestad es absoluto y ciego, y estoy cierto de que no sólo no nos habría de ayudar, á pesar de su amor, sino que impediría resueltamente todo atentado que fuese dirigido contra la persona de Felipe IV. Repara que en la empresa jugamos, no los bienes ni la honra, sino nuestras cabezas, y está dispuesto á arrostrarlo todo.

—Ya le he dicho á vuesa merced, señor Conde, que mi vida es suya.

—Pues desde hoy, á trabajar.

En efecto, desde aquel momento, el Conde y Gil dié-

ronse á averiguar la vida y costumbres de Su Majestad. Después de prolijas indagaciones, parecióle al Conde que el lugar más adecuado para el lance que proyectaba era la hostería de Cantillana, por ser el sitio más frecuentado por el Rey. Pero la dificultad estaba en penetrar en los aposentos secretos de la hostería, porque ni el Conde ni Gil tenían suficiente intimidad con Cantillana para proponerle que les introdujese en aquella parte. Pensar en Quevedo era inútil, porque más avisado aún que Rojas, había de comprender muy luego el objeto de los afanes de los conjurados.

En estos términos se hallaban las cosas, y el Conde y su criado solían frecuentar con asiduidad la hostería cantillanesca, cuando cierta noche, apenas acababan de tomar asiento los dos parroquianos, entró en la hostería un hidalgo de aventajada estatura, complexión recia, abundante y rubia cabellera. Sentóse el recién venido y con cierto dejo extranjero pidió un *gomboiro* del mejor Madrigal, recomendando á Lagartija que no trajese un átomo de espuma (que él llamaba *bocio,* ignoramos por qué) y pidiendo además un par de huevos fritos y un chorizo extremeño de lo más legítimo que en la hostería hubiese.

Volvió Lagartija con lo pedido, mientras Cantillana *lazarilleaba* á la luz del velón consabido.

El incógnito reparó en la ocupación de Cantillana cuando iba á llevar á la boca el pichel y quedóse suspenso, sin acabar de acercárselo á los labios, porque á la cuenta debía de ser bibliófilo y habíale sorprendido el aspecto vetusto del libro.

Dejó sobre la mesa el *gomboiro* sin catarlo, y acercóse quedo á Cantillana. Leía éste á la sazón el último capítulo de la historia (el mismo que hemos reproducido

en uno de los anteriores), y tan embebecido se hallaba en la lección, que no echó de ver que se acercaba el personaje mencionado. Lo mismo fué leer éste en el lomo: *Vida de Lázaro de Tormes*, y reparar en el título: «*Como Lázaro se asentó con un inquisidor y de lo que le acaeció con él*», que arrebatando el volumen á Cantillana, púsose á hojearlo con febril ansiedad, dejando estupefacto al flemático hostelero.

Repuesto ya éste de la sorpresa, é indignado por lo brusco de la acometida, díjole con enojo al parroquiano:

—Pudiera vuesa merced habérmelo pedido con mejor modo.

—Perdonad una y mil veces, amigo Cantillana—dijo el otro con el mismo acento extranjero;—pero al ver una edición príncipe tan rara y tan hermosa no he podido contenerme. Válame Dios: ¡*La vida de Lázaro* impresa en Valencia en 1536! ¿Quién había de sospecharlo? ¡aunque ya lo barruntaba yo en vista de aquellas palabras que traen las ediciones de 1554, primeras que yo he visto con estos ojos pecadores, acerca de la entrada del emperador en Toledo. Dejadme leer este capitulejo final, señor de Cantillana.

Vino en ello el hostelero, complacido al ver el aprecio en que se tenía su libro favorito.

El desconocido leyó el capítulo dando muestras de notable complacencia y olvidando el gomboiro, los huevos, el chorizo y hasta la hostería.

Cuando terminó, manifestóle á Cantillana:

—Dígoos, príncipe de los hosteleros, que tenéis aquí un singular libro, y que por ser dueño de él os daría todo el dinero que he traído de las Indias, y aun el que pienso heredar en Flandes de una tía mía que me tiene grande afición.

—Aunque me diérais por él los tesoros de Creso—repuso Cantillana—no os lo vendería. Todo lo que puedo hacer es dejároslo leer cuando vengáis aquí por las noches.

—Así lo haré, así lo haré, buen amigo. ¡Qué hallazgo, Dios eterno! ¡Yo que he pasado días y días en Toledo, dejándome robar en aquel maldito mesón de la Sevillana, que Dios confunda, para dar con las aventuras pregoneriles de Lázaro, sin hallar otra cosa que la noticia de este condenado Lope de quien él se lamenta!

Y volvió á su escaño, arremetiendo con gentil donaire á los huevos y al chorizo y echando de vez en cuando una tierna y amorosa mirada al ejemplar que Cantillana leía.

El Conde, que todo lo había reparado atentamente, se acercó al hostelero y preguntóle por lo bajo:

—¿Quién es ese señor caballero?

—No lo sé á punto fijo. No puedo deciros más que dos cosas: que es amigo de don Francisco de Quevedo con quien le he visto entrar en la hostería varias veces, y que se llama Juan, Jan, ó Han, porque en esto de vocablos exóticos no ando muy fuerte.

—Parece extranjero.

Créolo flamenco, y ya habéis oído que tiene familia en Holanda y viene ahora de las Indias.

Sin duda al Conde debió de ocurrírsele alguna buena idea, porque, dejando á Cantillana, acercóse resuelto al desconocido.

—Señor—dijo saludándole cortesmente,—habéisme de perdonar que os moleste, pero he sabido que conocéis á don Francisco de Quevedo, de quien soy grande admirador, y ha bastado esto para que, sintiendo por vos notable simpatía, me haya atrevido á saludaros y á ofrecerme vuestro servidor, don Alonso de Bonilla.

(Con este nombre, que recordaba al autor del *Nuevo jardín de flores divinas*, ocultaba el suyo nuestro Conde.)

—Hacéisme merced, señor de Bonilla, y yo también tengo sumo placer en conoceros. ¿Queréis acompañar-



me? Llámome Han de Aznalfarache, para serviros.

—Nombre extraño tenéis—repuso el Conde.

—Soy flamenco de nación, pero de afición español.

Dedícome hace tiempo á componer un registro de todos los pícaros que puedo hallar, anotando sus dichos y hechos, y he ahí por qué al llegar á Madrid lo primero que hice fué trabar amistad con don Francisco de Quevedo, á quien admiraba por su discretísima *Historia de la vida del buscón*, de la cual había visto en 1610 un curioso manuscrito en casa de un amigo de Santander.

—Tarea singular habéis acometido. Pero decidme: ¿qué pensáis hacer con ese registro de pícaros?

—¡Oh! eso es ya cosa mayor. Pienso escribir una *Silva de varia picardía*, por el estilo de la *Silva de varia lección* del magnífico caballero Pero Mexia. Dióme la idea del tal libro el insigne y nunca bien alabado Mateo Alemán, con quien navegué de Sevilla á Nueva España el año de 1609. Era el autor de la *Atalaya de la vida humana;* ya conoceréis la obra. ¡Pobre amigo mío! Murió á poco de llegar á Nueva España, del disgusto que tuvo al ver que allí no había pícaros. ¡Si hubiera esperado un poco más!—y aquí una lágrima rodó por la rubicunda mejilla del flamenco, quien prosiguió luego empuñando el gomboiro:—Pero le vengué, ¡vive Cristo! le vengué de aquel ladrón de Sayavedra que le hurtó la segunda parte del *Pícaro*, dándole en Valencia una gentil estocada hasta los gavilanes.

—Que me place—repuso el Conde—y, decidme, en esa lista que váis formando, ¿incluís los pícaros de la corte?

—¿Pues no? de los primeros.—Y sacando del pecho unos papeles, leyó con gravedad:

> Número 1. MURCIÉGALO. Es de los de cuerda, porque á ella le llevarán sus famosos hechos. Caro, pero bueno. Mozo de esportilla en Córdoba. Condenado á galeras por muerte de Monipodio en Sevilla. Hombre es que lo mismo sirve para mojar el gaznate propio que el ajeno. Puede hallársele en la tienda de Carne de junto al Rollo.

Y así prosiguió leyendo aquel original inventario, donde no faltaban los nombres de nuestros conocidos Balugante, Chicharra, Lampordo, Gambardo, etc., etcétera, con el minucioso catálogo de sus gloriosas fazañas.

—Buena está la lista, señor de Aznalfarache, y me alegro de haberla escuchado—dijo el Conde;—con Dios quedad, y hasta mañana si por aquí venís.

—Aquí, no señor, más bien iré al *Potarium* de la calle de la Victoria.

¿Qué es eso de *Potarium?*

—¡Bendito seais! ¡Y cómo se conoce que no habéis estudiado en Salamanca! *Potarium* es una alojería. Tomaremos allí alguna golosina.

Después de lo cual se separaron, saliendo de la hostería el Conde, acompañado de Gil.

Ya en la calle, dijo el Conde á su servidor:

—O mucho me engaño, ó este caballero flamenco ha de ayudarnos en gran manera para conseguir nuestra venganza. Ahora vamos á la tienda de Carne donde para el tal Murciégalo, que importa tener con él un rato de conversación.

Con lo cual queda explicada la razón de la visita en un principio referida.



—Para servir á vuestras mercedes—dijo Murciégalo, entrando en el aposento donde se hallaban esperándole el Conde y Gil.—¿Qué se les ofrece?

—¿Sois el llamado *Murciégalo?*—preguntó el Conde.

—Ese nombre me suelen dar los amigos.

—Pues aquí tenéis dos que han menester de vuestro brazo y del de otros tres compañeros vuestros.

—¿Para qué negocio?

—Para el de dar muerte á un hidalgo de calidad.

—¿Y para tan menguada faena han menester vuacedes tanta gente?—preguntó Murciégalo.

—Sí, porque ese hidalgo suele ir harto bien acompañado.

—Miren vuacedes, señores, que tal puede ser la calidad del hidalgo, y tan numeroso el acompañamiento que lleve, que no tengan vuacedes dinero para pagar el servicio, ni yo gente que se atreva á seguirme.

—El concierto ha de ser obligándoos vos á ayudarme con vuestros compañeros para dar muerte al referido hidalgo, sea cual fuere su calidad, y siempre que el número de los que le acompañen no sea superior al nuestro.

—En esos términos me comprometo—dijo Murciégalo—y llevaré tales tres compañeros, á quienes llaman Lampordo, Chicharra y Arco-iris, que no haya sino llegar y dar por hecha la faena. Pero tratemos ahora de las cobas. ¿Cuánto van á dar vuesas mercedes?

—Daremos dos mil doblones—dijo el Conde, que estaba determinado á quedarse sin blanca con tal de saciar su rabiosa venganza.

—Aceptado, y vuacedes avisarán á esta su casa cuando llegue el momento de trabajar.

Diéronse prisa el Conde y Gil á salir de aquel antro, y Murciégalo les fué políticamente acompañando hasta la puerta, indicándoles de paso que, además de las otras hijas de la casa, vivía allí, para lo que gustaren mandar, cierta buena moza llamada Pizpita, á quien ninguna otra podría poner el pie adelante en cien leguas á la redonda.

CAPÍTULO XXIV

DE LAS INDUSTRIAS QUE USAN LOS QUE ESTÁN PRESOS

«¿Por ventura las inclina
ciones sujétanse á más due-
ños que al cielo y á quien
las ejercita?»
(Juan Pérez de Montal
bán —*Los primos amantes*).

Dos habitaciones, á las que una puerta ponía en comunicación, fueron las que destinaron á Isabel en el piso alto de la casa de Cantillana. La más pequeña servía de cámara de dormir, y en la otra, amueblada con la mayor comodidad que fué posible, veíase una mesa de nogal, un sillón de cuero y cuatro sillas de lo mismo; completaban la decoración un vargueño, de antiguos y mohosos herrajes, y un gran brasero de los de copa, cuyo rescoldo hacía más llevadera la glacial temperatura de aquel mes de Noviembre. Entraba la luz en esta pieza por una ventana de dos pies en cuadro, abierta casi junto al techo y de fuertes rejas provista.

Dieron á Isabel por criada y guardadora á una dueña que pasaba de los cincuenta, llamada doña Fernán-

dez, la cual descendía, al decir suyo, de un Adelantado de Castilla; su cara era rugosa como de manzana asada, pequeños y verdes sus ojuelos, naríz de más de la marca, boca hendida, con escasos dientes y barbilla con vistas á la naríz; vestía de estameña y llevaba unas tocas honradísimas, porque no tenían mengua según eran de cumplidas; iba siempre con un rosario de cuentas frisonas que remataba en Cristo de á palmo, y para mayor autoridad poníase un manto tan grande, que bien pudiera servir en Semana Santa de cortina á un altar mayor; hablaba con parsimonia y decía muy buenas sentencias; rezaba en latín, que habíalo aprendido de un cura á quien sirvió en sus verdes primaveras, y no comía de carne sino dos días por semana; desdeñaba las vanidades de la tierra, pero en viendo blanca bailábanle los ojos la zarabanda, y aunque muchos la oyeron afirmar que la enterrarían con palma, aseguraban malas lenguas que á vivir en la antigua Roma hubiérase librado del tributo, por la mucha prole que echase al mundo.

Esta tal, digo que pusieron por centinela de Isabel, y ella misma fué la que á la siguiente noche de la hazaña abrió la puerta de la estancia á un caballero que llamó dando dos golpes muy bien disimulados, dejándole solo con la niña tan pronto como entró. La turbación que recibiese Isabel al ver al recién venido, que no era otro que el Rey nuestro señor, no es posible pintarla, pues aunque aguardaba la visita, con todo fué tan grande el sobresalto y la angustia del corazón, que creyó que era llegada la última hora de su vida.

—¡Isabel, alma mía!...—dijo Felipe IV yendo hacia la niña.

—¡Señor—contestó Isabel, deteniendo al Rey con un

ademán de sus brazos—no paséis de ahí si en algo estimáis la fe de caballero, ya que esta es la única muralla que puedo oponer á vuestras demasías.

Detúvose el Rey, sorprendido de la entereza con que aquellas palabras fueron pronunciadas; pero repuesto en seguida y dando muestras de gran serenidad, contestó:

—Empresa aventurada, si no temeraria, es venir á pedir favor á quien se persigue y asedia; pero eso mismo puede probar, Isabel, que es tan fuerte el motivo, que no está en mi mano resistirle, aunque quisiera. Dicen que el amor no ha de ser forzado y contra voluntad, pero no agregan que sin locura, y yo os certifico que el que yo tengo por vos de tal modo enajena mis sentidos, que loco soy y seré hasta tanto que queráis mirarme con ojos de piedad.

—Señor—replicó Isabel,—bien sabéis que vuestra demanda es imposible, y que mal puede moverme á satisfacer sus deseos aquel que, como vos, comienza por solicitar lo que sin mancilla no se puede conceder, y sigue por tratar con crueldad á un padre que ha sido el redentor de mi vida. Desistid, pues, de vuestro empeño y devolvedme al Conde de Segura, pues de esta suerte ha de ser tal mi gratitud, que olvidaré el mal que me habéis hecho y pretendéis hacerme, con lo cual creo ponderar bastante el anhelo con que os lo pido.

—Ya os he dicho Isabel—repuso el Monarca,—que pensar en que tengo de renunciar á este amor es pensamiento vano; porque estoy dispuesto á morir si es preciso en la demanda; pedidme lo que queráis; la vida si es que mi vida os sirve para algo, pronto estoy á darla; pero no me pidáis, Isabel mía, que deje de amaros con todo mi sér, que acaso sois vos, señora, la única,

que supo despertar el amor en mi alma, esclava desde que nací de las ficciones y artificios de la Corte, de las conveniencias de Estado, que son rémoras á la natural inclinación y cadenas con que se ata la libertad de los que el mundo llama poderosos. Así, pues, vida de mi vida, deponed ya ese enojo que sienta mal en tan bellísima cara, secad esas lágrimas, si es que no me dejáis secarlas con mis labios, y miradme compasiva y amorosa, que desde ahora vos sois la reina y señora mía, y yo esclavo que mandaréis á vuestro arbitrio.

Al decir esto, Felipe IV había querido aproximarse á Isabel, pero ella le rechazó exclamando:

—Os he dicho, señor, que nunca accederé á vuestro ruego, y ahora añado que estoy dispuesta á resistir cuanto pueda, confiando en que Dios me dará fuerza para ello; ¿que incurro en vuestra venganza? no me importa; la muerte ha de ser para mí preferible á la deshonra, al par que término y consuelo de mi desgracia.

—Si es que yo no pienso en vuestra muerte, Isabel de mi alma—dijo el Rey,—sino en la que me estáis dando con ese desvío, y no sé exponeros, señora, lo que siento al escuchar vuestras palabras, pues al considerar lo apartadas que están de mis deseos, me parece que se abre á mis pies una sima profunda y que he de caer en ella. Nuncio de locura es esto, Isabel, y yo os pido me libréis de ella, porque una vez la razón perdida, pudiera acordarme de que soy el Rey, olvidándome de que he prometido ser vuestro siervo.

—Ya veo—respondió Isabel—que váis perdiendo la razón, pues de otro modo no hubiérais introducido en el amor una amenaza que es indigna de un caballero cristiano, y por ello vengo á convencerme de que esa

afición que decís no es más alta ni más pura que la que habréis tenido á cualquiera cortesana.

—¡Isabel!—exclamó el Rey—¿Cómo podéis pensar semejante bajeza de quien os adora? ¡Amenazaros yo!

—¡Basta, señor!—contestó Isabel.—Ni ahora ni nunca podréis conseguir más de mí.

—Tales muestras de amor pienso daros, que al cabo comprendáis la verdad con que os hablo. No quiero enojaros más, pero antes de salir dejadme que, como á señora mía, ponga un beso en vuestra mano.

—¡No!—exclamó Isabel, al ver que Felipe IV se acercaba á ella con intento decidido de hacer lo que le dijera, y perdiendo ya la circunspección y cortesía que hasta entonces guardase.

—¡Sí!, ¡sí ha de ser!—decía el Rey, yendo detrás de Isabel, que no sabía en dónde refugiarse.

—¡Apartaos! ¡Apartaos! ¡Sois un infame! ¡Gritaré, pediré socorro! ¡Mal caballero! ¡Soltad!... ¡Soltad, ó llamo!

Felipe IV logró apoderarse de Isabel y, sujetándola por la cintura, pretendía besarla en el rostro, que la niña ocultaba con una mano, mientras que con la otra trataba de apartar al impetuoso galán.

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritó temiendo que le faltasen las fuerzas; y entonces el Rey, considerando que era inútil aquella lucha, soltó á la muchacha y dijo:

—Os he afirmado que estoy loco, Isabel, no extrañéis este delirio; perdonadme, pues no soy dueño de mí. Os amo, señora, más que nunca; no renuncio á vos; ¿lo oís?, ¡no renuncio á vos!

—¡Dejadme salir de aquí!—suplicaba Isabel—¡Dejadme y os perdonaré!

—¡Isabel!—repuso el Rey—¿cómo me pedís que deje escapar el bien que tengo en mis manos?

—¡A quién he de pedir justicia, cielos—exclamó la pobre niña,—si el Rey no la hace, y Dios parece haberme abandonado!

—Castigo es de vuestro desamor á quien bien os quiere—dijo Felipe IV dirigiéndose á la puerta.—Adiós quedad, señora, y haced lo que queráis; pero os suplico que meditéis á solas cuánto os conviene cambiar esa dura condición.

Salió el Rey del aposento y no volvió á aquella casa en más de tres semanas, tanto por dar lugar á que Isabel se convenciese de que no saldría de su encierro hasta favorecer los soberanos deseos, cuanto porque en todo este tiempo anduvo muy ocupado por causa de la llegada á Madrid del Príncipe de Guastala, enviado del Rey de los húngaros para ajustar sus bodas con la Infanta doña María y con esta ocasión ardió el alcázar en fiestas de todas clases, y los caballeros que formaban el lucido séquito del Embajador compitieron con los de la grandeza castellana en lujo, bizarría y agasajos, que es todo lo que puede decirse para ensalzar su liberalidad y gentileza.

En tanto la pobre Isabel consumíase en su cárcel, pues no era posible que su tierna y delicada complexión sufriese tan prolongados sufrimientos, y Rojas y el Conde de Segura trataban en vano de averiguar su paradero. Varias veces suplicó Isabel á doña Fernández que le trajese nuevas de su padre ó que llevase una carta suya á quien ella le indicaría; pero la maldita dueña, bien como quien estaba soplada de oreja y untada de moneda, nunca quiso hacerlo, alegando que con ello peligraba su reputación.

Una tarde, que era la del día que siguió á aquel en que don Fernando púsose al habla con Murciégalo,

estaba Isabel sola en la estancia, porque la dueña había salido, teniendo buen cuidado de cerrar la puerta con llave. Tiempo hacía que rodaba por su cabeza un pensamiento, y con el deseo de ponerle por obra, que es grande allanador de dificultades, abrió el vargueño y vió que en uno de sus cajones había un tintero de plomo, cuyos tintales, más secos que un sarmiento, decían bien á las claras el tiempo que llevaba sin prestar servicios. Descubrió á su lado dos plumas de ave, cortadas también en fecha remota, y en otro cajón un libro en cuarto, que era el de las *Confesiones* de San Agustín: á este volumen arrancó una de las hojas en blanco de las guardas, y echando agua en el tintero, logró, con buena maña y diligencia, aderezar una tinta algo clarilla, pero que diputó bastante para teñir el papel: facto seguido, y dándose gran prisa para que la dueña no la cogiese tratando en aquel negocio, escribió lo siguiente, en la hoja que había quitado del libro, y no sin trabajo por lo fementido de la pluma que empleaba:

«Os creo ya enterado de la nueva desgracia que me ha sucedido: trajéronme á una casa cuya entrada no pude distinguir por lo oscuro de la noche, y con la calle me sucedió lo mismo. En mi aposento hay una ventana alta con rejas, desde la que no veo más que el cielo, pero estoy junto á alguna iglesia, porque oigo cada día tañer las campanas. Me han puesto al cuidado de una dueña que se llama doña Fernández, la cual constantemente me vigila; hoy, por milagro, puedo escribir esto en su ausencia. Si llega á vuestro poder, y el que lleve la carta os dice dónde la encontró, haced la caridad de venir, y diciendo á voces: Pascual, Pascual, como que llamáis á alguien, será signo para mí

de que habéis dado con el calabozo, y vos podéis convenceros de ello viendo que por la noche, cuando duerma la dueña, caerá un pañuelo en el mismo sitio que se encontró esta carta. Avisadlo á quien sabéis, diciéndole que me hallo en grave peligro.»

Escrito lo que antecede, dobló el papel, y como no había hostia para cerrarle, hizo la nema cosiéndole sus bordes, después de lo cual puso así la dirección:

«El que encuentre este papel, si es cristiano, llévele á don Francisco de Quevedo, que él dará buen porte.»

Guardó la carta en su seno, y aquella noche, así que vió que su dueña dormía, levantóse muy quedito y, subiéndose sobre una silla, abrió el vidrio de la ventana y arrojó el papel á la calle, el cual fué hallado á la mañana siguiente por un monaguillo de San Justo cuando iba á la iglesia á ayudar la misa del alba. Sabía de letra el rapazuelo, y así que leyó lo del buen porte, no hizo sino pensar en quién sería aquel don Francisco á quien el papel iba dirigido, y guardándose como de ladrones de declarar el caso y hallazgo, preguntó al sacristán si alguna vez en su vida había oído hablar de don Francisco de Quevedo.

—Ese es muy gran poeta—respondió el sacristán,—y no hace aún dos días que le ví entrar en la hostería de Cantillana.

—¿Y no sabéis dónde vive?—preguntó el rapaz.

—Eso no puedo decirte—contestó el otro,—pero si es que quieres encargarle algunas coplas de ciego, sabe que yo conozco un poeta clérigo que para en un mesón de la calle de Toledo, que es gerifalte en el oficio; no pide más que dos reales por cada romance, y los hace del *Justo Juez* como el Preste Juan.

Callóse el chico y, cumplidas sus monacillescas obli-

gaciones, se llegó á la vecina casa de Cantillana y, pretextando que iba de parte del señor cura, preguntó á Melchor por el paradero de don Francisco; díjole el hostelero que, aunque no lo sabía á punto fijo, creyó oirle la noche anterior (pues estuvo en su tienda), que vivía en casa de su grande amigo el Duque de Medinaceli, en la Carrera de San Jerónimo, junto al Prado, y que, de todos modos, allá le darían razón. El monaguillo, que era gallego y diligente como todos los de su tierra, se encaminó al palacio del Duque, y sabiendo por un lacayo que halló en la puerta, que don Francisco estaba allí, con tales instancias hubo de pedir que le dejasen verle, que al cabo lo consiguió, y entrando en una muy lujosa pieza, que era la estancia que los Duques destinaban al escritor ilustre, entrególe el papel, el cual leyó don Francisco con mucha atención y no ocultando el contento que de la lectura recibía.

—¿Cuándo encontraste esta carta?—preguntó al chiquillo.

—Esta mañana, señor.

—¿A qué hora?

—Serían las seis, señor.

—¿Y dónde la hallaste?

—En la calle de San Justo, señor.

—Si yo fuera contigo ahora, ¿me dirías el mismo sitio en donde estaba el papel?

—¿Por qué no, señor?

—Pues en ese caso, echa á andar delante de mí, sin mirar atrás y como si fueses solo, y en llegando al mismo lugar en donde se encontraba la carta, te paras y le señalas con el pie.

—Está bien, señor.

Salió el monaguillo y don Francisco detrás de él si-

guiéndole á discreta distancia; cuando llegaron á la calle de San Justo, el rapaz se paró en el sitio en donde hallase el papel, haciendo lo que le había mandado Quevedo, quien se colocó junto á la puerta de la Iglesia, y después de mirar hacia arriba y de distinguir una reja que muy bien pudiera ser la del aposento de Isabel, gritó con toda la fuerza de su garganta:

—¡Pascual! ¡Pascual!

—No me llamo Pascual; llámome Toribio, señor—dijo el chico viniendo adonde estaba.

—Pues toma el porte, Toribio, tómale norabuena, hijo—repuso Quevedo dándole dos reales de á cuatro,—y si quieres ganar otro tanto, échate un nudo á la lengua y no digas á nadie el hallazgo que has tenido.

CAPÍTULO XXV

DONDE SE VA PREPARANDO EL DESENLACE

«¿Quién nos podría decir lo que allí pasaron en aquel socorro, é lo que habían fecho los que estaban cercados?»
(*Amadís de Gaula*. Lib. IV, cap. 29.)

Aquella misma noche, después de cerciorarse Quevedo, por haber esperado hasta ver caer el pañuelo desde la reja, de que la dama estaba en la misma casa de Cantillana, fué á comunicar á Rojas lo que acerca de Isabel sabía, para tratar con él de los medios de rescatarla cuanto antes de su cautiverio.

Estaba Rojas en su domicilio de la calle de las Carretas lamentando una vez más no hallar el paradero de su Belisa, cuando Quevedo, con toda la priesa que le permitían sus piernas, se presentó en la casa.

—¡Grandes noticias!—exclamó al entrar.

—¿Pareció Isabel?—preguntó Rojas, para quien ninguna otra nueva, fuera de esa, podía ser de importancia.

—Casi, casi. No la he visto, pero estoy seguro de conocer el lugar donde la tienen prisionera.

—¿Cuál es, cuál es?—preguntó Rojas con impaciencia.

—La hostería de Cantillana.

—¡La hostería, donde tantas veces nos hemos comunicado nuestras infructuosas indagaciones? ¡Y mientras hablábamos estaba quizás padeciendo á dos pasos de nosotros!

—Ahí veréis cómo donde menos piensa el galgo salta la liebre. ¿Quién había de figurarse que habían de llevar á Belisa á semejante lugar?

—Y, ¿cómo supísteis?

Quevedo le refirió entonces la aventura del monago.

—Pues en seguida hemos de hacer por libertarla—repuso Rojas.

—Eso por supuesto, pero conviene obrar con cautela y tomar bien nuestras medidas, porque podríamos encontrarnos con la horma de nuestro zapato. Tened por seguro que Isabel está bien guardada, y que ha de sernos sobremanera difícil llegar hasta ella.

—Hablándole á Cantillana, invocando sus buenos sentimientos, ofreciéndole, si es preciso, todo el dinero de que yo y el Conde pudiésemos disponer...

—Nada conseguiríamos; antes bien, echaríamos á perder el negocio. Cantillana tiene interés en servir á Su Majestad, porque le va en ello la cabeza, que preferiría sin duda á todos los montes de oro que le ofreciéramos; y en cuanto al dinero, no me figuro que el Conde de Segura sea ningún Creso después de haberle confiscado los bienes, y de vos y de mí no hay que hablar, porque somos poetas y ya está dicho todo.

—Entonces ¿qué imagináis?...

—¿Tenéis confianza en mis recursos?

—Mucha, en verdad, pero quisiera saber.

—Ni yo mismo os puedo decir lo que vamos á emprender, pero dejadme pensar. Creo que lo inmediato es avisar al Conde de Segura, para informarle de lo ocurrido y tenerle preparado para lo que sea preciso hacer.

—Créolo así también, y estoy dispuesto á acompañaros.

En efecto, juntos salieron Quevedo y Rojas, encaminándose á la calle de Toledo.

Cuando llegaron al viejo caserón que servía de escondrijo al Conde, llamaron varias veces. Nadie contestó desde dentro. Volvieron á llamar, pero el mismo silencio reinaba. Por fin asomóse á la reja de la casa próxima un vecino, y les dijo que allí hacía días que no vivía nadie.

—¿Pues no moraba en esta casa una dueña llamada doña Guiomar?—preguntó Quevedo.

—Sí, señor; pero hacía como unos diez días que no la veíamos salir ni entrar, y ayer vino la justicia, á no sé qué averiguación, sin poder dar con nadie

—Conque ayer estuvo aquí la justicia, ¿eh?—dijo Quevedo, haciendo del ojo á Rojas.

—Sí, señor; nada menos que el señor Corregidor estuvo, acompañado de buen número de alguaciles, pero ya digo que á nadie hallaron.

—Está bien, y Dios os lo pague, buen amigo.

—Adiós, señores—dijo el vecino cerrando la ventana.

Cuando Quevedo y Rojas quedaron solos, dijo el primero:

—Ya lo véis. Al Conde querían cazarle también, una vez que habían descubierto la madriguera. Pero sin duda la zorra fué más lista que el cazador y cambió de agujero antes de que pudiesen sorprenderla. Esto no deja de ser un grave contratiempo, porque no sa-

bremos dónde para el Conde, como él no nos lo diga ó el acaso no nos lo descubra. Y, por otra parte, no podemos dejar abandonada por más tiempo á Belisa.

—¡Eso no!—exclamó Rojas.—Al Conde ya lo encontraremos; ahora lo que importa es averiguar el modo de libertar á mi amada Isabel.

—Estoy pensando—dijo Quevedo como hablando consigo mismo—que por la fuerza nada hemos de conseguir.

Si la empleamos, es menester que sólo sea contra la dueña que á Isabel vigila, y os doy por cierto que habrá harto que hacer para ambos, porque no hay gente más indómita y poderosa. El cómo entraremos en la hostería dejadlo á mi cargo; sólo os diré que habrá de ser de noche. Vos tenedlo todo preparado para que la fuga sea expedita y el sitio donde habéis de llevar á Isabel seguro. Cuando llegue el momento, que me figuro ha de ser mañana por la noche, yo os enviaré recado indicándoos el sitio y la hora en que habréis de hallaros. ¿Paréceos bien?

—Nada tengo que oponer. Os suplico la mayor diligencia, y ahora... en vuestras manos encomiendo mi alma.

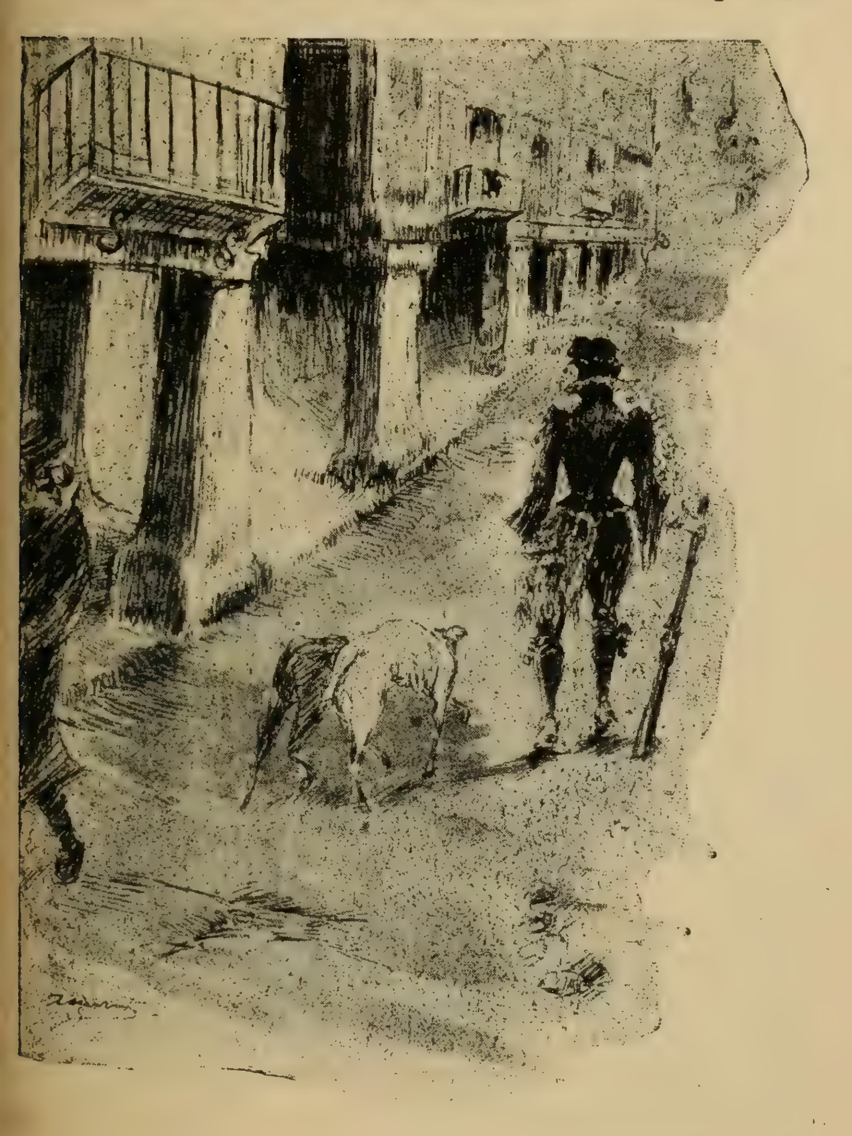
Llegaban entonces á la Puerta del Sol, y allí se separaron, yéndose Rojas á su casa y retrocediendo Quevedo por la calle Mayor.

No había hecho don Francisco sino llegar junto al pasadizo de San Ginés, cuando vió pasar un sujeto que por las trazas era cazador, porque llevaba un abultado zurrón é iba seguido de dos galgos de muy gentil apariencia. Compadecióle Quevedo, y ya iba á seguir adelante, cuando vió que el cazador se dirigió á él diciéndole:

—Que Dios guarde á vuesa merced, señor don Francisco.

—¡Lagartija!—exclamó Quevedo reconociendo al cazador.

—El mismo, sí señor. Ya sabe vuesa merced que no



me disgusta la caza, y como mañana es lunes, y hay poco trajín en la hostería, háme dado permiso mi amo el tío Melchor para estirar un poco las piernas.

—Bien, bien;—dijo Quevedo, y de pronto, como impresionado por una idea luminosa, añadió:—celebro de veras encontrarte, porque pensaba pedirte un señalado servicio.

—¡Vuesa merced á mí, don Francisco!

—Yo, yo mismo. Sabe que tengo el mayor interés en... pero díme, Lagartija, ¿puedo confiar en tu reserva y cariño?

—Ya sabe vuesa merced, don Francisco, que de cuantos parroquianos van á la hostería, es vuesa merced aquel á quien con mayor gusto sirvo.

—Pues mira, vamos andando y te contaré mis deseos. ¿Hacia dónde diriges tus pasos?

—Todo derecho; hacia la Puerta de Alcalá.

—Pues te acompaño.

Atravesaron la Puerta del Sol, y entraron en la calle de Alcalá. Entonces Quevedo, volviendo á tomar el hilo de la plática, dijo:

—¿Cuántos años hace que sirves en casa de Cantillana, amigo Lagartija?

—Van ya para diecinueve, don Francisco. Cuando entré en la hostería aún no se había casado mi tío.

—¿Sin duda estarás enterado entonces de todo lo que allí pasa?

—Mire vuesa merced, mi señor don Francisco: de todo creo que no, porque mi amo es muy callado, y tengo para mí que ni aun á ese Lázaro de Tormes cuya historia tanto le agrada, si reviviese, le contaría el más insignificante de sus secretos. Pero he podido enterarme de muchas cosas.

—¿Sabes, pues (y aquí bajó la voz Quevedo), que el Rey suele ir algunas veces á la hostería?

—Sí, señor; eso sí, aunque nunca le he visto, pero sé que tiene acotados unos aposentos en los que no entra más que mi amo.

—¿Pero tú sabrías guiar á esos aposentos?

—Por de contado.

—Pues mañana por la noche necesitaré que nos lleves allá á mí y á un amigo. Entraremos solos; pero quizá salga con nosotros una persona más.

—Mucho me pide vuesa merced, señor don Francisco, y no ha pensado bastante, sin duda, en los peligros de la empresa. De mí digo que podría costarme la vida, y de seguro el ser despedido de la hostería, á la que he cobrado afición.

—Si te despiden, yo te doy mi palabra de que tendrás empleo en casa de los Duques de Medinaceli. En cuanto al peligro, no temas; ¿quién ha de saber que fuiste tú el que nos introdujo?

Lagartija dudó aún algunos instantes, pero sin duda era mucho el ascendiente de don Francisco sobre él, porque al cabo se rindió á las razones y prometió á Quevedo acceder á su pretensión. Sólo pidió dos cosas: Primera: que los dos caballeros no entrarían hasta la madrugada, para dar tiempo á que se desocupase de gente la hostería. Segunda: que si no consideraba oportuno el momento para abrirles la puerta, no la abriría, sin que ellos hubiesen de llamar ni hacer señal alguna.

Después de lo cual, Lagartija prosiguió su excursión cinegética, y Quevedo regresó, molido por tan largo paseo, á Madrid.

* * *

Llegada la mañana, y puesto en pie Quevedo, lo primero en que pensó fué en visitar á su nuevo amigo el Conde de Olivares. Dió tiempo para ello á que éste hubiese despachado los negocios de su ministerio oficial, y presentóse en su domicilio á eso de medio día.

—¿Qué trae por acá el ilustre don Francisco?—dijo el Conde con su habitual zalamería cuando vió entrar al poeta.

—Cosas de cierta importancia, que me obligan á demandaros una audiencia *privada* de oidos curiosos é indiscretas lenguas.

Dió orden el Conde de que ninguno les molestase, y se dispuso á escuchar á don Francisco.

—Mirad, señor Conde—dijo el último,—que lo que voy á deciros ha de ser en el secreto de la amistad con que tan bizarramente me habéis brindado, y en la inteligencia de que, si no aprobáis mis planes, no haréis mérito de haberlos escuchado.

—Como quiera mi amigo don Francisco—dijo el Conde.

—Pues bien; habéis de saber que yo tengo otro, á quien sin duda conoceréis por su merecida reputación literaria, que es don Francisco de Rojas y Zorrilla. Este amigo ama locamente á una dama de singular belleza y ejemplar honestidad, llamada doña Isabel Ana, que fué antes comedianta de la compañía de Avendaño, y cuyos padres tengo por cierto que son de elevada alcurnia. Ambos se quieren, pero el diablo, que todo lo confunde y desbarata, ha hecho que Su Majestad, cuyas aficiones conocéis, ponga los ojos en la muchacha y se prende de ella no menos locamente que Rojas. Trances diversos han ocurrido en que ha peligrado la vida de la una y de la otra parte, pero ahora está á

punto de acaecer uno en que quisiera yo que nos ayudáseis á defender el honor de una noble dama, la vida de un bizarro ingenio, y la tranquilidad de un buen Rey. Su Majestad se ha apoderado de la dama y la ha llevado á un lugar de su devoción. Ignoro si habrá conseguido gozarla; mucho me temo que sí, en vista del tiempo transcurrido; pero sea lo que fuere, Rojas y yo pensamos libertar á la dama, y espero lo conseguiremos. Ahora quisiera yo que nos ayudárais, en el sentido de no oponer obstáculos á la fuga y ocultación de los amantes. Esto sería lo mejor para todos; porque de otra suerte, habría de enterarse al cabo la Reina de los pasos de Su Majestad; huiría de Palacio la paz de los augustos esposos, y ocurrirían sentidos lances. Si los amantes logran escaparse, el Rey acabará por cansarse y olvidar á la dama, y aun tal vez consienta en su matrimonio con don Francisco.

El Conde oyó en silencio todas estas razones de Quevedo, y luego repuso:

—Me congratulo de que hayáis tocado este punto, porque también yo deseaba hablaros de él, á consecuencia de ciertos rumores que han llegado á mí. El Rey es mozo; la sangre joven hierve en él, y no es de extrañar que haga locuras, pero deber nuestro es impedir que lleguen las cosas al extremo que decís. Yo, sin embargo, no quiero mezclarme demasiado en este género de asuntos. Obrad vos como mejor os parezca, que yo sólo puedo prometeros una cosa: estaré al cuidado del negocio y velaré por que las medidas que Su Majestad adopte no perjudiquen gravemente á don Francisco ni á su dama. Ahora mismo voy á tratar de este asunto con mi Secretario Gil Blas, que es mozo de provecho para tales empresas.

—No sabéis bien, Conde, lo mucho que agradezco vuestra benevolencia—dijo Quevedo.

—Me alegro de poder serviros.

Despidiéronse Quevedo y el Conde, regresando aquél á su domicilio bastante satisfecho de la entrevista, porque había logrado precisamente lo que iba buscando, á saber: que el Conde, no sólo no se opusiese á sus planes, sino que los favoreciera indirectamente haciendo inútiles todas las medidas de rigor que pensase adoptar el Rey luego que viera frustradas sus esperanzas.

Apenas llegó á casa, envióle don Francisco á Rojas, conforme le había prometido, el siguiente aviso:

«Plaza del Cordón, frente hostería de Cantillana, á la una de la madrugada.—F. de Q.»



CAPÍTULO XXVI

EL DIABLO LAS CARGA

CID. «Yo volveré á su presencia,
»que es mi natural señor,
»y en el vasallo es honor
»acudir á la obediencia.»
(Guillén de Castro.—*Las Hazañas del Cid*. Jorn. 2.ª, Escena I.)

Cuando Rojas, después de haberse separado de don Francisco de Quevedo, llegó á su posada, encontró en ella al Conde de Segura, quien hacía ya un buen espacio que estaba aguardándole, y no hay para qué encarecer el contento que recibió al saber el paradero de su hija, aunque no fué sin mezcla del temor de que hubiera podido sucederla algún peligro. Contó luego á Rojas cómo el día antes recibió aviso de Gil que la justicia andaba en su busca, pues aunque no sabía nada de su

persona, logró averiguar, gracias al olfato de algunos ministros del agarro, lo del alquiler de la casa de la calle de Toledo y entrada en ella de personas sospechosas á deshora de la noche, por lo cual hubo de levantar el campo en el mismo instante en que supo la noticia; dióle asimismo cumplida cuenta del proceso de sus secretos designios, diciéndole que, firme en los primeros propósitos, tenía ya á su servicio gente tan de pro como desalmada, dispuesta á secundarle, y que esperaba que concurriese aquella noche al misterioso conciliábulo que pensaba celebrar con ellos en una casa de la calle de Hortaleza, cuyas señas le confió, encargándole el mayor silencio; con esto despidióse de Rojas, y embozándose en la capa tomó el camino de la plaza de Santa Cruz, en donde empezó á mirar las puertas como aquel que busca alguna que sólo por referencia conoce. Decidióse al fin á entrar en cierta casa cuyo aspecto convenía con la fidelísima descripción que le hicieran, y estuvo cierto de no haber errado el camino cuando en el portal y escalera descubrió tres hombres, que él diputó por punteros ó vigilantes que tenían la misión de avisar á los de arriba en cuanto distinguían cosa que á ronda ó alguacil se pareciese.

Entró en una pieza no muy holgada; vió en el centro la tabla de juego, y en torno de ella hasta catorce personas, entre jugadores y entretenidos, que estaban echando quínolas. Tenía la baraja Arco-iris, á quien el Conde se acercó sin mostrar la catadura, y hablándole al oído volvióse á salir con mucha prisa: mas lo que dijo no debió de ser en voz tan baja que un mirón, que se hallaba detrás del rufián, no oyese la palabra «Quevedo», que el Conde pronunció entre varias que pudo percibir, aunque ésa fué bastante para que aquél

entrase en deseos muy vivos de saber en qué asunto se trataba, pero él se guardó muy bien de descubrirse y así siguió contemplando la faena de Arco-iris, que no era otra sino la de dar muerte á la bolsa de cierto blanco, recienvenido á la corte, á quien un experto donillero, usando de los engaños que suelen, había llevado á aquella antesala de gurapas.

—Está visto, señor—dijo Arco-iris,—que la suerte no favorece á vuestra merced en las quínolas; pero como el fin es pasar el rato, que no el ganaros los dineros, si quiere vuestra merced, podríamos jugar unos envites de andaboba, y acaso tengais mejor ventura.

—No conozco ese juego, amigo—contestó el novato.

—Sí conocerá vuestra merced—replicó el rufián,—que el andaboba no es sino lo que llaman el parar en Castilla y en Valencia carteta.

—Al cabo estoy entonces—repuso el pobre incauto;—y así os digo que soy gustoso de que echemos una suerte de ese juego.

Pidió Arco-iris naipes nuevos, que el coime sirvió muy diligente, y se puso á barajar con mucha gracia; aunque al principio, dejando ganar al forastero, procuraba que lamiese algunas suertes, á las cinco ó seis manos comenzó á salir carta contraria y el blanco á quedarse sin hacienda, visto lo cual por el mirón que estaba detrás de Arco-iris, dió una gran voz diciendo:

—¡Vive Dios, que esto no se puede consentir! ¿No véis, buen hombre, que este fullero os está dejando más pelado que gallo en arroz?

—¡Oiga voacé, seor mirón—dijo Arco-iris volviendo pausadamente la cabeza hacia el que tales palabras pronunció,—á tener yo ganas de entretenerme un rato en ver lo que guarda vuestra merced dentro del arca,

ya estaríais horro de volver á meteros con la gente de bien.

—Dígoos—contestó el otro con muestra de grande enojo—que sois un fullero, y que á hacer conmigo lo que habéis hecho con este gentil hombre, ya estábais con un *requiem æternam* en las entrañas.

—De hombres valientes gusto yo, señor—repuso con sorna Arco-iris poniéndose en pie,—pero vais á hacerme la merced de declarar qué habéis visto en mi juego que no sea más limpio que el agua clara, que en cosas de honra no cedo ni al Rey.

—Sin duda, amigo—replicó el mirón en el mismo tono,—me tomais por blanco, cuando os aseguro que, aunque no sea mi oficio, pudiera ser tan doble como vos y aun cierto. Traed acá esos naipes hechizos, y os probaré que el que no está picado, tiene verruguilla y, cuando no, servirá muy bien para un garrote de moros ó para dar astillazo en un encuentro; tres he visto con humillo, más de cinco con raspados, y los demás se van solos á la ballesta; con que si estas tales no son flores, aquí espero yo á que me lo desmintais, don Peluche, y juro que habéis de devolver, moneda sobre moneda, todas las que habéis cogido.

Ya en esto se habían alborotado los jugadores: muchos, entre ellos el nuevo, se salieron temiendo zalagarda, y el garitero dueño del mandracho trataba de meterles en paz, diciendo que su casa era honrada y que tenía permiso del Rey. Arco-iris comprendió muy pronto, por el lenguaje que oyera usar á su contrario, que se las había con un mozo de tanta cuenta como agallas, y sospechando que al descubrir el entruchón sería algún capitán que andaba tras el barato, díjole, haciendo la deshecha, que, sin perjuicio de romperse

las crismas como mejor procediese en derecho, había de oirle antes una palabra; pues los valientes nunca deben tener prisa para reñir, aunque la tengan para matarse.

El otro, si bien de mala gana, apartóse con él, y cuando ya Arco-iris iba á proponerle la compra de su silencio, quedósele mirando de arriba abajo como aquel que le reconocía, y al cabo de un poco tiempo exclamó con muestras de gran regocijo:

—¡Ya dije yo, voto á San Jorge, que os había visto en alguna parte, y me admiraba de que, siendo bravo como sois, no os tuviera apuntado en mi registro, que gracias á Dios sean dadas, á ninguno de la corte dejo yo de conocer! ¿No os acordais, señor, de cierta pelaza en que anduvimos juntos?

Fijóse el otro en Arco-iris y contestóle:

—En verdad que yo también creo conoceros; pero la memoria que hago de vos, si es que hago alguna, es que érais un cumplidísimo rufián.

—Dejemos alabanzas aparte, señor; si en aquella jornada no se jugó tan limpio como se debe, á causa fué de los gomboiros y gambardinas de Lampordo; pero yo os juro que, si hacemos las paces, como hidalgos que somos, no nos ha de faltar nunca buena dicha, y para moveros á entrar en esta compañía que os ofrezco, pues ya veo que sois de condición para ello, como quiera que es justo que la gente honrada se conozca, prométoos que esta misma noche habéis de tener tan cumplida paga, que nunca os arrepintais de haber dado paso que será de tanto provecho. Gente de hígados como vos andamos buscando ahora para cierto negocio de monta.

El otro llevaba la mano á la empuñadura de la espada, mirando á Arco-iris de hito en hito, como si aguardase el momento oportuno de abrirle la cabeza como á

melón, pero acordándose entonces del embozado que habló con el rufián y mentó á Quevedo, hubo de cambiar de designio, pensando en si el negocio con que le brindaban podría tener alguna relación con la entrevista.

—Antes de entrar en esa empresa—contestó—preciso será que me digais en qué consiste.

—Para ello—replicó el rufián—es menester salir de aquí. Si gustais de acompañarme, os pondré al cabo de todo.

—Vámonos, pues; pero os anuncio que voy prevenido, y que en el momento en que os vea cerdear, os paso de parte á parte.

—Nada tema vuestra merced, que yo soy hombre de palabra, y primero me dejaría ahorcar que faltar á ella.

Salieron de allí, tomando por la Puerta del Sol y calle de Hortaleza, y durante el camino fué diciendo Arco-iris al desconocido, cómo un señor de elevada alcurnia necesitaba de los servicios de los valientes como ellos, con objeto de hacer callar á un hidalgo de calidad, y que hasta entonces había reunido media docena de hombres, que eran la flor de la corte para tal clase de fregados, siendo tan generoso en la paga, que ya les tenía dados á buena cuenta más de doscientos doblones.

—Algo sé yo de eso—contestó el otro, no queriendo manifestar gran sorpresa por lo que Arco-iris le refería,—y hasta me parece que si don Francisco de Quevedo no está en el ajo, no debe de andar muy lejos.

—No debe de andar—replicó el bravo,—pues esta misma noche me han hablado de él.

—Y decidme, ¿quién es el que solicita y paga nuestro trabajo?, pues en modo alguno he de entrar en ello sin saber quién es, porque antes de asentarse hay que conocer al amo.

—Como ya no hay por qué guardar el secreto, pues ahora mismo vamos á verle, os diré que es el Conde de Segura.

Mucho disimulo le fué menester al desconocido para ocultar la extrañeza que tal declaración le producía; pero dominándose al cabo, respondió:

—Dos ó tres veces he oído hablar de ese Conde, y en verdad que ardo en deseos de conocerle; me han dicho que es liberal y generoso cual ninguno.

—Presto se os ha de lograr ese deseo, porque la casa es ésta—dijo Arco-iris parándose en la puerta de una no muy grande que estaba junto á la plaza de Santa Bárbara,—aunque mejor será, si gustais, que entrando en aquel figón esperemos á que se haga más tarde, pues la hora que me han dicho es la de las once, y ahora acabo de oir las diez.

Entraron en el figón, comieron, y en lo que duró la comida explicó Arco-iris muy por extenso las condiciones del negocio, y dió razón de las personas en él comprometidas; á la hora que antes había dicho, marcháronse, y llegando á la casa mencionada, llamó el rufián con unos golpes que parecían convenidos; abriéronles, y á poco se encontraron en una estancia en la que se hallaban tres hombres. Era uno el ilustre Lampordo, y los otros dos que hablaban muy quedo en un rincón, don Francisco de Rojas y el Conde de Segura.

—¡Dios guarde á la buena gente!—dijo el bravo al entrar; y señalando á su acompañante, añadió:—Aquí os traigo á un mozo de los nuestros, capaz por sí solo de dar fin al negocio. Ya está al cabo de todo y quiere ser de la partida.

—¿Cuántos son ya?—preguntó el Conde, llamando aparte á Arco-iris.

—Semos—contestó aquél contando por los dedos,—yo uno, éste dos, Lampordo tres, el Murciégalo cuatro, el Tuerto cinco, y otros dos que se me han ofrecido, seis, digo, siete.

—¿Crees que serán bastantes?

—Aunque esto yo no debiera decirlo, con todo, sepa vuestra merced que con uno que venga conmigo para guardarme las espaldas...

—Bueno, bueno—dijo el Conde interrumpiéndole,—no hay tiempo que perder;—y después agregó, bajando la voz para que sólo le oyese Arco-iris:—desde mañana, todas las tardes iréis entrando cada uno á diferente hora en la casa que te he dicho de la calle de San Justo; desde la reja, que tiene celosías, puede observarse al que entra y al que sale por el postigo de la casa de Cantillana, y para saber si el que buscamos viene por un lado ú otro de la calle, hay dos mendigos disfrazados que se colocarán en ambas bocas desde las nueve de la noche y pedirán limosna á grandes voces con lo de... «Por tan alta Señora» en cuanto le vean venir. Y con esto no hay más que hablar, y hasta mañana.

Despidió el Conde á Lampordo, Arco-iris y el desconocido, y quedóse con don Francisco de Rojas, entablando con él la siguiente conversación:

—Decíaos antes, señor Rojas, que por nada del mundo desistiré de mi proyecto, y es mucho el asombro que recibo al no veros tan decidido como pensaba.

—Don Fernando—repuso Rojas,—ya os he dicho yo también que vale más la maña que la fuerza; puede que erremos el golpe, y creedme que no es falta de decisión, sino el temor que siento de que por dar la preferencia á vuestra venganza, perdamos á Isabel, que es el mayor anhelo de mi alma.

—No lo será tanto como decís, don Francisco—replicó el Conde,—cuando no estais dispuesto, como yo, á beber la sangre del infame que pretende mancillarla, que quizá la habrá mancillado ya...

—¡No digais eso, por vuestra fe!; hombre soy para todo. Respeto debo al Rey y acatamiento; mi vida le daría, porque, después de Dios, él es mi dueño; pero Dios no quiere que el Rey sea déspota y tirano, y si lo es, quedo libre.

—En ese caso, ¿qué tenéis que decir?

—Tengo que decir, señor, que lo que me repugna en esta empresa no es matar al Rey; sí anhelo su muerte; pero quisiera dársela cara á cara, frente á frente, como mueren y matan los caballeros, no valiéndonos de ese hato de rufianes que habéis comprado á fuerza de oro para que acechen la ocasión de caer cobardemente sobre la presa.

—Y decid, señor Rojas, ¿acaso fueron jornadas más valientes la del asalto de la casa y la del robo del camino? ¿No es esto propio de alimañas y traidores? Y si es así, ¿de cuándo acá se conceden á los traidores los fueros de la caballería?

—Tenéis razón, don Fernando, tenéis razón, pero así y todo siento un roedor que me atormenta.—Y después de un momento de indecisión continuó:—Lo que juro es que seré el primero en entrar en la cárcel de Isabel, el primero que acuda á salvarla, el primero en el peligro; entonces, ¡ay del que se acerque y pretenda arrebatármela!, ¡ó le mato ó tiene él que matarme á mí!; y en cuanto á lo demás, creedme, señor Conde, hago bastante con guardar el silencio que he guardado, pues si de una parte me solicita y atrae el amor inmenso que tengo á Isabel, de otra me requieren mis deberes de vasallo y de cristiano.

—Así me lo ofrecísteis.

—Y así lo cumplo, señor Conde, aunque la palabra dada me queme en la conciencia.

—No sé qué pensar de vos, don Francisco—repuso el Conde.

—Ni yo mismo lo sé tampoco—contestó Rojas vivamente;—pero si queréis que os declare mi pensamiento con brevedad, sabed que es éste: yo salvaré á Isabel ó moriré en la demanda, pero no me es lícito atentar contra la vida del Rey, ni contra la de nadie cuando la muerte ha de hacerse por la espalda. ¡Qué queréis! No nací para asesino ni para jugador de ventaja.

—Bien, señor Rojas—dijo el Conde, disimulando su enojo lo mejor que pudo,—os considero desligado de compromiso conmigo, pero desde ahora os anuncio que es mi voluntad que renunciéis á Isabel; y ahora decidme también si vais á llevar la traición hasta ponerme en las garras de la justicia.

Rojas sintió que se le coloreaban las mejillas, y tentado estuvo de dar suelta franca á la indignación que las palabras del Conde le produjeron, pero, aparentando mucha calma, le contestó:

—Don Fernando, veo que os ciega el furor de la venganza, de modo tal, que no reparais en las ofensas; quedad con Dios, que mañana hablaremos con más serenidad y reposo, y no supongais jamás que don Francisco de Rojas no sabe cumplir con la fe jurada.

Quedóse el Conde mordiéndose los labios de rabia hasta hacerse sangre, y Rojas salió del aposento pensando en si cuando llegase á casa hallaría noticias de don Francisco de Quevedo, en cuya industria confiaba más sin duda alguna que en el encono del Conde, y no

había andado veinte pasos cuando sintió que detrás de él venía un hombre que le llamaba.

—¿Qué queréis y quién sois?—preguntó Rojas deteniéndose.

—¿No sois vos don Francisco de Rojas?

—El mismo; ¿y vos?

—El que entró con Arco-iris no ha mucho en la casa del Conde de Segura; pero, como me recaté, no pudísteis conocerme.

Y tirando el embozo, añadió:

—¿Me conocéis ahora?

—¡Señor Contreras! ¿Vos en España, cuando yo os creía ya camino de Francia? Pero ¿cómo habéis venido á esta casa?

—Luego hablaremos de eso—respondió don Alonso;—ahora lo que importa es que os haga una pregunta: ¿Entrais vos en esa conspiración?

—Jamás—exclamó Rojas.

—Lo sabía, don Francisco.

—¿Y vos?—dijo Rojas.

—¿Yo?—contestó Contreras;—vamos andando, que tengo que contaros lindas cosas; pero antes de que os diga ninguna, sabed que, aunque perseguido del Rey, y no sin razón, soy su vasallo y le debo fidelidad, pues es tanta la que le he quitado, amigo mío, que pienso que por mucho que haga nunca dejaré de estar en descubierto. Y ahora iremos á vuestra posada, en donde, con mayor reposo, podremos departir cuanto seais servido·

CAPÍTULO XXVII

EN EL CUAL SE NARRAN EXTRAÑOS SUCESOS

> «¿Qué espíritu tan alto y generoso
> No dudará cantar el brazo fuerte
> Y el corazón indómito?»
> (Fernando de Herrera.—*Canción.*)

—Ea, pues, don Alonso—dijo don Francisco de Rojas después de haber servido el segundo vaso á su comensal,—ya que hemos remojado la garganta, creo que podríais dar comienzo á la narración.

—Que me place—replicó el Capitán—y á fe que vais á pasar un rato agradable con ella, porque las cosas que me han ocurrido, más parecen obra de brujería que sucesos naturales y humanos.

Se atusó el mostacho, repantigóse á su sabor en el sillón de cuero que Rojas le ofreciera, y prosiguió en estos términos:

—Sabréis, á no dudarlo, que salí de Madrid para cumplir una difícil y peligrosa misión. De su naturaleza y término nada me es lícito revelaros, pero sí os puedo decir que me obligaba á salir de España. Bien temprano, una mañana salimos de la corte Juan de la

Torre (el criado de don Francisco de Quevedo) y este vuestro servidor. Pero no habíamos hecho sino trasponer los arrabales de la villa, cuando caí en la cuenta de que, siendo el encargo que llevaba tan peligroso como importante, no era cuerdo exponerme, y dar lugar á que fallara el negocio desde los primeros pasos. Propúsele, en su consecuencia, á Juan un cambio de vestiduras; púsose mi chambergo y mi coleto, ciñóse mi tahalí, y yo me atavié con su humilde ropaje. Encarguéle, además, que en la primer parada que hiciésemos mostrase ademán de ser él el amo y yo el servidor, con lo cual despistaríamos con mayor facilidad á los que pensasen ir en nuestro seguimiento, si alguno había. Así lo hizo, y ya veréis cuán provechosa fué la determinación. Os hago gracia de incidentes sin importancia, y os diré tan sólo que al llegar á Calatayud se nos ofreció para llevarnos á Zaragoza un arriero de harto mala catadura. Como no hallábamos otro que nos sirviera, hubimos de aceptar sus ofrecimientos. Comenzamos la jornada, é íbamos ya cerca de la Almunia, donde pensábamos llegar de día, cuando la mula que yo montaba empezó á cojear. Tal hubo de ponerse, que fué imposible seguir en ella, y con esto, y con lo despacio que habíamos caminado, vino la noche cerrada. No pudiendo andar más, nos detuvimos en una venta solitaria que encontramos, algo desviada del camino. El ventero era hombre de peor talante aún que nuestro guía; nos ofreció una mala cama y una mísera pitanza, de la que disfrutamos, haciendo de tripas corazón. Acostámonos, y á prevención, por lo que pudiera ocurrir, puse la espada y los pistoletes debajo del cabezal. Sería la media noche, cuando sentí cierto ruido en la puerta del aposento:—¿Quién va?—pregunté;—nadie contestaba, pero el

ruido seguía. Levantámonos Juan y yo, empuñamos las espadas y los pistoletes, y esperamos la acometida. Tales fueron los esfuerzos de los de afuera, que la puerta cedió. Inmediatamente disparé un pistoletazo; al resplandor ví que los asaltantes eran el arriero, el ventero, y otro sujeto de espesa barba y siniestra mirada. El tiro hirió á este último, que cayó exánime. Los otros dos, armados cada uno de su tizona, intentaban atravesarnos, y en verdad que la defensa era dificultosa á causa de la oscuridad. Por fortuna, Juan se mantuvo á mi lado, y yo, arrojándome al suelo, logré pasar de parte á parte á uno de los asesinos. El otro, que luego vimos ser el ventero, huyó al hallarse solo. A la mañana siguiente nos pusimos en camino, á pie (porque nuestras cabalgaduras habían desaparecido), con dirección á Zaragoza.

Este fué el primer lance de importancia que nos ocurrió. Llegados á Zaragoza, acabábamos de pedir aposento en una posada, cuando nos avisó el huésped de que dos alguaciles nos buscaban. Comprendí que el negocio era más grave que el de la venta, con tener menos aparato de violencia, y le contesté al huésped que al momento iba á ver lo que nos querían aquellos señores. Pero lo que hicimos fué descolgarnos á todo escape por una ventana del aposento, y ganar el Ebro como alma que lleva el diablo, para libertarnos de las asechanzas.

Conseguimos llegar á Egea de los Caballeros, y allí creimos poder descansar algunos días de las fatigas pasadas. Alojámonos en casa de un mal salchichero, que, según hablillas de la vecindad, tenía sus puntas y ribetes de brujo. Yo pensaba que permaneciésemos unos dos días en Egea, pero el diablo descompuso las cosas de la manera que vais á oir.

Venida la noche del primer día que en casa del salchichero me aposenté, nos sirvieron á Juan (que, como os he dicho, hacía de amo) y á mí, después de la olla, un manjar blanco, de agradable sabor y de dulzor singular. Acostámonos luego, y al momento entróme un sopor en el que veía visiones de notable hermosura. Las hadas de los libros de caballerías y las ninfas de la antigüedad se disputaban á porfía mis favores; la señora de mis pensamientos hacíame dueño de su mano; todo, en suma, era regocijo y bienestar en torno mío. No sé lo que haría ó diría durante este sopor, que debió de tenerme en un estado bastante duradero de imbecilidad, como á ciertos poetas chirles de nuestra época que hubieran hecho mejor en dedicarse á boticarios que á soñadores, pero el hecho fué que hace cinco días me hallé en Madrid, en casa de un tal de Melgarejo, amigo mío, quien me contó que nos había visto á Juan y á mí en el hospital de locos de Zaragoza, en el estado más lastimoso del mundo, y, compadecido, nos había traído á Madrid, confiando en curarnos mediante los cuidados y la buena alimentación. Efectivamente, gracias á su desvelo, volvimos á nuestro natural sér, de donde sin duda nos sacó el manjar aquel del maldito hechicero aragonés, que Dios confunda *per omnia sæcula sæculorum. Amen.*

—Curioso es el caso, por vida mía—dijo entonces Rojas;—pero no me explicais cómo inmediatamente que recobrasteis el seso no marchasteis decidido á cumplir el encargo que llevábais.

—Os diré. Cuando perdimos la razón, desaparecieron de mis bolsillos cierta joya y una carta, indispensables para desempeñar mi cometido. Sin ellos no podía volver á partir, y, por otra parte, me repugnaba ver nueva-

mente á quien me dió el encargo para decirle que aún no lo había cumplido. En estas vacilaciones andaba, cuando un caballero llevó á mi posada cierta carta de esa misma persona á que me refiero, carta que textualmente decía así:

«Capitán: regresad á Italia cuanto antes. Vuestra vida peligra mucho más de lo que suponéis. El encargo que llevábais para... y cuyo incumplimiento sé muy bien que no ha dependido de vos, no necesita ya verificarse, porque las circunstancias del Reino han cambiado por completo. No volvais á verme ni á enviarme recado alguno por ahora. Dios os guarde siempre.»

A la vez supe que algún alma caritativa hizo, en respuesta á mi petición de que se me diera algún sueldo para Sicilia, que el Consejo me concediese treinta escudos de entretenimiento, cinco más de los que dan ahora á los capitanes. Conque pienso tomar la derrota de Barcelona, y de allí embarcarme para Génova, Nápoles y Sicilia, donde Dios dispondrá de mí como mejor fuere servido. Ya conocéis mis aventuras. Contadme ahora las vuestras.

Refirióle entonces Rojas al Capitán, en breves términos y omitiendo algunos detalles, el proceso de sus amores; contóle cómo don Francisco de Quevedo se había propuesto libertar aquel mismo día á Isabel, y que estaba esperando su aviso.

—Seré de los vuestros, don Francisco, si no sirvo de estorbo. Siempre harán más tres que dos.

—Ignoro si el ser tres—repuso Rojas—desbaratará los planes que tenga formados don Francisco; pero siempre podréis guardarnos las espaldas.

—Y de la conspiración, ¿qué pensais hacer?

—Mi palabra de caballero dí de que nada revelaría, y cumpliéndola, nada diré; pero, como Dios es Cristo,

que procuraré guardar con mi brazo y con el de los míos la persona del Rey de toda asechanza.

—Eso me agrada, por mi vida—dijo Contreras,—y prometo ayudaros también en esto de muy buen grado. La hostería de Cantillana, aunque de fatal recordación para mí, creo que debe ser nuestro punto de cita cotidiano. Si algo se prepara contra el Rey, tened por cierto, ó mucho me engaño, de que la tormenta se desencadenará en ese lugar.

—Soy del propio parecer—repuso Rojas—y esta misma noche procuraré hallarme allí desde las diez.

—Pues, en tal caso, en la hostería nos veremos.

Después de esto, se separaron Contreras y don Francisco, quien por la tarde recibió el consabido recado de Quevedo. Como en nada se oponía á la reunión que con el Capitán tenía concertada, nada dijo al último del billete de Quevedo, reservándose consultar luego con éste si sería bueno que Contreras les acompañase en el momento de libertar á Belisa.

*
* *

Aquel mismo día tuvo aviso de sus espías el Conde de Segura de que Felipe IV iría por la noche á la hostería. Sabíase que Cantillana recibiera orden de tener dispuesta una opípara cena, donde no faltaran exquisitos vinos ni regalados manjares, y era seguro que la francachela se disponía con el objeto de dar al traste con la virtud de Isabel.

Después de consultar con Gil, determinó el Conde pasar recado á los sicarios, á fin de que aquella noche, entre una y media y dos de la madrugada, estuviesen preparados junto á la hostería de Cantillana. El Conde daría la señal de ataque, luego que el Rey apareciese por

el postigo secreto, y sólo en último término había de recurrirse á los pistoletes.

Arco-iris recibió estas órdenes con suma pachorra, percibiendo, á buena cuenta de lo por hacer, regular suma de doblones, y prometió estar á la hora señalada en el indicado sitio con sus hombres. De uno de éstos desconfiaba, sin embargo, y era de Contreras, porque ignoraba dónde le hallaría para comunicarle la noticia.

Hechas ya todas las prevenciones, el Conde se retiró á su posada, y allí, puesto de hinojos ante un crucifijo de plata, espléndida joya que de sus antepasados recibiera, rezó fervorosamente la siguiente plegaria:

«Dios eterno, préstame tu favor, y ayúdame á castigar á los malvados. Bien ves en mi interior, y sabes que todo lo he pospuesto, hasta mi amor paterno, al santo celo de mi honor y á la salud de mi patria. Tú no mandaste nunca respetar al tirano; prescribiste, por el contrario, castigar sus desmanes y arrojar de tu templo á latigazos á los viles mercaderes de la tierra. Veo, comprendo claramente que un Rey como el que nos gobierna, sin respeto á leyes, sin freno moral, sin verdadera religión, sin más regla que su capricho, sin otras aficiones que las que á la liviandad y al desenfreno conducen, ha de acarrear á su pueblo males sin cuento. Yo estoy dispuesto á evitarlos, dándole muerte, aunque ofrezca en holocausto mi propia vida. No es venganza lo que me anima ya, aunque confieso que ésta fué la pasión que me dominaba en un principio; es acendrado espíritu de justicia; es una santa indignación ante el espectáculo del crimen impune, y un deseo ardiente de que hombres mejores y costumbres más puras imperen de ahora para siempre en mi patria.»

CAPÍTULO XXVIII

POR TAN ALTA SEÑORA...

«DON JUAN.—Sirviendo, ganando estás,
y, si quieres ganar luego,
haz siempre, porque en el juego,
quien más hace, gana más.»

(Tirso de Molina.—*El burlador de Sevilla.* -Jornada 2.ª, Escena VIII).

Bien comprendió Quevedo, quien había ido á casa de Cantillana á las cuatro de la tarde, que aquel entrar y salir del hostelero, la diligente solicitud que mostraba, las órdenes que daba y las prevenciones que hacía, eran señales ciertas de holgorio nocturno, y vino del todo á convencerse de ello cuando vió llegar un mozo cargado con un gran banasta llena de vajilla que dejó á Cantillana encomendada, diciéndole que el Duque, su señor, mandaría al maestresala á cosa de las diez de la noche para servir la mesa, palabras que don Francisco oyó muy claramente, por hallarse sentado cerca del lugar en donde conversaban los dos hombres.

—Veo que se prepara festín, hermano Melchor,—dijo Quevedo al dueño de la hostería.

—Unos amigos—contestó el otro—que han de mar-

charse mañana á la guerra de Italia, quieren cenar juntos esta noche.

—Muchas como ésta os deseo yo —repuso Quevedo,— para consuelo vuestro y regocijo de la bolsa.

—No soy avaro, señor—replicó Cantillana,—que con lo que Dios es servido me contento, y en más tengo mi buena fama que la ganancia.

—Pues si esa cena que decís os diese espacio para ello,—dijo don Francisco,—también quisiera yo que previniéseis una colación frugal para mí y otro que vendrá conmigo á las nueve.

—Vengan norabuena—respondió el hostelero;—que cuando no quedase surtido en mi casa, no había de faltarle á vuestra merced.

—En ese caso, hasta las nueve—añadió Quevedo disponiéndose á salir;—y curad de que no nos den aloque por añejo.

—Con Dios id, don Francisco, y descuide vuestra merced.

Salió Quevedo de la hostería y dirigióse á la calle de las Carretas en busca de don Francisco de Rojas, pues se le había ocurrido una traza que, á poder realizarla, era única para conseguir la libertad de Isabel; halló á Rojas en su posada; supo por él cómo Contreras estaba en Madrid y que aquella noche le vería en casa de Cantillana, á lo cual dijo Quevedo dándose una palmada en la frente:

—De perlas, amigo Rojas, nos viene ese hallazgo para poner en ejecución un pensamiento que tengo; pero es preciso que antes de las nueve me haya puesto al habla con Contreras. ¿Sabéis dónde vive?

—En la misma casa de la plaza de la Cebada en donde le vimos vuestra merced y yo—contestó Rojas.

—Pues hay que ir á buscarle inmediatamente, amigo; que de nuestra diligencia pende el buen término de este negocio.

—Queda eso de mi cuenta, y ahora decidme, señor don Francisco, cuál es la traza que habéis imaginado, que ardo en impaciencia.

—¿Os conoce Cantillana?—preguntóle Quevedo.

—Solamente una vez he estado en su casa, que fué la noche en que tuve la fortuna de encontraros, yendo con don Luis Vélez.

—En eso está el toque—contestó Quevedo;—y, por ahora, perdonad que no os diga otra cosa sino que procuréis hallaros en la posada con Contreras á las ocho en punto, que aquí vendré yo.

—En Dios y en vuestra industria confío, don Francisco—repuso Rojas;—y si es que vais á salir, yo os acompaño, pues en este mismo instante quiero echarme en busca del Capitán.

Llegaron juntos ambos amigos hasta la plaza del Angel y allí se despidieron, tomando Rojas el camino de la casa de Contreras y Quevedo el del palacio de Medinaceli, en donde estuvo hasta las ocho, hora en la que, seguido de un servidor del Duque, que llevaba acuestas un gran bulto, volvió á la posada de Rojas; y no debió de tardar mucho en despachar el asunto, por cuanto á las nueve se hallaban él y Contreras en una mesa de la hostería dando buena cuenta de la cena que Cantillana les había preparado por encargo de Quevedo, y durante ella, contó el Capitán sus aventuras y sucesos, de que no poca satisfacción recibía don Francisco.

Tocaba ya á su fin la refacción, puesto que solamente algunas pasas quedaban sobre la mesa, cuando entró

un hombre que, aunque embozado, dejaba ver que iba vestido con muy rica librea, y detrás de él un mozo con pinta de ganapán ó esportillero, que llevaba una cesta llena de diferentes botellas; dirigióse el primero á Cantillana y diciéndole con cierto misterio y voz muy queda que era el maestresala del señor Duque, le pidió que le guiase al aposento de arriba, pues tenía varias órdenes que cumplir. Mandó Melchor á Lagartija que subiese con aquellos hombres, cosa que el otro cumplió con más diligencia de la que acostumbraba, y después de haberles dejado en el aposento en donde se deparase la mesa, en la cual se veían lugares para seis personas, volvió á la pieza baja de la hostería.

El maestresala y su mozo, tan pronto como Lagartija les dejó solos, comenzaron á recorrer la casa, advirtiendo que en toda ella reinaba un profundo silencio; pero, por fin, al extremo de un corto pasillo creyó el maestresala ver luz por las rendijas de una puerta; acercóse á ella, y aplicando el oído, estuvo un buen espacio de este modo, al cabo del cual llamó con dos golpes dados con los nudillos.

—¿Quién es?—contestó una voz cascada desde dentro.

—Señora—dijo el maestresala bajando tanto la suya, que apenas podía oírsele;—el Rey, antes de venir esta noche, me envía á vos para daros un encargo con grande secreto.

Abrióse la puerta, y en el mismo instante el mozo del maestresala se arrojó sobre la que abría, que era la dueña Fernández, mientras que su amo entraba con gran priesa en la estancia, diciendo:

—¡Isabel! ¡Alma de mi alma!

—¿Quién sois?—exclamó la niña; y de pronto, fijándose en él y casi no queriendo dar crédito á sus ojos,

añadió:—¡Don Francisco! ¡Sí, sí, sois don Francisco!

—No perdamos tiempo, vida mía; vengo á salvarte; ven, ven conmigo y nada temas—repuso Rojas, que no era otro el disfrazado maestresala, ni otro su acompañante que Juan de la Torre, el cual, aunque mostraba buena maña para asir á la dueña tapándole la boca, no pudo evitar que diera un grito y que fuese oído del hostelero.

—¿Qué pasa arriba?—dijo Cantillana alarmado.

—Yo diría que alguien gritó—contestó Lagartija encendiendo un candil.

—Daca ese candil, que quiero verlo yo mismo—replicó Melchor disponiéndose á subir; pero en el momento en que Cantillana puso el pie en el primer escalón, cayó sobre él Contreras, mientras Quevedo sujetaba á Lagartija y poniéndoles sendas dagas en los pechos les decían que callasen, si les importaba quedar con vida; al ver esta zalagarda, dos parroquianos que tranquilamente despachaban media azumbre en un rincón, huyeron asombrados, tropezándose en la puerta con un hombre que quería entrar diciendo que venía de parte del Duque su señor; mas á los tres les cerró el paso Pero Maestre, conocido por Ginés de Pasamonte, recomendándoles espada en mano que tuviesen reposo, pues aquella hora era mala para entrar y no muy buena para salir. Ya en esto bajaban Rojas é Isabel á toda priesa y detrás de ellos Juan de la Torre, á quien dijo Quevedo:

—Hijo Juan, si te han quedado algunas cuerdas después de atar á aquella honrada, empléalas en hacer con éstos dos cuartos de lo mismo.

—Sí han quedado—respondió La Torre empezando á hacer lo que su amo le mandaba.

Pedían favor y merced los cuitados, suplicando que no les matasen, á lo que contestaba Quevedo que en modo alguno los matarían, si callaban, cuando sonó en la calle una voz que decía:

—¡Por tan alta Señora como es la Reina de los cielos, dad limosna al pobre tullido!—y de allí á poco oyeron un temeroso ruido de cuchilladas, con tanto fragor y estrépito, que parecía que alguna gran batalla se estaba librando.

—Despáchate presto—dijo Quevedo á Juan de la Torre, que habiendo atado ya á Cantillana hacía lo propio con Lagartija;—vos, señor Rojas, ganad la calle lo antes que podais, caminando á donde os he dicho, y nosotros, Capitán, á cumplir con nuestra obligación.

Salieron á buen paso Rojas é Isabel de la hostería, y Quevedo y Contreras, doblando la esquina de la casa, vieron que allí se estaba riñendo la refriega: combatía el Rey, guardando la espalda con la pared, contra el Conde de Segura y Arco-iris, los cuales teníanle en grave aprieto, y otros cuatro hombres, entre los que hubiera podido reconocerse á Lampordo, Gambardo y Murciégalo, trataban de aproximarse, aunque se lo impedían bravamente dos caballeros que al Rey acompañaban; iban ya de vencida, puesto que uno de estos últimos acababa de recibir una traidora cuchillada en el brazo derecho, cuando Quevedo y Alonso de Contreras, poniéndose al lado de Felipe IV, empezaron á reñir con el mayor denuedo y bravura que se ha visto, jugando á la vez de la daga y de la espada con maestría tal y tanto arrojo, que no dudaron sus enemigos en creer que eran demonios llevados allí por su contraria suerte.

—¡Paga tu infamia, mal Rey y mal caballero!—exclamaba con furia el Conde de Segura.

—¡Mal caballero, tú!—decía el Rey.—¡Sal solo contra mí, villano, si es que tu cobardía te lo consiente!



—¡Tú eres el cobarde y el villano, como lo es toda tu estirpe de rufianes con corona y de meretrices que hacen casa llana del Alcázar! ¡Arco-iris, cierra por ese lado!

—¡Murciégalo, ataca por aquí—exclamó Arco-iris aterrado por la lluvia de tajos y reveses que Contreras y Quevedo descargaban.

Acudió Murciégalo en auxilio de los otros, pero Contreras en aquel punto tiró sobre Arco-iris tan formidable estocada, que le hizo dar con su cuerpo en tierra.

—Uno menos, don Francisco—dijo Contreras;—con aquella espada vuestra ha sido, y uñas abajo, según me aconsejásteis.

Por muy pronto que Lampordo quiso reemplazar al caído, no lo hizo con tanta presteza que no se lo impidiese Quevedo saliéndole bizarramente al encuentro, y entonces el Rey, aprovechándose de aquella buena fortuna, redobló el esfuerzo, y ganando terreno á su contrario el Conde, sacóle por la espalda la punta del estoque.

Cayó don Fernando pesadamente sin pronunciar palabra, pues tenía atravesado el corazón; visto lo cual por Murciégalo, Lampordo y el otro rufián, porque Gambardo se hizo el muerto, escaparon del campo dejando en él las armas, los sombreros y hasta las capas.

El Rey se adelantó á Contreras, que con un pañizuelo limpiaba la sangre de su espada, y tendiéndole la mano le dijo:

—¿Quiénes sois vosotros, buenos caballeros, que asi me habéis socorrido?

Contreras cogióle la mano, y después de habérsela besado, contestó:

—Dos vasallos de Vuestra Majestad, señor.

—He de saber vuestros nombres.

—Señor—repuso Quevedo,—si Vuestra Majestad ganó en la defensa, nosotros hemos ganado en haberle servido, honra tal, que con ninguna otra podría compa-

rarse: no querais saber nuestros nombres, que los de aquellos que hacen su obligación adquieren mayor lustre y pública notoriedad cuando se esconden, que cuando se muestran, y el galardón del bueno, más que la merced del grande, debe ser la que le haga su conciencia.

—Discreto sois, y eso me mueve más á conoceros,—replicó Felipe IV.

—Y á mí á pediros que si nos queréis recompensar la acción, sea no preguntándonos de nuestras personas. Adiós quedad, señor, y no demoréis la vuelta al Alcázar, que á todos nos importa marchar de aquí cuanto antes.

—Esa voz no me es desconocida—contestó el Rey.

—Pues yo ruego á Vuestra Majestad—dijo Quevedo—que seais indulgente si mañana sintiéseis enojo y aun deseos de venganza contra alguno que en la voz se me asemeja.

—Misterio hay aquí—replicó Felipe IV,—y en verdad que he de descubrirlo, aunque no sea más que para saber á quiénes debo la vida.

—Señor—dijo uno de los caballeros que acompañaban al Rey,—por el extremo de la calle creo que acaba de entrar una ronda.

—No conviene—respondió Felipe IV—que nos mostremos á los alguaciles y corchetes; venid todos aquí.

Y sacando una llave de la faltriquera, se dirigió al postigo de la casa de Cantillana, abrióle, entró el primero, siguiéronle sus dos acompañantes, y cerraron al ver que Contreras y Quevedo tomaban portante en dirección á Puerta Cerrada.

Llegó á poco la ronda, y como Gambardo (que según queda dicho aparentó estar muerto) se levantase empren-

diendo precipitada fuga, salieron tras él dos corchetes, que, no con gran trabajo, gracias á lo mucho que las carnes le pesaban al que huía, consiguieron darle caza, conduciéndole al lugar en donde quedó el alguacil, el cual ya se estaba ocupando en mirar y registrar los dos cadáveres del Conde y de Arco-iris.

—¿Conoces á estos dos hombres?—preguntó á Gambardo.

—No les ví nunca,—contestó el tabernero temblando como una vara verde.

—¿Por qué huías?—volvió á preguntarle el alguacil.

—Porque no quiero cuentas con la justicia,—replicó Gambardo.

En esto, otro corchete que había ido á reconocer el terreno, volvió diciendo que en la hostería acababa de ver dos hombres atados; fuéronse todos allá, encontrándose á Cantillana y Lagartija en la triste suerte que les había dejado Juan de la Torre, y preguntándoles por qué se hallaban de aquella guisa, no quisieron responder, alegando que solamente al juez se lo dirían; miraron después los aposentos altos, topáronse con la cuitada dueña que, atada y con mordaza, no hubiera dado un cuarto por su vida, y como creyesen oir el ruido de una puerta, pensando que eran los ladrones y asesinos, llegaron hasta aquella que comunicaba con la casa en donde Pedro Núñez tenía su tienda de libros; llamaron y registráronla toda, no encontrando en ella más que al librero, que, viéndose víctima de tal vejamen, profería votos como basílicas y renegaba de Quinto Curcio; pero, por sospechar acaso que aquel hombre no estaba limpio de culpa, por haber encontrado en la vivienda un lazo de zapato cuya procedencia no pudo justificar, echáronle mano intimándole á que callase, encargaron á cuatro

corchetes que levantasen los muertos, y haciendo una muy gentil cuerda con Cantillana, Lagartija, la dueña, Gambardo y Pedro Núñez, dieron con todos ellos en la cárcel.





CAPÍTULO XXIX

EN LA GALERA

«En todos trabajos, en todas adversidades, en toda tribulación, ví gentes sin número querellosas...»
(Alfonso Alvarez Guerrero: *Las Cincuenta del Laberinto contra Fortuna.)*

Llevados por los alguaciles, y tomada razón por el escribano, el portero de la cárcel dió repartimiento á los nudos de la cuerda mencionada. Preguntóles primero si era de su voluntad dar alguna cosa á beneficio del cepillo del seor Alcaide. Cantillana, Lagartija y Pedro Núñez, aun pudieron disponer de algunos escudos; pero la bolsa de la dueña y la de Gambardo no tenían óstugo de moneda, por lo cual hubieron de cerrar el pico, y fueron destinados, Gambardo á la cámara de hierro

(después de haberle echado un par de grillos de los de la marca), y la dueña, que protestó enérgicamente, no sin invocar su descendencia del Almirante, á la galera vieja de mujeres. En cuanto á los otros tres, como paganos y de portante que eran, fueron llevados al entresuelo, gracias á los de á ocho con que untaron la *cerra* del cancerbero.

Cuando pasó Gambardo la *puerta de oro,* gritó el portero á uno de los vigilantes:—«Ahí va; por jermán!» Volvióse indignado Gambardo, y fué á decir: «Eso niego, por el siglo de mi padre, que hombre más de bien que yo no lo hay en esta comarca»; pero los que le seguían hiciéronle pasar por unos corredores hasta llegar á cierto aposento donde había una imagen de papel con colores de azafrán y lámpara encendida. De cuando en cuando se oía en los pasadizos el: «Vela, vela, ¡hola!», de los vigilantes.

Después de entrar Gambardo en el aposento, retiráronse los que le conducían y quedó en la más honrada y cristiana compañía que puede imaginarse Pero como el recienvenido no era novato en este género de recepciones, lo primero que hizo fué preguntar con voz campanuda y ademanes de jayán:—«¡Dios guarde á la buena gente! Díganme qué se ha de dar á los pícaros, porque voto á Cristo que me gusta cumplir las obligaciones, y, si no hay blanca, habrá prenda.»

—Así me placen á mí los mozos—dijo uno de los jermanes.—Sabrá voacé que se estilan ahora tres reales y medio de aceite, y medio real de limpieza.

—Pues ahí va ese de cachas—repuso Gambardo entregando un muy regular cuchillo,—que bien valdrá sus tres reales, y el otro paréceme que lo hará este rosario que á voacedes entrego.

—Toma tú, picarón—dijo el que había hablado antes, dirigiéndose á uno de los de la limpieza,—guarda esas prendas en el arca, que mañana las rematará el pregonero; da un repaso á esta manta, que pica como pimentón, y no dejes de llevarte á los diablos ese servicio; que há rato que me está regalando las narices con el tufillo.

El pícaro hizo lo que se le mandaba, y el del servicio prosiguió:

—Allí, hacia el rincón de la derecha, encontrará voacé una tarima donde podrá dar descanso al cuerpo. En cuanto á la compañía, sepa voacé que á mí me llaman Baladros, y á esotros, por su orden, Garay, Solapa, Barragán, Chiquiznaque y Cañizares.



--Pues á mí me dicen el Padre Gambardo, para servirles.

—¿Es, acaso, voacé el del bodegón de la calle de Toledo?—preguntó Garay.

—El mismo.

—Qué me place ver'e por acá, porque ya tengo noticia de sus muchas y buenas partes, y sé que no hay en la corónica de los jayanes, murcios, descuernos y guzpátaros nombre más ilustre que el suyo.

Tal fué el espléndido recibimiento que tuvo Gambardo, prueba inequívoca de su buena y universal nombradía.



Harto peor fué la entrada de la dueña, porque así como puso los pies en el aposento, una moza que desde la reja estaba escuchando el cantar jermán de su cuyo, exclamó:

—¡Jesús! ¡Qué estantigua! Dígame voacé, señora Hortigosa, ¿dónde dejó el palo de escoba?

—No me llamo Hortigosa, sino doña Fernández—repuso en mal hora la dueña,—y ha de arrepentirse quien me deshonre, porque no me faltan protectores.

—Será el Conde Dirlos—dijo la otra,—aunque pienso que ha de ser muy mozo para voacé; ¡bendígala Dios! Dígame, por su vida, ¿qué tal hombre fué Adán? ¿queríala bien?

—¡Deslenguada!—exclamó la dueña;—tened entendido que hablais con quien cuenta entre sus ascendientes un Almirante de Castilla.

—¡La Almiranta, la Almiranta!—exclamaron todas; y, armando notable algazara, se apoderaron de doña Fernández; levantáronle las faldas, y la dieron la más gentil azotaina que registran las crónicas. La dueña echaba sapos y culebras por aquella boca, vomitando todo género de improperios contra quienes de aquella suerte la maltrataban. Pero no hubo sino soportar el vapuleo y retirarse llorosa á un rincón del aposento, mientras las mozas volvían fatigadas á los lechos.

—Temerosa estaba—dijo entonces la que habló primero—de que la Almiranta hiciese lo que ví ejecutar á una regatona en Sevilla, y á fe que el lance tuvo chiste.



—Cuéntalo, cuéntalo—dijeron á una las demás.

—Fué, pues, que dos placeras, sobre que una de ellas había llamado á un comprador de la otra, se trabaron como dos sierpes y se dijeron de lo bueno y bien cernido; y luego la una con un haz de rábanos, y la otra con una banqueta de tres pies en que estaba sentada, se dieron de lo lindo, hasta que la gente las puso en paz, retirándose ellas á sus tiendas. Acertó á pasar luego un ciego, y la una, poniéndole un cuarto en la mano, pidióle que le rezase la Pasión, y apenas hubo llegado el ciego á lo de *Saca Pilatos al Onipotente*, cuando la placera lloraba por aquellos ojos que era una compasión. Una freidera, que estaba pared por medio, no pudo sufrir tanta devoción habiendo sido testigo de la pasada contienda, y entre dientes dijo, que no debiera:—«¡Gentil hipocresía! ¡Acabada de deshonrarse con la otra, llora en oyendo mentar á Pilatos!» Oyólo la placera, y saltando de la tienda como una leona, se puso delante de su vecina y la dijo cien mil denuestos. Y al quererle responder la otra, no le dió lugar, sino que volviéndole grupas, arregazóse las haldas y descubriendo unas muy regulares posaderas, díjole mofándose:—«Habla con ése, bellaca, habla con ése.» La freidera, que se halló con una sartén puesta al fuego, llena de aceite hirviendo para freir unos albures, cogióla en las manos y respondió:—«Sí, borracha; con ése hablaré, que es harto más limpio que no sois vos.» Y envasóle en toda aquella caraza del Gran Turco cuanto aceite tenía la sartén. La vendedora, dando cien mil alaridos, no halló charco de agua ni de lodo en aquel suelo por donde no se revolcase, buscando algún refrigerio contra el ardor de las abrasadas nalgas.

Riéronse grandemente las mozas, y no dejó de hacer

también gracia el cuentecillo á doña Fernández, á pesar de los azotazos, preparándose de esta suerte el camino para la reconciliación, que había de venir la mañana siguiente.

***

Cantillana y Lagartija entraron muy tranquilos en la prisión, porque ambos tenían por cosa segura que siendo todo aquello negocio en que Su Majestad había de andar mezclado, ya procuraría dejar á salvo á los favorecedores de sus entretenimientos. Lo que le inquietaba algo á Cantillana, era el no comprender cómo el fingido maestresala pudo enterarse de la ida del Rey, y sospechaba que todo el alboroto se debía á algún galán que intentó apoderarse de Isabel Ana.

Lagartija estaba más en autos acerca del suceso, porque sabía que don Francisco de Quevedo y un su amigo deseaban penetrar aquella noche en los aposentos secretos de la hostería. Lo que no se explicaba suficientemente eran las cuchilladas de la calle, que pareciéronle demasiado numerosas para un encuentro casual.

El más infeliz era Pedro Núñez. Echaba la culpa de todo lo ocurrido á don Gabriel, quien, entusiasmado con la lectura de un manuscrito autógrafo de Miguel de Cervantes, que Núñez poseía por habérselo regalado el autor antes de morir, manuscrito que llevaba por título *La Tía fingida*, no se retiró de la librería hasta las altas horas de la noche, dando lugar á que Núñez se acostase tarde y dejase encendida una luz que sin duda llamó la atención de los que entraron en casa de Cantillana, sugiriéndoles la idea de pasar por la librería.

El caso era que el buen Núñez andaba fuera de seso, y que tan fantástica le parecía la aventura como el

Quixote de 1604, el pliego suelto de la *Vida del pícaro,* y el autógrafo de don Miguel.

Así estaban los tres sin culpa de aquella pelaza, cuando se oyeron voces, y después pasos y gemidos en el corredor de la cárcel. Preguntaron al vigilante qué era aquello, y después de haberse enterado, contestó que traían mal herido á un hombre que había intentado resistir á la justicia, matando á un alguacil.

***

El nuevo y mal herido preso era nada menos que nuestro conocido Gil, el servidor y confidente del Conde de Segura. Al ver caer á su señor y mal parada la contienda, puso pies en polvorosa; pero el cariño á su amo pudo más en él que el instinto de la propia conservación, y, pospuesto todo temor, regresó al lugar de la pendencia para ver de socorrer al Conde. Topó con la justicia, que, viendo á un hombre sin sombrero y con espada en mano (que aún no se acordara de envainarla), dióle el alto; echó Gil á correr, pero viendo que le alcanzaban los alguaciles, volvióse y se defendió bizarramente contra ellos, dando muerte á uno. Hiriéronle de mala manera y hubo de rendirse, siendo esta la razón de que le llevaran á la enfermería de la cárcel.

Vióse desde luego que la herida era gravísima, y que aquel hombre no llegaría á la mañana. Comprendiólo así él y pidió con encarecimiento que llamasen á un confesor y á don Francisco de Quevedo, que moraba en casa del Duque de Medinaceli. Hiciéronlo así teniendo la fortuna de llegar ambos antes de que Gil hubiera espirado.

Cuando vió á don Francisco, pareció recobrar algu-

nas fuerzas, y haciéndole señal de acercar el oído á sus labios, díjole quedo:

—Don Francisco, el Conde ha muerto; yo voy á morir también; ¡proteged á Isabel!

—Os doy mi palabra—dijo solemnemente Quevedo.

—¡Oh, gracias! Escuchad ahora un secreto: la madre de Isabel es...

—¿Quién?—preguntó con ansiedad Quevedo—¡Haced un esfuerzo, por Cristo!

—Es... doña Inés de Guzmán, la hermana del señor Conde de Olivares. Tomad esta llave (dijo, sacando una que en el seno llevaba); es de un arcaz viejo que hay en nuestra casa de la calle de Hortaleza. Allí encontraréis los documentos que prueban lo que os he revelado.

Pronunciadas estas palabras, cayó Gil exánime.

Quevedo salió precipitadamente de la cárcel.



El suceso de aquella noche fué materia de las hablillas populares y cortesanas durante varios días. Todo el mundo comprendía que allí se encerraba algún misterio, pero nadie pudo averiguarlo, ni siquiera la justicia, y eso que hizo dar algunas ansias al Padre Gambardo, pero éste negó, siendo recibido en el aposento carcelario con sábanas rociadas con vino, y con vihuelas y panderetes.

No resultando cargos graves contra Cantillana, Lagartija y Pedro Núñez, dejáronles libres, no influyendo poco en esto cierta diligencia del Conde de Olivares. La dueña se vió fuera de la cárcel con bastante anterioridad, porque temieron que soltase la lengua é hiciera públicas ciertas cosas que convenía ocultar. Pero

se la obligó á que saliera de España, dando con sus huesos en Flandes.

En cuanto á Gambardo, como estaba probado que se halló en el lugar de la pendencia, y había de él malísimos antecedentes, fué condenado á la horca, siendo su muerte de las más solemnes y mejor ejecutadas de todas las que se habían hecho antes y se hicieron después en la Corte. Todos los valientes, en número de más de doscientos, alquilaron lutos y armaron procesión, cantando las letanías con su música y cera. Hubo sus comedimientos en el pésame y despedida, hablando Garay en nombre de todos. Dícese que los últimos encargos que Gambardo dió á la Meolla, fueron: que se acomodara con Lampordo, que era su amigo, y hombre que pelearía por ella; que se concertase con el verdugo para que no le quitase camisa y calzón; que le llevara un cuello almidonado y de más de la marca, y por fin, que, una vez ahorcado, le limpiara el rostro, para no quedar feo como otros pobretes. Prevención esta última que, al ser conocida, acreditó á Gambardo de hombre de notable limpieza y pulimento.

Quien salió perdiendo en gran manera con todas las pasadas aventuras, fué el buen Melchor de Cantillana. Los grandes de Palacio y los ingenios cortesanos dejaron de frecuentar la hostería; Lagartija fué á servir al Duque de Medinaceli, y, para colmo de infortunio, el día que á su casa regresó Cantillana después de la prisión, halló que faltaba su libro favorito: *Lázaro de Tormes*, habiendo de contentarse con un ejemplar de cierta edición burgalesa de 1554, mutilada por un tal de Angulo, toledano, que le deparó la buena amistad de Pedro Núñez. Nunca supo Cantillana quién fué el autor del hurto, pero allá en su interior no dejaba de tener

certeras sospechas, y en el seno de la intimidad solía referir después á los amigos: *que nadie le quitaría de la cabeza que el bellaco ladrón fué un flamenco, tal de Aznalfarache, grande amigo y cómplice de don Francisco de Quevedo.*



CAPITULO XXX

EN EL CUAL VERÁ EL LECTOR QUE ACABA DE VENDIMIARSE LA VIÑA

«...que por la mayor parte las buenas andanzas no vienen sin el contrapeso de desdichas, las cuales tienen jurisdicción y un modo de licencia de entrarse por los buenos sucesos, para darnos á entender que ni el bien es eterno, ni el mal durable.»
(Cervantes. — *Trabajos de Persiles y Sigismunda.* Capítulo XIII.)

Habíale dicho Quevedo á don Francisco de Rojas que tan pronto como lograse sacar á Isabel de la prisión en que estaba, se encaminasen ambos, por las calles que le indicó, á la cercana plaza de la Cruz Verde, mientras que él y don Alonso de Contreras cuidarían de Cantillana y Lagartija, y añadió que, antes de que llegasen á la plaza mencionada, hallaríanse con gente amiga que sin duda habría de ponerse á su servicio, como así fué en efecto, porque al extremo de la calle se acercaron á los fugitivos dos hombres con armas, los cuales, después de haberse enterado de que eran los que buscaban,

ofreciéronse á ellos, dándoles guarda hasta la Cruz Verde, de cuya obscura rinconada salieron hasta cinco más conduciendo una silla de manos, en la que Rojas hizo entrar á Isabel diciéndola que nada temiese, pues iba á ser llevada al palacio de los Duques de Medinaceli, quienes, cediendo á los ruegos de Quevedo, su grande amigo, habíanse prestado gustosos á que su morada señoril sirviese á la doncella de refugio. Hízose así; echaron á andar delante los de la silla, que los otros seguían á guisa de escolta, y después de haber rodeado varias calles, entraron sin contratiempo en el palacio, en donde la Duquesa ya estaba esperando su llegada, siendo muchos los extremos y cumplimientos que hizo con la niña, la cual, repuesta del susto y extrañeza que le causaran los peregrinos sucesos de aquella noche, preguntó por su padre, y al ver que no se encontraba en la casa ni entre los que la habían salvado y conducido, comenzó á temer algún grave riesgo, pensamiento de que Rojas y la Duquesa trataban de disuadirla con muy corteses y consoladoras palabras. Al cabo la convencieron de que debía descansar, y con esto despidióse Rojas de las damas, ponderando mucho á la noble y gentil señora la gratitud que le obligaba por el señalado favor que quiso prestarles á todos. A los pocos pasos del portal del palacio se encontró con Quevedo, que volvía con mucha prisa; enteráronse mutuamente y con brevedad del término que tuvieran sus respectivas aventuras; supo Rojas cómo el Conde quedó muerto en la refriega, de lo que recibió gran pesar por el mayor que tendría Isabel cuando se enterase, y después de convenir en que era preciso disponer la traza para darle la nueva del suceso, ocultando lo que tuvo de sangriento, y de que se verían á la mañana en el aposento que destinaban

á Quevedo en casa de los Duques, separáronse los amigos, yendo cada cual en demanda del reposo que tanto necesitaban sus asendereados cuerpos, aunque para aquél no pudo ser tan cabal como lo hubiera apetecido, á causa de que, como queda dicho, fueron á deshora á levantarle del lecho de parte del moribundo Gil.

Las doce eran ya del día que siguió á la azarosa noche, y Rojas no había parecido por la habitación de don Francisco de Quevedo, quien achacó la tardanza á algún negocio á que el galán tuviera que dar cima con motivo de los acontecimientos que quedan relatados, pero cuando vió que oscurecía sin tener noticias suyas, no pudiendo reprimir la impaciencia, se encaminó á la casa de Rojas, y preguntando por él le dijeron que aquella mañana antes de las ocho vinieron á prenderle, y que no sabían más. Tantas contrariedades y reveses hubieran sido capaces de dar al traste con la perseverancia de cualquier otro que no fuera don Francisco, que, avezado ya á las tretas de la fortuna, no se dejaba fácilmente atemorizar por ellas, y por eso determinó ponerse al habla con el Conde Duque, creyendo con mucho fundamento que aquel era el primer paso para encontrar el cabo de la madeja. Fuése al palacio del privado sin pérdida de tiempo, y tras breve antesala hiciéronle entrar en la pieza en donde el primer Secretario del Monarca acostumbraba despachar los graves asuntos del Estado y los no menos importantes de las intrigas cortesanas.

Cuando don Gaspar de Guzmán vió entrar á Quevedo, no pudo contener un gesto de risa maliciosa, de los que pocas veces se traslucían en aquella cara de vinagre.

—¡Bien, vive Dios, señor don Francisco; á la boca del lobo os habéis venido por vuestro pie, antes de que os

fuese á buscar!—dijo el Conde Duque sin dar espacio al visitante para que saludase.

—Huélgome de ello—contestó Quevedo,—porque si el lobo es Vuestra Excelencia, sin duda os habré ahorrado un trabajo.

—Ved esa cédula—replicó el Conde, dándole una á Quevedo, que tenía sobre el pupitre.

Tomóla don Francisco, y después de leerla con mucho reposo, se desciñó la espada, haciendo ademán de entregársela al favorito, y dijo:

—El Rey, nuestro señor, manda prenderme, y acato sus órdenes.

—Antes de eso,—repuso el Conde—sentaos, porque tengo que hablar con vos y es necesario que os explique esa determinación que he tomado.

—Estoy al servicio de Vuestra Excelencia, y me dispongo á escuchar, ya que de ese modo queréis honrarme.

—Supongo, don Francisco amigo—comenzó el Duque,—que estaréis enterado de ciertos sucesos de anoche en la calle de San Justo; ¿no es así?

—En efecto, señor Conde, algo sé de lo que allí hubo.

—Pues bien—continuó don Gaspar,—cuando Su Majestad entró en casa de Cantillana y se encontró con que Isabel había desaparecido, no dudó un momento (ni lo dudara nadie) en creer que los libertadores de la niña eran los mismos que en la calle atentaron contra su vida. Al Rey, bien lo sabéis, le pareció reconoceros como uno de los dos que acudieron bizarramente en su socorro, pero yo, al enterarme del rapto de la doncella y considerar vuestra amistad con el raptor, estoy confuso y no sé qué piense en este negocio. No quiero dudar de vos, pues me consta vuestra hidalguía, pero supuse que os apresuraríais á poner tierra de por medio, aunque

no fuera más que porque, obligado á declarar, no os viéseis en el trance de hacerlo en contra del amigo; y teniendo por seguro que podéis decir mucho, porque sabéis mucho, determiné, pesándome de ello, vuestra prisión, la cual iba á ordenar en el mismo instante en que entrásteis.

—Bien fundadas, señor Conde, están esas sospechas —contestó Quevedo;—pero como no siempre lo que lleva traza de posible es lo verdadero, ha sucedido en este caso que os habéis dejado guiar por una falsa apariencia. Sabed, don Gaspar, que los que libertaron á Isabel no son los mismos que atentaron contra la persona del Rey, aunque la casualidad hiciera que á unos y á otros les moviese la misma causa y se encontrasen en el mismo sitio; esto pudiera probarlo, si fuere necesario, y si no bastase mi palabra; pero desde luego tened por tan verdad como lo es el Santo Evangelio, que el Conde de Segura no se valió de ningún caballero para realizar su hazaña, sino de rufianes y de gente de mal vivir.

—¡Eso no,—repuso el Conde prestamente—que, según ha declarado uno de ellos que está preso, Rojas se hallaba entre los conjurados, y dice haberle visto varias veces en una casa en donde se juntaban por la noche.

—Lo de haberle visto algunas veces es cierto, pero también lo es que hace dos días trató Rojas de disuadir al Conde de la acción villana que intentaba—respondió Quevedo,—y aquí contó al de Olivares cuanto sabía por Rojas y Contreras de lo acaecido en la última ocasión que aquél y don Fernando se vieron, de cómo se había preparado y ejecutado el rapto de Isabel, y el modo que tuvieron de acudir en defensa del Rey al oir las cuchilladas en la calle, terminando con pedir al Conde Duque la libertad de don Francisco de Rojas, por ser de gran justicia.

Suspenso estaba Olivares escuchando la relación de Quevedo, y determinábase á creerla cierta, pues no podía pensar que tantos pelos y señales como daba de los sucesos fuesen forjados por la fantasía del ilustre escritor, aunque era buena. No quiso, sin embargo, acceder á lo de la libertad de Rojas, y dijo á Quevedo que por el pronto se diese por venturoso con que el Rey no intentara además prender á Isabel, pues de tal manera se había enojado con su fuga y continuos desdenes, que nada tendría de extraño que, pretextando ser hija del que pretendió matarle, ordenase su prisión.

—En ese caso, señor Duque—replicó Quevedo,—vos mismo me vais á ayudar á que eso no se haga nunca.

—No entiendo lo que queréis decir, don Francisco.

—Pues escuchad, porque á eso era mi venida. No traía más objeto que pediros la libertad de Rojas; agrego ahora, por otrosí, pediros también vuestra protección para Isabel, y para lograr que accedais á una y otra demanda, voy á contaros una historia que estoy cierto de que os inclinará en mi favor. ¿Conocíais, señor, á la madre de Isabel?

—Jamás—repuso el Duque—oí hablar de ella. Sé únicamente que el Conde de Segura tuvo esa hija de ciertos amores que la Iglesia no consagró.

—Pues bien—continuó Quevedo,—yo me atrevo á aseguraros que conocíais á la madre más de lo que ahora pudiera importaros.

El Conde Duque, al oir las palabras de Quevedo, comprendió que en ellas se encerraba misterio, y tal que al descubrirlo no había de dejarle sin pesadumbre, y por más que su rostro de estatua no mostraba jamás alteración ni señal ninguna que ayudase á penetrar su pen-

samiento, con todo se le quedó un poco más pálido que antes lo tuviera.

—¿Y quién era la madre?—preguntó, queriendo disimular su emoción.

—Era,—contestó Quevedo,—una señora muy principal que vivía en Toledo, hace dieciocho años, y de quien se dijo que murió (que nunca faltan calumniadores infames) de resultas de no sé qué tósigo que hubo de propinarle un celoso del lustre y del honor de su familia, cuando supo que aquella mujer le había oscurecido con su liviandad.

La cara del Conde Duque palidecía más á cada frase que Quevedo pronunciaba, quien, después de una breve pausa que hizo en la plática, prosiguió diciendo:

—Y Vuestra Excelencia debió de conocerla, porque era de vuestro mismo apellido.

—¡Señor don Francisco!—exclamó el de Olivares poniéndose en pie.—¿Qué es lo que decís?

—Digo lo cierto, señor—repuso Quevedo,—si es que no mienten mis informes.

—Y ¿de dónde proceden esos informes que tenéis?

—De labios de un moribundo, que rara vez son mentirosos, señor Duque, el cual no solamente me reveló lo que habéis oído, sino también el sitio en donde están los documentos en que constan las pruebas de tales afirmaciones.

—Y ¿dónde están?—preguntó Olivares con el mayor ansia.

—Aquí entro yo—respondió Quevedo con mucha calma;—podéis prenderme y ahorcarme y despedazarme y dar con mi cuerpo un banquete á las aves de los caminos, pero estad seguro de que no os diré nada del paradero de esos papeles mientras no decretéis la liber-

tad de Rojas y me prometais que Isabel no será jamás perseguida por el Monarca. Además, señor, es de justicia.

Un buen espacio estuvo el favorito sin decir nada; de tal suerte le traían anonadado sus contrarios pensamientos, pero al cabo de él, se dirigió á Quevedo y tendiéndole la mano, le dijo:

—Mi palabra de caballero que se hará lo que me pedís, y esta misma noche quedará vuestro amigo en libertad.

—Pues yo os doy la mía—replicó Quevedo—de que esta misma noche y en este mismo instante, si queréis, iremos juntos á buscar esos papeles.

—Sea así—contestó Olivares;—y después de extender y firmar la cédula en que se decretaba la libertad de Rojas, y de prometer á Quevedo que Isabel no sería importunada ni perseguida, pues al fin era su sangre, aunque bastarda, mandó aparejar la carroza, y en ella salieron juntos con dirección á la calle de Hortaleza.



Grande fué el dolor que tuvo Isabel cuando supo la muerte de su padre, de quien le dijeron que había muerto en Segovia, en donde estaba desterrado de orden del Rey, ocultándole cuidadosamente su fin desastroso; y tantas y tan continuadas penas teníanla constantemente llorosa y abatida, aunque los solícitos cuidados de la Duquesa, que la tomó singular inclinación, sirvieron de consuelo á sus cuitas, y con esto, con el mucho regalo en que vivía, con las distracciones que la procuraban, y sobre todo con el transcurrir del tiempo, que es destructor de dolores y memorias, volvió á recobrar los rosados colores de su cara, la alegría de sus ojos y el

gentil continente que siempre había tenido en su persona, no concurriendo poco á conseguir este fin, el ver que era mayor cada día la pasión que Rojas demostraba, bien como aquel á quien tantos trabajos y peligros le costase alcanzarla; y cuando llegó la florida primavera, determinaron los Duques hacer las bodas en un castillo que poseían en tierra de Avila, con todo el boato y grandeza que era proverbial en aquellos magníficos al par que espléndidos señores; la Duquesa, por dar una prueba á Isabel de su cariño, se ofreció con mucha voluntad á ser su madrina, y hubo de escribir á Quevedo pidiéndole con muchas instancias que apadrinase al novio, pero el buen don Francisco contestó que, siendo él hombre que estaba pronto á toda hora á favorecer á un amigo, aun con riesgo de la propia vida, nunca tuvo alientos ni vocación de agonizante para ayudarle á bien morir, y que así buscasen un teatino, el cual, como hecho y avezado á lo de *commendamus animam*, desempeñaría á maravilla el oficio de auxiliar á Rojas en el trance de sus desposorios.

EPÍLOGO

Cuatro años pasaron.

El Capitán Alonso de Contreras había vuelto á Italia á primeros de 1630, yendo á servir á los condes de Monterrey. Estuvo en Madrid otra vez en 1631 con una misión secreta de sus señores, regresando pronto á Nápoles. Allí tomó el mando de una compañía de infantería española, sucediéndole cosas harto dignas de saberse.

Diéronle luego una compañía de caballos corazas, y más tarde el gobierno de Pescara. A causa del desaire de ciertas justas pretensiones de un su hermano, el Capitán se retiró del servicio de los Condes de Monterrey, regresando á España por Barcelona á últimos de 1633.

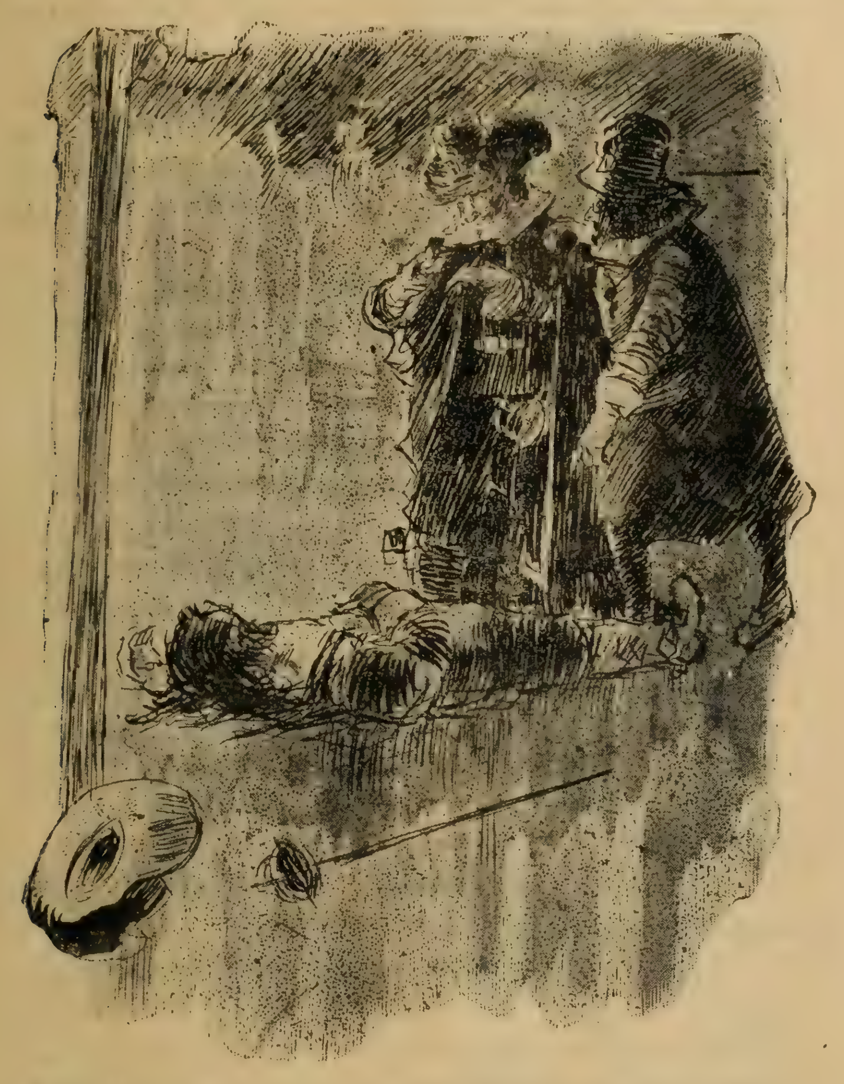
Al llegar á la corte topó con su hermano, que estaba pretendiendo. Concediéronle, por fin, al último, veinte escudos de entretenimiento, y carta para que se le diera compañía por el oficio del secretario Pedro de Arce, dándole cuenta de aquella merced. Pero el secretario Pedro de Arce, que tenía motivos para estar enemistado con el Capitán Contreras, puso dificultades y detuvo el expediente. Súpolo Contreras, y fué á ver al Marqués de Santa Cruz, Consejero de Estado, preguntándole cómo no le daban el despacho á su hermano. La contestación del Marqués, influído por Arce, fué la siguiente:—«¿Cómo quiere que le den á su hermano el despacho, si Pedro de Arce dice que vuestra merced fué Ca-

pitán de caballos de tramoya?» Sin decir nada, volvióle Contreras la espalda, fué á su casa, sacó la patente de Capitán de caballos, y otra de Cabo de tropa de quinientas, con la reformación y licencia, y vió de nuevo al Marqués de Santa Cruz, expresándose con estas mismas palabras: «Suplico á Vuestra Excelencia me oiga; más ha de veinte años que en el postigo de San Martín me llamó una dama, anochecido; subí arriba y estuvimos parlando un rato, á lo cual llamaron á la puerta. La señora dama dijo que me escondiese, que luego se iría Pedro de Arce, que era el que venía. Dije que no me había de esconder por ningún caso, que le abriesen; afligida la señora mandó abrir; subió el señor Pedro de Arce con su estoque y broquel, verde como una lechuga; entonces era oficial de guerra. Así como me vió, me preguntó que qué hacía allí. Yo le respondí: esta señora me estaba preguntando por una amiga suya; y, sin acabar la razón, enderezó su broquel. Yo estaba sobre la mía y fuí presto, que le dí en él una estocada, que broquel, él y estoque rodaron por la escalera, dando voces que era muerto, sin estar herido. Por eso ha tenido siempre ojeriza conmigo. Ahora vea Vuestra Excelencia estos papeles, y echará de ver que lo que digo es verdad.»

Convencióse de ello el Marqués, y al hermano de Contreras se le despachó la provisión que esperaba. Pero el odio del secretario Arce no paró allí; por medio de Pablillos de Valladolid habíase enterado, sin duda, de algo de lo ocurrido entre la Reina y Contreras, y fué tan villano, que procuró hacer llegar á oidos de Felipe IV que Contreras estaba en la corte con intención de renovar sus altas pretensiones.

Felipe IV era terriblemente celoso, aunque su pro-

pia conducta no le diera fundamento para estar quejoso de la de los demás. Por eso el antiguo encono contra



el Capitán, que quizá hubiera desaparecido á saber el Rey que Contreras le salvara la vida, se despertó en él nuevamente cuando tuvo noticia de la delación de Arce.

El hecho fué que, algún tiempo después, engañado

Contreras por una falsa cita, se presentó en el Prado de San Jerónimo á las altas horas de la noche. Allí le esperaban tres traidores: Lampordo, Murciégalo y Chiquiznaque, quienes le acometieron de consuno. Cuando el Capitán comprendió que había caído en un lazo, era ya tarde para retroceder. Así y todo defendióse tan bravamente, que hubo de dar muerte á Murciégalo, pero tanto le acosaron los otros dos, que cayó acribillado de heridas.

Los asesinos, viendo consumada su tarea, huyeron. Aun no había espirado Contreras, cuando llegaron en su busca don Francisco de Quevedo y aquel don Juan de Aznalfarache de quien hablamos en algún capítulo. La Meolla había informado á don Juan de lo que se trataba, y éste á su vez lo puso en conocimiento de Quevedo. Pero sin duda la Meolla se equivocó al darles la hora, porque llegaron media más tarde de la verdadera; lo suficiente para encontrar perpetrado el crimen.

Cuando Quevedo y Aznalfarache, que habían estado registrando el Prado con las linternas, se acercaron al sitio donde yacía el Capitán, intentaron llevar á éste en brazos hasta el más próximo albergue, pero Contreras se resistió.

—Déjenme vuesas mercedes—dijo,—conozco que me muero; esos traidores han sabido hacerlo esta vez.

Y apretando las manos de sus amigos, entregó el espíritu.

Una lágrima rodó entonces por la mejilla de Quevedo, de aquel hombre á quien no se le vió jamás doblegarse ante ningún infortunio ni desmayar un punto en cualquier aflicción. Después de un intervalo de solemne recogimiento ante el cadáver del valiente aven-

turero, púsole Quevedo la mano sobre el hombro al flamenco y le dijo gravemente:

—¿Conserva todavía vuesa merced el registro de pícaros?

– Sí por cierto.

—Pues póngale una cruz, porque en Dios y en mi ánima le certifico que, muerto el que yace á nuestros pies, hízose finiquito en la cuenta de la picardía.



ÍNDICE

CORRECCIONES

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
33	23	Elicona	Helicona
39	28	ojearlos	hojearlos
52	12	á tiempo que	á tiempo de que
78	11	soltarala	soltara la
89	33	tomó	la tomó
99	6	Sospechaba, vuestra	Sospechaba vuestra
156	4	aunque	aún que
170	32 y 33	la, enemiga	la enemiga
177	14	la	al
199	17	añadió	añadió con
199	19	con menos	menos
231	31	á reuni	á reunir
257	3	el Rey.	el Rey?
296	17	dos mendigos disfrazados	dos, de mendigos disfrazados,